

GAUKE ANDRIESSE

Un nuevo caso del detective Jager Havix
Cuando la corrupción pone en peligro
la salud de los ciudadanos

alianza **N**egra

PREMIO A LA MEJOR NOVELA NEGRA DEL AÑO DE LOS PAÍSES BAJOS

LAS MANOS DE KALMAN TELLER

Lectulandia

El particular detective Jager Havix es contratado por un acaudalado y misterioso hombre de negocios, Kalman Teller, para que investigue por qué su antigua colaboradora, Mira Roes, tras sufrir una desafortunada operación quirúrgica que la deja graves secuelas, no ha logrado que ningún tribunal le dé la razón. No es un caso para Havix, ya que él es un detective experto en arte, pero termina aceptándolo. Se implicará hasta el fondo, tras la muerte de un testigo que acababa de localizar, pero sobre todo porque le intriga la personalidad de su cliente, Kalman Teller, un hombre de manos deformes, judío húngaro que sobrevivió a Auschwitz, de pasado incierto y que nunca sale de casa donde se pasa el día controlando desde sus ordenadores las fluctuaciones del precio del petróleo.

Una novela de máxima intriga, lectura vertiginosa y final más que insospechado sobre las peculiaridades, controversias y conexiones corruptas de la Justicia y la poderosa industria médico-farmacéutica.

Lectulandia

Gauke Andriesse

Las manos de Kalman Teller

Jager Havix - 03

ePub r1.1

Titivillus 18.01.15

Título original: *De handen van Kalman Teller*

Gauke Andriess, 2010

Traducción: Julio Grande

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

¿Quién diablos puede distinguir el mar de lo que en él se refleja?
¿Puedes tú distinguir entre la lluvia que cae y la soledad?

Sputnik, mi amor
HARUKI MURAKAMI

I

Ya estaba muy avanzada la mañana, pero hoy no habría mucha más claridad durante el día. Llevaba caminando horas por un paisaje desolado, bajo una capa de nubes grises que habían descendido tanto que devoraban las copas de los árboles más elevadas. Cuando empezó a llover por fin, primero suavemente pero luego con mayor intensidad, el pinar se oscureció aún más a derecha e izquierda. Los árboles estaban tan juntos que tardarían algún tiempo en llegar las primeras gotas de lluvia que alcanzaran el suelo allí. Salté por encima de una acequia poco profunda y, agachado, me adentré en el bosque. Las ramas de los árboles estaban tan bajas que la mochila se quedó enganchada un par de veces. Después de quitármela, continué un trecho. Cuando un poco más adelante volví la cabeza, el sendero de arena había desaparecido. Me senté y saqué el termo y una botella de agua. Tras haber tomado un par de tragos de agua, me serví café e hice un agujerito en la espesa alfombra de hojas de pino para colocar la jarra. Me apoyé contra el tronco y me quedé mirando cómo ascendía el cálido vaho, absorbido por el aire. Cuando ya no había nada más que ver, agarré la jarra, la sujeté con ambas manos y cerré los ojos. El sonido de la lluvia en este lugar se reducía a un suave murmullo. El silencio era total y me sabía rodeado por tintes herrumbrosos y verdes que parecían absorber más aún la poca luz que penetraba. Solo abría los ojos para tomar de vez en cuando un sorbo de café.

Tras llevar un tiempo así sentado, hice algo que nunca habría hecho antes: me tumbé de costado, con la cabeza sobre la mochila, encogí las piernas y volví a cerrar los ojos. Intenté no pensar en nada y solo escuchar el hipnótico susurro de la lluvia.

Me despertaron unas gotas que me cayeron en la cara. Miré el reloj y comprobé que llevaba más de una hora inconsciente. Entre tanto, había dejado de llover, y lo que me llamó la atención fueron las gotas que iban deslizándose hacia abajo despacio por las ramas. Entre los árboles colgaban los jirones de una niebla que había empequeñecido aún más el mundo donde me encontraba. En la ropa y en la mochila se había depositado una fina capa de humedad. Me sacudí las hojas de pino que se habían quedado adheridas a la ropa, metí los faldones de la camisa por dentro del pantalón, recogí mis cosas y me dirigí al sendero de tierra. Pronto me di cuenta de que era incapaz de encontrarlo. No importaba, en algún lugar volvería a toparme con otro sendero. Sin embargo, pasó más tiempo del que me había imaginado. Al cabo de unos veinte minutos, llegué a un sendero angosto que, serpenteando, constituía la frontera entre un gran brezal y el bosque por el que había aparecido. Por la mañana me había puesto a caminar sin seguir ninguna ruta determinada y ahora tampoco tenía ni idea de dónde me hallaba. Dentro de poco me tropezaría, sin duda, con una señalización. Cuando ya llevaba un par de cientos de metros por el sendero, vi algo más adelante en la hierba de un blanco tan intenso que contrastaba con los colores apagados de la naturaleza circundante. Miré a mi alrededor. Me había pasado toda la mañana solo; la única vez que surgieron en la lejanía los contornos de otro paseante,

fui yo el que se apartó del camino. Así, en ese entorno silencioso y desierto, iba sintiéndome poco a poco cada vez más aislado en el mundo. Lo que ahora veía ante mí mancillaba esa sensación y me incomodaba.

Cuando me detuve delante, resultó que era un ramo de crisantemos empaquetado con celofán. Las flores estaban apoyadas en una cruz cerca de la primera hilera de árboles. Quizá en su tiempo habría podido verse de lejos, pero en el curso de los años casi había desaparecido bajo la frondosidad de los árboles que crecían sin cesar. Para mantener el lugar accesible de alguna manera, habían partido unas cuantas ramas que colgaban encima. La cruz de piedra estaba sobre un bajo pedestal de forma un tanto cónica, también de piedra. El conjunto tenía aproximadamente un metro y medio de altura, el tipo de piedra era tosco y de color gris oscuro, con una superficie desgastada y llena de puntitos. Era una cruz sencilla, sin ninguna clase de adorno y sin un Cristo. En la parte delantera del pedestal habían tallado un texto dañado por el tiempo y sus inclemencias, pero aún podía leerse: «En conmemoración del Reverendo Padre Johan van Duyl Aleven, Capuchino de Hoogcruts, asesinado en 1754».

Rodeé la cruz, pero no descubrí nada más. Retrocedí un par de pasos y observé el conjunto desde la distancia. ¿Cuál era el significado de esta naturaleza muerta? ¿Quién habría dejado aquí estas flores y por qué, en la cruz de un sacerdote que había sido asesinado cientos de años atrás? Me puse en cuclillas y giré el ramo en mis manos. Era un bello centro lleno de flores que no llevaba mucho tiempo allí. Alguien se había tomado la molestia de traerlo. Entonces, la mirada se me quedó prendida en una tarjeta que había entre las flores. La saqué con cuidado. «Con eterna gratitud», aparecía escrito a mano con la letra regular y ensortijada de una persona mayor. Volví a dejarla en su sitio y me quedé más desconcertado que antes. ¿Por qué agradecía alguien algo a un hombre que llevaba más de doscientos cincuenta años muerto?

Miré a mi alrededor. Tal vez esa persona estuviera todavía por aquí, alejándose despacio de este lugar. ¿Cuál sería la dirección más lógica? No lo sabía, y solo podría utilizar el mapa cuando encontrara un cartel señalizador. No tenía ni idea de dónde me encontraba. No había prestado atención, otra cosa más que nunca me habría ocurrido antes.

II

En Vierhouten volví a encontrar un mundo en cierto sentido habitado, pero también aquí me topé con un silencio irreal. Cuando me detuve para quitarme el barro del calzado, el ruido que se produjo fue artificialmente fuerte y por un momento pareció incluso que resonara su eco entre los muros de las casas. No se divisaba a nadie por la calle ni había luz encendida en ninguna de las oscuras habitaciones por las que miré, donde tampoco podía percibirse señal alguna de vida. Pasé por delante de un Spar, un garaje que anunciaba alquiler de bicicletas y una zapatería con un escaparate viejo y polvoriento cuando al otro lado de la calle vi una cafetería. También parecía desierta, y, a pesar de la luz de los fluorescentes que iluminaba el interior e incidía en la gravilla que había delante de la fachada, dudé por un momento, pero al ver el letrero de «Abierto», crucé la calle. «Baan Zulu» se leía en la ventana. Un nombre que no evocaba en mí ninguna asociación; tal vez, muy vagamente, algo parecido a una operación militar. Qué nombre más raro para una cafetería.

Al abrir la puerta, sonó una campanilla y de la cocina que había tras la vitrina de cristal salió una mujer corpulenta. Llevaba un vestido de flores de un color verde intenso con tirantes finos que, además de los poderosos hombros y brazos, dejaba ver también algo de sus pechos. La piel de los hombros y la parte superior de los pechos estaba irregularmente moteada de pecas. El cabello largo y rojizo se hallaba recogido por un pañuelo a juego. Pese a que ya llevábamos semanas con una sombría climatología otoñal, ella parecía estar en pleno verano. Además, me observó con una mirada franca y amable.

Baan Zulu y esta mujer; confiando en que mi sorpresa no se notara demasiado, me dirigí a la vitrina con tapas y refrescos.

No sabía qué pedir y pregunté:

—¿Puede hacerme un bocadillo vegetal?

—Sí, claro, pero tendrá que esperar un poco.

Estuve buscando en vano una máquina de café en los estantes que había a sus espaldas.

—¿Tiene capuchinos?

—Sí, también.

Desapareció en la cocina y yo me senté a una mesita junto a la ventana. Fuera seguía sin ocurrir nada en absoluto, y lo único que llegaba a oír era el trajín procedente de la cocina. El hecho de que estuviera trabajando allí, para mí, me produjo una sensación extraña de intimidad que aumentó al oír el furioso golpeteo de un batidor de leche en una cacerola.

El bocadillo y el café estaban riquísimos y se lo dije de corazón. Ella se puso a hojear una revista y, cuando terminé, se levantó y se llevó mi plato y los cubiertos. Pedí un segundo capuchino. Tras habérmelo servido, volvió a sentarse y se encendió un cigarrillo.

—¿Se puede? —le pregunté.

—¿En mi propio negocio? Desde luego.

—¿Vale eso también para mí?

—Sí, claro. No se corte.

Se levantó y me puso un cenicero en la mesa.

Mientras fumaba y me bebía el café, pensé qué haría: ¿seguiría mirando afuera o entablaría una conversación? Estuve pensándomelo sin prisas. Por la calle seguí sin ver pasar a ningún transeúnte, ciclista o automóvil. ¿Debería hacer una observación al respecto, decirle que una cosa así es de lo más insólito para alguien de la conurbación de los Países Bajos? No, eso no encajaba ni con ella ni con Baan Zulu, además de correr el riesgo de que la conversación acabara antes de empezar. No es que yo tuviera nada en contra de hablar sobre el tiempo; con algunas personas resultaba la solución ideal. Más aún, a veces solo podías comprenderlas hablando sobre el tiempo.

Dejé que el silencio se prolongara un poco más y, por fin, pregunté:

—Hay una vieja cruz de piedra aquí, algo más adentro en el bosque. Es de un sacerdote. Por lo visto, le asesinaron hace mucho tiempo, hace siglos. Cuando pasé, vi que alguien acababa de dejar flores frescas. Vaya, me pregunto por qué alguien haría algo semejante. ¿Le suena lo que le estoy contando?

Sonrió ligeramente y, por el rabillo del ojo, apareció un abanico de pequeños rayos solares.

—Esta región está llena de cruces, casi todas son cruces conmemorativas, pero sé a cuál se refiere. Me está hablando de la cruz mortuoria que cuida la señora Dumenil.

—¿Cruz mortuoria? Eso suena bastante inquietante.

—No, qué va, al contrario. Se llaman así, sin más. Colocan esas cruces para evitar que el alma del fallecido siga vagando por ahí.

—¿Y por qué se encarga ella de cuidar esa cruz? En la tarjeta que había dentro de las flores podía leerse: «con eterna gratitud».

—La señora Dumenil le debe la vida a ese sacerdote; de ahí la tarjeta.

Le salió como si fuera de lo más natural, pero su sonrisa ya indicaba que yo no era el primero al que le sorprendía esa afirmación. No la decepcioné:

—Pues resulta aún más extraño, si cabe. Tiene que aclarármelo.

—¿Quiere oír toda la historia? La señora Dumenil vive un par de calles más adelante. Puedo llamarla ahora por teléfono. Es algo que le gusta compartir con otros y, a decir verdad, usted no parece que tenga mucha prisa.

No, era cierto. Estaba de vacaciones, solo, no debía dar explicaciones a nadie y tenía todo el tiempo del mundo. Este era el tercer día de la semana que me había tomado libre, aquí en el Veluwe, y lo único que hacía era pasear, comer y dormir.

Cuando pregunté si de veras no suponía ninguna molestia, comprendió que había ganado el litigio. Meneó la cabeza y desapareció en la cocina, donde oí que llamaba por teléfono. En efecto, no fue necesario mucho poder de persuasión para animar a la señora Dumenil a que se pasara por el café.

Una vez regresó de la cocina, se sentó junto a mí a la mesa. Mientras esperábamos, charlamos primero sobre cosas sin importancia, pero sus preguntas pronto empezaron a ser más personales. Yo me sentía a gusto y su curiosidad no era morbosa, era más bien como si simplemente no le interesaran los lugares comunes. Por esa razón, me mostré menos reservado que de costumbre. Además, ya no volvería a verla nunca después del día de hoy. Muy bien podría considerarse como si esta conversación ni siquiera se hubiera producido; tal como nos encontrábamos, sentados el uno frente al otro, como dos extraños, faltaba el contexto. Durante la semana que me pasaría aquí, eso era justo lo que quería. Tal vez se debiera también a que los días anteriores apenas había intercambiado palabra con nadie, pero, cuando me preguntó qué hacía, le respondí que era detective privado. No se sorprendió, como si hubiera visto pasar por su local profesiones más extrañas.

Cuando le conté que me había especializado en la búsqueda de objetos de valor desaparecidos, especialmente de pinturas antiguas, me preguntó con un ligero deje de sorna si podría llegar a encontrarla a ella si saliera ahora por la puerta con destino desconocido.

—No lo creo, a no ser que dejaras huellas. Si no las dejas, ahí termina todo.

—¿Y con uno de esos cuadros sí se puede?

—Sí.

—Qué raro, que puedas encontrar un cuadro pero no a una persona.

—No es tan raro. Las pinturas nunca desaparecen sin más. A lo sumo, hay que pensar un par de razones para que desaparezcan, y, si sabes cuáles son, también sabes más o menos dónde debes buscar. No es tan grande el mundo al que puede ir a parar un cuadro.

—Parece bastante sencillo, al menos tal como lo estás explicando ahora.

—No, tampoco lo es tanto.

No entré en más detalles, pero desde luego que no era tan sencillo. Como mucho, había unas cinco personas que se encontraban a mi nivel —y no estaba hablando solo de los Países Bajos—, por no mencionar la cantidad de dinero que ganaba con lo que hacía. *No cure, no pay*; solo me pagaban si llevaba a buen término el encargo, y la remuneración suponía casi siempre un porcentaje del valor de los bienes desaparecidos. Eran tales las sumas que tras unos cuantos trabajos bien pagados podría jubilarme pronto. Tenía cuarenta y ocho años y esperaba dejar de trabajar dentro de cinco. No necesitaba mucho para vivir y, llegado el momento, tendría todo el tiempo del mundo para tumbarme en un bosque, pasear al buen tuntún y charlar con gente a la que no conocía y a la que no necesitaba sonsacar nada. Vivir sin objetivos y aprender a comprender que sin objetivos no es lo mismo que sin sentido. Ya me sabía la teoría, pues me habían educado en ella desde pequeño, pero llevarla a la práctica era una historia bien distinta.

Yo ya había hablado bastante de mí y ahora centré la atención en ella:

—¿Puedo preguntar cómo viniste a parar aquí?

—¿Te refieres a cómo acabé naufragando aquí?

—No lo digo con mala intención.

—No, ya lo sé.

De nuevo sentí esa intimidación. ¿Cómo podía asegurarlo con tanta determinación alguien que no me conocía en absoluto?

—Esta es la lejana costa a la que han venido a encallar mis huesos tras muchas peregrinaciones.

—¿Y te gusta la vida aquí?

De nuevo le aparecieron arruguillas en las comisuras de los párpados por la sonrisa, pero, cuando estaba dispuesta a responder, alguien entró en nuestro campo de visión caminando o, mejor dicho, arrastrando unos pies que apenas se levantaban del suelo.

—Mira, ahí está la señora Dumenil. Por lo visto, se ha traído su álbum de recortes.

Era evidente que se refería a la bolsa del supermercado Albert Heijn que llevaba la anciana. Era tan baja de estatura que, para evitar que la bolsa arrastrara por el suelo, había introducido las asas por uno de sus brazos. Con el otro se apoyaba en un bastón anticuado que terminaba en forma de trípode, con tacos de goma en cada extremo. No sabía que siguieran existiendo ese tipo de bastones, pero de todas formas la imagen que ofrecía era bastante más digna que la de uno de esos andadores. Al acercarse un poco más, vi que padecía una variedad grave de la enfermedad de Parkinson: la cabeza y el torso escuálido y delicado le temblaban tanto que semejaba una marioneta pendiente de hilos.

Cuando entró, me puse en pie y me presenté. Aunque sentí los huesos y los nudillos a través de la piel y su mano desapareció en la mía, apretaba con fuerza y, a pesar de su aspecto quebradizo, daba la impresión de ser una persona muy resuelta. La animada resolución de las personas mayores que quieren decir: «Fíjate lo bien que estoy a mi edad».

—Jager Havix. Qué nombre más extraño. ¿Es usted judío? —Se quedó examinándome bien—. Pues no tiene usted pinta de judío.

—Es que no lo soy.

—Los judíos han sufrido terriblemente, pero también asesinaron a Jesús. Las dos cosas son terribles. Mi madre decía siempre: «Perdonar, sí; pero olvidar, nunca».

Me pregunté por un instante si estaría bien de la cabeza, pero ya era demasiado tarde para largarme. En cualquier caso, ahora no. Estaba aquí porque de algún modo yo la había llamado y acababa de sacar la carpeta de recortes de la bolsa de plástico. Solo confiaba en que la situación no empeorara.

Tan pronto como estuvo sentada, dejó descansar las trémulas manos sobre la carpeta y dijo:

—Lo primero que pido siempre a las personas a las que cuento mi historia es que la escuchen. Cuando termine, a usted le podrá parecer lo que quiera, es usted muy

libre, pero hasta ese momento deberá prestarme atención con un espíritu carente de prejuicios. ¿Querrá hacerlo?

Solo entonces me di cuenta de una característica de esa enfermedad de Parkinson: su rostro parecía una máscara debido a una disminución en la capacidad de la expresión facial. Si bien aún no se le había anquilosado del todo la cara, había llegado hasta tal punto que me resultaba imposible leerle cualquier gesto en los rasgos. Sin embargo, por el tono de voz en que hablaba y la manera en que elegía las palabras, todo lo que decía sonaba muy categórico y terminante. Al mismo tiempo, tenía algo ligeramente histérico, como si justo bajo la superficie de ese rostro acallado dormitara algún espíritu que la estuviera poseyendo. Sentía curiosidad por el efecto que me causaría su historia una vez hubiera terminado de hablar.

—Lo intentaré —respondí.

III

—Todo ocurrió porque me hice cargo del cuidado de esa cruz que usted acaba de ver. Aquí hay personas que creen que está maldita. Quien intente trasladarla alguna vez acabará mal. Después de todo lo que he visto, no excluyo nada, pero en el pasado me parecía absurdo, sandeces. Que lo sepa. En aquella época me rebelé contra el traslado de la cruz simplemente porque ese era su lugar, porque llevo décadas pasando por allí; primero, con mi marido, y, tras su fallecimiento, sola. No recuerdo cuántas veces nos habremos preguntado cómo debió de ser el asesinato de ese padre. Y, aunque no lo expresáramos en voz alta, siempre te acudía a la cabeza al verla aparecer a lo lejos. Hace un par de siglos esto era bastante más agreste, boscoso y, en su mayor parte, estaba deshabitado. Como es lógico, por entonces no había ninguna iluminación. Tal vez le asaltaran en la oscuridad tras haber celebrado misa en cualquier pueblo apartado. Esa cruz llevaba allí más de doscientos cincuenta años y me parecía que allí debía seguir. Son ya tantas las cosas que desaparecen...

La mujer de la cafetería la interrumpió:

—Había un plan para quitar de allí la cruz, pero el Ayuntamiento se echó atrás después de que la señora Dumenil organizase una campaña de recogida de firmas. Querían trasladarla porque quizá en el futuro fueran a hacer allí un carril bici. «Quizá en el futuro»; ni siquiera se trataba de un plan concreto.

—No tengo pruebas, pero creo que nuestro pastor tuvo también algo que ver en el asunto. A la Iglesia no le gustan las cruces sin Jesús.

Con esto, la situación entre la Iglesia y los judíos estaba de nuevo empatada 1 a 1.

—Si tomamos en cuenta lo que le pasó a usted, puede decirse más bien que aquellos que salen en defensa de la cruz gozan de una bendición —la animó la mujer de la cafetería—. Usted es la viva prueba de ello.

—Sí, sí, querida, pero hay que contarlos con orden, porque de lo contrario el señor Havix no entenderá nada. ¿O sí?

Sin esperar mi respuesta, continuó:

—Hace siete años me encontraba yo de vacaciones con una amiga en Gante. Con Alfje Berendse, ya fallecida entre tanto, pero tengo su testimonio por escrito. Aquí, en la carpeta.

Le dio un ligero golpecito, pero la carpeta siguió cerrada de momento.

—Y Alfje no era el tipo de persona que dice las cosas sin más; puede preguntarlo usted por aquí en todo el pueblo. Ella tenía, al igual que yo, los pies sobre la tierra. A ese respecto, es una pena que ya no pueda hablar usted con ella. Bueno, al grano, habíamos reservado de nuevo un viaje a Gante. Íbamos allí todos los años, porque puedes ver y hacer de todo, y tampoco está tan lejos. Y los belgas todavía son educados con las personas mayores. Hacíamos una excursión cada año por los canales de Gante y, si el tiempo era bueno, nos sentábamos en una terraza de la Graslei junto al agua. Entonces nos tomábamos todo el tiempo del mundo para algo

que es realmente típico de allí: el *verwenkoffie*. Una jarrita de café con aguacate, bizcocho de pimienta, un trozo de pastel de huevos y almendras, mazapán y fantasías de chocolate. Alfje quería ir luego a toda costa a la catedral de San Bavón para ver la *Adoración del cordero místico*. Esa es la famosa pintura de Jan van Eyck. Para mí no tenía tanta importancia, pero, cuando sales de viaje con alguien, hay que ser condescendiente. Pero bueno, durante todos esos años que habíamos ido allí, también nos pasábamos a ver cómo iba la restauración de la iglesia de San Nicolás. Llevan restaurándola desde la década de los sesenta del siglo pasado. Todos los años la rodeábamos paseando para comprobar los progresos que habían hecho. Ese era uno de nuestros paseos habituales. A veces no cambiaba nada en absoluto; en esas ocasiones, lo más probable es que se hubiera acabado el dinero. En Bélgica esas cosas funcionan de manera muy distinta de como funcionan aquí. Aquí la gente protesta si no van lo suficientemente rápido.

Mientras aguardaba con tranquilidad a que entrara en materia, me tenía cada vez más hipnotizado el contraste que existía entre su rígido rostro, casi congelado, y el trémulo cuerpo. Intenté descubrir un patrón en los inquietos movimientos, pero el cuerpo y sobre todo la cabeza parecían una y otra vez encontrar una nueva dirección para salir disparados.

—En fin, así que siete años atrás volvimos a hacerlo, pero esta vez ocurrió algo especial. Y yo lo llamo un milagro. Cada cual puede pensar lo que quiera, pero fue un milagro, y no soy la única que así lo piensa.

Lo dijo desafiante, como si ya estuviera armándose ante un posible escepticismo por mi parte.

—Íbamos recorriendo un lado de la iglesia en el que había andamios y, de repente, sentí una mano en la espalda. Justo en medio de los omóplatos. Normalmente, me habría dado la vuelta, desde luego, para ver quién era, pero en cambio me detuve y me quedé quieta. Esa mano no ejercía presión alguna; no me empujaba hacia delante ni tampoco me tiraba hacia atrás, y, sin embargo, había algo en esa mano que hizo que me detuviera. Y no solo eso, también se detuvieron mis temblores. Usted ya ha visto que estoy enferma; si bien hace siete años los temblores eran menores, ya los tenía por esa época. Entonces desapareció la sensación de la mano en mi espalda, produciéndose algo en mi cuerpo que me llenó de una tranquilidad plena; soy incapaz de describirlo de otra manera. Era una sensación deliciosa de paz y felicidad absolutas. Y la tuve en el mismo instante en todas las partes del cuerpo: en las manos, los pies, las piernas, en la cabeza. ¡Fue tan delicioso! Como si todo fuera perfecto. Ya no sentía ningún recelo de mi entorno, y, según Alfje, me había hecho una con el mundo. Pero hubo otra cosa de la que fui consciente: el padre Johan estaba conmigo. Sabía sin más que él estaba allí. No era ninguna sensación: lo sabía. No vi ninguna luz blanca ni ningún ángel ni nada por el estilo. Se oyen de vez en cuando esa clase de historias. Conmigo fue distinto y podría decirse que menos espectacular: comprendí que el padre Johan se había hecho cargo

de mí. Todo en su conjunto duró quizá medio minuto, o al menos eso es lo que calculó Alfje, para luego regresar a la tierra, por expresarlo de alguna manera. Antes de que pudiera preguntarme por qué se me había aparecido el padre Johan, la respuesta ya estaba allí.

Todavía concentrada, se detuvo un momento. Tomó un sorbo de café con cuidado, ayudando con la otra mano a la mano que sostenía la taza.

—Delante de nosotras, justo por donde estaríamos pasando si no me hubiera detenido gracias al padre Johan, se desprendió un fragmento de uno de los contrafuertes de la iglesia, precipitándose hacia abajo, con lo que también cayó el andamio que cubría una gran parte del muro. Se produjeron muchos destrozos; una montaña de escombros, tablas, soportes. Espere, le mostraré que no exagero.

Por fin se abrió la carpeta. Hojeó un poco y luego giró hacia mí las páginas abiertas.

—Mírelo usted mismo.

En la página de la izquierda había pegado un artículo del periódico *Gazet van Gent*, y en la derecha, otro artículo del diario *Dagblad de Limburger*. En ambos artículos aparecía una foto y el estropicio, en efecto, era enorme.

—¿Lo ve? Tendríamos que haber muerto.

Se detuvo y me miró fijamente. Se suponía que debía mostrar lo impresionado que estaba, pero eso me pareció ir demasiado lejos. Resultaba una bonita historia, aunque esa experiencia suya era tan personal que difícilmente podía calificarla de milagro. Puede que hubiera sido una especie de presentimiento; también inexplicable, pero para mí mucho más creíble.

—En efecto, parece que tuvo muchísima suerte.

—¿Suerte? Bueno, la suerte no tiene nada que ver en esto, oiga. Y no es todo. Como Alfje y yo fuimos los testigos que vieron más de cerca ese derrumbamiento, nos entrevistó un periodista. De ese periódico.

Señaló el artículo de la *Gazet van Gent*:

—Al principio yo no quería decirle nada, pero a Alfje ya se le había escapado y entonces tuve que contarle toda la historia. Bueno, y luego lo sacaron en el periódico y ¿sabe una cosa? Al día siguiente recibimos la visita en nuestra pensión de una persona de la junta parroquial de la iglesia de San Nicolás. Un caballero muy educado que lo primero que hizo fue disculparse. Pero no había venido por esa razón. ¡Nos preguntó si sabíamos que el cuerpo momificado del padre Johan van Duyl Aleven yacía en las catacumbas de su iglesia! Nos quedamos estupefactas, por supuesto. Luego nos llevó con él. Allí tienen más de cien momias de sacerdotes, monjes, padres y aristócratas. En realidad, una colección muy extraña. Por lo visto, allí abajo gozan de una temperatura que hace que se conserven muy bien los cuerpos, sin ningún tratamiento especial. Fíjese usted mismo.

Había pegado las fotos dispersas por unas cuantas páginas. Las momias no yacían cada una en su propio féretro, sino que estaban tiradas en el suelo las unas al lado de

las otras dentro de una suerte de celdas con barrotes, para que los visitantes no pudieran tocarlas. Cuando pasé una página, me dijo:

—Ese es el cuerpo del padre Johan. ¡Y mi marido y yo que habíamos creído durante todos esos años que estaría enterrado en algún sitio bajo esa cruz!

Observé las fotos con sorpresa. Sí que se trataba de una extraña coincidencia, en efecto. El hábito de este padre Johan, tejido con burda tela, se encontraba aún en razonable buen estado, y el cuerpo se conservaba llamativamente bien. De la cabeza solo le quedaba el cráneo, pero todavía tenía la piel reseca rodeándole en parte los brazos y las piernas, y todos los huesos de manos y pies formaban un correcto conjunto. No parecía faltarle ni uno. Los colores del hábito y del cuerpo se habían oscurecido con el transcurso de los años, mostrando una extraña similitud entre sí. En los cuerpos que yacían más a la sombra apenas podía distinguirse a veces lo que era la piel y lo que era la tela. Junto al cráneo, también oscurecido, había una pequeña cruz de madera con su nombre.

—Bueno, usted ha vivido una experiencia insólita.

—Sí, y ahora comprenderá también por qué le pongo flores en la cruz.

Estuvimos hablando por lo menos una hora antes de que decidiera marcharme. Calculé que quedaban unas dos horas de camino a pie para llegar a Mennorode y no me apetecía nada hacerlo en la oscuridad.

Cuando al final de la tarde vi a lo lejos Mennorode, aminoré la marcha. Tras unas cuantas ventanas ya se habían encendido las luces y así, en la penumbra, en medio de la naturaleza y con ese par de lucecillas, bien podría haberse tratado de una granja medieval. Era una imagen que tendía un puente entre cientos de años. ¿Cuántas veces habría visto lo mismo ese padre Johan? Tal vez con una sensación de alivio al volver a llegar al mundo habitado.

Estaba tan cerca que ya no podía perderme y, cuando miré alrededor y vi un banco, decidí aplazar aún más la llegada. Me imaginé cómo los distintos grupos de visitantes en este momento disfrutaban de la comida sentados a las largas mesas del gran comedor. Los huéspedes se servían de un sencillo bufé que consistía en un primer plato de sopa del día con una barra de pan y un plato principal con verduras, patatas y carne que se conservaban calientes dentro de fuentes de aluminio. Al lado había un bufé de ensaladas con lechuga, tomates, pepino y zanahoria rallada. Al final, traían las bandejas con un postre. No había mucho donde elegir ni tampoco se preparaba ningún malabarismo culinario, pero, tras un día entero de andar paseando al aire libre, todo me sabía muy rico.

A excepción de un único senderista, los huéspedes en Mennorode eran en su mayoría personas de edad que participaban en uno de esos cursos de espiritualidad o sentido existencial en los que se hablaba sobre lo que significaba creer y sobre otras cosas que transcendían de las preocupaciones cotidianas. Para muchos, la

participación en un programa de estos era una excusa que les permitía estar con gente y charlar, comer y tomar una copa de vino por la noche con otros que tenían sus mismas ideas. Las personas que se encontraban en el otoño de sus vidas miraban hacia atrás, a lo que habían dejado a sus espaldas. Aunque yo no formaba parte del grupo, a mí también me reportaba una sensación de amparo y protección.

IV

Cuando a las diez de la noche estaba cepillándome los dientes, después de ducharme, miré en el espejo la ducha que había a mis espaldas. El lugar estaba revestido con unos pequeños baldosines de color marrón oscuro que me hicieron pensar en las sólidas mesas de madera de roble, cuyo tablero también había sido realizado con el mismo baldosín. Una mesa que simbolizaba más las botellas de cerveza, el tabaco negro y la pobreza desesperada que la falta de gusto. A pesar de esa asociación deprimente, me había dado una buena ducha. La habitación estaba decorada con austeridad, era casi espartana, pero limpia; el colchón de la cama individual era consistente y dormía entre pulcras sábanas y bajo un cálido edredón. Ahora abriría bastante las ventanas para que el aire frío pudiera entrar en la habitación y por la mañana me despertaran los primeros silbidos de los pájaros. Tan temprano y tan en medio de la naturaleza que aún no se podría oír ningún sonido humano, solo ese silbido de los pájaros.

Me senté en el borde de la cama para escuchar los mensajes que me habían dejado en el buzón de voz del móvil. Un par guardaban relación con los últimos flecos de un asunto en el que había estado trabajando los meses pasados y Jaap Tielemans me enviaba saludos, invitándome a que saliéramos a cenar. Y, por último, ese extraño mensaje: «Sí, buenas tardes, Jager, soy Dick van Arnhem. Me gustaría hablar contigo. No es urgente. Llámame cuando puedas. Adiós».

Había confiado en que todo pudiera aplazarse hasta la semana siguiente, pero incluso aunque no hubiera ninguna prisa, no conocía a nadie que no contestara de inmediato a un mensaje de Dick van Arnhem. Del tono de su voz tampoco podía deducirse nada. Las veces que le había acompañado en momentos en que se requería tomar una decisión importante nunca había llegado a percibir tensión alguna en su voz. No podía imaginarme que hubiera nada capaz de hacerle perder el control a este hombre, ya se tratara de la compra multimillonaria de otra empresa o de la adquisición de una valiosa obra de arte. Con tranquilidad, ponderadas y siempre bien calculadas, sopesaba las diferentes opciones.

En el pasado había hecho un par de trabajos bien remunerados para él que salieron en la primera página de todos los periódicos neerlandeses importantes e, incluso, fueron noticia en el extranjero.

Al final de la década de los años cincuenta del siglo pasado, uno de sus antecesores en la dirección de la empresa había añadido a la colección unas cuantas obras experimentales del pintor ruso Kazimir Malévich, uno de los vanguardistas más importantes del siglo xx. Su empresa solo había comprado cuatro, pero el Stedelijk Museum de Ámsterdam había realizado una selección mucho mayor de esa misma partida ofertada: decenas de pinturas, acuarelas, dibujos y las denominadas «fichas teóricas». En 1927, Malévich se había visto obligado a dejar una parte de su

colección en Berlín, donde se encontraba a la sazón asistiendo a una gran exposición de su obra. Cuando Malévich falleció en 1935, la colección seguía estando allí, embalada en grandes cajas de madera. De por sí ya era un milagro que todo hubiera sobrevivido a la guerra, pues en opinión de los nazis se trataba de arte degenerado. Si le hubieran podido echar mano, probablemente lo habrían quemado sin miramientos. Cuando el Ayuntamiento de Ámsterdam adquirió una parte de la colección para el Stedelijk Museum, las negociaciones se llevaron a cabo con el arquitecto alemán Hugo Häring, quien afirmaba, confirmándolo con documentos que lo demostraban, que él era el propietario legítimo. Durante años estuvieron circulando algunos rumores persistentes que ponían en duda esos derechos de propiedad, pero la dirección del Stedelijk Museum se encerraba en un mutismo absoluto. Los herederos de Malévich habían intentado por las buenas que la dirección del museo escuchara sus reclamaciones en el sentido de que ellos, y solo ellos, eran los auténticos propietarios, pero se les puso de patitas en la calle con cajas destempladas. Cuando ya no les quedaba ninguna otra opción, decidieron incoar un proceso apoyados por un sinnúmero de sólidas pruebas que testificaban que su abuelo nunca había cedido su propiedad. El Stedelijk Museum recurrió como respuesta a una batería de caros abogados y la parte contraria se vio atrapada en las asfixiantes redes de un juego dialéctico de procesos judiciales y trámites costosos. Muy razonablemente, el museo pensó que podía ganar esa batalla de desgaste devoradora de dinero confiando en que una institución, al fin y al cabo, siempre tendrá más capacidad de resistencia que un individuo, tanto más ahora que se trataba de descendientes empobrecidos de la antigua Unión Soviética. Cuando su reclamación resultó haber prescrito, según el derecho neerlandés, los herederos de Malévich se vieron por fin obligados incluso a incoar el proceso en los Estados Unidos de Norteamérica.

Los herederos de Malévich se habían dirigido inicialmente al Stedelijk Museum porque allí se encontraba la mayoría de las pinturas. No se podían permitir otro juicio y probablemente pensaron que, si el museo tuviera que devolver la colección, a la empresa de Dick van Arnhem le aguardaría en un momento posterior el mismo destino. En lugar de quedarse esperando, Dick van Arnhem me contrató para averiguar la *provenance* de sus cuatro pinturas. No le apetecía atrincherarse tras abogados y quería saber si los herederos de Malévich estaban en su pleno derecho o no. Por un instante muy breve sospeché que recurría a mí para reunir material probatorio que pudiera utilizarse en la defensa contra una posible reclamación. Pero aunque hablé muy poco con él, me pareció una persona íntegra.

Durante todos los años que llevaba ejerciendo esta profesión y coincidiendo con la gente más extraña, empezaba siempre con la misma pregunta: ¿quién es la persona que me contrata? Quería saber exactamente con quién tenía que vérmelas, incluso si no era fácil descubrirlo y costaba tiempo y dinero. No lo hacía en primer lugar para asegurarme de que el posible cliente podía responder con su dinero a los pagos. Ese riesgo ya estaba cubierto; además de un contrato claro, exigía eventualmente un aval

bancario o que se depositara el dinero en una cuenta de garantía bloqueada. La razón principal era que no quería verme involucrado en feos asuntos con las personas equivocadas. En el pequeño mundo por el que me movía no había nada más peligroso que una reputación dañada.

A Dick van Arnhem no se le podía reprochar nada. Había alcanzado la cumbre trabajando duro y gozaba de una excelente consideración por parte de los accionistas, quienes habían visto subir mucho el valor de sus posesiones desde que él era el director ejecutivo. Pero no solo eso, también era querido por sus colaboradores. En un tiempo en el que la competencia se había lanzado bajo la presión de los bancos y las aseguradoras al torbellino de reorganización sobre reorganización y un expediente de regulación de empleo tras otro, él supo conservar la calma interna. Sin perder de vista la importancia de una organización eficiente y exigiendo mucho a los suyos, resultó simplemente que él no tenía parangón en la mejora constante de sus productos y en la apertura de nuevos mercados. Puede que pareciera sencillo, pero me imaginaba que debería de soportar una enorme presión para alcanzar tan altos objetivos en este mercado en extremo competitivo.

La confirmación de que mi intuición era correcta llegó cuando le presenté el informe con los resultados. Fue un caso en el que estuve trabajando durante medio año a tiempo completo. Había tenido que desplazarme a Hannover, Colonia, Varsovia, Nueva York e incluso a Leningrado, Moscú y Canberra. Me había pasado muchas horas en archivos, a veces escarbando en dosieres en los que se había acumulado el polvo de décadas. Y para un asunto que había acontecido hacía mucho tiempo tuve que buscar a personas, a menudo muy ancianas, que me pudieran contar algo de primera mano.

Cuando por fin se vio confrontado con la conclusión de que era cuestionable la legitimidad con que las pinturas habían llegado a poder de la empresa cuyo director ejecutivo era él, no pareció especialmente decepcionado. Sus preguntas eran todo menos defensivas y no estaban encaminadas a ponerles trabas a mis consideraciones. Aunque no era asunto mío, le pregunté qué pasos se planteaba dar ahora. No entró en detalles, pero vino a decir en resumidas cuentas que no impugnaría la reclamación de propiedad de los herederos. Al contrario, la reconocería, pero al mismo tiempo haría todo lo posible por conservar las obras en la colección de su empresa.

No mucho más tarde leí en el periódico por fin lo que había conseguido. De manera muy inusual, desde luego en el mundo del arte tal como yo lo conocía, pues después de todo no había ningún pleito contra la empresa, fue él quien tomó la iniciativa de dirigirse a los herederos de Malévich y reconocerles los derechos de propiedad. Llegó a un acuerdo por el que la propiedad volvía a pasar oficialmente a los herederos, pero al mismo tiempo la empresa obtendría los cuadros en préstamo de uso durante un período de cincuenta años, con opción a prórroga. En resumen: seguían formando parte de la colección. No se mencionó nada sobre los detalles de los acuerdos alcanzados, ya que las dos partes habían pactado no facilitar información

al respecto. Se especuló sobre lo que se había pagado para conseguir las pinturas en préstamo, pero nadie conocía los pormenores.

Sin embargo, más adelante oí algo al respecto que me proporcionó una perspectiva muy esclarecedora del modo en que Dick van Arnhem había sabido combinar de manera muy inteligente el deseo de hacer justicia y, al mismo tiempo, la intención de conservar las pinturas en las condiciones más favorables posibles. Me enteré por boca de la administradora de la colección, una dama mayor y jubilada, una especialista en arte de renombre, que había sido contratada por Dick van Arnhem para gestionar la colección. Me la encontré en la feria TEFAF, durante uno de los innumerables cócteles que ofrecen los marchantes de arte allí presentes, y me puse a charlar con ella. Ya había bebido algo y, aunque aún un poco reservada, estaba bastante más expansiva de lo normal.

Ella y Dick van Arnhem habían ido a San Petersburgo con el dossier tal y como se lo había entregado yo y allí se habían encontrado con los herederos de Malévich, un grupo bastante heterogéneo de casi treinta personas. Habían llevado abogados, pero Dick van Arnhem no quería ni verlos, así que tuvieron que marcharse. Cuando estuvieron sentados por fin los unos frente a los otros, les contó sin rodeos que su empresa, cuyo jefe supremo era él, tras haber realizado minuciosas investigaciones, había llegado a la conclusión de que no era la propietaria legal. La parte contraria se quedó de piedra, se les abrieron las bocas por la sorpresa y, tras esa sorpresa, llegó la desconfianza. ¿Qué habría detrás de todo esto? Dick van Arnhem hizo su propuesta a continuación con toda tranquilidad. La propiedad regresaría oficialmente a los herederos de Malévich mientras él obtuviera el préstamo de las pinturas por un período de cincuenta años, con una opción de prórroga bajo condiciones estipuladas con anterioridad. También estaba dispuesto a prestar los cuadros un determinado número de días al año para exposiciones retrospectivas de su obra. Por ese préstamo de uso quería pagar una cantidad anual. Cuando mencionó la cantidad, se produjo cierta irritación al otro lado de la mesa. Se consideraba demasiado baja para cuatro obras maestras de Malévich cuyo valor en el mercado sería de millones. Los compradores harían cola para adquirirlas.

Dick van Arnhem hizo algo a continuación que a ella también la sorprendió. Mientras me lo contaba, en su voz podía apreciarse admiración al evocar de nuevo cómo manejó el asunto entonces.

—Dejó en la mesa su dossier y, ¿sabe lo que dijo?: «Hemos gastado mucho dinero para poder comprobar de manera irrefutable que las pinturas nunca han sido realmente de nuestra propiedad. Esa prueba se encuentra en esta carpeta. Naturalmente, sé también que han pleiteado con el Stedelijk Museum de Ámsterdam. He contactado con ellos al respecto, después de todo los dos compramos cuadros de esa famosa caja de madera de su abuelo. También he visto los pliegos que han presentado para reclamar los derechos de propiedad. Además, he hablado con los abogados del museo y ellos creen que, también basándose en lo que ustedes han

entregado como prueba, tienen muchas posibilidades de que su reclamación sea declarada sin fundamento por un juez. Creo que no se equivocan, queda bastante espacio para sembrar duda y tengan por seguro que la sembrarán. En ese caso, tendrán que pasarse muchos años litigando».

»Guardó un breve silencio para que las palabras hicieran su efecto y luego dijo: “Si llegamos a un acuerdo, su posición será mucho más sólida”.

»No estábamos sentados frente a personas estúpidas, señor Havix. Les explicó con calma por qué le parecía su oferta económica tan razonable. En primer lugar, porque estaría claro que reconocía el derecho de propiedad de los herederos de Malévich, lo que ejercería una enorme influencia en el juicio que se estaba tramitando con el Stedelijk Museum. Y en segundo lugar, quería poner a su disposición las pruebas recopiladas por usted. En realidad, Dick “vendió” su dossier, como quien dice. Una idea que a mí no se me habría ocurrido ni por asomo. Durante la reunión, llegamos a un acuerdo en líneas generales. Lo único que me preocupaba era la reacción del Stedelijk Museum. Si llegara a conocerse esto, podrían bebernos la sangre. Cuando se lo comenté a Dick después, me contestó muy tranquilo que difícilmente podía reclamar la propiedad de lo que no era suyo. En ese sentido era un hombre de férreos principios. Por lo demás, se hallaba en la incómoda posición de depender del desenlace de un pleito de otros, y eso era algo que no le gustaba en absoluto. Esta era la única posibilidad que quedaba de salir bien para él y para los herederos de Malévich. Él se debía a la empresa que dirigía, no al Stedelijk Museum. Por lo demás, ellos tampoco habían venido a preguntarle por su parecer cuando decidieron lanzarse a la arena. Además, ya les había advertido que tarde o temprano les darían la razón a los herederos. Ya se habían producido las primeras señales, en el sentido de que las autoridades rusas empezaban a interesarse por el asunto, so capa de “patrimonio cultural”. Si esto seguía adelante, la presión no haría más que aumentar. La dirección del Stedelijk Museum, sin embargo, apenas le había escuchado.

De alguna manera, yo la había subestimado, porque a pesar de ese par de copas de vino sólo me había contado lo que había querido. No había soltado prenda sobre la parte más importante de los acuerdos a los que habían llegado allí, en San Petersburgo, de los que no me enteré hasta después de tres años por el periódico. En efecto, Dick van Arnhem había vendido mi informe, pero por un precio mucho más elevado de lo que cualquier persona hubiera considerado posible. Visto *a posteriori*, había recuperado con creces el dinero que había invertido en mi contratación.

Tras las intrigas y litigios de rigor, el Stedelijk Museum decidió transigir. La propiedad de todos los cuadros y el resto de las obras volvió a manos de los herederos de Malévich. Sin embargo, las condiciones fueron mucho menos favorables de lo que habían sido para Dick van Arnhem. Se percibía algo de la aversión que los herederos de Malévich debían de haber sentido por la manera en que el Stedelijk Museum los

había tratado en el pasado. Quisieron recuperar a toda costa las pinturas más importantes y, por la parte restante que le quedó en préstamo de uso al museo, este tuvo que pagar una suma considerable. En el cabildo de Ámsterdam fue un motivo de debates acalorados. ¿Quién había sido el responsable de esa mala gestión?

Sin embargo, uno de los cuadros que hubo de ceder el museo se quedó en los Países Bajos. No pude reprimir una sonrisa al leerlo: Dick van Arnhem se las había ingeniado muy bien para conseguir incluirlo en su colección. Era una de las primeras pinturas suprematistas de Malévich: *Cruz negra sobre óvalo rojo*. Recordé que Dick van Arnhem la había mencionado una vez cuando me mostró los cuatro cuadros que obraban en poder de su empresa.

—En realidad, es una serie de cinco pinturas. El quinto lienzo se halla en el Stedelijk Museum: *Cruz negra sobre óvalo rojo*. No me preguntes por qué no adquirimos entonces las cinco, es incomprendible. Intenté convencer al Stedelijk Museum para volver a reunirías, pero no hubo manera. Bueno, sí, existía la posibilidad de que les cediéramos nuestras cuatro pinturas. Es una pena que persistan en su empeño, porque precisamente esa pintura que falta aumenta la fuerza expresiva del conjunto. Ojalá pudiera tener la oportunidad de reunirías algún día.

Esa oportunidad se había presentado y él la había agarrado con ambas manos. Ese día en San Petersburgo había llegado a otro acuerdo. No he visto el contrato, pero debe de haber sido más o menos como sigue: si los herederos de Malévich consiguen recuperar con su ayuda los cuadros del Stedelijk Museum, ese cuadro en concreto debía unirse a las otras cuatro pinturas. Ese era su deseo de amante del arte. El hecho de que su abuelo probablemente también lo habría querido así, no habrá dejado de mencionarlo Dick van Arnhem. Debe de haber empleado cualquier argumento disponible para fundamentar su propósito.

Mi contratación fue uno de los pasos de un plan que habría urdido hábilmente con antelación. Este hombre le había dado la vuelta por completo al asunto, llevándolo a su terreno. Mis servicios no habían sido nada baratos, pero al final había conseguido en préstamo de uso una pintura única, pagando por ella solo una fracción de su valor de mercado, estimado en unos quince millones de dólares.

Para los herederos de Malévich todo había terminado por lo menos igual de bien: tras el Stedelijk Museum, el Museum of Modern Art de Nueva York y el Busch-Reisinger Museum de Cambridge, Massachusetts, decidieron transigir en vez de litigar.

V

Cuando llamé a Dick van Arnhem a la mañana siguiente, me cogió el teléfono su secretaria, Simone Godliman: una señora muy preparada para su trabajo, de unos cincuenta años, que atendía a todo el mundo con extrema eficiencia y corrección. Llevaba ya muchos años siendo su secretaria personal y hacía las veces de parapeto entre él y todo aquel que quisiera acercársele, manejándolo todo con mano muy firme. Tal vez su propia esposa fuera la única persona que podía llamarle sin pasar por el cedazo, pero incluso eso me atrevía a ponerlo en duda.

También esta vez se portó conmigo —gallina en corral ajeno y cualquier cosa antes que un hombre de negocios importante— de manera muy correcta. Estaba al tanto y me puso en seguida con él.

—Hola, buenos días, Jager. Gracias por devolverme la llamada. ¿Qué tal estás?

—Muy bien. Gracias.

—Estupendo. Seré breve. Un vecino de mi edificio se ha dirigido a mí solicitándome ayuda y, aunque no es la clase de trabajo que haces normalmente, en seguida me vino su nombre a la cabeza. ¿Estás disponible?

—Sí, en principio sí, pero ¿de qué se trata?

—Se llama Kalman Teller. Lleva ya una década envuelto en una causa judicial; no él directamente, pero sí es él quien paga la asistencia jurídica de una mujer que antes le llevaba las cuentas y que se ha convertido en la víctima de una negligencia médica.

¿Una causa que se arrastraba ya desde hacía diez años? ¿Una negligencia médica? Esa no era mi especialidad en absoluto. Dick van Arnhem debió de haber notado mi confusión.

—No parece muy lógico, pero me ha contado unas cuantas cosas que me llevaron a pensar en seguida en ti.

—¿Y esas cosas fueron?

—No han cesado de tener mala suerte en todo este asunto judicial y ya son varias las veces que les han aconsejado mal. Lo que están buscando, ante todo, es alguien en quien poder confiar plenamente, una persona íntegra.

Yo ya sabía que me consideraba un buen profesional, pero esto era muy halagador. Además, así, de manera tan directa.

—Por lo visto, la integridad es algo muy importante, ¿no?

—Sí, con todo lo que han pasado, el asunto no puede volver a torcerse otra vez.

—¿Puedes contarme algo más?

—En resumen, todo se reduce a que esa mujer ha quedado casi inválida debido a una negligencia mientras le administraban la anestesia para una sencilla operación. Para ella y su marido es obvio que se trata de una negligencia, pero el hospital lo niega todo y ha permitido que el caso llegara hasta los tribunales. Llevan ya más de diez años enzarzados sin mucho éxito y, en su opinión, la cosa va de mal en peor.

—¿Y qué quieren de mí? Yo no soy ningún jurista. Me imagino que se lo habrás dicho.

—Sí, por supuesto, aunque ahora eso es lo que menos necesitan. Pero me parece que lo mejor será que te lo expliquen ellos mismos.

—¿Ella y su marido? Prefiero hablar con ese señor Teller antes de verme arrastrado por un remolino de emociones.

—No habrá problema.

—¿Sabes algo más de él?

—Pues creo que ya se ha jubilado, pero ha trabajado casi toda su vida para la Shell, en un departamento que asesoraba sobre las posibles estrategias al consejo de administración. Eso atestigua algo sobre su inteligencia y esa es también la impresión que me da. Es muy celoso de su privacidad, pero es de origen húngaro, de ahí el nombre. Por lo demás, es judío y durante la guerra estuvo en Auschwitz. Esto último, la verdad, no lo sé por él. En mi opinión, es un hombre en el que se puede confiar plenamente.

Por su tono de voz me percaté de que la conversación empezaba a resultar demasiado larga. Seguía sin verle la posible relación conmigo, pero Dick van Arnhem no era el tipo de hombre dispuesto a endilgarme algo simplemente porque se le había ocurrido mi nombre de pronto. Y fuera quien fuese ese Kalman Teller, lo cierto es que podía permitirse un piso de más de un millón de euros. Dick van Arnhem vivía en uno de los edificios de apartamentos más caros de Róterdam, en la cabecera del Wilhelminakade, con una vista panorámica sobre la ciudad y el Mosa.

—Está bien. Iré a hablar con él.

—Estupendo, gracias. Te paso en seguida con Simone. Ella te dará su número y le dirá que vas a llamarle. ¿Cuándo te viene bien?

De momento estaba en el Veluwe y, en cualquier caso, debería esperar hasta que regresara.

—Algún día de la semana que viene.

—Muy bien.

Poco antes de que concluyera nuestra conversación, me tenía preparada otra sorpresa:

—Una cosa más, te aviso de que tiene las manos mutiladas. No es plato de buen gusto. Y tampoco querrá estrechártela.

VI

Durante los últimos días de mis vacaciones, el tiempo fue empeorando cada vez más. A mí apenas me molestaba y daba largos paseos hasta que se hacía de noche. Casi nunca me encontraba con nadie. En cambio, vi muchos animales; manadas de jabalíes y, de vez en cuando, ciervos, solos o en grupos de dos o tres. Los ciervos estaban tan atentos a la presencia del hombre que solamente se dejaban observar a mucha distancia, pero con uno me encontré de sopetón cara a cara. Me detuve, me quedé completamente inmóvil e intenté estirar ese momento todo lo que me fue posible. Ni siquiera parpadeé. Por fin, el ciervo se apartó y desapareció entre los árboles. Ese ciervo y yo: pocas veces he tenido una sensación tan intensa de que existe más de un mundo.

De regreso a Ámsterdam, lo primero que hice fue encender la estufa de gas en las habitaciones delantera y trasera. Tras una semana de ausencia, la casa estaba fría. Un frío húmedo que se veía intensificado por la quietud de un espacio vacío en el que no se había vuelto a mover nada hasta el momento en que entré. Hacía algunos años que había renovado el piso de arriba abajo, pero ante la sorpresa del contratista decidí mantener las estufas de gas en lugar de optar por una calefacción central. Me gustaba tener que ir a buscar el calor de mis estufas. Cuando hacía demasiado frío, corría la mesa y las sillas para comer, leer y trabajar tan cerca de esa fuente de calor como me fuera posible, y a veces me quedaba sentado en la penumbra, mirando el resplandor de las llamas de gas.

Hasta el final de la tarde no me tomé tiempo para llamar a Kalman Teller. Al principio parecía ausente, como si le hubiera molestado en el momento más inoportuno, pero, cuando comprendió por qué llamaba, cambió el tono de su voz. Me preguntó si podía pasarme por su casa esa noche y, después de pensármelo un poco, accedí.

Dick van Arnhem vivía en la planta decimoquinta de este rascacielos en Róterdam de estilo nada neerlandés, pero Kalman Teller se lo había montado aún mejor con uno de los dos apartamentos que había en la planta más elevada, la vigésima. Tras haberle dado mi nombre a un recepcionista, salí disparado hacia arriba en un ascensor que no hacía ningún ruido. En lugar de encontrarme a Kalman Teller esperándome en el vano de la puerta, hube de aguardar bastante tiempo a que me abriera. Por el rabillo del ojo vi una cámara dirigida a la entrada y supuse que se estaba tomando su tiempo para observarme. No era lo que podía llamarse un buen recibimiento. Cuando por fin se abrió la cerradura con un clic seco y la puerta giró despacio hacia dentro, seguía sin haber nadie allí.

—Entre, por favor —gritaron desde el fondo del pasillo. Recorrí un espacio mal iluminado hacia la puerta entornada por la que asomaba una clara luz blanca. Cuando

abrí la puerta un poco más, me quedé mirando sorprendido por un instante. Aunque este debía de ser su hogar, a lo que más se parecía era a una oficina. Las paredes estaban repletas de archivadores y librerías que llegaban hasta el techo, y en el centro de la espaciosa sala en forma de ele había una enorme mesa alargada llena de ordenadores, libros y papeles. El cuarto estaba iluminado por la fría y clara luz de tubos fluorescentes empotrados en el techo. No se había hecho el más mínimo esfuerzo por emplear algo de iluminación ambiental para aportar una atmósfera más cálida al espacio. Alrededor de la mesa había sillas de oficina con altos respaldos, pero por lo demás no pude vislumbrar butacas, tresillos o lugar alguno donde se pudiera uno sentar cómodamente, y entre todos esos monitores se echaba también en falta un televisor normal y corriente. En una de las paredes se había colgado una enorme pantalla plana de un metro y medio por dos metros y medio. Reconocí la imagen de lejos: la Tierra, con todos sus continentes y océanos. En la parte posterior de la sala se extendía a todo lo ancho una pared de cristal, pero no podía verse nada de la vista panorámica que debía de haber desde allí sobre las miles de luces de la ciudad y quién sabe hasta cuántos kilómetros más allá. Empleando una luz amortiguada, la atención de cualquier visitante se vería atraída de inmediato por esa vista, pero ahora la luz fluorescente era tan intensa que tendrías que pegar la nariz contra el cristal para poder ver algo del exterior. Evocaba una imagen de ventanas encendidas de edificios de oficinas en noches oscuras, ventanas que ofrecían una mirada más bien hacia dentro que hacia fuera.

En el extremo de la mesa, un hombre anciano se levantó con dificultad de una de las sillas de oficina de cuero con ruedas. Primero se incorporó tan recto como pudo y, apoyando la palma de las manos en los anchos reposabrazos, fue levantándose despacio y con visible esfuerzo. Le temblaban los brazos y parecía que en cualquier momento podía volver a caerse.

Una vez estuvo en pie, me percaté de que debía de medir unos dos metros, era casi media cabeza más alto que yo. A pesar de lo avanzado de la hora y del hecho de que me recibiera en su casa, llevaba puesto un perfecto traje de raya diplomática color azul oscuro hecho a medida, una camisa con gemelos plateados que mantenían unidos los puños impecablemente planchados y, en la parte de abajo, unos lustrosos zapatos negros que resplandecían en mi dirección. ¿Se lo habría puesto para recibirme? Era de una delgadez llamativa, con un fino cuello del que le caía el pellejo. En contraste con esa marca de ancianidad, poseía una buena mata de cabello plateado, peinado con precisa raya, y un rostro vigoroso y atractivo. Un hombre guapo y con ese empaque..., no habíamos intercambiado ni una palabra, pero podía imaginarme sin problemas que, si bien ahora ya viejo y envarado, irradiaba sobre los demás una superioridad natural. Sentía curiosidad por el uso que hacía de ella y si los demás se la atribuirían con razón.

Cuando estuve a su lado y me presenté, me cuidé de no tenderle la mano.

—Kalman Teller —dijo con una ligera inclinación de cabeza y los largos brazos y

manos estirados y pegados al cuerpo. Esbozó una sonrisa y continuó—: En efecto, yo no estrecho las manos, el señor Van Arnhem le ha informado bien. Gracias por haber venido tan pronto. Pero, siéntese, por favor.

Con la misma concentración con la que se había puesto en pie, volvió a sentarse y, ahora que estaba tan cerca de él, podía oír lo difícil que le resultaba respirar.

Aguardó un instante hasta que volvió a calmársele la respiración y luego me señaló con un gesto de su cabeza una bandeja sobre la que había un termo de aluminio, tazas, platos, azúcar y crema para el café en un servicio de plata, mientras decía:

—Si se sirve un café, termino una cosa y en seguida estoy con usted.

Acepté su ofrecimiento y me serví un café. Para evitar que se volcara hacia atrás y se hundiera la lujosa silla de oficina, me senté a continuación en el borde del asiento, y así pude ver las manos de las que Dick van Arnhem me había prevenido.

De la izquierda le faltaban el pulgar y el meñique bajo los nudillos; de la derecha, el meñique y, en la prolongación de este, un buen trozo de la palma de la mano incluso. Ya había visto otras veces manos deformadas, pero los dedos que faltaban, el pedazo de sus palmas y el tejido cicatrizado burdamente resultaba muy desagradable para la vista. Los demás dedos de ambas manos estaban ligeramente arqueados, como si estuvieran en tensión. A muchos les faltaban las uñas y, en su lugar, había crecido una piel lisa y lampiña, con un color un poco más claro que el del resto de la mano. Esa imagen dañada y caótica era reforzada aún más por las abultadas venas amoratadas, justo bajo la piel, en el dorso.

No resultaba un espectáculo agradable, pero lo más impactante era el contraste entre esas manos tremendamente deformes y el estupendo y solemne aspecto exterior del hombre. Apenas podían conciliarse ambas cosas, y cualquiera que le mirara debía de sentirse muy incómodo.

A pesar de la malformación de esas manos, resultó ser capaz de manejar bien el ordenador, aunque tecleara más despacio y con más esmero. Debió de percatarse de que se las estaba mirando y, para quitármelo de la cabeza, me levanté y me dirigí a la pantalla de la pared. Comprobé que la imagen cambiaba cada pocos segundos. En el mapamundi aparecían indicados cientos de puntos de diferente tamaño y con diferentes colores. En el momento en que la imagen se renovaba, aparecía allí arbitrariamente, en uno de esos puntos muy brevemente, una pequeña lista con números y un gráfico cuyas cifras y líneas cambiaban a toda velocidad, para volver a desaparecer al instante siguiente. Así se «iluminaban» continuamente esos puntos, al parecer en un orden por completo arbitrario. Pasó algún tiempo antes de que pudiera encontrarles algún significado. Considerando también los antecedentes de Kalman Teller, debía de tener algo que ver con pozos de petróleo: Irak, Irán, Arabia Saudí y otros Estados del golfo Pérsico, Rusia y unos cuantos Estados limítrofes que en el pasado habían conformado la Unión Soviética, Venezuela, Alaska, el mar del Norte. Pero ¿qué significaban esa continua iluminación de los puntos y las pequeñas listas y

gráficos que aparecían debajo?

Recorrí con la mirada los armarios llenos de libros. En realidad, no había ni un lugar sin aprovechar, y todo parecía guardar relación con su trabajo, con títulos como: *Characteristics of North Sea Oil Reserve Appreciation, Technology and Petroleum Exhaustion: Evidence from Two Mega-Oilfields, The Oil Depletion Protocol, A New Reserve Growth Model for United States Oil Fields*. Petróleo, petróleo y aún más petróleo. Ninguna novela, antologías poéticas, novelas policiacas o lo que fuera, para leer sin más.

—Y ¿ya lo ha descubierto?

Kalman Teller llegó despacio a mi lado sentado en su silla de despacho, impulsándose con los tacones sobre el suelo de madera.

—Campos petrolíferos, supongo, pero no tengo ni idea de lo que pueden significar los diferentes tipos de puntos y por qué la pantalla se renueva continuamente.

—Los puntos rojos indican los Big Cats: campos petrolíferos con más de cien millones de barriles. Todo lo que está por debajo son los puntitos azules. Los puntos morados son los campos realmente grandes, con más de mil millones de barriles. — Señaló un punto en algún lugar de Arabia Saudí y dijo—: Ghawar, el campo petrolífero más grande del mundo, con unas reservas de aproximadamente ochenta mil millones de barriles. Luego viene Burgan, en Kuwait, con unos setenta mil millones de barriles. Después no hay nada durante un tiempo y entonces llega Irán con treinta mil millones de barriles.

—¿Usted calcula las reservas?

—No, eso ya lo sabemos. Tampoco se ha descubierto apenas nada de gran importancia y, si se descubre, las circunstancias son tan complicadas que solo podrá sacarse ganancia de una parte. Ya desde 1984 se consume más petróleo del que se descubre, y el año pasado por cada cuatro barriles producidos solo se descubrió uno. De los sesenta y cinco países mayores productores de petróleo, cincuenta y cuatro ya han superado su pico en la producción petrolífera. Los Estados Unidos en 1971, Indonesia en 1997, Australia en 2000, México en 2004, y sigue así. Todos los datos que calculan aquí en línea los ordenadores que usted ve guardan relación con una sola cosa: la producción petrolífera.

—Lo dice de una manera como si fuera una diferencia importante.

Se retrepó en la silla y me miró un momento con atención.

—Siempre me ha sorprendido que la mayoría de las personas que no están en la industria del petróleo sepan tan poco de algo que es tan determinante para nuestro modo de vida. El petróleo no es solo una fuente de energía, sino también el componente principal de innumerables productos. Tome por ejemplo los fertilizantes y en seguida tendrá un vínculo con la producción alimenticia. ¿Ha oído hablar alguna vez del concepto *pico petrolero*?

—No, lo cierto es que no.

—¿La *Hubbert Curve*?

—No, tampoco. Debo decepcionarle de nuevo.

—Tal como le decía, usted no es el único. En resumen, quiere decir que, durante la explotación de un campo petrolífero, la extracción sigue un ciclo vital determinado. En algún momento de ese ciclo vital aparecerá una producción máxima por unidad de tiempo. Primero va aumentando la producción paulatinamente, luego esta se acelera para volver a hacerse más lenta poco antes de la cúspide. Tras esa cúspide, la extracción primero desciende despacio, a continuación rápido de nuevo y al final vuelve a disminuir hasta que se agota el campo. En el momento en que la producción está en la cima, se ha sacado aproximadamente la mitad del petróleo extraíble. Reproducida gráficamente, surge así una curva simétrica en forma de campana. Todo esto se basa en un modelo matemático de 1956, desarrollado por King Hubbert, un geofísico que, por lo demás, también trabajó para la Shell. El problema es que lo que sirve para un campo petrolífero concreto, sirve también para todos los campos juntos. Todos esos campos que aparecen aquí en la pantalla. Ese momento, cuando el mundo alcance el punto más elevado en la producción de petróleo, se llama el *pico petrolero* o la *Hubbert Peak*. Yo soy una de las miles de personas en el mundo entero que intentan predecir ese momento.

—Entiendo que es un momento importante.

—Sí, un momento histórico de gran relevancia. En opinión de algunos, ya hemos llegado a la cúspide, para ser exactos el 15 de diciembre de 2005, pero mi antiguo patrono y los demás *super majors* y *majors* afirman que alcanzaremos la cúspide en algún momento entre el 2020 y el 2030. Pero no se trata solo del momento cúspide en sí, sino también de cómo continúa la curva. En qué porcentaje descenderá luego la producción en las diferentes partes de la curva. Y no de manera aproximada —eso puede llegar a saberlo un montón de personas—, sino con exactitud. Con exactitud y hasta el más mínimo de los porcentajes. Puede hacerse una idea de que semejante información es de enorme interés para poder hacer predicciones sobre la evolución del precio del petróleo. Y eso es solo uno de los elementos. Usted y yo somos de la era del petróleo, pero ¿qué será del mundo cuando se acabe el petróleo?

—Y, en su opinión, ¿cuándo alcanzaremos esa cúspide?

Mientras hablaba, había estado mirando la pantalla, pero ahora volvía a mirarme a mí. De los negros iris, tan negros como el petróleo con el que estaba fascinado, no pude deducir lo que estaba pensando. En cualquier caso, no hubo respuesta a mi pregunta.

Giró el asiento de su silla y volvió a propulsarse en dirección a la mesa de trabajo.

—Venga, sentémonos. Quiero pedirle algo.

VII

Antes de sentarme, Kalman Teller me pidió que le cogiera unas cuantas carpetas del armario. Cuando estuve sentado delante de él, me dijo:

—Este es el dossier que hemos ido recopilando desde el instante en que empezaron a tratar a Mira en el hospital hasta el último intercambio epistolar con nuestro propio abogado, que nos dejó plantados en un momento decisivo. Nuestro propio abogado, figúrese. Y por razones que solo podemos suponer. Es aquí donde tal vez pueda comenzar su trabajo. El interés, desde luego, ha de venir por ambas partes: debe interesarle a usted y nosotros debemos considerarle la persona adecuada.

Asentí con la cabeza y dije:

—Eso podremos discutirlo más adelante, pero empecemos por el principio. ¿Mira qué?

—¿No se lo ha contado el señor Van Arnhem? Mira Roes estuvo llevándome la administración durante seis años. Necesitaba sus servicios porque tengo unas cuantas empresas. Ella trabajaba por cuenta propia y por la noche estudiaba para ser auditora. Por aquella época, era una muchacha muy capaz y dinámica. Yo vivía entonces todavía en La Haya y Mira se pasaba un par de días a la semana por casa y a lo largo de los años fue creciendo un vínculo entre nosotros.

»Hace diez años tuvo que ir al Centro Médico Mariahoeve de La Haya para someterse a una pequeña intervención ginecológica. Cuando le administraron la anestesia, algo salió mal. Se la administraron mediante una velicación lumbar. Sufrió una suerte de reacción de latigazo cervical que le deformó toda la columna vertebral. Se le retorcieron por completo quince cervicales y espinales, lo que llevó a que estas vértebras presionaran los haces de nervios, causándole terribles dolores.

»Mira ha menguado incluso unos cuantos centímetros. Nuestra firme convicción es que se pueden demostrar al menos dos grandes errores. En primer lugar, Mira estaba sentada en un taburete cuando debía haber estado en una camilla, de rodillas y con la espalda inclinada hacia delante. Así nunca habría podido caerse hacia delante, como ocurrió entonces. La postura adecuada habría evitado que se doblara como se dobló, y es precisamente por esa razón por lo que está así prescrita. En segundo lugar, no había ningún auxiliar con ella.

»Cuando tras la operación, que por lo demás salió bien, Mira se recuperó de la anestesia y comprendió que había pasado algo muy grave, la reacción inmediata del hospital fue negarlo todo. Hasta los dolores eran imaginaciones suyas; una “percepción subjetiva”, lo definían en una de las cartas. Mira y su marido intentaron primero mantener un diálogo normal con ellos, pero al final se vieron obligados a emprender acciones legales. Sin embargo, en este terreno también todo fue un desastre. Por ejemplo, pasaron seis años antes de que el juez ordenara al hospital liberar el historial médico. Y otros tres años antes de que el anestesista implicado quisiera dar el nombre del auxiliar que supuestamente estuvo presente; es decir, no

fue hasta el año pasado. Entre tanto, ya han transcurrido diez años y podemos concluir que no solo es la víctima de una negligencia médica, sino también de graves tretas jurídicas. Y no solo por parte de los abogados, sino también por parte del propio poder judicial. Todo está registrado detalladamente en estas carpetas.

Durante todo ese tiempo había mantenido las manos quietas sobre el reposabrazos de la silla, pero ahora se acercaba con la izquierda una de las carpetas. Se me pasó por la cabeza una situación en la que había tenido ante mis narices una carpeta casi idéntica, hacía menos de una semana en una cafetería del Veluwe.

Allí estaba la prueba, al menos según la señora Dumenil, de un milagro que se había producido. Una buena nueva que le gustaba proclamar, incluso a un perfecto desconocido como yo. En la carpeta que Kalman Teller traía hacia sí, al parecer, había una historia mucho menos divertida.

La abrió y estuvo un rato buscando. Le resultaba difícil con sus maltrechas manos, pero consideré que era mejor no acudir en su ayuda. Por último, sacó unas cuantas fotografías de una funda de plástico, las extendió ante mí y continuó:

—La espalda de Mira era normal antes de la operación, pero tras la inyección que le pusieron mal, se quedó con este aspecto.

En efecto, no era un espectáculo agradable. Allí donde debería haber una columna vertebral normal, en forma de ese, se veía que en ella se había hinchado por completo y presionaba con tanta fuerza la piel que se mantenía estirada por la tensión.

—Ni siquiera estas fotos han podido convencer al juez de que algo salió mal. La parte contraria encargó unos informes a unos cuantos supuestos especialistas médicos, sin que le hubieran hecho revisión alguna a Mira, y en esos informes se afirmaba que lo uno no era necesariamente consecuencia de lo otro. Y el juez quiso creerlo así. El procedimiento judicial hasta ahora ha sido una tragedia: el hospital, el anestesista, sus abogados..., todos mienten y el juez lo acepta, una y otra vez.

—Y ¿qué es lo que espera usted de mí? Las lesiones personales no son la clase de trabajo que hago. Por terrible que pueda ser este caso.

Volvió a mirarme y, aunque su atractivo rostro invitaba a la confianza, al mismo tiempo se trataba de una máscara curiosamente impasible tras la cual seguían ocultos sus sentimientos. Y eso mientras me invadía la incómoda sensación de que él sí que lograba penetrar en mi interior.

Tras un tiempo que pareció mucho más largo de lo que en realidad fue, apartó la mirada de mis ojos, para mi alivio, y dijo:

—Hace diez años era un asunto de lesiones personales: presentar disculpas e indemnización. Eso habría sido suficiente. Sin embargo, ese momento queda irrevocablemente atrás y ya no volverá. A Mira y a Frederik ya no les importa el dinero. Y tampoco les sirven las disculpas. Quieren que se haga justicia. Justicia, señor Havix.

—¿Y ese no es un asunto de jueces y abogados?

—En un mundo ideal tal vez sí, pero no en el de Mira y Frederik. El hospital está

protegiendo al anestesista porque es el cuñado de la directora. Ese es uno de los hechos que Frederik descubrió por su cuenta. Las decisiones de los jueces se producen una y otra vez en perjuicio de Mira, mientras que para cualquier observador imparcial las pruebas están más claras que el agua. En una ocasión resultó que un juez interino trabajaba de abogado para el mismo bufete que el abogado de la parte contraria. Así pues, eran colegas; una persona así es imposible que sea imparcial como juez. Y ahora nuestro propio abogado nos deja también tirados en un momento crucial. Al principio yo no creía en teorías de conspiración, pero Mira y Frederik han conseguido convencerme ahora de que sí las hay. Quiero que averigüe qué relación existe entre todas esas personas. Con pruebas irrefutables, tan irrefutables como para conseguir encarrilar de nuevo este asunto.

—Está usted muy involucrado. ¿Qué pinta usted exactamente en todo esto?

—Al principio solo los ayudaba económicamente, porque no hay nadie que se preste a ayudarlos sin más; incluso el abogado más amable se limita a pasarles la minuta, y ellos no disponen de los medios económicos suficientes. Usted, si no consigue resultados, no cobra, ¿no? La abogacía mejoraría mucho si se trabajara así. Pero bueno, poco a poco he ido compadeciéndome cada vez más de ellos. Yo tampoco puedo dar ya marcha atrás. Me resulta imposible abandonarlos ahora. Me doy cuenta de que tiene sus dudas y no puedo obligarle a aceptar el caso, pero sí quisiera pedirle que dedicara un par de horas de su tiempo a este dossier. Le he fotocopiado lo más importante. Si viera alguna salida, quisiera pedirle que fuera a hablar con Mira y Frederik. Si a continuación decide aceptar el encargo, le propongo que lleguemos a los acuerdos que hagan falta sobre sus emolumentos.

Sopesé su propuesta. Nunca me había visto envuelto en un caso semejante y ¿por qué tendría que dar el paso para profundizar en los detalles?

Volvió a retrepase en la silla mientras aguardaba mi respuesta tranquilo y sin hablar. Al cabo de un tiempo, rompió el silencio:

—Tal vez no le importe mucho saberlo, pero creo que usted es la persona idónea.

—¿Ah, sí?

—Cuando el señor Van Arnhem pronunció su nombre, pensé que ya lo había oído antes. Un nombre que llama la atención: Havix. Un nombre que perdura mucho tiempo en la memoria. La casualidad quiso que una vez usted hiciera algo para unos conocidos míos, unos conocidos judíos. Usted sabía que yo era judío, ¿no?

—En efecto, me lo dijo Dick van Arnhem.

—De una manera u otra en su trabajo se encuentra con judíos. Es muy extraño. Raw Leimann y Eva Lisetsky. No tienen más que buenas palabras para con usted. Raw Leimann con un poco menos de entusiasmo, pero eso puede que se deba a su natural hosquedad. Y ahora está usted sentado de nuevo frente a un judío.

—En esta ocasión no se trata de usted, sino de Mira y Frederik Roes, ¿no es cierto?

—Sí, naturalmente, tiene toda la razón. En esta ocasión yo sólo sería el que paga.

La autopista estaba tranquila cuando regresé a Ámsterdam. Eché un vistazo a mi derecha, a la pila de fotocopias en el asiento de al lado. No sabía por qué, pero había prometido leerme las. ¿Estaría Kalman Teller de nuevo sentado ante uno de sus ordenadores? Así pues, él ya sabía algo de mí, mientras que yo de él no sabía casi nada. A mi pregunta de si tenía familia, no reaccionó ni sorprendido ni malhumorado. No, ya no le quedaba ninguna familia. Seguí mirándole, esperando a que continuara, pero no me dio más información. Quizá le pareciera que no era de mi incumbencia, aunque también podría ser muy bien que, a su modo de ver, no fuera relevante para el caso. No tenía ni idea, pero en su casa de todas formas no había ninguna fotografía que hubiera podido decirme más, y en sus siete dedos restantes no había ningún anillo de boda.

De las personas con quienes me encontraba, siempre captaba señales. No me fijaba primero en los ojos, pues de ellos raras veces podía inferirse realmente algo, o el tono de voz en que expresaban algo. Les miraba el rostro y la boca. La manera como se transforma la expresión de la cara cuando alguien se ve confrontado con algo desagradable, la manera como se porta alguien cuando cree que no le están observando. Pero lo que más estudiaba era cómo un rostro había ido dibujándose con los años. Con amargura, tristeza, sufrimiento, contrariedad y todo lo que ha dispuesto de tiempo suficiente para asentarse allí. Muchas veces eso decía más que una emoción que aparece como un relámpago para luego volver a desaparecer con la misma rapidez. Y, junto a esa parte visible, también se transmitía algo distinto, algo inaprensible: vibraciones, aura o como quiera llamarse, pero que era de gran importancia para obtener una buena impresión de alguien. En Kalman Teller parecía que no podía aplicarse nada de esto. No tenía ni idea de lo que podía haber hecho la vida con él. Y no se podía apreciar ninguna vibración en absoluto, como si entre nosotros se hubiera interpuesto una lámina de vidrio que me imposibilitara desarrollar una sensación más clara respecto a él. Al igual que el parabrisas del coche me protegía del mundo exterior.

VIII

Kalman Teller me había aconsejado que leyera primero el escrito del abogado general. Tras unos cuantos años de litigios, Mira Roes había llegado por fin al Tribunal Superior. La función de este letrado era volver a hacer recuento de todo, sacar conclusiones y, a continuación, emitir un consejo. En el escrito que había ante mí, el abogado general planteaba sin ambages: «Esta instancia recomienda que se anule la sentencia dictada y que se vuelva a celebrar vista y a dictar sentencia».

Según Kalman Teller, el consejo del abogado general se seguía casi siempre. Mira y Frederik Roes, por tanto, estaban muy ilusionados ante la posibilidad de que la situación fuera a cambiar por fin a su favor. Sin embargo, la decisión del Tribunal Superior fue otra.

Utilicé el escrito del abogado general para enterarme mejor y en el orden cronológico exacto de todo lo que había ocurrido, y fui buscando una y otra vez información adicional en la pila de fotocopias que me había entregado Kalman Teller. Al ser para mí desconocidas las jergas médica y jurídica, los avances eran lentos.

Número de registro C36/312

Vista de 28 de abril de 2007

Mr. A. F. de Vries Bezuijen

Conclusión

Mira Roes

Contra

Laurens Vandersloot

Excelentísimo Tribunal

Antecedentes de hecho

1. *En esta causa la recurrente en casación, a partir de ahora Roes, exige a la parte recurrida en el recurso de casación, a partir de ahora Vandersloot, el pago de una indemnización por daños y perjuicios acorde a lo que determine el Tribunal, habiendo constatado la mala praxis de Vandersloot al administrar la anestesia en forma de inyección epidural (velicación lumbar).*

Se han comprobado los siguientes hechos que se produjeron entre las partes litigantes durante la administración de la anestesia epidural:

I) *El 28 de enero de 1997, Vandersloot administró anestesia epidural a Roes en el Centro Médico Mariahoeve de La Haya en relación con una operación ginecológica a la que fue sometida esta última. Ese día se redactó también un informe sobre la anestesia administrada. Poco después se rellenó el llamado formulario FONA (Formulier Ongevallen Near Accident).*

II) *En las horas que siguieron a la operación, se le administraron a Roes*

sedantes; la noche del 28 al 29 de enero de 1997, el ginecólogo que la trataba le puso una inyección a Roes.

III) El 3 de febrero de 1997, Roes fue dada de alta.

IV) El 12 de abril de 1998, Roes se presentó en la consulta de Vandersloot debido a los dolores que le aquejaban. Roes fue entonces ingresada para someterse a una revisión neurológica que, sin embargo, no se realizó porque volvió a abandonar el hospital al día siguiente.

V) Roes responsabiliza a Vandersloot en carta de fecha 28 de octubre de 1999; la citación preliminar data del 22 de diciembre de 1999.

VI) En 2001 el cirujano ortopédico, Dr. Zuidwijk, opera a Roes de la columna vertebral, por primera vez en junio de 2001. Se trataba de un «anquilosamiento vertebral».

Me detuve aquí y examiné el resto del material. Había información en abundancia; Mira Roes y su esposo lo habían descrito todo con precisión, ordenando y guardando todos los escritos y la correspondencia. Debían de haberlo convertido en una tarea diaria, y solo con leer y hojear me quedó claro que toda su vida empezó a estar supeditada a este asunto.

Todo había comenzado cuando Siebes, el ginecólogo que iba a operarla, le habló de una forma de anestesia relativamente nueva. Según Mira Roes, le aseguró que podía compararse con una inyección en el dentista y ella no sabía que se trataba de una velicación lumbar. No se enteró hasta que hubo de sentarse en un taburete con la espalda desnuda y se dio cuenta de que la anestesia se la inyectarían en la médula espinal. Pero ya era demasiado tarde para preguntas u objeciones. A continuación, todo salió mal: se le cayó la cabeza hacia delante, dándose un golpe tremendo, y se le anquilosó al instante toda la parte inferior del cuerpo. Oyó medio aturdida cómo Vandersloot, movido por el pánico, gritaba pidiendo la ayuda de un auxiliar. Juntos la levantaron rápido y la tumbaron en una camilla para, a continuación, llevársela al quirófano. La conmoción debió de haber sido grande, porque un auxiliar de quirófano estuvo manteniendo su temperatura corporal con una manta térmica mientras Siebes la operaba.

Cuando volvió en sí tras la operación, Mira comprendió que le había pasado algo muy grave, pero Vandersloot ya no volvió a dejarse ver y el resto de los médicos la evitaban en la medida de lo posible. Al cabo de un par de días, le dieron el alta sin mayores explicaciones para los dolores que sufría, sin concertar hora para una nueva cita y sin hacerle radiografías de la espalda. En opinión de Siebes, «en buen estado somático».

Condicionados como estaban por los médicos y los datos del hospital, Mira Roes y su marido intentaron seguir llevándose bien con todo el mundo en su búsqueda de información y pruebas periciales en contrario. Sin embargo, poco a poco iba

invadiéndoles la sospecha de que el hospital estaba intentando desacreditarlos a sus espaldas. Más tarde, de su historial clínico se desprendía que con mala fe habían procurado hacerla pasar por una hipocondriaca mentalmente desequilibrada. El dossier estaba lleno de completas y medias verdades, pertinentes imprecisiones e insinuantes y tendenciosas suposiciones realizadas con maldad y completadas con declaraciones anónimas del personal del hospital y de otros pacientes. Mira Roes acabaría siendo al final una persona difícil e intratable que tenía graves problemas con la bebida.

Tras prolongada y obstinada insistencia, volvieron a ingresarla después de que hubiera transcurrido más de un año y dos meses desde la intervención médica. Debió conformarse con una camita en la planta infantil porque, al parecer, el hospital estaba completo. Estuvo esperando todo el día nerviosa, pero cuando Vandersloot apareció por fin, a última hora de la tarde, no fue para examinarle la espalda: se había empeñado en diagnosticarle un trastorno psiquiátrico. La situación se recrudeció y Mira y Frederik Roes abandonaron el hospital en medio de la noche y totalmente desquiciados.

Ese fue también el momento en que comprendieron que no podían esperar nada bueno ni de Vandersloot ni del hospital. Solo entonces tomaron conciencia de que la parte contraria, con los graves errores que había cometido, debía de haberse dado cuenta en seguida de que no podría contar con la clemencia de la aseguradora a la hora de pagar la indemnización y, sabiéndolo, había optado de inmediato por negarlo todo.

Cuando Mira Roes pidió por fin examinar su historial médico, le denegaron la petición de mala manera. En ese momento no les quedó más remedio que emprender acciones legales.

El último punto, VI), era la única luz en todo el sombrío asunto: la intervención médica del cirujano ortopédico Zuidwijk. Tras una búsqueda interminable de un especialista que quisiera tomarlos en serio, por fin llegaron hasta él. Después de un exhaustivo análisis, se decidió a operarla. Le realizó tres difíciles intervenciones muy arriesgadas y consiguió estabilizar unas cuantas vértebras espinales. Él fue también el primero que corroboró una relación directa entre las dolencias de Mira y la anestesia, y después estuvo dispuesto incluso a consignarlo por escrito en una declaración.

Cuando ya me lo había estudiado todo de arriba abajo, hice una pausa y me preparé un café. Había intentado leerlo lo más objetivamente posible. Si iba a involucrarme en este asunto, debería estar convencido de que trabajaba para personas cuya reclamación era justa. ¿La lectura de Mira y Frederik Roes era la correcta? Todo parecía apuntar en esa dirección. Descubrí que poco a poco mi objetividad iba dejando sitio a una sensación angustiosa por la impotencia que se desprendía de este informe. Hace diez años había salido algo mal y, desde entonces, la vida de estas dos personas había empezado a convertirse en un infierno. Iban chocándose una y otra

vez contra un muro de obstruccionismo e incomprensión. Debió de haber sido especialmente frustrante, sobre todo la negativa consecuyente y obstinada por parte del hospital a la hora de entregarles la información que tenían.

Con la taza de café en la mano, me quedé en pie ante la ventana y miré al cielo que se erguía sobre los inmuebles de enfrente. Ya casi era de noche. Las nubes en toda clase de tinturas grises surcaban a toda velocidad un firmamento lleno de manchas y franjas rojas. En algún lugar debía de haberse producido una bella puesta de sol. Ya se veía luz en los pisos donde había gente. Las personas acababan de regresar de sus trabajos o de hacer la compra. Una pareja joven estaba cocinando en la cocina. Con el curso de los años, había ido fijándome en cómo los habitantes originarios del barrio de Pijp iban dejando lugar a gente joven con dinero. Incluso los pisos peor conservados, a menudo sin ducha y con las cocinas más sencillas y un calentador desvencijado sobre una pila vieja de granito, se los quitaban de las manos a sus anteriores propietarios por cientos de miles de euros. Yo apenas conocía a estos nuevos propietarios y, ahora que habían cerrado definitivamente el café de la esquina al que solía ir, tampoco podría encontrarlos allí. Lo que sabía de ellos lo había visto apostado en la ventana.

Si me miraban a mí también, una cosa les llamaría en cualquier caso la atención: «Antes vivía allí una mujer. ¿Dónde estaba ahora? ¿Se habrían separado?». No era fácil que se les pasara por la imaginación la posibilidad de que estuviera muerta. Resultaba algo del todo inesperado en una mujer joven, una mujer con una sonrisa tan amplia y espléndida que hasta debía de poder apreciarse desde el otro lado de la calle. Cuando pensaba en ella, seguía estando allí, pero las veces en que pronunciaba su nombre en voz alta sonaba cada vez más hueco y vacío, como si lo que se escondía detrás estuviera desapareciendo poco a poco. En semejantes momentos, me veía asaltado por una tristeza de profundidad abisal.

Cuando me di la vuelta, comprobé que el cuarto de estar se había quedado en penumbra. Si quería seguir leyendo, tendría que encender la luz. Volví a sentarme y cogí el escrito del abogado general.

2) Roes alega, para corroborar su demanda por daños y perjuicios, que Vandersloot cometió errores médicos. Argumenta:

a) que Vandersloot no la informó, o lo hizo de manera insuficiente, acerca de las posibles complicaciones que podría conllevar la administración de la anestesia epidural (para lo cual argumenta que no habría accedido a la anestesia epidural si hubiera sido suficientemente informada); b) que Vandersloot no le administró la anestesia epidural según la norma (lege artis); c) que Vandersloot no le prestó la

habitual atención posthospitalaria y que no reaccionó, al menos no de manera adecuada, a los dolores que siguieron a la anestesia.

Roes ha ilustrado con detalle el hecho de que no se realizara bien la anestesia. Ha argumentado que, cuando le pusieron la inyección, se le cayó la cabeza hacia delante y que se dio un golpe, que empezó a sentir un frío intenso por todo el cuerpo, que sintió un dolor punzante en la espalda y el cuello cuando hubo desaparecido la sensación de frío ya citada, al cabo de medio día, que el dolor se extendía por toda la columna vertebral, que no tenía este dolor antes de la operación y que persistió hasta la intervención realizada por el Dr. Zuidwijk. Además, ha descrito en detalle qué molestias siguieron manifestándose después de la operación.

3) Vandersloot se ha defendido. Ha negado especialmente que la cabeza de Roes hubiera caído hacia delante cuando se le administró la anestesia epidural. En ese sentido, ha alegado que el paciente está siempre en una camilla con las rodillas encogidas cuando se le administra la anestesia epidural, que Roes también estaba en la camilla en esta posición, que es casi imposible que en esta posición la cabeza de la paciente se cayera hacia delante dándose un golpe y que, además, durante la administración de la anestesia epidural siempre hay alguien del hospital para sujetar al paciente y que en el caso de Roes también fue así. Además, ha alegado que informó correctamente a Roes, que no es habitual, al menos en 1997 no lo era, informar al paciente sin que este lo preguntara sobre las posibles complicaciones con la presente forma de anestesia y que, por otra parte, el daño que Roes supone haber sufrido no es una consecuencia de falta de información. Además, ha negado que hubiera habido falta de atención posthospitalaria; en relación con esto, ha alegado que su interino y dos ginecólogos se ocuparon de Roes.

4) Roes, en su réplica, ha insistido en alegar que no estaba en una camilla y que nadie del hospital estuvo presente para sujetarla cuando se le administró la anestesia epidural. Estaba sentada en un taburete y se encontraba sola con Vandersloot, según Roes. Ha sometido a discusión el informe de la anestesia que se ha puesto a su disposición.

Vandersloot, en su dúplica, ha sometido a discusión como apoyo de su versión una carta del catedrático De Rooij en la que este apunta que considera extremadamente improbable que Roes hubiera estado sentada en un taburete, que la administración de la anestesia epidural siempre se realiza en una cama o camilla para evitar que el paciente se caiga y que al anestesista, por diversas razones, siempre le asiste un auxiliar o enfermero.

La carta de este catedrático De Rooij era una epístola bastante extraña. Haciendo gala de su propio conocimiento de manera prolija y autocomplaciente, describía

cómo se había establecido que fuera el procedimiento para, a continuación y sin solución de continuidad, partir de la base de que ¡así debía de haber ocurrido también! Un absurdo razonamiento, y, como prueba, me parecía del todo inapropiada. Además, si este catedrático De Rooij había redactado el escrito a instancias de Vandersloot, su independencia dejaba mucho que desear.

Todo lo que había estado leyendo hasta ahora guardaba relación con los fallos que se habían producido en el hospital. Las propias negligencias médicas y, a continuación, la negación de las mismas. Eso estaba razonablemente claro, pero Kalman Teller ya me había advertido sobre la parte que debía analizar y que estaba relacionada con el carácter jurídico del caso.

Ya empezaba con que el primer juez que tuvo que ver con el caso no le exigió a Vandersloot la simple y más evidente declaración: «Diga el nombre del auxiliar que, según usted, estuvo presente durante la intervención. Según Roes, no había nadie; según usted, sí. Denos entonces su nombre». El particular ni siquiera se planteó. En su lugar, el juez permitió que Vandersloot diera la vuelta a la tortilla, por decirlo de algún modo, y se apartara del terreno en el que era más vulnerable. Su abogado argumentó que las reclamaciones de Mira Roes no se debían a una mala praxis en la intervención médica de su cliente Vandersloot. Donde para cualquier espectador objetivo estaba claro que Mira Roes había entrado al hospital sana y en buen estado —al ingresar la habían examinado y confirmado su buen estado de salud—, para salir del mismo a continuación deformada y muy maltrecha, el tribunal se negaba a llegar a esa conclusión y, en cambio, ordenaba un llamado «informe pericial».

El informe de los tres peritos nombrados por el tribunal —un anestesista, un cirujano ortopédico y un neurólogo— hacía aguas por todos lados, fue lo que argüía Mira Roes. Los especialistas no se habían tomado la molestia de examinarla a ella, sino que, basándose en una argumentación torticera, comparable a la del anterior catedrático De Rooij, concluyeron que no había ninguna relación causal entre la errónea intervención médica y la columna vertebral tan dañada. La explicación del médico que sí había examinado bien a Mira Roes y después la había operado, el cirujano ortopédico Dr. Zuidwijk, en absoluto fue tomada en consideración. Después de que hubiera transcurrido de nuevo un tiempo excesivo para la respuesta de preguntas complementarias, la aportación de la declaración del Dr. Zuidwijk y la reclamación de Mira Roes, el tribunal se pronunció en su contra. Al cabo de más de seis años de haberse producido la intervención médica, el tribunal rechazó la tesis de Mira Roes en la que aseguraba que sus dolencias debían ser consecuencia de la anestesia, en vista de que se le habían manifestado después.

Cuando volví a leer el informe pericial, no tuve más remedio que compartir la opinión de Mira Roes: no tenía ni pies ni cabeza. Aún más desconcertante era el hecho de que la declaración de ese Dr. Zuidwijk no había tenido ningún peso para el

tribunal.

Aunque ya era tarde y estaba mareado por el aluvión de argumentos a favor y en contra de los abogados de ambas partes y las reacciones a los mismos por parte de los jueces, no podía apartar la vista del dossier. Leí cómo el matrimonio Roes iba extraviándose cada vez más en el laberinto del poder ejecutivo. Un extravío que no parecía casual, sino inducido por astutos abogados de la parte contraria y nunca corregido por los jueces. Los jueces que rehusaban plantear las preguntas adecuadas e incluso negaban los hechos más evidentes. Con una perseverancia admirable, Mira y Frederik Roes iban de juez en juez, volvían a fundamentar cada vez su caso, recibían negativas una y otra vez, interponían recurso de defensa, apelaban, contrataban nuevos abogados, iniciaban nuevos procedimientos judiciales, y todo eso sin obtener una sola sentencia judicial a su favor.

Por un momento, el caso pareció tomar un sesgo favorable. La exposición final del abogado general estaba más clara que el agua en lo referente a la anterior resolución del tribunal:

El Tribunal de Primera Instancia incurrió en error de derecho al considerar que no puede exigirse del médico que proporcione motu proprio, en la motivación para la impugnación de las afirmaciones de la paciente, los elementos de hecho que puedan servir de elementos de referencia para la obtención de la prueba que le culpa de negligencia médica y que, en este sentido, el riesgo de que se pierdan los elementos de hecho no debe achacársele al médico. Si el Tribunal parte de que los elementos mencionados ya no existían cuando Roes incoó el proceso contra Vandersloot y a este le quedaron claras cuáles eran las afirmaciones en que se basaba Roes para recriminarle que había cometido errores médicos, el juicio del Tribunal, sin motivación más detallada, que falta, es incomprensible, mientras que por lo demás el Tribunal parece ignorar que era obligación de Vandersloot ofrecer información más detallada, en vista de que él debía refutar de manera razonada las afirmaciones de Roes.

De lo anterior se desprende que el motivo es fundado; que la sentencia del Tribunal recurrida en casación no puede seguir en pie y debe haber una nueva tramitación.

Conclusión

Esta instancia recomienda que se anule la sentencia dictada y que se vuelva a celebrar vista y a dictar sentencia.

Palabras claras de alguien a quien se suponía que debían tomarle muy en serio. Sin embargo, el Tribunal Superior, en un fallo por unanimidad, decidió hacer caso omiso de esta recomendación.

IX

El asunto tomó un sesgo especialmente extraño desde el momento en que Vandersloot, por fin, después de más de nueve años de haber realizado la intervención médica, dio el nombre del auxiliar que había estado allí presente. Supuestamente presente, porque la abogada de Vandersloot, una tal Louise Verhees, entregó un escrito al Tribunal de Apelación de La Haya, de 2 de noviembre de 2006, en el que se expresaba como sigue:

Respetabilísimo Tribunal:

La parte demandada en el recurso hace saber con todo el respeto:

1. El auxiliar de anestesia que estuvo presente durante el tratamiento de la señora Roes es muy probable que sea el señor L. R. Sunardi, residente en Voorschoten. El señor Sunardi ha reconocido como suya una de las firmas que aparecen en el informe del tratamiento. Esto significa que el señor Sunardi muy probablemente haya sido el auxiliar en cuestión. Sin embargo, el formulario no aporta plena seguridad al respecto, porque puede ocurrir que el señor Sunardi haya rellenado este formulario, pero bien podría haber estado presente durante el tratamiento otro auxiliar. Teniendo en cuenta el mucho tiempo transcurrido, ni Vandersloot ni el señor Sunardi pueden recordar (con seguridad) si estuvo el señor Sunardi presente durante el tratamiento o lo estuvo otro asistente. La información recabada en el Centro Médico Mariahoeve nos ha mostrado que ya no existen los documentos que podrían probar cuáles fueron los auxiliares que estaban de servicio el día en cuestión.

Doy fe

Licenciada en derecho L. C. Verhees

Procuradora

Esta era la primera vez que Mira y Frederik Roes leían el nombre del auxiliar que habría estado presente en la intervención. Un golpe muy duro: la parte contraria había presentado un escrito del que resultaría que este señor Sunardi habría asistido probablemente a Vandersloot. Y eso mientras que Mira y Frederik Roes sabían que era una soberana mentira, ya que Vandersloot estuvo solo con ella. Vandersloot, por tanto, había conseguido encontrar a alguien dispuesto a mentir por él.

Entonces, Frederik Roes hizo algo que resultaba tan evidente como poco habitual: fue a visitar personalmente a Sunardi. Durante esa visita, comprobó que este hombre vital, cincuentón y originario de Surinam no tenía ni idea de la existencia de este

escrito. Además, Sunardi aseguró que el contenido era absolutamente falso: recordaba muy bien que él no estuvo allí. Eso se lo había dejado también muy claro a esa señora Verhees.

¡Así pues, Verhees había presentado un escrito falso!

Sunardi estaba dispuesto a declararlo también ante un tribunal, pero por otra parte respetaba a su antiguo jefe. Mientras que Mira Roes había hablado siempre de un hombre de color del Surinam, Sunardi calló que acudió al grito de socorro de Vandersloot, le ayudó a este a subirla a una camilla y la envolvió en sábanas térmicas durante la intervención, a la vez que no dejaba de hablarle. De todo esto no soltó prenda a Frederik Roes.

Cuando al llegar a casa este se lo contó entusiasmado a su esposa, decidieron llamar de inmediato a su abogada, la señora Sarah Fichtre, para informarle de lo que a ellos les parecían buenas noticias: ¡Sunardi quería testificar que lo que aparecía en el escrito era incorrecto y que él no había estado allí! Al contrario de lo que esperaban, la reacción de Fichtre en absoluto fue entusiasta. Y aún peor. Al día siguiente recibieron una carta en la que les comunicaba que no podía representar sus intereses por más tiempo debido a una cuestión de desconfianza. Según ella, Mira Roes y su esposo no habían cesado de darle muestras de insuficiente confianza en la forma en que llevaba el caso, haciendo ellos averiguaciones por su cuenta en lugar de dejárselo todo a ella.

Así Mira y Frederik Roes, de repente, se encontraron sin abogado en un momento crucial. Cuando se pusieron a buscar otro a toda velocidad, no recibieron más que negativas por todas partes. Uno o dos abogados mostraron interés, pero abandonaron el asunto después de contactar con Fichtre para recabar más información. Con el recelo que les suscitaba por entonces el poder judicial, lo último que querían era que un juez tuviera que asignarles un abogado. Se sentían acorralados y no veían ninguna escapatoria.

Ese era el estado de las cosas en el momento en que Kalman Teller se había dirigido a mí, y, cuando hube hecho recuento de todo, fui muy consciente de que ese paso se había convertido casi en un acto desesperado.

Todo giraba en torno a Sunardi. Si decidía impugnar el escrito de Verhees, a lo que por lo visto estaba dispuesto, dañaría la reputación de la abogada, pero Vandersloot seguiría estando fuera de tiro. El escrito había sido redactado de tal manera que manifestaba que era posible que fuera Sunardi. En caso de necesidad, Vandersloot podría seguir afirmando que, si no había sido él, tendría que haber sido otro, pero que no podía recordar el nombre al haber pasado tantos años. La clave estaba en manos de Sunardi. Que le hubieran nombrado como el auxiliar cuando él no estuvo allí por lo visto le parecía demasiada responsabilidad, pero tampoco quería dejar con el culo al aire a su jefe. ¿Qué sería necesario para conseguir que lo hiciera? ¿Dinero? ¿Presión? ¿O todo estaba perdido ya de antemano? Yo no sabía nada de este hombre, ni de la relación entre él y su antiguo jefe. Si era una relación amistosa, lo

más probable es que no quisiera testificar en su contra ni por asomo.

X

Frederik Roes me había explicado por teléfono cómo podía llegar a su casa, situada en un canal transversal que cruzaba otros mayores. Me sorprendió un poco que personas que vivían junto a un canal necesitaran ayuda económica de Kalman Teller, pero, cuando aparqué el coche cerca de su vivienda, lo comprendí mejor. El Hannoverkade, aproximadamente a medio camino de la estación ferroviaria Station Holland Spoor y el centro comercial de la ciudad, no era ni con mucho un canal señorial. Los inmuebles tenían un aspecto paupérrimo, se encontraban en mal estado de conservación y estaban divididos en estrechas plantas. Mientras iba pasando por delante de las casas y miraba el interior de los pisos en la planta baja, esa imagen iba reforzándose: visillos, jarrones y figuritas de perros y gatos de porcelana barata en los alféizares, muebles baratos y anticuados en las pequeñas salas de estar recargadas.

Los árboles de la orilla, entre tanto, habían perdido las hojas, y sus ramas oscuras, goteando por la lluvia, se extendían hacia el cielo gris. El agua inmóvil del canal era casi negra y tenía un aspecto más frío y desapacible de lo que en realidad debía de estar. Me alegré de no vivir en un entorno tan lóbrego. Ésta era la clase de barrio en el que sólo podías aguantar si habías nacido allí y no estabas acostumbrado a nada mejor.

Cuando llamé al timbre de la primera planta, oí cómo bajaba alguien por la escalera y abría la cerradura de la puerta. Poco después me encontraba cara a cara con Frederik Roes: un hombre de mediana edad, con una barba gris bien arreglada y grandes ojos que me miraban indagadores a través de unas gafas un tanto pasadas de moda. Se presentó y me dejó espacio para que pudiera subir delante de él. Mientras ascendía por la empinada escalera, oí cómo volvía a cerrarse la cerradura de la puerta. Me detuve al llegar al rellano del primer piso y le dejé pasar delante. Tras la puerta abierta se oía una fabulosa música gregoriana. Cuando entré en el cuarto de estar detrás de Frederik Roes, la mirada se me fue de inmediato a la cama de hospital aparcada delante de la ventana, de un tamaño desproporcionado en comparación con la pequeña habitación. Antes de que Mira Roes me saludara, le hizo un gesto al marido para que bajara un poco el volumen de la música. Tiró un poco de sí hacia arriba, agarrándose de la argolla que se encontraba sobre su cabeza. La energía que empleó al incorporarse me hizo pensar en el esfuerzo con que Kalman Teller se había levantado de su silla.

Mira Roes era una mujer pequeña y robusta, de cabello negro como el azabache cortado al estilo de un paje. Era considerablemente más joven que su marido, pero el rostro marcado por el cansancio le hacía parecer unos cuantos años mayor de lo que en realidad debía de ser. No la conocía lo suficiente como para poder juzgar en qué medida era consecuencia del dolor con que debía convivir a diario o de las contrariedades que había tenido que superar. En cualquier caso, no ofrecía un espectáculo nada agradable y, a pesar de que estuviera aquí para ayudarlos en la

medida de mis posibilidades, me miró antes con desconfianza que con cortesía o amabilidad, actitudes que su marido sí parecía dispuesto a adoptar.

Éste me hizo un gesto para que me sentara en una silla que había junto a la cama. Luego se lo pensó mejor y me preguntó si tal vez no preferiría sentarme a la mesa, así podría examinar mejor los documentos y, si lo creía conveniente, tomar apuntes. ¿Tomar apuntes? No lo tenía pensado, pero preferí sentarme a la mesa para poder mantener la conversación con su mujer a cierta distancia. Sentado al lado de la cama, tendría que levantar la vista para mirarla, que no es la posición más adecuada para el desarrollo de una buena conversación.

Ella volvió a agradecerme que hubiera venido, pero de inmediato fue al grano y me preguntó qué me había contado ya Kalman Teller. Escuchó sin inmutarse; el único que asentía de vez en cuando de manera aprobatoria, corrigiendo o matizando algo de mi disertación, era su marido. Intenté contarle desde el punto de vista de un espectador objetivo y, por lo visto, a ella no le gustó.

—¿Cree mi historia? —fue lo único que preguntó cuando hube terminado de hablar.

—Sí —le respondí.

—¿Pero?

—Por lo visto, usted está convencida de que se trata de una conspiración, y, aunque así lo parece, todavía no lo podemos probar. Perdone si no me expreso con delicadeza, pero también existe la posibilidad de que simplemente usted haya tenido mala suerte. Con los jueces con que se ha topado y, a decir verdad, también quizá con sus propios abogados.

—Si es eso lo que piensa, ¿por qué ha venido entonces?

—No es eso lo que dice, Mira —intervino el esposo. Luego me miró y añadió—: Yo también he intentado mirarlo con esa objetividad. Tal vez le resulte extraño escucharlo, porque a todas luces estoy también emocionalmente implicado, pero bueno. Debe saber que tengo una formación científica y ni Mira ni yo permitimos que los sentimientos nos manipulen. Créame, lo que ocurre aquí no es en absoluto casual. Al principio no lo creía, pero con el tiempo no me queda ya ninguna duda. Todo el mundo está protegiendo a Vandersloot. Ya empezó en el mismo hospital con la directora, porque él es su cuñado. También hemos descubierto que uno de los jueces que debía juzgar nuestro caso es un juez interino que trabaja de abogado para el mismo bufete que la abogada de Vandersloot. ¿Y sabe usted lo que he averiguado también? Nuestra abogada Fichtre, la que nos ha dejado ahora en la estacada, estudió igualmente en Leiden con la abogada de Vandersloot, esa señora Verhees, y se licenciaron el mismo año. Lo comprobé sin más en la universidad. ¡Esas dos mujeres se conocen! Naturalmente, Fichtre no quiere acusarla de extender una certificación falsa. Prefiere dejarnos a nosotros tirados y que quede bien claro que ningún otro abogado se aventurará a hacerse cargo de nuestro caso.

—Usted ya no me necesita a mí. Ya ha indagado muy bien por su cuenta —le

dije.

En el rostro de Frederik Roes apareció una expresión ofendida:

—Ésas son las palabras casi literales que me dijo Fichtre cuando le conté que había ido a casa de Sunardi.

—Perdón, quizá haya sonado más duro de lo que era mi intención. Me parece de lo más lógico que usted emprenda acciones por su cuenta, pero ¿qué más puedo aportar yo?

—¿Sabe la de veces que mi mujer y yo hemos contado nuestra historia durante los últimos diez años? Verbalmente, en papel, una y otra vez acudíamos con todos los hechos. No ha servido de nada en absoluto y ahora ni siquiera tenemos ya un abogado que quiera llevarnos el caso. Dentro de poco nos asignarán uno. ¿Qué debemos esperar? No cesan de ponernos trabas y no comprendemos por qué. Nos estamos volviendo locos. Según nos dijo el señor Teller, usted podría ayudarnos. Yo soy bibliotecario y, por lo demás, no tengo ninguna experiencia con las indagaciones. No podemos obligarle, pero ¿ha venido hasta aquí para escucharnos? Escúchenos entonces, por favor, luego podrá decidir usted mismo si quiere ayudarnos.

Mira Roes le cedía la palabra a su marido, eso parecía. Quizá esta situación se habría hecho más habitual conforme el asunto iba eternizándose. En su rostro podía leerse que probablemente le resultara difícil manifestarse sobre lo que le había sucedido sin alterarse mucho. Dejando eso aparte, era una elección muy sensata, porque seguro que yo no era la única persona a la que la dignidad con que él hablaba le había despertado simpatía.

—Le ruego que me disculpe otra vez, señor Roes. Desde luego que he venido a escuchar. Incluso aunque no pueda hacer mucho por ustedes.

Durante las horas que siguieron oí pocas cosas nuevas, a lo sumo más detalles e información de fondo. Frederik Roes estuvo hablando casi de continuo y su mujer intervino una sola vez. Cuando llevábamos ya un tiempo hablando, ella se incorporó con dificultad, se sentó al borde de la cama y me preguntó si quería café o té. Cuando reaccioné titubeante, me dijo:

—No estoy inválida del todo, a Dios gracias, pero ya no puedo estar sentada mucho tiempo seguido. —Se dirigió a un armario, regresó con una carpeta más y añadió—: Puede llevarse esto prestado. Quizá así se convenza más de cómo han estado jugando con nosotros. Éste es un informe de hace más de diez años, el Informe sobre la Integridad del Poder Judicial, pero todavía es muy actual. Desconcertante para el profano, aunque hace ya mucho tiempo que no lo es para nosotros. Pero siga hablando usted tranquilo con Frederik, yo los escucharé desde la cocina.

Por primera vez su tono de voz era un poco más amable, como si hubiera conseguido eliminar algo de la desconfianza por la atención que le había estado prestando al marido mientras me contaba su historia.

Después de que hubiera desaparecido en la cocina, Frederik Roes me señaló unas cuantas fotografías que colgaban en la pared. Ampliaciones de él y su mujer con ropa

alpina de aspecto muy profesional: robustas botas con suelas estriadas, un pantalón de pana que llegaba justo por encima de la rodilla, medias gruesas debajo, apoyados en bastones con una enorme punta de acero y con carga pesada a la espalda. Al fondo, cumbres de montaña nevadas, nítidamente perfiladas contra cielos despejados.

—Mi esposa y yo hicimos en el pasado muchas caminatas por las montañas. Suiza, Austria, Italia. A veces nos quedábamos semanas enteras en las cumbres antes de regresar al mundo habitado.

Lo que contaba contrastaba tanto con la manera en que vivían ahora que me quedé esperando un comentario sobre lo terrible que resultaba pensar que ya no podrían volver a hacerlo jamás. Sin embargo, ese comentario no llegó. Las fotografías dejaban claro también algo muy triste: Mira Roes había sido en el pasado una mujer atractiva y vital, con una sonrisa cautivadora. Durante nuestra conversación ya me había llamado la atención que, en los momentos en que se le relajaban un poco las facciones del rostro, allí asomaba algo de belleza y, hasta ahora, que veía estas fotografías, no comprendí la verdadera dimensión de todo lo que habían perdido.

Cuando Mira regresó con el té y el café y se sentó a la mesa con nosotros, le pregunté si no tenía problemas con esa escalera tan empinada. ¿No podían solicitar un piso en la planta baja? De manera involuntaria, fue la introducción para más información sobre lo mal que lo habían pasado los últimos años. Trabajaban los dos: Frederik de bibliotecario y ella por su cuenta, de aprendiz de auditora. Tras el accidente tuvo que dejarlo y, como apenas podía valerse por sí sola, mucho menos durante los años que precedieron a la operación, Frederik tuvo que empezar a trabajar menos. Se vieron obligados a vender la casa que habían comprado y consiguieron alquilar este piso. Si bien estaban en la lista de espera de un piso bajo, las viviendas de protección oficial no le daban ninguna prioridad a su situación. En opinión de ella, porque se había sembrado la duda sobre la gravedad de su estado.

—No lo dicen abiertamente, pero deben de haber contactado con el hospital. Y ellos cuentan a quien quiera oírlos, pero nunca en nuestra presencia, que somos unos pesados que se pelean con todo el mundo.

De nuevo una teoría de la conspiración. ¿Cuánto era cierto de todo lo que contaban? Esto parecía aún más rebuscado que lo de su juicio.

—¿Entonces ustedes no son de este barrio? —pregunté—. Para ser sincero, a mí me resultaba también difícil imaginármelos aquí.

Y eso no sólo era por estas dos personas, sino también por la decoración del interior de la casa. Por pequeño que fuera el cuarto de estar, habían conseguido decorarlo con estilo.

—Si alguien me hubiera dicho alguna vez que acabaría en este barrio asqueroso, mirando a la calle y postrada en una cama de hospital, habría dicho a esa persona que estaba loca. Y, sin embargo, aquí estoy. ¿Puede imaginarse usted en qué situación tan increíble nos sentimos a veces? Si Frederik no estuviera conmigo, hace ya tiempo que

me habría vuelto loca. Postrada en esta cama, veo venir desde el mar las gaviotas todos los miércoles por la mañana. Llegan desde Scheveningen hasta aquí para abrir a picotazos las bolsas de basura de las calles de detrás y obtener así su ración. Restos de comida, pañales cagados, ese día toma la calle una enorme bandada. Y no hay ni un solo vecino que mueva un dedo; esperan sin más a que pase el servicio municipal de limpieza. Para eso pagan impuestos, ¿no? Es como si les procurara placer que otras personas, que se encuentran en una posición igual de baja o incluso más baja que ellos en la escala social, tengan que limpiar su mierda.

Ya era de noche cuando Frederik Roes descendía por la escalera delante de mí. Abrió la puerta y salió a la calle para dejarme pasar. A la luz de una farola vi que caía una ligera llovizna, tan ligera que parecía como si las minúsculas gotas de lluvia se quedaran flotando. A pesar del tiempo asqueroso, me alegraba de volver a estar fuera, me alegraba la perspectiva de poder salir de este barrio con mi coche dentro de un instante. Frederik Roes me dio las gracias con amabilidad, de una manera formal y algo anticuada, por el tiempo que había dedicado a escucharlos. Ahora que estábamos a punto de despedirnos, me di cuenta de lo cansado que me sentía. Cansado de todos esos acontecimientos, la tergiversación jurídica de los mismos y los innumerables detalles que había estado escuchando sobre un asunto que parecía no tener ningún futuro y plagado de tanta pena.

Pero había una cosa más que debía preguntarle, por incómodo que fuera; algo sobre lo que no les había oído decir ni a él ni a su esposa una sola palabra. Sin embargo, había sido el inicio de todo.

—En el historial médico aparece que su esposa fue ingresada para someterse a una pequeña intervención ginecológica. ¿Puedo preguntarle qué tipo de intervención era?

Hasta entonces, Frederik Roes me había respondido a cualquier pregunta sin reservas, pero ahora noté que titubeaba.

—Hace diez años queríamos tener hijos. Mira tenía entonces veintinueve años y yo treinta y ocho. Sentíamos que ya estábamos preparados. Como no se quedaba embarazada, fue a hacerse unas pruebas. Resultó que tenía una infección en una de las trompas de Falopio, consecuencia de una pequeña malformación. Al principio nos asustamos bastante, pero nos tranquilizaron asegurándonos que era algo muy frecuente y que podía remediarse mediante una sencilla intervención médica. —A pesar de todas las desgracias que me había estado contando durante las horas anteriores, había logrado mantener el control, pero ahora oía cómo le temblaba la voz por primera vez—. Después de esa inyección mal administrada por Vandersloot, la columna vertebral de Mira quedó completamente deformada. Tan mal que nunca habría podido soportar el peso de un niño, ni siquiera con la mejor voluntad del mundo. Sin embargo, la subieron a la camilla y la metieron en el quirófano. Cuando

Mira volvió en sí, le dijeron que la operación había sido un éxito y ya no había nada que le impidiera quedarse embarazada. La enfermera que vino a decírselo probablemente no sabía nada, no lo diría con mala intención, pero es un momento que me viene una y otra vez a la memoria.

Una vez en casa, leí el IRM, el informe sobre la integridad del poder judicial. En realidad, quería haberlo dejado para el día siguiente, pero durante todo el viaje de regreso a Ámsterdam estuve sopesando los pros y los contras de involucrarme en el caso. Confiaba en que este informe pudiera ayudarme a decidir. Si bien las penas de Mira y Frederik Roes no eran las mías, me daba perfecta cuenta de que una cosa así también podría llegar a pasarme a mí, y la idea de encontrarme casi sin armas frente a un poderoso oponente no me parecía especialmente atractiva. El informe sobre la integridad del poder judicial había sido redactado por un grupo de ciudadanos alarmados y, dicho de la forma más suave, resultaba angustioso. Al principio estuve hojeándolo un poco, pero pronto empecé a leerlo con mayor atención. Exponía con numerosos ejemplos la maraña de intereses dentro de esa torre de marfil que es el poder judicial. Los jueces con numerosas actividades secundarias y el fenómeno de abogados que hacían las funciones de jueces interinos. A través de esta última senda, los abogados habían adquirido un poder desmesurado dentro de las instituciones que precisamente debían juzgar y condenar sin miramientos de clase. En su lugar, sacaban provecho ellos, sus clientes y los compañeros de bufete. Y no sólo eso, porque los mecanismos legales de control para las malas prácticas de abogados, jueces y notarios resultaban ser sólo procedimientos pro forma, encaminados sobre todo a proteger y a consolidar la formación de una imagen positiva de la profesión. Como complemento, se había añadido un apéndice: «Relación de abogados que son jueces interinos bien en el propio juzgado de su distrito, bien en su propio tribunal, bien en el propio tribunal de apelación o combinaciones de todos los casos». Aunque la ley estipulaba que un juez no podía ser también abogado, era absurdo constatar que viceversa, en la forma de juez interino, sí que ocurría a gran escala.

El siguiente texto parecía que podía aplicarse muy bien al caso de Mira y Frederik Roes: *En gran parte de los procedimientos civiles por escrito sustraídos a la publicidad, por lo general no aparecen las autoridades, sino un ciudadano/persona jurídica frente a otro ciudadano/persona jurídica. No es extraño que una parte poderosa e influyente (aseguradora, banco, multinacional, organización que persigue objetivos concretos) esté asistida por abogados de grandes bufetes prestigiosos con muchos contactos en el poder judicial. Frente a ella, hay a menudo un individuo asistido por un abogado bienintencionado de un bufete por lo general mucho menos prestigioso. Pero los intereses en semejantes procedimientos civiles son con frecuencia muy grandes. No es raro que muchas veces se trate de una fuerte demanda por daños y perjuicios resultantes de un comportamiento contrario a derecho o algún*

incumplimiento ilícito.

En el caso de Mira y Frederik Roes habría podido incluirse también «hospital» entre paréntesis. Una cosa sí que era bastante diferente: tras unas cuantas malas experiencias con los bufetes más pequeños, Kalman Teller había recurrido a un bufete de abogados tan prestigioso como el de la parte contraria para ayudar a Mira y a Frederik Roes. Pero eso había servido de poco, porque precisamente a la hora de la verdad ese mismo bufete los había dejado después en la estacada.

XI

Sunardi y su esposa vivían en el piso bajo de un inmueble de tres plantas. Las casas eran antiguas, construidas con un ladrillo rojo que en el curso del tiempo se había oscurecido, anticuados marcos de ventana de madera y, sobre las puertas, vidrieras de colores; en la parte posterior había un balcón que se extendía a todo lo ancho de la vivienda, adornado con una baranda de madera labrada. Ya no se construían viviendas tan costosas de mantener como estas, o debías pagar mucho dinero por ellas si imitaban el estilo retro. En la parte posterior, Sunardi tenía las puertas abiertas a un profundo jardín trasero. También por los jardines podía verse lo antiguo que era este barrio: abetos tan altos que sobresalían muy por encima de la azotea, hayas con ramas que se abrían ampliamente en abanico, rosales de voluminosos troncos, enormes rododendros bajo los cuales el sol no podía alcanzar el suelo ni siquiera en verano. La parte posterior de los jardines estaba limitada por pequeños cobertizos de piedra recubiertos de musgo. El barrio me produjo en seguida una sensación agradable, era un oasis de paz y silencio, como si el tiempo se hubiera detenido allí.

Después de haber dado una vuelta a la manzana, decidí llamar al timbre de la puerta, pero la casualidad me fue propicia, porque en ese preciso instante salía Sunardi. Un inesperado golpe de suerte, ya que así podría hablar con él sin que estuviera presente su esposa.

Según Frederik Roes, a la mujer de Sunardi no le entusiasmó su visita. Le dijo sin muchos circunloquios que debía dejar en paz a su marido. No le apetecía nada que le involucraran en ningún pleito y estaba convencida de que en esta suerte de causas era precisamente el hombre de a pie quien corría el riesgo de convertirse en víctima. Vandersloot tenía dinero y contactos, pero su esposo era un enfermero normal y corriente que había trabajado mucho durante toda su vida y al que ya no le quedaba tanto para jubilarse. Al final le echarían todas las culpas y ¿quién iba a querer contratarle si le despedían? Aunque Frederik Roes le había explicado que eso no pasaría nunca, no se avino a razones. Se enfadó bastante porque su esposo, pese a todo, quiso atender a Frederik Roes, y no es que se esforzara por ocultarlo.

Sunardi era un hombrecillo pequeño de unos cincuenta años, con cabello gris ensortijado. Llevaba puesto un chándal verde y amarillo de la selección brasileña de fútbol. Por un momento temí verme obligado a correr tras él, pero pasó por delante de mí con una bolsa de plástico en la mano derecha; si bien a paso ligero, resultaba fácil de seguir. Después de haber cruzado un par de calles con bastante tráfico, entró en un parque pasando por un pequeño puente de madera. Dejamos a un lado un campo de minigolf cerrado, cuyas pistas habían desaparecido en su mayoría bajo una alfombra de hojas caídas, un complejo de jardines de ocio, una granja infantil donde un par de cabras se estaban rebozando en el barro, y nos detuvimos junto a un estanque. Allí descubrí lo que había en la bolsa de plástico. No había acabado de sentarse en un banco cuando los patos de la orilla y los que nadaban en el agua ya estaban

acercándosele. No tuvo que decir nada ni hacer ninguna seña. Abrió la bolsa y sacó de ella pedazos de pan. En lugar de echarlo al suelo, iba alimentando a los patos uno a uno, para lo que tenían que acercarse hasta que les fuera posible picotearle el pan. Aunque no se dejaban acariciar, sí que permitían que les apartara levemente con el dorso de la mano cuando se ponían muy pesados.

La situación era increíble: un hombre que podía desempeñar un papel crucial en un asunto que había arruinado por completo la vida de dos personas estaba aquí sentado dando de comer con toda tranquilidad a los patos mientras charlaba con ellos. Quizá su propia mujer le considerara un angelote por haber atendido a Frederik Roes, pero de momento no me despertaba ninguna simpatía.

Cuando me senté a su lado y le saludé, me miró algo sorprendido, como si se preguntara por qué me había sentado justo en este banco, para devolverme el saludo a continuación.

—Por lo que se ve, le conocen bien —le dije.

—Sí, es cierto.

—Parecen bien alimentados, les vendrá muy bien para cuando llegue el invierno, dentro de poco.

—Sí, seguro que tampoco soy el único que les da de comer.

Tal vez pensara Sunardi que yo era un homosexual que quería relaciones, porque al poco rato hizo ademán de ponerse en pie para marcharse. Vació la bolsa y dijo:

—Hasta la vista.

No había nadie en el parque y, cuando estaba levantándose, le puse la mano en el hombro y le empujé suavemente para que volviera a sentarse en el banco.

—Usted es el señor Sunardi, ¿no es cierto?

Por su rostro pasó la sombra de una mirada asustada. Acuciado por la incertidumbre de lo que podía esperarse, echó un rápido vistazo a su alrededor, pero no podía contar con ayuda.

—No tiene por qué tener miedo. Solo quiero hablar con usted. Sobre Mira Roes. —Se quedó tan petrificado que, por un momento, pareció como si fuera a quedarse en el sitio—. Veo por su reacción que no es un tema del que le guste hablar, pero me temo que tendremos que tratar el asunto de todas formas.

—¿Tratar el qué? ¿Y quién es usted?

—Soy un amigo de la familia. El señor Roes vino hace poco a visitarle, ¿no es cierto?

—Sí, ¿y qué? Ya le dije que iba a testificar, ¿no?

—Sí, están muy contentos. Lo que pasa es que aseguran que no es toda la historia.

—Yo le conté lo que sabía. ¿Qué más quieren?

Fue un intento titubeante para reponerse, tan poco convincente que inspiraba lástima.

—Usted quiere testificar que no estuvo presente durante la intervención, ¿digo bien?

—Sí, dice usted muy bien. Fue lo que le dije también al señor Roes. Esa abogada miente, y el escrito es falso, nada de lo que aparece en él es cierto. Yo no estuve allí y tampoco quiero tener nada que ver con ese asunto. Nada, nada en absoluto. Usted o quienes quiera que sean deben dejarme en paz.

—Yo le creo. Usted testifica, dice la verdad y entonces ya estará liberado y no se le implicará en nada más. Y Vandersloot dice luego que se ha equivocado y, a continuación, que ya no recuerda quién le asistió, si al final usted no fue. Y punto.

—Más no puedo hacer.

—Sí que puede. Según Mira Roes, fue usted la persona que acudió corriendo a ayudar a Vandersloot cuando la cosa se puso fea. Solo si quiere declarar también eso, ella y su esposo tendrán un caso contra él. Eso es lo que vengo a pedirle en su nombre. El calvario de estas personas dura ya diez años, tiene que terminar de una vez por todas, y eso depende en gran parte de usted.

Había estado evitando mi mirada en la medida de lo posible, pero ahora sí que la clavó en mí. Le había puesto toda la persuasión a mis palabras, pero en él habían producido el efecto contrario, llevándole a sentirse acorralado.

—¿Cree usted que es tan sencillo? —respondió con una voz chillona, que sonó como un gallo debido a la tensión.

—¿Por qué no es tan sencillo? ¿Tiene miedo de perder su trabajo? ¿O está protegiendo a Vandersloot por alguna suerte de lealtad? Eso está del todo fuera de lugar: ese hombre lleva mintiendo diez años. Y para su trabajo seguro que se llega a un acuerdo. A fin de cuentas, no se trata de usted.

La frustración le llevó a apretar los puños.

—¿Que no se trata de mí? Mi trabajo, fidelidad, ¿de qué está usted hablando? ¡Todo gira en torno a mí!

Estaba tan excitado que el par de patos que aún rondaban por allí, confiando en que hubiera más pan, levantaron el vuelo en busca de la seguridad del agua. Se trataba de una breve reanimación y, a continuación, fue como si se vaciara por completo.

—Me parece terrible lo que le pasó, pero yo no puedo hacer nada por ellos. Dígaselo. Por favor.

Quizá confiaba en que me conformara con el tono fatalista con que había pronunciado estas palabras y que luego me marcharía, pero seguí allí sentado como si nada.

Tras un breve silencio, su voz sonó más desesperada:

—Por favor, déjeme en paz.

Era un clamor en el desierto. Si todo se reducía a eso, ¿qué quedaba entonces? ¿Y qué iba a contarles a Mira y a Frederik Roes? ¿Hemos estado charlando tan ricamente sentados en un banco del parque, pero el señor Sunardi no puede ayudarnos?

—¿A qué se refiere con que todo gira en torno a usted?

Esperé una respuesta en vano.

—El silencio no es suficiente, señor Sunardi. No soy un amigo de la familia, soy alguien a quien han contratado para descubrir qué es exactamente lo que está pasando. Mira y Frederik Roes esta vez quieren hacer bien las cosas y para eso han recurrido a mí. No pienso parar hasta haber cumplido con mi trabajo. ¿Lo entiende?

Sin responder, Sunardi se quedó con la mirada perdida a lo lejos. Ya le había metido bastante presión por el momento, así que le dije: «Váyase». Entonces se levantó: «Todavía no se ha librado de mí».

Me retrepé en el banco y miré los patos que se mecían en el agua. Sunardi tenía miedo de algo. Tendría que haberle retenido para hablarle hasta convencerle de que me contara lo que estaba pasando. Su estado de nerviosismo era tal que no habría necesitado mucho para sacarle algo. Pero yo no me encontraba en situación de poder hacerlo y la policía no tenía ninguna razón para detenerle. Cuanto más lo pensaba, tanto peor me sentía. ¿Cómo era posible que alguien que había estado fuera de la circulación durante casi diez años tuviera ese miedo tan a flor de piel por algo que había sucedido tanto tiempo atrás, un miedo que casi le provocaba espasmos? Si este hombre tenía en sus manos la clave que llevaba a una solución, habría que vigilarle las veinticuatro horas del día y debería conseguir averiguar lo máximo posible sobre él. En lugar de seguir este procedimiento, le había avisado para dejar después que se fuera. Si quería evitar que un error de cálculo por mi parte se convirtiera en el enésimo revés de Mira y Frederik Roes, debía corregirlo tan rápido como me fuera posible.

XII

Peter Redig llegó en menos de una hora, consciente de que esa urgencia con la que quería hablarle era en su provecho. No permitió que se diera ningún malentendido:

—Esto es muy inesperado, lo que significa que también será más caro. He tenido que dejar aparcados otros asuntos.

Me dedicó una mirada amable, pero cada vez que hablaba con él tenía la impresión de que estaba buscando mis puntos vulnerables y la manera de poder utilizarlos si alguna vez llegara a presentarse una ocasión apropiada.

Redig era un alemán oriental que había llegado a los Países Bajos tras la caída del muro. Seguro que no por casualidad, pues debió de considerar que aquí todavía apenas estaba explotado el mercado en el que llevaba una ventaja natural a los posibles competidores. No soltaba prenda sobre lo que había hecho en la antigua RDA, pero las virtudes que mostraba para ganarse el pan en este país apuntaban en una dirección determinada. La vida privada de las personas era un concepto que le resultaba totalmente ajeno y, por tanto, no le costaba ningún esfuerzo violarla. Ya se tratara de antecedentes penales, datos fiscales, una factura telefónica con una descripción detallada de los destinatarios de las llamadas o informes completos de los juzgados, él conseguía echar mano a lo que fuera. Todo lo que tenía de irrespetuoso con la vida privada de las personas de las que yo quería saber algo también lo tenía de cuidadoso protegiendo a sus fuentes. Nunca pronunciaba nombres, lo único que podías oírle decir sobre esas fuentes era que cuidaba bien de ellas. Eso no significaba solo que les pagara bien, sino también, y quizá lo más importante, que hacía todo lo humanamente posible por mantenerlas en la sombra. Para él eran muy valiosas en el sentido crematístico, y eso lo cuidaba mucho. Se trataba de funcionarios de la administración que hacían bien su trabajo, con toda tranquilidad, y de vez en cuando ganaban algún dinero extra pasando datos. Ingresos que no eran tan voluminosos como para realizar compras espectaculares que pudieran llamar la atención, más bien un bienvenido complemento al sueldo mensual fijo.

Redig tampoco tenía ningún reparo en meter las manos en la mierda; cuando era necesario, abría bolsas de basura para buscar todo lo que pudiera contener alguna información. Extractos de cuentas bancarias, condones, cajas de medicamentos. Dependiendo de dónde se encontrara la basura en la bolsa, sabía incluso decirte lo que se había comido cada día, como un arqueólogo que va excavando por diferentes estratos.

Para poder realizar mi trabajo, en el curso de los años me había ido montando una red de buenos profesionales, cada uno en su campo. Un grupo variopinto de piratas informáticos, expertos en arte, ladrones, hasta personas que solo debían seguir a alguien e informarme después. Solo con uno había entablado amistad, pues con la mayoría mi relación era puramente profesional. En general, eran personas a las que admiraba por sus cualidades. En el caso de Redig, a pesar de sus innegables talentos,

no podía aplicarse esta máxima: él era un mal necesario, pero me cuidaba muy mucho de que no se diera cuenta de mi parecer, aunque yo sabía que le traería completamente sin cuidado, siempre y cuando se le pagara. Dinero: nunca le parecía suficiente. Era como alguien que, después de haber padecido hambre durante mucho tiempo, sigue devorando aunque ya esté saciado. Tras los años de penuria en la RDA, le había quedado un insaciable apetito de todo lo que podía adquirirse en nuestra sociedad de consumo. Cada vez que le veía, tenía un juguetito nuevo del que alardear.

Después de haberle contratado, mi paso siguiente sería informar a Mira y a Frederik Roes de que quizá pudiera hacer algo por ellos. A continuación, tendría que concertar una cita con Kalman Teller para hablar de mis retribuciones y qué resultados tendrían que saldarse. *No cure, no pay*, pero ¿qué significaba *cure* en este caso? Sea como fuere, ninguna sentencia judicial a favor de Mira y Frederik Roes, pues eso era algo en lo que yo no podía ejercer ninguna influencia.

Kalman Teller tenía razón: si llegábamos a un acuerdo, volvería a tener un cliente judío. Después de Raw Leimann, el hombre de negocios que pasaba por encima de cadáveres para enriquecerse con los recursos minerales del Congo y que no se arredró a la hora de matar cuando estuvo en juego la vida de su hija. Después de Eva y Bernard Lisetsky, los herederos de una colección de arte legendaria que había desaparecido durante la Segunda Guerra Mundial, una colección valorada en decenas de millones, pero que ellos querían recuperar única y exclusivamente en recuerdo de su padre asesinado a palos y de su madre gaseada en la guerra. Ahora era el turno, por tanto, de Kalman Teller, un hombre del que apenas sabía nada pero cuya vida giraba a todas luces en torno al petróleo. Un hombre que llevaba encima la tragedia de que quien pensara en él no vería en primer lugar un rostro atractivo, sino unas manos deformes.

XIII

Jaap y yo teníamos la costumbre de asistir en noviembre al Festival Internacional de Documentales de Ámsterdam, el IDFA. Durante los primeros años veíamos los documentales más dispares, pero con el paso del tiempo habíamos delimitado el terreno. En el programa rastreábamos «naturalezas muertas» de personas; documentales en los se grababan los quehaceres diarios de la gente, en los que a simple vista ocurría poco y se comentaba menos. Jaap era inspector del Departamento de Homicidios de la Brigada en la Región de La Haya y tanto en su trabajo como en el mío todo giraba en torno a personas de todas las clases sociales. Sin embargo, no íbamos a verlos para comprender mejor sus móviles. A veces no había quien comprendiera nada en absoluto: esa era la conclusión a la que habíamos llegado con el tiempo.

Esta vez tuvimos que ir a la nueva Biblioteca Pública, en la Oosterdokseiland, cerca de la Centraal Station, y la cosecha no fue mala. *Washed Ashore* trataba de un camposanto en la parte austriaca del Danubio, un cementerio para muertos anónimos cuidado con amor por un encargado anciano que había sacado del río un total de unas cincuenta almas ahogadas y suicidas. *Below Sea Level* trataba de una comuna de marginados en un lugar perdido a unos trescientos kilómetros al sudeste de Los Angeles, cuarenta metros por debajo del nivel del mar. No era una colonia *hippie*, simplemente unas cuantas personas que habían vuelto la espalda a la sociedad. *Glenn Helder, c'est la vie* contaba la historia del extremo izquierdo del Arsenal Glenn Helder, que se lesiona, el aburrimiento le lleva a perder todo el dinero en el juego, le da una paliza al nuevo novio de su ex y, por último, acaba en la cárcel.

Cuando salimos, ya era de noche y hora de cenar. Propuse ir al restaurante Pier 10. Aunque no era mi favorito, estábamos cerca. Jaap había venido con el coche, pero en este momento del día no me apetecía nada ir al centro, pues significaba mucho tráfico y problemas para aparcar. Además, no me gustaba cenar tarde. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve en Pier 10. Recordaba que la comida era buena, aunque demasiado cara, y cada vez me molestaba más la clase de clientela que lo frecuentaba. Personas de éxito, en gran parte todavía relativamente jóvenes, que no habían sufrido ningún revés en la vida y a quienes parecía de lo más natural que todo les fuera de maravilla, y que casi siempre mostraban poca comprensión con la gente que había sido menos afortunada y a la que la vida sí que le había dejado cicatrices. Si no triunfabas, era por tu culpa.

Estaba tranquilo y conseguimos una mesa en la parte delantera del muelle, con vistas al río IJ. Durante todo el día el tiempo había estado inestable, con nubes en el cielo que, impelidas por un fuerte viento, descargaban de buenas a primeras en violentos chaparrones. Si bien el IJ era un río y no había olas de importante consideración, la superficie del agua se veía bastante agitada y de vez en cuando las olas rompían empujadas por fuertes vientos racheados, salpicando al cielo una lluvia

de gotas. El transbordador que llevaba al norte de Ámsterdam debería de estar pasándolas canutas para mantener el rumbo. Aparte de las luces del transbordador y algún barco de navegación interior que pasaba por delante, todo era una oscura masa fría y tenebrosa.

Mientras yo iba haciendo mi pedido, Jaap aprovechó la oportunidad para examinar a la joven camarera. Su mirada fue neutra y no dijo ni una palabra, pero ella se ruborizó. No era la única, pues se trataba de una reacción que Jaap provocaba a menudo. Con la edad, pero también como consecuencia de un estilo de vida poco sano, Jaap había ido trasladándose lenta pero seguramente del James Dean que fue en su día hacia una especie de Keith Richards. Un rostro llamativo y, por lo visto, tan atractivo que fascinaba a muchas mujeres. Pero también contribuía su actitud, que irradiaba una forma de tomarse la vida según venía y que así le iba de maravilla. Yo, tan pronto como me encontraba en su presencia, también percibía esa despreocupación como un baño de agua caliente. Las cosas son como son y, si te has esforzado por hacerlo lo mejor posible, no había nada que reprocharte y no había ninguna razón para darle más vueltas al asunto.

No solía hablar con los demás de mi trabajo, pero Jaap era la excepción que confirma la regla. Y solo lo sacaba a colación cuando quería saber su opinión. Tuvo una reacción poco entusiasta cuando le conté lo de Mira Roes. La verdad era que si hasta la fecha había estado intentado conseguir justicia en vano, era ingenuo pensar que todavía iban a rectificar lo que se había hecho mal. Al menos no entre las cuatro paredes de una sala de audiencia, ya que era un sistema demasiado cerrado. La abogacía y el poder ejecutivo eran bastiones imposibles de penetrar para una persona que no se encontrara dentro. Del sector médico apenas sabía nada, pero con abogados y jueces se las había tenido que ver más veces de las deseadas. Con mayor frecuencia de la que hubiera querido, había tenido que estar sentado en la sala escuchando con indignación a magistrados que no se habían leído los autos o simplemente no tenían la inteligencia suficiente como para poder profundizar de verdad en casos complicados, y entonces solo se mostraban sensibles al abogado que lograba presentar su caso de manera más convincente. Incluso aunque tu queja sobre un mal juez fuera justa, la posibilidad de ganar era mínima. El Órgano Disciplinario Médico para los doctores y el Consejo de Supervisión para los abogados: colegas que juzgan a colegas. Los jueces no solo se nombran de por vida, sino que nunca había habido ninguno que hubiera sido despedido por haber hecho mal su trabajo.

Para lo que era habitual en él, hablaba con bastante vehemencia:

—Esa señora Roes tuya es para esa clase de personas solo alguien que pasa por allí un momento. Esos jueces tienen que encontrarse todos los días en la misma puerta y han de llevarse bien. Es terrible lo que le ha pasado, pero no debes mezclarte. Di no antes de que sea demasiado tarde. Si este asunto lleva ya diez años, no es ya una cuestión de quién está en posesión de la verdad, sino de quién va a llevarse la razón, ¿no? Ahora es ella y su esposo contra esos otros: todo el mundo se

ha atado ya los machos. ¿Te crees tú que esa clase de personas que espera de ti que te levantes cuando entra en la sala, y ve eso como la cosa más normal del mundo, va a permitir que le lean la cartilla?

Con su experiencia, el consejo que me dio no era algo para tomarse a la ligera. A pesar de todo, con Sunardi había pasado algo. Todavía no estaba muy seguro y eso debió de notármeme en el rostro, porque Jaap dijo:

—No he podido convencerte, ¿a que no?

Mientras me quedé esperando la cuenta, Jaap había ido por el coche. Poco después salía yo también al encuentro de la noche y me aposté al lado de la carretera, preparado para subirme en cuanto llegara. Este era el tramo en la parte posterior de la Centraal Station donde antes esperaban las putas a sus clientes. Eso había sido hace años, porque ahora ya no se las toleraba allí y se había convertido en un lugar triste de Ámsterdam, dejado de la mano de Dios y de todo el mundo. Una franja de tierra de nadie entre la espalda de la Centraal Station y Ámsterdam Norte, que empezaba al otro lado del agua.

Vi a Jaap venir ya de lejos. Cuando se estaba acercando, empezó a desviarse del medio de la carretera muy poco a poco, hasta que enfiló hacia mí. Levanté el brazo para indicarle dónde estaba. Por un momento pensé que quería gastarme una broma, pero me di cuenta de que algo debía de ir realmente mal cuando rozó con tanta fuerza la parte posterior de una Vespa aparcada que la tiró y fue deslizándose un buen trecho por la acera con una lluvia de chispas. Jaap seguía acercándose derecho a mí y no parecía que fuera a aminorar la velocidad. Si esto seguía así, yo sería el siguiente en ser atropellado. Estaba confuso y ahora empezaba a hacerle aspavientos que, aunque más enérgicos, seguían careciendo de plena convicción. Como si de un momento a otro fuera a revelarse que todo había sido en realidad una broma. Hasta que estuvo tan cerca que no tuve más remedio que saltar hacia atrás. Mientras el coche pasaba a mi lado a toda velocidad, vi fugazmente a Jaap tumbado sobre el volante, con la cabeza girada de tal manera que no llegué a verle la cara. ¿Qué estaba pasando? ¿Se había indispuerto? Si era así, parecía que la cosa iba a empeorar, porque en la curva de la carretera solo había una valla que le separaba del agua del IJ. No había ningún otro obstáculo que pudiera detener el coche. Empecé a correr detrás y, para mi espanto, vi cómo embestía contra la valla y apenas disminuía la velocidad, para a continuación desaparecer de mi vista. Entonces me puse a correr tan rápido como me fue posible y, llegado al embarcadero, vi cómo el coche estaba flotando sobre el agua. Por un momento tuve la esperanza, contra toda lógica, de que siguiera flotando, pero luego vi que ya empezaba a hundirse en la agitada superficie del río. Miré desesperado a mi alrededor, pero no pude distinguir a nadie. ¿Qué podía hacer? ¿Jaap seguía estando vivo? Miré al coche con mucha atención, confiando en que se moviera algo y que tal vez el propio Jaap intentara salir de allí. Nada, nada en absoluto. Me vi

asaltado por la angustia paralizante que me producía tomar conciencia de que, si no llegaba a tiempo, antes de que el coche desapareciera del todo, ya no podría encontrarlo en las negras aguas. Ahora parecía hundirse a mayor velocidad que hacía un momento. Me quité el abrigo, me quité los zapatos y me zambullí, con demasiado miedo como para bucear en la oscura corriente. Hacía un frío tan terrible que de inmediato me quedé sin respiración. Empecé a nadar con todas mis fuerzas hacia el coche, ya en dirección a la puerta del conductor. En mi cabeza no dejaba de gritar: «¡Joder, joder!» como un mantra para oponer algo de resistencia al miedo que me provocaba el frío y negro elemento líquido y la catástrofe que se estaba fraguando. Alcancé el coche justo en el momento en que desaparecía por completo bajo el agua. Palpé con las manos la puerta del lado de Jaap en busca de la manija, pero ya se había hundido demasiado. Sentí cómo el espejo lateral se me resbalaba entre las manos hasta que también desapareció en la profundidad. Por mucho miedo que tuviera a las oscuras aguas, no me quedaba más remedio que sumergirme también con él. Cogí tanto aire como me fue posible y descendí buceando tras el coche. Apenas había ganado profundidad cuando ya lo sentí. Se había detenido en el fondo. No podía ver nada y palpaba con ambas manos el exterior. Toqué el parabrisas y comprendí que debía ir a la derecha para buscar de nuevo la puerta del conductor. Una fracción de segundo después ya tenía la manija. Tiré de ella, pero ya no me quedaba aire y la desesperación se apoderó de mí. ¿Cuánto tiempo llevaba Jaap bajo el agua? Me di impulso contra el coche y con unas cuantas brazadas alcancé la superficie. Sin pensármelo dos veces, cogí aire y me sumergí de nuevo. Esta vez di con la puerta casi de inmediato y logré ir abriéndola poco a poco. Sentí cómo el agua entraba a remolinos en el coche, pasándome por delante del cuerpo. Cuando la puerta estuvo suficientemente abierta, palpé el cuerpo de Jaap. Lo primero que tocaron mis manos fue su cabeza, que se movió un poco a un lado con mi contacto, como si quisiera salir flotando por el agua. Le recorrí a tientas el cuerpo buscando el cinturón de seguridad. Al no dar con nada, empecé a tirar de él. El cuerpo comenzó a moverse muy despacio y le arrastré hacia el lateral para sacarle del coche. Ahora yo tampoco tenía oxígeno apenas y con todas mis fuerzas me impulsé contra el lateral del coche. Un segundo más tarde salíamos los dos a la superficie.

Me encontraba al borde del agotamiento y todavía no había terminado. Miré al embarcadero, pero allí no había ni un alma. Nadie nos había visto y no tenía a quien recurrir. Busqué en vano un lugar por donde pudiéramos salir del agua. En ese momento, sentí algo cálido en las manos. Solo entonces me percaté de que el rostro de Jaap estaba cubierto con sangre que le salía de una herida profunda en la cabeza. Probablemente se la habría golpeado contra el parabrisas cuando el coche cayó al agua, ya inconsciente y sin el cinturón de seguridad, por tanto sin ofrecer resistencia alguna. ¿Estaría todavía vivo? ¿Tenía un cadáver en los brazos? Mientras le mantenía la cabeza por encima del agua, le palpé el cuello buscándole el pulso con unos dedos en los que apenas tenía sensibilidad. Cuando lo sentí, de nuevo lo sentí y volví a

sentirlo, me transmitió tanta fuerza que empecé a gritar. En una euforia demente, se intercalaban los gritos de ayuda con los insultos procedentes de lo más profundo de mi alma.

Antes de llegar a la orilla, vi cómo aparecía un hombre en el embarcadero por encima de mí. «¡Aquí, aquí, ayuda! ¡Llame al 112, llame al 112!», seguí gritando.

Después me enteré de que la policía había llegado en menos de diez minutos, pero para mí fue una eternidad. Había logrado aferrarme al muro de contención, pero seguía sin poder ir a ninguna parte. Había intentado agarrar con mi brazo libre el que me tendía el hombre, que se había tumbado boca abajo para arrimarse más, pero la distancia era excesiva. En esos intentos tenía que soltar el muro de contención, seguir sujetando a Jaap y, entre tanto, patalear en el agua con el fin de impulsarme hacia arriba lo máximo posible. No lo conseguía y era tan agotador que desistí al cabo de dos intentos. Al hombre no le quedó otra que darme ánimos, pero percibí el miedo en sus ojos. También él veía cómo la sangre seguía fluyendo por el rostro de Jaap.

Oí acercarse desde lejos una sirena. Poco después vi cómo el cielo se iluminaba encima de mí con una luz giratoria azul y una fracción de segundo más tarde aparecieron dos policías. Tras haber examinado la situación, regresaron con una cuerda. Mientras ataban un extremo, me daban instrucciones de cómo debía pasarla por debajo de los brazos de Jaap y anudársela al vientre. El tono sosegado de voz con que me hablaban tuvo un efecto tranquilizador y desapareció algo del pánico que me había estado devorando durante todo ese tiempo. Sentí un agradecimiento que hizo que se me saltaran las lágrimas. Entre tanto, tenía las manos tan ateridas que apenas me obedecían. Después de haber conseguido anudar la cuerda alrededor de Jaap, tuve que girarle para que pudieran subirle despacio con la espalda vuelta al muro de contención. Seguía estando inconsciente y la cabeza le caía desmadejada hacia delante.

Mientras me iban sacando a mí, oía sirenas por todas partes. Una vez arriba, vi cómo llegaban las ambulancias dando frenazos, seguidas no mucho después por los bomberos. Mientras los enfermeros de la ambulancia se arrodillaban junto a Jaap, uno de los agentes me preguntó si había más personas en el coche. Cuando le respondí que no, se levantó y se dirigió al coche de bomberos. Yo también intenté levantarme, pero no conseguí más que incorporarme sobre las rodillas, para después perder el equilibrio y caerme de lado. Tardé demasiado en estirar el brazo para buscar apoyo y me golpeé la cabeza con los adoquines. Me di cuenta del golpe, pero fue bastante extraño que apenas sintiera dolor. Debió de ser por el frío. Había llamado la atención de uno de los enfermeros que estaban con Jaap. Mientras venía corriendo hacia mí, oía cómo se restregaban entre sí las perneras de sus pantalones de material sintético. «¿Qué tal está?», pregunté cuando se arrodilló a mi lado. «¿Qué tal está usted?», fue la pregunta con que me respondió mientras me examinaba. Este hombre también era la tranquilidad en persona. «Debe de tener bastante frío, pero vamos a hacer algo para remediarlo».

XIV

Fuimos al hospital con toda la parafernalia imaginable: sirenas, luces giratorias y tan rápido como era posible. Yo estaba sentado junto a la camilla en la que yacía Jaap y, aunque la temperatura dentro de la ambulancia debía de ser razonable, no me parecía que estuviera entrando en calor. Para colmo de males, vomité. Estaba aturdido por completo y ni siquiera era capaz de oler mi propio vómito. Jaap seguía tranquilo y el enfermero que estaba sentado a mi lado, si bien le mantenía vigilado, no hacía nada más. Le habían restañado la herida sangrante de la cabeza, para después inmovilizársela junto con el cuello. Yo le miraba, pero estaba demasiado exhausto y narcotizado como para preguntarle al enfermero qué le estaba pasando a mi amigo. En cualquier caso, mientras el pecho le subiera y le bajara, y eso era algo que no dejaba de vigilar escrupulosamente, seguía vivo.

Podría haberme ido muy bien directamente a casa; al llegar al AMC, el hospital universitario de Ámsterdam, nos separaron en seguida a Jaap y a mí. De mí no había mucho que examinar, eso ya podía decirlo yo. Cuando se hubieron asegurado de que no me encontraba en estado de *shock*, pero sí mostraba síntomas de hipotermia, pude quitarme la ropa húmeda y darme una ducha. El agua caliente me hizo bien; primero empecé a sentir un hormigueo por todo el cuerpo y después iba notando cómo el calor también penetraba en lo más profundo. Cuando ya me pareció suficiente, me sequé bien. Fui a buscar mis cosas mojadas, saqué la cartera del bolsillo del pantalón, extraje su contenido y lo extendí para que se secara. Todas las tarjetas parecían estar en buen estado, pero eso lo comprobaría mañana. Los daños del carné de conducir y de los billetes parecían mayores. Lo sequé todo bien y lo envolví en pañuelos de papel. Al salir de nuevo, vestido con un pijama, bata y zapatillas del hospital, me preguntaron si había alguien que pudiera pasar a recogerme. La revisión de Jaap podía durar horas y, en este momento, su situación era estable. No había nadie que pudiera llevarme a casa, así que no mucho más tarde me encontraba sentado en un taxi con mi vestuario de hospital. Sustituí las zapatillas por mis zapatos y la bata por el abrigo, las únicas prendas que seguían secas.

En casa puse la estufa de gas a su máxima potencia y, mientras calentaba la vivienda, me volví a duchar. Esta vez pude ponerme mi ropa interior y mi bata. Me habría gustado tomarme algo fuerte para calentarme también por dentro, pero temía volver a vomitar. En lugar de una bebida alcohólica, me hice mi té y, con las manos rodeando la taza, me senté lo más cerca que pude de la estufa. Me quedé con la mirada clavada en el cristal tras el que decenas de llamas de gas dispersaban el resplandor y el calor. El termostato de la estufa estaba tan elevado que pronto tuve que correr la butaca hacia atrás. Una y otra vez intentaba recordar lo que había pasado exactamente, pero no obtuve ninguna respuesta a las preguntas de por qué había ocurrido. ¿Qué le había pasado a Jaap? ¿Le había salvado la vida o todavía podía morir?

Ni siquiera era tan tarde, antes de medianoche. Desde que había salido del restaurante empezaron a ocurrir cosas inconcebibles. Había estado en las oscuras y frías aguas del IJ y había sacado a mi amigo del coche. No me creía yo capaz de semejantes acciones.

Me levanté y fui hacia la ventana. En las casas de algunos de mis vecinos de enfrente ya se habían apagado las luces, pero aquí y allá seguía habiendo plena vida, y así pude mirar dentro de los cuartos de estar y de las cocinas. Cuando me acababa de mudar al Pijp, los pisos de enfrente tenían visillos en las ventanas y por las noches corrían las cortinas. Allí vivían demasiadas personas para una superficie tan pequeña, sin calefacción central y sin ducha. A muchos de ellos los había conocido durante las innumerables ocasiones en que estábamos esperando en la casa de baños públicos a que quedaran duchas libres. Esos habitantes originarios habían ido desapareciendo poco a poco para dejar sitio a una nueva generación de jóvenes que habían pagado mucho dinero para poder vivir en un barrio que había ido creciendo hasta convertirse en uno de los más populares de Ámsterdam. Personas a las que no parecía molestar que otros miraran el interior de sus casas. Solteros, parejas jóvenes, algunas con niños pequeños, pero nunca más de dos. Y no se debía en absoluto a la falta de espacio. Era como si en las vidas de las familias, con dos progenitores que trabajaban y deseaban una existencia plena, no hubiera cabida para más de dos hijos. Se sopesaban muy conscientemente las ventajas y los inconvenientes. Los niños ya no nacían así sin más, como ocurría en el pasado: llegué a conocer aquí familias con ocho hijos. Los habitantes actuales probablemente solo conocieran a sus vecinos de manera superficial, excepciones aparte. Los habitantes anteriores se conocían muy bien entre sí y quizá al correr las cortinas se aislaban por un momento del resto de la vecindad. La pobreza de antes había desaparecido, pero ¿qué había llegado a cambio? Cada vez se daba más el cada uno en su casa y Dios en la de todos, mientras que con el aumento de la prosperidad tendría que haber sido al revés, más posibilidades para poder ayudar al prójimo. En lugar de eso, la mayoría de las personas solo utilizaba la prosperidad para hacer que el mundo girara aún más a su alrededor y acaparar aún más cosas.

XV

Dormí mal y me desperté con dolor de cabeza, pero hoy solo había una cosa verdaderamente importante: averiguar el estado de Jaap. El resto debería esperar hasta mañana. Decidí no llamar por teléfono al AMC, sino pasarme directamente por allí.

Cuando estaba a punto de salir, sonó el teléfono.

—¿Jager? Soy Jaap.

La voz de Jaap sonaba tan tranquila y relajada como siempre, pero apenas podía creer que fuera él.

—¿Jaap?

—Sí, en persona, y, créeme, estoy igual de sorprendido que tú. ¿Es cierto que me sacaste del agua?

—Sí, es cierto. ¡Joder, Jaap!

—No recuerdo absolutamente nada. Esto es demasiado flipante, oye. Escucha, ¿puedes pasarte por aquí? Acabo de llamar a mis padres, pero me gustaría que vinieras tú también. Me han hecho un escáner de la cabeza y resulta que tengo un tumor. Por eso me quedé inconsciente. Quieren operarme hoy. Si me lo estuviera oyendo decir a mí mismo, no me lo creería. Sé que estas cosas ocurren, pero todavía no me he hecho a la idea del todo. ¿Puedes acercarte por aquí antes de que me abran? Parece ser que es una operación no exenta de riesgos.

Se me pasaron toda clase de pensamientos por la cabeza, pero en el momento en que tenía en la punta de la lengua la pregunta sobre la gravedad del tumor, logré contenerme.

—Voy ahora mismo. No tardo ni una hora en llegar.

Jaap se encontraba esperándome fuera, en la entrada principal del AMC. Llevaba un pijama y una bata del hospital, al igual que yo el día anterior. La herida de la frente estaba vendada y tenía amoratada una parte del rostro debido a unas cuantas zonas que se habían dañado bastante, pero por lo demás parecía relajado, como si no pasara nada. Me saludó agitando el brazo al verme llegar a cierta distancia y se encendió un cigarrillo.

La mano que me dio era tan firme como otras veces. Le saludé y luego miré el cigarrillo que tenía entre los dedos. ¿Cuál sería la verdadera gravedad de la situación ahora que estaba fumando tan tranquilo y, por lo visto, a nadie le preocupaba que estuviera aquí pasando frío con un fino pijama?

—No tengo cáncer de pulmón, Jager. Esperemos que no sea mi último cigarrillo. Ya no aguantaba más en la cama. No puedo comer ni beber hasta que me operen, pero no han dicho nada de fumar. Lo malo es que aquí no hay manera de conseguir tabaco. ¿Sabes cómo me las he ingeniado? Vi una cajetilla en el salpicadero de un taxi y le

compré unos cuantos al taxista. Joder, qué enganchado estoy, ¿no? —dijo con una risilla—. Acaba de llamar mi madre, llegarán dentro de cinco minutos. Podremos sentarnos en el restaurante de aquí y os contaré toda la historia.

—¿A qué hora van a operarte?

—Probablemente a primera hora de la tarde. De todas formas, a las doce tengo que estar ya en la cama. ¡No te preocupes tanto, Jager! Mientras hay vida, hay esperanza. ¿No es así? Si me miras de ese modo, voy a pensar que estoy ya en el hoyo. —De repente, cambió el tono de su voz y abandonó el pasotismo—: Me salvaste la vida, Jager. ¿Cómo podré llegar a agradecértelo algún día?

Dio un paso hacia delante y me abrazó. Sin pensármelo, respondí a su abrazo y le mantuve fuertemente agarrado. Cuando me soltó, volvía a ser el Jaap que nunca parecía preocuparse por nada.

—Pero ¿cómo conseguiste sacarme? Todavía me parece increíble haber estado en el fondo del IJ. No me habría dejado aparcado allí el coche, ¿no?

Cuando llegaron los padres, buscamos un lugar tranquilo en el restaurante donde pudiéramos hablar. El día anterior por la noche ya le habían hecho una tomografía y, al ver algo raro en el cerebro y además de un volumen alarmante, le hicieron una resonancia magnética. Jaap había estado inconsciente durante todo el tiempo. Resultó que tenía un tumor muy hundido en el centro motriz del cerebro, dijo señalándose el lugar con tanta exactitud como le fue posible. Era un tumor de los más malignos, un *glioblastoma multiforme*. Cuando la madre preguntó a qué se refería exactamente con maligno, Jaap explicó que no era un tumor, como ocurre con los tumores en el resto del cuerpo, con metástasis, sino que aun después de haber sido extirpado, volvería a aparecer en el mismo lugar. Bueno, sí, la mayoría de las veces: por lo visto, todos los neurocirujanos tenían en su consulta uno o dos casos, entre cientos de pacientes, en los que el tumor no reaparecía.

—Así pues, debo convertirme en ese único paciente, la excepción que confirma la regla —dijo—. En vista del tamaño del tumor, a los médicos les sorprende que me haya recuperado. Otro pequeño milagro. Puede que tenga algún ángel de la guarda.

Su optimismo les arrancó una sonrisa incómoda a los padres. A mí me habían surgido un montón de preguntas, pero aguardé a que ellos empezaran. Sabía que Jaap no los veía muy a menudo, aunque todo indicaba que se llevaban bastante bien. Era una afabilidad natural que hacía más fácil hablar de una situación muy grave. Y, desde luego, no había reacciones desmesuradas del tipo: «¡Ay, Dios mío, qué terrible!», atrayendo así la atención en busca de consuelo o palabras de sosiego. Tal vez eso lo hablaran después entre ellos, pero no aquí en presencia de su hijo.

—¿Hay también algo positivo? —preguntó el padre.

Jaap se encogió de hombros y contestó:

—Lo negativo es que se trata de un tumor de grado 4 y que es difícil de operar.

¿Y lo positivo? —sonrió incómodo y continuó—: No hay mucho positivo, a no ser que me la podrán prolongar un poco con una combinación de radiación y quimioterapia.

Se produjo un silencio difícil y terrible entre nosotros.

Con el «la» que había pronunciado Jaap estaba refiriéndose a su vida. Nadie se atrevió a preguntar cuánto podría durar esa prolongación.

—¿Qué ocurrirá si la operación sale bien? —preguntó la madre.

De nuevo Jaap evitó andarse con rodeos:

—Lo más normal es que el paciente se recupere primero si la operación ha sido un éxito, pero el tumor surge de nuevo al cabo de unos seis meses. Es lo que llaman una «recidiva», y casi nunca hay ya mucho más que hacer.

Unos seis meses. Si yo apenas podía asimilarlo, ¿cómo sería para él?

—Así es —interrumpió el propio Jaap el silencio.

Así eran las cosas. La madre le puso la mano en el brazo y se lo acarició con amor.

—Hoy saldrá todo bien. Eso es seguro. Jager te salvó ayer la vida. No habrá sido en vano, ¿no?

Había estado todo el tiempo sentada entre nosotros y ahora me ponía su mano libre en el brazo con la misma naturalidad con que le había puesto la otra a su hijo.

—Solo hay una cosa más de la que tengo miedo —dijo Jaap—. Van a operarme sin dormirme. Ha de ser así porque tienen que poder ver en mis reacciones que no me están dañando nada del cerebro. Dicen que es indoloro, me van a anestesiarse toda la zona y parece ser que el cerebro no sentirá nada, pero resulta una putada. Estaré allí tumbado, mirando hacia arriba, mientras me abren el cráneo y entran a buscar y a sacar ese tumor. Preferiría estar completamente dormido, pero no se puede.

La voz de Jaap temblaba y ninguno de nosotros encontraba palabras para tranquilizarle. Tampoco es que las hubiera, éramos conscientes a nuestro pesar. Me pareció un terrible panorama y sin duda sus padres pensaban lo mismo.

—¿Podríamos estar contigo? —preguntó el padre por fin—. ¿Quieres que estemos?

—No sé si está permitido. Sí que me gustaría, pero ¿aguantaréis estar allí de pie durante horas a mi lado?

—Podríamos turnarnos, ¿no? —dijo la madre.

La mano ya no acariciaba ni el brazo de su hijo ni el mío, sino que nos los apretaba con fuerza a los dos ofreciendo y buscando seguridad.

Me quedé con Jaap y sus padres hasta que tuvo que regresar a la habitación. En casa no conseguí concentrarme en nada. Busqué información en internet sobre los tumores cerebrales. Me leí todo lo que pude encontrar, desde lo puramente médico, la descripción de la enfermedad, técnicas quirúrgicas, empleo de medicamentos y toda

clase de efectos secundarios, incluidos los cambios de comportamiento, hasta informes de pacientes y llamamientos emotivos de familiares buscando asesoramiento sobre nuevos métodos para tratar la enfermedad cuando ya se había probado todo. La desesperación de padres que no querían perder a su hijo, pero también páginas donde las personas encontraban mutuo apoyo. A pesar de los avances que el mundo de la medicina había experimentado en numerosos terrenos, la imagen que obtuve era más negra que la noche más cerrada. Los diagnósticos eran mejores que antes, pero en el ámbito de la curación de tumores malignos apenas se habían hecho progresos. Los tumores cerebrales eran un mal al que todavía no se le había encontrado remedio. Con lo que había descrito Jaap, su esperanza de vida era de un año como máximo.

A eso de las ocho de la tarde me llamó por teléfono el padre de Jaap. La operación había salido bien parcialmente. Habían podido extirparle gran parte del tumor, con lo que la posibilidad de que se fuera a producir una repentina pérdida de conciencia era prácticamente insignificante. Sin embargo, quedaba otra parte tan entretrejida con zonas importantes del cerebro que su extirpación habría supuesto un riesgo excesivo de graves lesiones cerebrales. Los neurocirujanos no se habían atrevido a llevarlo a cabo. Por tanto, la cuestión de si se reproduciría el tumor ya no importaba, pues estaba todavía ahí, preparado para regenerarse de nuevo. El siguiente paso era la radioterapia, combinada con la quimioterapia. Querían empezar mañana mismo.

—¿Y cómo está él? —pregunté.

—Pues estaba muy cansado. Ha pedido una pastilla para dormir, porque no quiere desvelarse esta noche. Tal vez deberíamos tomárnosla todos. Mañana por la mañana vamos a ir a verlo y entonces hablaremos más del tema.

No sé cuánto tiempo estuve sentado en el sofá, aturdido y abismado en mis pensamientos. Primero Eileen, luego mi padre, después Adriaan Mantingh, el especialista en arte al que había llegado a conocer a través de mi trabajo y el único amigo que había hecho ya en edad avanzada..., todos muertos. Dentro de otros seis meses también perdería a Jaap. Y el tiempo que quedaba todavía, ¿qué podría significar yo para él si estábamos acostumbrados a tratarnos sin indagar con demasiada profundidad en nuestras respectivas almas?

XVI

A la mañana siguiente me desperté agitado e inquieto. Lo primero en que pensé fue en Jaap, y seguía sin tener respuesta a la pregunta que me había hecho el día anterior. Seis meses se pasaban volando, pero no era propio de nosotros cambiar de un día para otro el carácter de nuestra relación. Al mismo tiempo, me sentía incapaz de comportarme como si no hubiera pasado nada.

Además, tenía que ponerme en contacto con Kalman Teller. Sin haber firmado con él ningún contrato, ya tenía a Peter Redig trabajando para mí.

El «al habla Teller» con que me respondió al teléfono sonó tan poco acogedor que me pregunté quién se atrevería a llamarle una segunda vez, pero se transformó de inmediato cuando oyó mi voz.

—Así que ha estado hablando con Sunardi. Siento mucha curiosidad.

—Sigue sin querer decir más de lo que ya sabíamos. Fue categórico al respecto y creo que entiendo la razón: tiene mucho miedo. No sé de qué, pero ya he tomado medidas. He encargado a alguien que le vigile y que siga sus pasos.

—¿Le pareció necesario?

—Sí.

—Me fiaré de su experiencia entonces. Por lo demás, la reacción de Sunardi tal como usted la describe me hace albergar esperanzas. Eso confirma nuestras sospechas de que aquí está pasando algo. ¿He de entender entonces que acepta el trabajo?

—Sí, pero tenemos que hablar todavía de las condiciones. Este es un asunto poco habitual para mí y puede generar muchos gastos. Si luego resulta que hay más personas implicadas, deberé buscar más ayuda. Yo solo no puedo vigilar a todo el mundo y tampoco soy bueno en este aspecto. De ahí que ya haya colocado a alguien con Sunardi. Y es una persona que no trabaja gratis precisamente.

—Ante todo, no se preocupe por mi economía. Tengo una buena pensión de la Shell y de vez en cuando gano algo como consultor ofreciendo consejos estratégicos. Pero esto no es lo único. ¿Tiene papel y lápiz a mano?

—¿Para qué?

—Vaya a buscarlos y pronto le quedará claro.

Primero me dio la dirección de una página web y después unas cuantas abreviaturas y cifras que necesitaban alguna aclaración. Después dijo: «Consulte la página mañana por la tarde, a las tres y media. Si se abre con los datos que le acabo de facilitar, he ganado dinero. Entonces comprenderá mejor que la última de mis preocupaciones es cómo le voy a pagar. Mañana ocurrirá algo que tendría que haberse producido hace mucho tiempo, pero que sorprenderá a un montón de gente».

Por un breve instante, su reserva habitual había dejado paso a la petulancia, pero esta volvió a desaparecer cuando dijo:

—Hay algo que considero mucho más importante: si trabaja para mí, cuento con

que lo esté haciendo al cien por cien. ¿Será capaz?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Parece como si estuviera con la cabeza en otra parte. Por mucho que me guste contar con sus servicios, solo quiero trabajar con usted si va a esforzarse al máximo.

Encendí el ordenador y fui a la página web que me había dado: la New York Mercantile Exchange. La mayor bolsa de mercancías del mundo, en la que también se comerciaba con petróleo mediante los llamados futuros: contratos a plazo. Me había dado los valores para dos clases de petróleo: West Texas Intermediate y Brent Crude Oil. Kalman Teller había hecho una predicción sobre algo con lo que un montón de personas podían especular, de manera razonada o irracional, pero que era imposible que alguien supiera al cien por cien con seguridad, porque aún debía producirse: las cotizaciones de apertura del día siguiente. Aunque no lo había expresado directamente, comprendí que ganaba dinero especulando con la futura evolución de los precios. Mañana podría comprobar lo bueno que era con estas predicciones.

XVII

Aunque me había esperado algo por el estilo, me llevé un bofetón cuando entré en la habitación de Jaap a eso del mediodía. Tenía una venda alrededor de la cabeza rapada y ya no quedaba nada del oscuro cabello lacio que empezaba a plateársele por las sienes y que por el cuello le llegaba hasta el borde de la camisa.

Estaba sentado en la cama y parecía de buen humor.

—Esta mañana intenté apartarme el pelo. ¿Qué te parece?

Jaap tenía siempre la costumbre, como un tic nervioso, de pasarse la mano por el pelo y colocárselo tras las orejas.

—Tal vez sea como las personas que siguen sintiendo la pierna después de que se la amputen. ¿Va a volver a crecerse?

—¿En seis meses?

Jaap no estaba solo en la habitación; había tres hombres más. Dos de ellos no nos prestaban atención o, si nos la prestaban, lo disimulaban, pero un anciano nos miraba con desaprobación. Arrimé una silla a la cama de Jaap y bajé el volumen de mi voz, confiando en que él hiciera lo mismo:

—¿Qué tal andas?

—Bueno, no ando mal. Y no entiendo por qué, porque la operación solo salió bien en parte. Quizá sea porque ya no volveré a quedarme sin sentido de repente. Ayer estaba peor. Tal vez sea porque ya lo he pasado. Me abrieron una especie de escotilla en el cráneo; algún día te lo enseñaré. —Me señaló un ramo de flores que había en la mesilla junto a su cama y dijo—: Esta mañana temprano estuvo mi jefe. Los compañeros me desean una pronta recuperación. Algo de eso han escrito en la tarjeta. Era una visita obligada, pero ¿sabes quién estuvo también? Elzeline. La llamó mi madre, porque parece ser que todavía no han perdido el contacto.

De todas sus relaciones, la de Elzeline había sido la más seria. Sin embargo, se había ido al garete porque ella quería tener hijos, pero Jaap no.

—Se puso a llorar un montón y empeoró cuando le dije que, después de todo, tal vez no fuera tan malo que yo no quisiera tener hijos.

—Ese fue un comentario estúpido.

—No lo dije con mala intención, Jager. De veras.

—Si tú lo dices... ¿Y cuánto tiempo tienes que quedarte?

—Una semana aproximadamente. Para recuperarme de la operación y para ver cómo me sienta la radio y la quimio. Si no tengo reacciones extrañas, podré irme a casa. Luego tendré que pasarme por aquí todos los días durante seis semanas.

Miré un momento a mi alrededor y dije:

—¿Vas a quedarte en esta habitación?

—Sí, es el seguro que tenemos en la policía, Jager. Tendré que renunciar durante algún tiempo a mi intimidad. Tal vez haga nuevos amigos.

—¿Quieres que te consiga una habitación individual?

Hacía apenas dos años que me tuvieron que ingresar en un hospital después de haber recibido una paliza. Entonces le encargué a Jaap que me consiguiera una habitación individual. La diferencia la había pagado de mi bolsillo, una buena suma, pero cualquier cosa era mejor que tener que compartir el habitáculo con otras personas.

—La pagaré yo, míralo como un interés personal. No podemos tener conversaciones normales si los demás nos están escuchando, ¿no? Y para tus padres todo esto es ya bastante incómodo. Procura estar en casa dentro de una semana, porque de lo contrario vas a salirme muy caro.

Jaap refunfuñó sólo un poco en contra. Tuve más problemas para arreglarlo con el hospital. Los periódicos estaban llenos de noticias sobre los efectos del mercado en la sanidad, pero tuve que rellenar un buen número de papeles y me topé con la incompreensión y el escepticismo de rigor cuando manifesté mi intención de querer pagar la factura del hospital.

Al regresar, Jaap estaba durmiendo. Justo hace un momento había estado hablando bastante animado, pero sin esa palabrería ofrecía un triste espectáculo con la cabeza rapada y unas mejillas tan hundidas que parecía como si le hubieran extirpado algo más que un tumor. Apenas dos días antes habíamos estado sentados el uno frente al otro en el Pier 10. Ahora que le veía así, me preguntaba si entonces habíamos estado suficientemente relajados. Jaap probablemente sí, esa era su naturaleza después de todo. A mí me había resultado más difícil. Y eso mientras me hallaba imbuido de la transitoriedad de todo:

«*Encuentra a la muerte antes de que la muerte te encuentre a ti*». Se lo oía decir todavía a mi padre. Solo entonces podrás tener una vida apacible. No era que no lo comprendiera, al contrario más bien, pero me veía incapaz de familiarizarme con esa idea. Tenía miedo a la muerte. Contra toda lógica, tenía miedo de lo inevitable y me aferraba a algo que, tarde o temprano, inexorablemente iba a dejar de ser. Con una sensación de vergüenza, me di cuenta de que por un instante me sentía aliviado al estar aquí sano, junto a la cama de Jaap. Por el amor de Dios, ¿de qué andaba preocupándome si la vida, en cualquier momento, podía depararte un cambio de rumbo tan inesperado?

XVIII

Cuando a la mañana siguiente oí en la radio que el mercado de futuros de mercancías en Londres había superado por primera vez la frontera de los cien dólares por barril de petróleo, pensé de inmediato en Kalman Teller. Quizá tuviera suficientes razones para querer contratarme, pero yo sabía demasiado poco de él. Y no solo eso. Estaba seguro de que ayer mi voz había sonado normal por teléfono, a lo sumo un poco seca, y nada dejaba entrever que había recibido malas noticias del padre de Jaap. ¿Qué clase de señal había recibido entonces?

Decidí llamar a Eva Lisetsky. Hacía algunos años que había trabajado para ella y su hermano Bernard siguiendo el rastro de una colección de pinturas. Una posesión familiar que durante la Segunda Guerra Mundial había sido robada por los nazis. Su hermano, entre tanto, ya había fallecido, pero parecía ser que Kalman Teller había recabado información sobre mí. Ahora yo me informaría sobre él.

A pesar de lo mayor que era ya, mantenía en su voz la sonoridad clara que yo recordaba. Noté que se alegraba de hablar conmigo. Y la cabeza también seguía teniéndola en su sitio, porque comprendió que no llamaba solamente para charlar. Cuando la informé de lo que se trataba y le hice un par de preguntas, resultó que no pudo contarme sobre él más de lo que yo ya sabía. Ella también lo constató: aunque formaba parte de la comunidad judía en los Países Bajos, no solía dejarse ver. A lo sumo en entierros de personas a las que había conocido. Sí que asistía siempre a la conmemoración anual de los muertos.

—Kalman Teller se queda un poco aparte. Es un hombre reservado e introvertido. Impenetrable, ese es quizá el término que mejor le define. Y es algo que incomoda un poco a muchas personas, pero a él no parece importarle. Es uno de esos seres que tiene suficiente consigo mismo y no necesita a nadie más.

—Tengo entendido que durante la guerra estuvo en un campo de concentración.

—Sí, es cierto. En Auschwitz.

Hasta el momento, Eva Lisetsky había respondido a todas mis preguntas sin reserva, pero ahora se paralizaba tras esta breve confirmación. Sentí la aversión que le suscitaba seguir hablando del tema. Ella y su hermano habían pasado la guerra escondidos, pero sus padres habían sido asesinados: al padre le habían matado a palos en Theresienstadt y a la madre la habían gaseado en Auschwitz.

—Perdone. Quizá no habría debido sacar el tema.

—Si Simon Ferares viviera todavía, le habría pedido que contactara con él.

Simon Ferares fue el hombre que en aquella época había reunido el dinero solicitado por el informador para ponernos sobre la pista de la colección Lisetsky: 250.000 euros. Era un hombre que gozaba de un enorme prestigio dentro de la comunidad judía. Cuando le conocí, ya era bastante mayor, y, poco después, falleció.

La sonoridad y la animación de su voz habían dejado lugar a la circunspección cuando continuó con:

—Circula un rumor sobre Kalman Teller. Debe usted saber que tiene un número muy bajo y, sin embargo, sobrevivió a Auschwitz. La gente habla del tema, aunque solo sea por curiosidad.

—¿Un número bajo?

—Todos los que llegaban a Auschwitz eran registrados y se les tatuaba un número en el antebrazo izquierdo. Así se convertía a los hombres en números, lo que para los nazis era menos problemático a la hora de exterminarnos. No había ningún guardián del campo que se dirigiera a nosotros por nuestros nombres. El hecho de que Kalman Teller tenga un número bajo significa que fue uno de los primeros que entró allí. La gente casi nunca aguantaba mucho tiempo, pero él alcanzó la liberación. De eso se habla.

—¿Y qué se dice?

Dio una respuesta evasiva:

—Lo único que Simon Ferares quiso soltar al respecto fue que era absurdo. Más no quería hablar del tema. Su autoridad hacía que para la mayoría de las personas bastara con eso, pero como nunca quiso aclarar de dónde procedía su convencimiento, ayudó a dar pábulo a toda clase de rumores.

Hice un segundo intento y pregunté:

—¿Qué clase de rumores eran esos?

—Sé que usted es una persona íntegra y no me lo pregunta por curiosidad, pero este es un tema que no me resulta nada agradable. Sobre todo porque el propio Kalman Teller no respondería. —Suspiró profundamente y continuó—: Lo que se da a entender es que los nazis deben de haber tenido sus razones para dejarle con vida tanto tiempo. —Y de repente, apasionada, con una voz de la que se desprendía irritación—: También es culpa suya. Seguro que él debe de haberse dado cuenta de que la gente no se le abre; es un hombre inteligente, pero no se esfuerza lo más mínimo en desmentir esos rumores. Para empezar, la gente se pregunta por qué un judío húngaro liberado viene a los Países Bajos y no regresa a su país. Usted ya sabía que es originario de Hungría, ¿no?

—Sí, ya me lo contó el señor Van Arnhem.

—Yo se lo pregunté una vez y la respuesta que recibí entonces fue que había sido pura casualidad. Estaba en un transporte de supervivientes que regresaban a los Países Bajos. En aquella ocasión no seguí preguntando, pues Kalman Teller tiene una manera de responder que te impide seguir preguntando.

—Usted me conoce lo suficiente como para saber que lo que me cuente será tratado con la máxima discreción. Intento formarme una imagen mejor del señor Teller. ¿A qué se refería cuando dijo que los nazis deben de haber tenido una razón para dejarle con vida?

No me dio una respuesta directa. En cambio, me preguntó a su vez:

—Usted que le ha conocido, ¿qué edad cree que tiene?

Era una buena pregunta. Anciano, eso seguro, pero, ahora que lo pensaba, parecía

difícil calcularle la edad.

—¿Unos setenta?

—Ya ha pasado los setenta y cinco. Lo que quiero darle a entender es que, cuando estaba en Auschwitz, era aún un niño. Debía de tener unos doce años más o menos cuando entró allí.

Sentí cómo titubeaba, como si debiera armarse de valor para continuar.

—Circula el rumor de que un oficial del campo le tomó bajo su protección porque tenía una relación con él. A mí me tranquilizaron las palabras de Simon Ferares, quiero recalcarlo una vez más, pero sé que hay personas que dicen que solo podía haber sobrevivido en Auschwitz por esa razón.

Volví a ver a Kalman Teller ante mí. Un hombre anciano, con un cuerpo envarado que, entre tanto, ya se había hecho viejo, pero al mismo tiempo con un rostro todavía vigoroso y atractivo. Qué guapo debió de haber sido de chico, cuando todavía era joven. La idea de que con doce años se viera obligado a mantener relaciones sexuales con un oficial del campo me pareció tan repulsiva que noté que me resistía a aceptarla como posibilidad.

Ahora ya no había nada que hacer, pero si hubiera sabido las cosas terribles que se iban a insinuar, verdaderas o no verdaderas, habría decidido evitarlo. Entonces habría intentado formarme una imagen prescindiendo de ese hueco sin rellenar. Pero ya era demasiado tarde para esta opción.

La conversación con Eva Lisetsky se estancó después de habérmelo contado. Probablemente compartíamos la sensación de que hubiera sido preferible no haber hablado. Cuando le di las gracias, a pesar de todo, quiso decirme algo más. Como si le pareciera necesario corregir algo de la imagen mancillada de Kalman Teller.

—Una cosa más, señor Havix. Usted seguro que recuerda que Simon Ferares recolectó entonces esos 250.000 euros para el informador, que tuvieron que aportar el dinero personas ricas de nuestra comunidad. Pues bien, una de esas personas fue Kalman Teller. Él solo contribuyó con cien mil euros. Bernard y yo vendimos más tarde uno de los cuadros para poder devolverles el préstamo a estas personas, pero Kalman Teller se negó a aceptarlo. Consideró que haría mejor destinándolo a una buena causa.

XIX

A eso de las doce volví de nuevo a Róterdam. Aunque era de día, el cuarto de Kalman Teller seguía igual de iluminado que la noche en que hablé con él por primera vez. Los ordenadores estaban encendidos y en la gran pantalla de la pared continuaban renovándose los datos sin cesar. El negocio del petróleo no conocía descanso y se perpetuaba las veinticuatro horas; cuando un continente cerraba el día laboral, uno nuevo comenzaba en otra parte del mundo. Este hombre tal vez ni siquiera dormía, pero, si ese era el caso, su aspecto no le delataba. De nuevo iba impecablemente vestido y, al igual que la vez anterior, tuve que hacer un esfuerzo para no mirarle las manos. Los puños de la camisa, esta vez unidos por gemelos oscuros, le salían por debajo de la americana. Así pues, en uno de esos brazos debería de haber un número tatuado. ¿Qué pensaría este hombre de los feos tatuajes que lleva hoy en día casi todo el mundo?

Llegué poco antes de la apertura de la New York Mercantile Exchange. Las cotizaciones de los futuros a tres y seis meses para la West Texas Intermediate y la Brent Crude Oil abrieron justo como pronosticó. Era imposible leerle en el rostro la importancia que podía tener para él. Sin ningún triunfalismo, dijo:

—Así me gano la vida.

—Y sin tener que salir de casa.

—Estoy agradecido a la tecnología moderna.

—¿Sale usted alguna vez a la calle?

—Muy raras veces, pero está bien así. Ya he visto bastante. —Señaló los papeles que yo llevaba en la mano y preguntó—: ¿Ha traído el contrato? Si se sirve café, iré echándole un vistazo. Supongo que no será demasiado complicado, ¿no?

Terminamos rápido. Yo no tenía ni idea de la cantidad de trabajo que podría llegar a suponer y quería un adelanto por los gastos que esperaba. No se extrañó de la cantidad y llamaría a su contable para que quedara conmigo más adelante. Lo que sí quería saber era en qué me basaba para pedirle la cantidad que quería recibir si el trabajo se llevaba a cabo con éxito. Más por interés, porque tampoco eso suponía ningún problema. No duró mucho la conversación; ninguno de los dos teníamos la necesidad de especular sobre lo que podría pasar.

Sin embargo, quise decir una cosa más:

—Le aseguro que me entregaré al caso en cuerpo y alma. Eso era lo más importante para usted, ¿no?

—Sí, en efecto.

Cuando nos levantamos para despedirnos, volvió a llamarme la atención lo imponente que seguía siendo su figura a pesar de estar tan delgado. De manera totalmente inesperada, me tendió la mano derecha. Me sorprendió tanto que la dejé

esperando un momento en el aire antes de estrechársela.

—Ahora nuestro acuerdo es firme —dijo.

Por primera vez observé en su rostro algo parecido a una sonrisa. Era una sonrisa sin alegría, a lo sumo pensada para animarme.

Aunque al parecer nunca le daba la mano a nadie, no fue ningún apretón precipitado y fui yo el primero que, algo incómodo, retiró la mano. Para disimular mi inseguridad, señalé hacia uno de los ordenadores y dije:

—Quizá le pida alguna vez que me deje participar en una de esas transacciones.

—Si se atreve...

De camino a Ámsterdam, iba absorto en mis pensamientos. No comprendía por qué me había dado la mano. Si era para sellar nuestro acuerdo, tenía algo de exagerado que no me cuadraba con este hombre. Me miré la mano derecha, la aparté incluso del volante y la mantuve un rato en el aire mientras la observaba. En ese momento se apoderó de mí una sensación que no podía explicar por mucho que me esforzara. Aunque a esa mano derecha mutilada le faltaban el dedo meñique y, en su prolongación, un pedazo de la palma, tenía la seguridad de que la había sentido toda. Completa, íntegra: cinco dedos que rodearon los míos y una palma que apretaba la mía. Había sido su intención que tomara conciencia de ello y de ahí que me la hubiera retenido durante tanto tiempo. Sin prisa, sin vergüenza o incomodidad.

—Esto es una absoluta locura —me dije a mí mismo en voz alta.

XX

Por la tarde fui a visitar a Jaap. Entre tanto, ya le habían trasladado y cuando entré en su habitación estaba sentado en la cama mirando un partido de la Champions League. Cogió el mando a distancia, quitó el sonido y dijo:

—No hay nada nuevo. Hoy querían empezar con la radioterapia, pero el aparato estaba roto. Es increíble, ¿no? ¿Te molesta si sigo viendo el fútbol? Luego, en el descanso, podemos salir un momento a fumar un cigarrillo.

Me sorprendió, pero bueno, ¿por qué no? Probablemente tampoco podríamos estar todo el tiempo hablando. Coloqué una silla junto a la cama y poco después me dieron a mí también café cuando una enfermera pasó haciendo la ronda. El Liverpool jugaba en casa contra el Chelsea, el equipo de Abramovich y de las grandes fortunas. Decidimos tomar partido por el Liverpool, donde Dirk Kuijt se mataba a correr. De vez en cuando, hacíamos algún comentario sobre las jugadas.

En el descanso salimos a la calle. Había empezado a llover tanto que los fumadores no podían desplegarse ante el edificio y estaban todos amontonados debajo de la techumbre. Cuando me sonó el teléfono y vi en la pantalla que era Redig, entré para poder hablar tranquilo. Hasta ahora me había llamado todos los días para relatarme el inventario de las andanzas de Sunardi, pero no había mucho que contar. Esta vez, sin embargo, era distinto.

—Ya no soy el único que le vigila. Hay un coche que lleva más de una hora en la misma calle y al hombre que está dentro sólo le preocupa una cosa.

—¿No te ha visto?

—No, claro que no. ¿Qué te crees, que me he puesto delante de la puerta?

—¿Has apuntado los datos?

—¿Por quién me tomas?

Miré el reloj, eran un poco más de las nueve y media.

—Voy a verlo con mis propios ojos. Llegaré dentro de unos cincuenta minutos. Llámame si ocurre algo mientras tanto.

Jaap me había estado vigilando por el rabillo del ojo y, cuando guardé el teléfono, se me acercó y dijo:

—Va a empezar la segunda parte.

—Tengo que irme.

—¿Trabajo?

Cuando asentí, me preguntó:

—¿Tiene algo que ver con esos Roes?

—Sí.

—Por tanto, mi buen consejo no ha servido de nada.

No le respondí y dije:

—Mañana nos vemos, probablemente por la noche.

—No hace falta que vengas todos los días. Lo sabes, ¿no?

—Mientras estés aquí no me supone ningún problema; del Pijp hasta el hospital solo son unos veinte minutos. Disfruta del partido.

—Lo haré. Después del fútbol pediré una pastilla para dormir. No tengo ganas de pasarme la noche en blanco.

Mientras iba con el coche a Voorschoten, estuve pensando en esa última observación. ¿Tenía que haberme esforzado más para entablar una conversación? Ahora ya no tenía remedio, pero me propuse retomar el tema después.

Era una calle tan tranquila que resultaba imposible, durante el día al menos, estar sentado en el coche sin llamar la atención. Redig lo había solucionado no aparcando en la misma calle, sino en una transversal mucho más transitada. El problema era que estaba alejado unos cien metros en línea recta de la puerta de Sunardi y tener que vigilar a alguien así era difícil, ya que el empleo de prismáticos llamaría desde luego la atención. Por eso, Redig había instalado un sensor de movimiento en el soportal de Sunardi. Y ya fuera él mismo o su mujer o el cartero, cada vez que activaba alguien el sensor, sonaba una señal en la guantera del coche. Cuando se apagaban las luces en casa de Sunardi, a eso de las once de la noche, Redig se iba también a dormir.

—¿Está en casa? —pregunté cuando me senté a su lado.

—Sí, claro.

—¿Y su mujer?

—Ella no está, salió a primera hora de la tarde. Justo igual que ayer y anteayer. Tiene turno de noche en la centralita de taxis. Cuando ella entra en casa por la mañana, él sale por la puerta poco después. Ojalá tuviera yo un matrimonio así.

—¿Qué coche es?

Se retrepó un poco, de manera que al inclinarme hacia delante pudiera mirar la calle por delante de él. Seguía lloviendo y esto dificultaba la visibilidad a través de la ventanilla lateral.

—Ese Audi oscuro de la derecha. Está con la parte trasera vuelta hacia nosotros. Eso nos favorece, pero no bajaré la ventanilla. No sé si será un buen profesional, pero no correré ningún riesgo. Debes creerme. Hay un hombre dentro. Pasé por delante hace una hora desde el otro lado de la calle.

Me eché hacia atrás y metí la mano en el bolsillo del pantalón. Quería sacar el pañuelo para secarme el pelo, pero Redig no supo interpretar mi movimiento y, como con un acto reflejo, me puso la mano en el brazo mientras decía:

—Nada de mecheros, nada de cigarrillos.

—¿Es que acaso iba a fumar?

—Hueles a tabaco.

No se esforzó en ocultar el desprecio en su voz. Redig no fumaba, estaba en su coche impoluto, tenía un aspecto muy pulcro y olía a un perfume cuyo aroma se intensificaba tanto en este pequeño habitáculo que me pareció todo un mérito que

hubiera distinguido mi olor a tabaco.

—¿Estoy oliendo a David Beckham? —dije, pero mi pregunta no le arrancó ninguna sonrisa. Me sequé el pelo y la cara lo mejor que pude, metí el pañuelo húmedo en el abrigo y volví a retreparme. Estuve escuchando el redoble de las gotas de lluvia en el techo y miré cómo los pequeños torrentes de agua buscaban un camino hacia abajo formando meandros en la superficie del parabrisas. De vez en cuando pasaba a nuestro lado un coche que dejaba huellas en el pavimento mojado. Solo había estado alguna vez así sentado con Jaap. Para un policía tal vez no fuera lo más sensato sentarse junto a un detective privado que estaba trabajando, pero a él esas cosas no le importaban mucho. Esas horas perdidas de espera y más espera se prestaban muy bien para hablar con toda tranquilidad.

Alrededor de la casa y del coche que estábamos vigilando no ocurría nada, y con este tiempo de perros tampoco se aventuraba nadie a salir a la calle. No había venido hasta Voorschoten para quedarme mirando sin más un Audi oscuro, sentado junto a alguien con quien era imposible mantener una conversación normal. El día ya casi se había terminado y, sin embargo, se había acercado un coche que vigilaba ahora la casa de Sunardi.

—Es una hora extraña para estar aquí —dije al cabo de un par de minutos.

En lugar de ofrecerme una réplica, Redig comentó:

—Si se queda en casa cuando se apaguen las luces, tendremos que relevarnos.

Por suerte no fue necesario. No habíamos pasado ni un cuarto de hora sentados en silencio cuando me asustó un pitido penetrante que procedía de la guantera.

—Mira, acción —dijo Redig.

La distancia era demasiado grande para poder verlo bien, pero reconocí a Sunardi por su complexión y movimientos. El hombre que le había estado vigilando debía de haber salido del coche, porque apenas puso el pie en la acera, ya estaban haciéndole señas. Sunardi se dirigió hacia él y subieron los dos al Audi.

—Vaya tiempesito para seguirlos —dijo Redig mientras arrancaba el coche. Primero fue con las luces apagadas, pero cuando llegamos a una carretera más transitada, las encendió.

El coche que nos precedía circulaba con tranquilidad, sin ninguna prisa. Al cabo de unos diez minutos, se metió en el aparcamiento de un centro comercial vacío. Sunardi y el hombre que le había recogido se bajaron del coche y se alejaron a paso ligero. Hasta que no desaparecieron doblando la esquina de la calle, Redig no empezó a circular. Una vez llegados a la esquina, vimos cómo los dos que iban delante de nosotros habían cruzado una carretera y caminaban por el oscuro y casi vacío aparcamiento de la Station Voorschoten. Redig condujo un poco más. Mientras los seguía con la vista, le dije:

—Espera aquí.

Redig no se opuso, pues seguro que no le apetecía nada arruinar su bonito traje con la lluvia. En cambio, me advirtió:

—¿Por qué no deja el coche cerca de la entrada de la estación? No hay nadie.

—Sí, es extraño.

Tuve un mal presentimiento, pero no tenía ganas de compartirlo con él. Tampoco había tiempo, ya que los dos hombres habían desaparecido de nuestra vista. Era una situación jodida, no se distinguía un alma por la calle y en seguida llamaría la atención si me ponía a seguirlos. Además, Sunardi me reconocería. El aparcamiento estaba por debajo de la estación y, si no podía subir por la misma escalera por la que acababan de subir ellos, tendría que escalar un poco por un terraplén que estaba cubierto de grandes arbustos. Lo único que jugaba a mi favor era que no prestarían mayor atención al entorno por llevar las cabezas agachadas para evitar la lluvia.

En ese momento oí el tintineo del paso a nivel. ¿Era ese el tren que pensaban tomar? Si era así, no tenía tiempo que perder. ¿Vendría el tren por la vía que estaba a nuestro lado o por la vía del otro lado? Si era la del otro lado, tendría que cambiar también de vía. ¿Cuánto tiempo necesitaría antes de que el tren parara y el maquinista dejara que la gente subiera y bajara? ¿Dos minutos?

—Si me subo al tren, te llamaré cuando esté dentro —dije, y salí corriendo a toda velocidad hacia el terraplén a la derecha de la escalera. La iluminación del andén incidía en parte de los arbustos y opté por el lugar más oscuro entre dos farolas. Los arbustos estaban plantados tan cerca los unos de los otros que me resultó muy difícil escalar, y, antes de llegar arriba, ya tenía empapado el pantalón. Me incorporé despacio y solo un poco para poder seguir mirando justo por encima de los arbustos. Primero miré a la izquierda y, para mi sorpresa, vi allí sólo al hombre que había acompañado a Sunardi. Muy a lo lejos, detrás de él, distinguí en la vía, que resplandecía por la lluvia, los faros del tren. ¿Dónde estaba Sunardi? Miré a la derecha y al principio no vi nada. Hasta que no me fijé mejor, no me di cuenta de que había dos figuras al final del andén. La iluminación no llegaba tan lejos, y en la oscuridad y con este tiempo apenas eran más que sombras. El hombre que se encontraba frente a Sunardi era un poco más alto, y, aunque no podía ver si estaban hablando entre ellos, pude deducirlo por los intranquilos gestos de Sunardi. Gestos que no provocaban reacción alguna, porque el otro seguía inmóvil con las manos en los bolsillos. Hombres a mi izquierda y a mi derecha: ¿cómo podía subirme así al tren sin ser visto? ¿Alguien que aparecía sin más desde detrás de los arbustos? Mi única posibilidad era que se subieran los tres para así poder seguirlos yo poco después. Si el hombre de mi izquierda no entraba, ya tenía un problema. Le miré y vi de nuevo los faros del tren.

En ese momento me percaté de que algo no iba bien, pero pasó una fracción de segundo antes de que lo comprendiera. ¡El tren se nos estaba acercando demasiado rápido! ¡No iba a parar aquí! Volví de pronto la cabeza y vi cómo el hombre que estaba junto a Sunardi sacaba las manos de los bolsillos y hacía lo mismo que yo había hecho: miraba al tren que se acercaba a toda velocidad. Echó un vistazo rápido a un lado, cogió a Sunardi del cuello y volvió a mirar al tren, que entre tanto se había

acercado tanto que podía oírse el estruendo. Cuando comprendí lo que estaba a punto de suceder, ya era demasiado tarde. El tren pasó armando un alboroto ensordecedor, el hombre aupó a Sunardi como si fuera un muñeco de trapo y le arrojó a la vía, delante de la máquina embalada. La sincronización fue tan exacta que a Sunardi ni siquiera le dio tiempo a ponerse en pie. Había oído chillar a personas muchas veces, pero el sonido de huesos que se astillan me resultó tan horrible que empezó a latirme el corazón como si se me fuera a salir del pecho, y por un momento me quedé totalmente paralizado.

Lo que todavía quedaba de Sunardi fue arrastrado por el tren, que ahora daba un tremendo frenazo y se detenía un par de cientos de metros más adelante. En cuanto hubo pasado el último de los convoyes, el hombre que había arrojado tan bruscamente a Sunardi saltó con agilidad y sin excesiva prisa desde el andén, cruzó con un par de zancadas la vía, subió al andén del otro lado y se encaminó tranquilo hacia la salida. Esperó un instante al otro hombre, que había hecho lo mismo. Sin intercambiar una sola palabra, descendieron juntos por la escalera y desaparecieron de mi vista. Tranquilos, ágiles, sin la más mínima huella de pánico. Impasibles.

Por muy conmocionado que estuviera, ahora tenía que pasar a la acción. Me puse en pie, me abrí paso por entre los últimos arbustos, salvé una valla y salté también a la vía. Aunque me apresuré después de recuperarme del primer susto, no fue suficiente. Al descender por la escalera, vi cómo salía del aparcamiento un coche al otro lado de la estación. Por un instante perforó la oscuridad el intenso rojo de las luces de freno parpadeantes, pero no fue suficiente para poder leer la matrícula. Había estado cerca de ellos y, sin embargo, tardé demasiado; no podía ser de otra manera, alguien estaba esperándolos.

XXI

Miré a un lado, hacia el paso a nivel. El tintineo, las luces intermitentes: las barreras estaban todavía bajadas y, por tanto, Redig no podía venir a buscarme. Me puse a correr de nuevo, crucé el paso a nivel y regresé al aparcamiento corriendo en paralelo a la vía. No aminoré la marcha hasta que, para mi alivio, vi el coche de Redig.

—Arranca —le dije cuando subí dejándome caer en el asiento del copiloto—. Llévame hasta mi coche. Tranquilo, lo último que quiero es que nos detengan ahora. —Me miró sorprendido, pero no dijo nada. Cuando hube recuperado un poco el aliento, le comuniqué—: Sunardi está muerto. Le han arrojado delante de un tren. ¡Joder! —Di un fuerte golpe en el salpicadero con la mano abierta—. Cuando me di cuenta de lo que planeaban, ya era demasiado tarde.

—¿Que le han arrojado?

—Sí, le han arrojado. Yo he visto a dos y un tercero estaba probablemente esperándolos en un coche.

—¿Tienes la matrícula?

—No.

—¿No?

Redig no había estado allí, pero sonaba como si pensara que a él nunca le habría pasado.

—¿Y si el otro coche no nos proporciona nada? Si es robado, ¿qué hacemos? No tendrás nada.

De eso ya me había dado cuenta, pero no podía remediarlo. Ahora tenía mayores preocupaciones. Lo primero que debía hacer era minimizar los daños en la medida de mis posibilidades.

—¿Estás seguro de que los días pasados no se percató nadie de tu presencia?

En lugar de responder, Redig resopló.

—¡No hay respuesta! —le grité—. Tal vez sí que se dieron cuenta y ese fue el motivo de que haya pasado lo que ha pasado.

—No, nadie se percató de mi presencia. Nunca se han percatado y, si lo hubieran hecho, soy lo bastante profesional como para decírtelo.

—Muy bien, entonces quiero que te vayas a casa y te olvides de todo esto. ¿He sido claro?

La pregunta sobraba; al igual que me pasaba a mí, Redig no quería tener nada que ver con la policía, los judiciales o con quien fuera.

—Con mucho gusto y, pase lo que pase, quiero que me dejes fuera de todo. ¿He sido yo también claro?

Ya eran más de las doce de la noche cuando aparqué en el hotel Van der Valk, junto a la autopista A4, en el aeropuerto de Schiphol. Después de comprar una botella de

agua y un café, y tras volver a instalarme en el coche, llamé a Kalman Teller. Cogió el teléfono en seguida y su voz sonaba tan clara como siempre.

—¿Todavía está trabajando? —pregunté.

—Sí, ¿usted también?

—Sí, y tengo malas noticias. Acabo de ser testigo de la ejecución de Sunardi.

En lugar de mostrar una incredulidad que persistiría hasta darse realmente cuenta de la situación, reaccionó con bastante tranquilidad. No me interrumpió ni una sola vez mientras le contaba toda la historia.

—¿Existe la posibilidad de que la policía lo considere un suicidio? —preguntó cuando hube terminado de hablar.

—No. Me resulta difícil imaginar que la mujer confirme que su esposo era propenso al suicidio, y, si no lo hace, investigarán de todas formas. Pero esa teoría de cualquier modo no saldría adelante: es imposible que el maquinista no lo haya visto. No creo que pueda distinguir los rostros, pero sí que eran dos personas. Eso significa que la policía judicial comenzará una investigación. No sé cuánto le habrá contado Sunardi a su esposa, pero seguro que consiguen averiguar que iba a testificar en un juicio, un paso más y llegarán hasta Mira y Frederik Roes. Y si Sunardi le contó a su esposa que yo había estado hablando con él, con toda seguridad les harán una visita para averiguarlo. Ahora hay dos vías abiertas y yo no puedo decidir al respecto. Una posibilidad es contarle a la policía judicial mi papel en el asunto, vendrán a buscarme y ya veré cómo me las arreglo para salir del lío, pero en ese caso mi colaboración habrá terminado, y la otra vía es que no digan nada de mí, con lo cual seguiré investigando igual que la policía judicial, pues también querrán saber quién asesinó a Sunardi. Usted es quien decide. Si ya ha tomado una decisión, quiero que lo discuta con Mira y Frederik Roes. Supongo que ellos le escucharán. Usted dirá.

—Me lo describe como una ejecución en toda regla. No han intentado hacerlo pasar por un suicidio o un accidente. Ha sido un asesino que mata a sangre fría y que se siente bastante seguro. ¿Corrobora mis conjeturas?

—Sí.

—Alguien que está convencido de que no le cogerán.

—Sí.

—Y si la policía judicial se pasa por su casa, tendrá usted que explicarles unas cuantas cosas. Puede incluso que le consideren sospechoso del asesinato.

—¿Qué motivos podría tener yo? Pero bueno, tiene usted razón, me convertiría de pronto en un sospechoso. Por lo demás, llegados a este punto, no tendré más remedio que dar su nombre. Si está insinuando que prefiero quedarme al margen, tiene usted razón.

—¿Y eso significaría que seguiría trabajando en el caso como si tal cosa?

—Sí.

—¿No lo abandonaría?

—No.

Había tenido tiempo para pensármelo desde Voorschoten hasta aquí y, en efecto, no se me había pasado por la imaginación. El asesinato de Sunardi confirmaba la teoría de la conspiración de Mira y Frederik Roes, y el hecho de que yo hubiera sido testigo de todo me había involucrado definitivamente.

Kalman Teller guardó silencio por un instante y luego dijo:

—Mira y Frederik, ciertamente, ya no tienen ninguna fe en nuestro Estado de Derecho. ¿Qué posibilidades considera usted que existen de que la policía pueda hacer algo por ellos?

—No tengo ni idea. Eso debe determinarlo usted.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea. Por fin, Kalman Teller respondió:

—Quiero que siga usted buscando. La policía y usted, así serán dos.

—¿Y podrá convencer a Mira y a Frederik Roes?

—A Mira, seguro; con Frederik costará más. Él pondrá más inconvenientes en la ocultación de información a la policía.

—Entonces, le deseo mucha suerte. Y una cosa más: tiene que llamarlos ahora. Quizá se asusten, pero cuando identifiquen a Sunardi, la policía irá en seguida a hacerle una visita a su mujer.

XXII

Mira y Frederik Roes probablemente no habrían dormido mucho tras la llamada de Kalman Teller, y a mí tampoco es que me hubiera ido mucho mejor. Mientras estaba en la cama despierto, no solo se me pasó por delante lo que había ocurrido, sino que estuve reflexionando también sobre qué podía significar este asesinato y qué camino debía seguir ahora. El testigo más importante había sido asesinado diez años después del estropicio en el hospital. ¿Qué era tan importante y había adquirido tanta actualidad como para que, después de tanto tiempo, hubieran ejecutado a alguien a sangre fría y qué papel desempeñaba Vandersloot en todo esto? La policía judicial no tardaría mucho en ir a visitarle para preguntarle dónde había estado esa noche. Por tanto, no hacía falta que lo averiguara yo.

La noche anterior, la primera reacción de Redig había sido la de querer olvidarse de este asunto, pero ahora que lo había dejado reposar, conseguí convencerle para que me averiguara algo, algo que no le llevaría a exponerse en la primera línea de fuego. La relación entre Sarah Fichtre, hasta hacía poco la abogada de Mira y Frederik Roes, y Louise Verhees, la abogada de la parte contraria que había redactado el escrito falso. Dos señoras que, según Frederik Roes, habían terminado el mismo año la carrera en Leiden. Kalman Teller ya me había enseñado que en un caso concreto estaba demostrado que el juez interino no era imparcial, porque trabajaba de abogado en el mismo bufete donde trabajaba el abogado de la parte contraria. Eso y el contenido del informe sobre la integridad del poder judicial me habían llevado a pensar que Redig tendría que averiguar también si existía algún vínculo entre el hospital y los jueces que hasta ahora habían intervenido en el caso.

Yo mismo me ocuparía de Vandersloot, lo que ya era bastante difícil sabiendo que la policía judicial estaría también controlándole.

Todo se complicó aún más cuando fui a visitar a Jaap por la tarde. Le habían radiado por primera vez, combinándolo con la quimioterapia también. Una combinación explosiva, porque esta vez no propuso salir a fumar. Estaba tumbado en la cama y tenía mala cara, con un aspecto muy frágil. Mientras arrimaba una silla a la cama, me pregunté si debía pedirle que me contara los detalles del tratamiento o era mejor que habláramos de algo distinto. Jaap se me adelantó y me contó que durante mes y medio tenían que radiarle cinco veces por semana. Esta primera vez no había tenido problemas, pero la quimioterapia era muy distinta. Por suerte, no le habían metido por vena basura química, sino que solo tuvo que tomar pastillas: Temodal. Aunque esa medicina iba emparejada con mucha menos toxicidad, sí que seguía teniendo todo tipo de efectos secundarios. Poco antes de mi llegada, había estado vomitando y, por lo demás, se encontraba continuamente mareado. Mientras le miraba, me di cuenta de que habría hecho mejor no viniendo, pues estaba demasiado

mal como para necesitar distracción.

La conversación tomó incluso un sesgo incómodo cuando me comentó que había oído el nombre de Roes a unos colegas. Si sabía ya que habían asesinado a Sunardi ayer por la noche. Aunque estaba demasiado enfermo como para mirarme, no me lo hacía más fácil. Le respondí que sí lo había oído y por suerte no siguió preguntando cómo había conseguido la información.

—¿Sigues con el caso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya que he empezado...

—¿Acabarán mis colegas topándose contigo?

—No, creo que no. Ya he quedado con Mira Roes y su marido en que no mencionarán mi nombre.

—Entonces, yo también tendré que hacer como si no supiera nada. —Como no respondí, continuó—: Se va a poner interesante. ¿Quién será el primero en resolver este asunto: tú o nosotros? Tú juegas con ventaja, porque hay pocos hombres disponibles. Han asignado treinta y cinco policías al caso de esos dos criminales asesinados que se encontraron en la crepería que hay cerca de la A4, en Leiderdorp.

Su tono de voz sonaba apático y recriminatorio a la vez, de nuevo algo insólito en el Jaap que conocía, y al mismo tiempo pensé: ¿y tú llegarás a enterarte de la resolución del caso?

—Es extraño, Jager. Si te digo la verdad, no sé si habría querido ayudarte de no estar aquí postrado. Ahora no importa, pero bueno.

En circunstancias normales se lo habría reprochado. Quizá debía ir haciéndome a la idea de que a partir de ahora todo sería distinto. ¿Qué hacía falta en este momento para que siguiéramos siendo buenos amigos? Yo haría todo lo que estuviera en mi mano, hasta el final.

Esa noche busqué en internet información sobre el Temodal. Aunque era menos tóxico que el veneno alternativo, esta era también una medicina muy fuerte con todo tipo de posibles efectos secundarios: sofocos, vómitos, diarreas, mareos, disminución del apetito, alteración de la percepción sensorial, rigidez, debilidad. Ya se había visto, por tanto, enfrentado a unos cuantos de esos efectos secundarios. ¿Y cuánto tiempo ganaba con ello? En algún lugar leí que la pauta más importante para la efectividad era la llamada «mediana de supervivencia libre de progresión»: la duración hasta que la enfermedad en el cincuenta por ciento de los pacientes se había agravado o llevado a la muerte. Comparado con el empleo de otros medicamentos, podría ganar un par de meses. A lo sumo.

XXIII

Una de las primeras cosas que descubrí fue que, entre tanto, Laurens Vandersloot había dejado de trabajar para el Centro Médico Mariahoeve hacía ya tres años. En la página web del hospital su cuñada, Muriel Vandersloot-Kerssemakers, seguía apareciendo como la directora y miembro del consejo de dirección. El nombre de su cuñado, sin embargo, no podía encontrarse en la composición del equipo del departamento de anestesiología. Una llamada telefónica fue suficiente para averiguar que se había puesto a trabajar por su cuenta. Para el proceso judicial no suponía ningún cambio, porque el hospital era la parte contraria en el pleito incoado por Mira y Frederik Roes, y la única vez que Vandersloot hubo de presentarse le representó su abogada. Sin embargo, aquí teníamos de nuevo un ejemplo de lo mal informados que estaban y de que no los tomaban en serio.

Vandersloot manejaba todavía la jeringuilla, pero ahora para una fuente de ingresos mucho más lucrativa. Según la página web de la Aestetica Injectables Kliniek Amstelveen, Vandersloot era un especialista médico con años de experiencia en la administración de inyecciones. Era verdad, pero con matices. Las inyecciones que ponía ahora estaban destinadas a embellecer el aspecto exterior de sus pacientes. Explicado con infinidad de fotografías del antes y el después del tratamiento, se aclaraban cuáles eran las posibilidades.

En palabras del propio Vandersloot: «¿Por qué me he especializado en inyectables? ¡Con las inyecciones se puede conseguir más de lo que se piensa! Con pequeños tratamientos de inyectables puedes conseguir un aspecto juvenil con un efecto sutil y natural, sin que cambie en absoluto la expresión del rostro. No se trata de poner una inyección sin más, sino de sacar al exterior lo mejor de un cara. Con unas inyecciones de garantía, una mirada cansada y preocupada, las comisuras de los labios hacia abajo o las mejillas flácidas, el contorno de la mandíbula caído o las mejillas hundidas obtienen casi siempre una solución idónea. Incluso existe la posibilidad de enderezar una nariz torcida o de levantar las cejas. Una de nuestras especialidades es el desarrollo y puesta en marcha de tratamientos como alternativa a intervenciones quirúrgicas. Y siempre funcionan: el rostro es el punto de partida para la elección de inyectables, y no a la inversa».

Por primera vez veía también en esta página una foto de Vandersloot y se confirmaron mis sospechas: no era uno de los hombres que había visto en la estación. Pelo corto y lacio, peinado con una impecable raya, y un rostro un poco redondeado, lo que parecía indicar que también debía de estar metido en carnes. Lo más llamativo era una pequeña mosca negra de apenas un par de centímetros cuadrados bajo el labio inferior. Era presuntuosa y ridícula a la vez, probablemente pensada como expresión de una seguridad en sí mismo basada en el éxito.

Vandersloot no trabajaba solo, sino con dos colegas: uno, especializado en nalgas, y el otro, en pechos. Ellos también tenían su propio mensaje publicitario con fotos

incluidas. Con esa combinación de especialistas, la Aestetica Inyectables Kliniek Amstelveen era una especie de ventanilla única que con toda seguridad tenía muchos acuerdos deliberados entre los tres especialistas para un sinfín de posibilidades de venta cruzada. Había una lista muy detallada con indicaciones de precios para tratamientos. La inyección más barata costaba ciento cincuenta euros, y la más cara, setecientos; como era lógico, los inyectables con un efecto permanente eran más caros que los que debían repetirse al cabo de un determinado tiempo, y se dejaba claro que el precio exacto dependía de la cantidad del fluido que se inyectaba, habiendo descuentos para los tratamientos simultáneos en varias zonas. Además, se podía adquirir, por ejemplo, un «abono de bótox». Por último, se mencionaba que la clínica disponía de dos marchamos de calidad: el de las Clínicas Independientes de los Países Bajos y el de la Asociación Neerlandesa de Medicina Cosmética.

Comencé comprobando los datos de la empresa. De su inscripción en el registro de la Cámara de Comercio resultaba que Vandersloot era uno de los tres directores de la sociedad de responsabilidad limitada Aestetica Inyectables Kliniek Amstelveen. Los tres juntos tenían el treinta por ciento de las acciones de esa empresa, mientras que el setenta por ciento restante estaba en manos de una sociedad de responsabilidad limitada que se llamaba COSMED. Esa empresa resultó que era propietaria de unas quince clínicas semejantes repartidas por todo el territorio de los Países Bajos, COSMED SRL formaba parte de un *holding* que llevaba el nombre tan poco elocuente de medcare. Ese *holding* ejercía innumerables actividades, cada una alojada en distintas sociedades, que de alguna manera podían definirse como médicas: investigación de enfermedades pulmonares; una agencia de viajes para *make-over holidays*, combinaciones de operaciones estéticas y vacaciones en países tales como los Estados Unidos, México, Turquía y Sudáfrica; investigación de los efectos de medicamentos; desarrollo y venta de equipos médicos; hasta unas cuantas clínicas privadas para tratamientos médicos normales y las clínicas para cirugía estética, de las que Aestetica Inyectables Kliniek Amstelveen formaba parte, MEDCARE era a su vez propiedad de la CARE INVEST luxemburguesa, una sociedad limitada que se regía por las leyes de Luxemburgo. De esa empresa, en cualquier caso, no podría hablar con nadie: habían encargado la dirección a una de las muchas oficinas que hay en los Países Bajos que se ocupan de la gestión de conglomerados de empresas, en este caso la Oficina General de Trust de los Países Bajos (ATLL). Por una remuneración determinada, ATLL se encargaba de la dirección, llevaba la contabilidad y el pago de impuestos anuales y organizaba la junta general de accionistas cada año. Seguro que todo estaría en perfecto orden e impecable, incluido el abono de impuestos a su tiempo y el registro de las cuentas anuales, pero una cosa seguía estando sin aclarar: ¿quién o quiénes eran los propietarios de todo lo que había debajo, incluido el setenta por ciento de la clínica donde trabajaba ahora Vandersloot?

Amstelveen: decidí pasarme por allí. Estaba tan cerca que podía ir en bici. Aunque ya había oscurecido, no llovía, y el aire frío de la calle me haría bien. Tal vez pudiera volver a dormir a pierna suelta durante una noche entera.

La clínica se hallaba en la planta baja de un moderno edificio de empresas de tres pisos. Tras una fachada principal con mucho aluminio y cristal azul oscuro a través del cual no podía verse el interior, se encontraban proveedores de servicios tales como abogados, notarios, actuarios y asesores fiscales, pero también dos empresas de internet y, más en el ámbito de Vandersloot, una especialista en belleza y una dietista. A esta hora ya no había nadie, y pegué la nariz al cristal de la puerta giratoria. Los visitantes entraban en un vestíbulo amplio y de techos altos, donde debían dar sus datos en recepción. Miré a mi alrededor y llegué a la conclusión de que podía encontrar un buen lugar para aparcar el coche frente al edificio, observar el inmueble y, pese a todo, no llamar la atención. El edificio en el que se encontraba la clínica se hallaba en una calle de sentido único que corría paralela a un ancho canal limitado a ambos lados por una franja de hierba y jalonado con elevados árboles. Al otro lado del aparcamiento había un centro comercial en el que pude ver desde donde estaba un supermercado Albert Heijn y una tienda de bebidas. Un ajeteo suficiente y los elevados árboles procurarían también cierta protección. No era mal lugar para vigilar desde allí el trajín.

En el viaje de regreso, fui con la bicicleta por el Bosque de Ámsterdam. Un impulso me llevó a torcer a la altura del Bosbaan, la pista de competición para remo. A la luz de las farolas, brillaba el pavimento aún irregular después de la abundante lluvia caída anteriormente durante el día y había charcos por todas partes. Seguí pedaleando hasta llegar a la cabecera del Bosbaan y dejé allí apoyada la bicicleta contra un árbol. Aparte de un único hombre haciendo *jogging*, no había nadie en la calle, y en el club de remo también estaban todas las luces apagadas. Cuando empezó a llover de nuevo, salté una valla y crucé corriendo el césped hacia la caseta de salida que había junto a la pista. Allí pude guarecerme bajo una marquesina. Me encendí un cigarrillo y me puse en cuclillas, apoyando la espalda en la pared. Fumé despacio y miré al agua, en la que las gotas cavaban durante la fracción de un segundo un hoyuelo que las absorbía poco después. Eileen y yo habíamos venido aquí alguna vez en invierno a patinar sobre el hielo. Hacía ya mucho tiempo, cuando éramos jóvenes. Conservaba una vaga imagen de nuestro aspecto de entonces. Una imagen como de otro mundo, irreal, no unida a este momento, tal como estaba yo aquí ahora, en la oscuridad. Si se remaba ahora, si se volvía a patinar, lo harían otros jóvenes. Eileen y yo, los amigos con quienes salíamos, no éramos más que recuerdos: los circulitos alrededor de las gotas que ya habían desaparecido, que aún se extendían un poquito para volver a perderse en el agua. Me embargó la tristeza o la melancolía, ni siquiera sabía cómo debía llamarlo.

Cuando terminé de fumar, esperé todavía un rato a que escampara, pero seguía lloviendo. En el cielo oscuro tampoco pude leer si el chaparrón estaba a punto de finalizar, así que volví por la bicicleta. Me mojaría, pero cuando llegara a casa podría ducharme y sentarme junto a la estufa.

XXIV

A la mañana siguiente llegué temprano y vi cómo iban llenándose las oficinas. Vandersloot se presentó, un poco antes de las nueve y media, en un Volkswagen poco llamativo de color azul oscuro que aparcó en una de las plazas reservadas delante del edificio. En efecto, estaba metido en carnes, lo que en parte compensaba con la altura. Tenía una complexión parecida a la mía, pero con bastantes más kilos de peso. Durante las horas que siguieron entró y salió un montón de gente, pero me resultó imposible distinguir si eran clientes de la clínica o de una de las otras empresas: jóvenes y viejos, guapos y feos, hombres y mujeres. La única vez que pude suponer con cierta seguridad que se trataba de un cliente de Vandersloot fue cuando salió una mujer de mediana edad que mantenía una bolsa de hielo pegada contra la nariz. A la hora del almuerzo, la puerta giratoria iba expulsando personas que había visto entrar por la mañana, pero Vandersloot no apareció. Fue un día largo y gris. De vez en cuando miraba el reloj, viendo cómo pasaba el tiempo, que resbalaba sin poder rellenarlo con sensatez. Caían de continuo violentos chaparrones, y hacía tanto frío que a intervalos tenía que poner en marcha el coche para calentar el interior. Cada hora y media aproximadamente me daba un breve paseo entre chaparrón y chaparrón, sin perder de vista la entrada. Me había traído algo para leer, pero me resultaba difícil concentrarme. En su lugar, repasaba emisoras de radio buscando interesantes programas. Cuando llovía, las gotas redoblaban tan fuerte en el techo que debía subir el volumen para poder seguir oyendo algo. En un programa sobre libros había un invitado que hablaba con entusiasmo de un escritor japonés: Haruki Murakami, un nombre que nunca había oído antes. Leía fragmentos de unos cuantos libros de este autor japonés e iba comentándolos. Los comentarios no me aportaron mucho, pero los textos citados, en cambio, sí. Apunté el nombre del escritor y, de repente, me sentí animado ahora que veía que este día me había aportado algo positivo.

Poco antes de las seis, salió por fin Vandersloot. Condujo en dirección a Ámsterdam y, a medida que íbamos acercándonos al centro, el tráfico iba aumentando cada vez más. Mientras tanto, ya se había hecho de noche, lo que, combinado con la lluvia y su coche tan poco llamativo, hizo que me supusiera un gran esfuerzo seguirle. Temeroso de perderlo de vista, decidí al final ponerme detrás y no dejar que ningún otro coche se interpusiera entre nosotros. Para mi gran alivio, entró en un aparcamiento junto al hotel Marriot tras más de media hora de un casi continuo desplazamiento en caravana. Aguardé un instante y luego entré también yo. Estaba agradablemente iluminado y tranquilo y volví a tenerlo de inmediato a la vista. Aparcamos los dos y yo me bajé cuando él hubo llegado a la escalera. Una vez en la calle, cruzó el Stadhouderskade, pasó por el puente en dirección a la plaza Max Euwe y entró en el Holland Casino.

Ya dentro, me resultó difícil encontrarle. Busqué en vano en las salas donde estaban jugando y por fin le encontré en la cafetería. Un menú por once euros desde

las cinco hasta las siete de la tarde; habíamos llegado justo a tiempo y fue lo que oí pedir a Vandersloot. Un hombre que ponía inyecciones a partir de ciento cincuenta euros estaba pensando en regalarse aquí con una comida barata. Leí que a los clientes con una Favorites Card se les quedaba en ocho euros. Me senté a cierta distancia dándole la espalda y pedí también el menú del día. Estaba tan congelado y sentía tantos escalofríos que le encargué al camarero que me trajera del bar un aguardiente de hierbas.

Lo que nos sirvieron fue unos cuantos ingredientes desangelados sobre modernos platos cuadrados que no sabían a nada. Quizá se esforzaran más a partir de las siete, cuando solo se podía comer a la carta y los precios eran mucho más elevados. Probablemente tampoco les importara tanto a los clientes, que venían aquí sobre todo a jugar. Vandersloot me llevaba un plato de ventaja y le oí pedir la cuenta mientras yo estaba esperando todavía el postre. Pasó por delante de mí hacia el casino y decidí seguir sentado un rato tranquilo. Al final resultó ser una buena decisión, porque el postre estaba exquisito: «Dulce invernal» consistía en una especie de torrija caliente de pan de azúcar frisón con helado de caramelo, pasas empapadas en aguardiente y cuajada de suero de leche. Cuando terminé yo también de comer, me encaminé en la misma dirección por donde se había ido Vandersloot. Eché un vistazo alrededor de la sala, que a tan temprana hora solo se hallaba moderadamente llena, y le vi sentado a una de las mesas donde estaban jugando al black-jack. Era el único que ocupaba uno de los siete asientos. A pesar de todo el espacio que tenía a su entera disposición, se había sentado a la izquierda del todo. Busqué con la mirada el lugar más apropiado para vigilarle pasando lo más inadvertido posible y decidí que lo mejor que podía hacer era ir a la barra del bar. Durante las horas que siguieron, se quedó en la misma mesa. Solamente pidió una vez una copa y, por lo demás, estuvo concentrado por completo en el juego. Apenas miraba a su alrededor y tampoco hablaba con el resto de jugadores. De vez en cuando ganaba algo, pero al final los montoncitos de fichas iban haciéndose cada vez más pequeños. Calculé que había comprado fichas por valor de unos setecientos euros y, cuando se levantó después de más de dos horas sin dejar de jugar, solo le quedaban un par de fichas. Se las dejó al crupier, que las depositó en el bote de las propinas tras dedicarle una ligera inclinación de cabeza.

Eran un poco más de las nueve y media cuando salí detrás de él. Entre tanto, ya había dejado de llover, y también había menos tráfico. En menos de un cuarto de hora llegamos a Buitenveldert, donde aparcó el coche en una calle lateral de la De Boelelaan. Era una calle tranquila que a un lado tenía los campos de fútbol de un complejo deportivo. Las viviendas del otro lado eran nuevas, con un garaje en la planta baja y encima dos plantas más. La casa donde Vandersloot había dejado el coche estaba envuelta en la oscuridad, y un par de segundos después de que hubiera desaparecido dentro se encendieron las luces en la primera planta. Esperé un par de minutos y luego pasé caminando por delante de la casa. En el buzón que había al principio de la rampa del garaje solo podía leerse: «L. Vandersloot», nada de

«Familia Vandersloot» ni ningún nombre de una posible esposa.

Los dos días que siguieron transcurrieron de igual manera. Tranquilos, según un patrón determinado y casi sin contactos sociales. Los camareros de la cafetería y los crupieres del casino le saludaban educadamente, pero, aparte de alguna observación casual, no le vi conversar con nadie en ningún momento. La única vez que mostró cierta conducta anómala fue cuando se encontró ocupado el lugar de la izquierda en la mesa de black-jack. Aunque en la misma mesa quedaban aún algunas plazas libres, esperó hasta que pudo sentarse en su sitio habitual. Por las noches entraba en una casa oscura y deshabitada. Tenía algo de triste y desolado, pero no me daba ninguna pena. La situación se asemejaba a la de aquella primera vez que estuve observando a Sunardi mientras les daba de comer a los patos: resultaba difícil imaginarse que estuvieran implicados en algo que les había causado tanto daño a otras personas. Además, este hombre en un par de noches perdía jugando el mismo dinero que Mira y Frederik Roes tenían para sobrevivir durante todo un mes.

Cuando el cuarto día, a eso de las tres, salí a estirar un poco las piernas, pasé por delante de un coche en el que había dos personas que parecían vigilar como yo la entrada del inmueble de oficinas. Por un momento pensé que me estaba equivocando, pero al regresar al coche llegué a la conclusión de que no podía ser de otra forma. Eran un hombre y una mujer de mediana edad que no hacían más que mirar a las personas que salían por la puerta giratoria. Aunque el aspecto de la pareja era bastante inocente y no tenía ni idea de si también estaban esperando a Vandersloot como yo, me puse aún más alerta. No hacía tanto tiempo desde la última vez que había encargado a alguien que vigilara a Sunardi y esa vigilancia había terminado fatal.

Al igual que los días anteriores, ya era de noche cuando salió Vandersloot. Si bien no llovía, el tiempo estaba alborotado, con un fuerte viento que expandía por todas partes las hojas caídas de los árboles. En el momento en que le vimos salir, la pareja se puso en marcha y yo, como no sabía lo que podía esperarme de ellos, hice lo mismo. Vandersloot llegó a su coche y, tan pronto como abrió la puerta, le abordaron los otros dos. Yo estaba demasiado lejos como para poder oír lo que decían y, además, tenía el viento en contra, pero por lo que se veía en el rostro y los gestos del hombre y la mujer, no era una conversación amistosa. Vandersloot intentó subirse al coche, pero el hombre cerró la puerta de un portazo y le empujó contra el lateral del automóvil. Dudé por un instante si sería conveniente intervenir, pero no parecía nada más que un acalorado intercambio de palabras. Vandersloot gesticulaba ahora también mucho, pero el único resultado que parecía obtener era el empeoramiento de la situación. De repente, el hombre echó el brazo hacia atrás y le golpeó el rostro con

la mano abierta. No era la bofetada de alguien que se gana la vida repartiéndolas, y la patada que le dio la mujer también resultaba bastante patosa, más una manifestación de frustración que un deliberado intento de hacerle daño. Sin embargo, a Vandersloot le pareció suficiente como para ponerse a gritar. El hombre le espetó algo más y luego la pareja salió pitando. No tenía ni idea de a qué se debía esta pelea, pero en el momento en que la pareja cruzó la calle, se me aclaró de golpe. A la luz de una farola vi en la cara de ella bultos pequeños y duros alrededor de la boca y los ojos.

¿Había sido testigo de una disputa con un cliente descontento? Fuera lo que fuese, pareció haber alterado la rutina habitual de Vandersloot. No condujo en dirección a Ámsterdam, sino hacia el lado opuesto, para coger a la altura de Amstelveen la autopista que llevaba a Haarlem. Estaba tan fuera de sí que, al entrar por el carril de incorporación, casi provoca un accidente. Los primeros kilómetros iba como si el diablo estuviera pisándole los talones, para después reducir la velocidad y empezar a circular por el carril derecho. Yo conducía tranquilo detrás y, como tal vez estuviera mirando por el espejo retrovisor más de lo normal, temiendo que sus acosadores le estuvieran persiguiendo, mantuve una distancia más que suficiente y dejé que un par de coches se pusieran entre medias, lo que se hizo más difícil cuando salimos de la autopista y llegamos a las calles casi vacías de Heemstede-Aerdenhout. Para mi alivio, giró pronto por el camino de entrada de un edificio cuadrado de unas diez plantas de altura que se levantaba en medio de una gran superficie de césped sobre una ligera elevación del terreno. El conjunto estaba acordonado con una valla de aluminio con tela metálica y la entrada permanecía cerrada con una barrera que debía de abrirse mediante una tarjeta. Mientras pasaba por delante, leí en un cartel iluminado: «Résidence Villa Ami». Aparqué el coche unos metros más allá, esperé más de media hora y luego regresé paseando a la entrada. Era un complejo de apartamentos de lujo, con mucho cristal y amplias terrazas. No me habría extrañado que solo hubiera dos apartamentos por planta. Pasé por delante de la barrera, por el sendero de guijarros, y leí junto a los buzones de la entrada los nombres de los habitantes. En la sexta planta vivían H. Vandersloot y C. E. Vandersloot-Asselbergs.

Meneé la cabeza, incrédulo. ¿Vivían aquí sus padres? Joder, ¿adónde había venido a parar? Vandersloot, desquiciado después de haber tenido un choque con una clienta descontenta, había corrido derecho a casa de sus padres. Apenas podía crérmelo. La extrañeza fue en aumento, porque cuando poco después de las once se apagaron las luces en los dos apartamentos de la sexta planta y Vandersloot no salió, comprendí que se quedaría a dormir con ellos.

XXV

El enfado ya había desaparecido cuando fui a visitar a Jaap. Me lo encontré con algo de su antigua despreocupación.

Hasta me pidió disculpas:

—Siento lo de la otra vez, Jager. Tenía un mal día. Ahora, por suerte, me siento un poco mejor.

—¿Qué tal van los mareos? Pareces más en forma que el otro día.

Lo dije de verdad, pero seguía sin poder acostumbrarme a la calva. Futbolistas profesionales, fisionomistas, músicos, personajes del mundo del espectáculo, estrellas televisivas, pero también el hombre normal de la calle, hoy en día la mitad de la población de los Países Bajos iba con la cabeza rapada por elección propia, con tatuaje en el cuello o no. Pero Jaap no lo había elegido voluntariamente y, con su cara marcada por una vida salvaje de años y sin la larga melena que siempre había supuesto una especie de compensación, ahora a lo que más se asemejaba era a una calavera. Y su buen humor no podía hacer mucho para cambiarlo.

—De los mareos ya me he librado en gran parte, solo los tengo poco después de tomar las pastillas. He vuelto a recuperar las ganas de fumar, así que está bien. Debo quedarme un par de días y luego puedo irme a casa. Pero tendré que pasarme a diario por aquí para la radio.

—Entonces, de trabajar nada, ¿no? Al menos, es lo que supongo.

—Sí, se acabó —se produjo un breve silencio, pero Jaap no permitió que durara mucho—. Quiero pedirte algo, Jager. Mis padres estuvieron aquí ayer y hablamos de ti, pero también de tu padre.

Mi padre había sido un prestigioso profesor budista. Alguien que había significado mucho para otras personas, pero eso no le había convertido en un buen padre. Era un asunto que resultaba tan difícil de explicar que prefería no hablar de ello, ni siquiera con un buen amigo como Jaap. Tanta sabiduría —había pocos días en que no hubiera algo que me recordara a él— y, a pesar de todo, esa enorme distancia entre padre e hijo.

—Tú también sabes mucho de budismo, ¿no?

—Sí, pero leer es una cosa y asimilar lo que se lee es algo muy distinto. Es mucho más difícil y, en mi caso, como máximo se consigue a rachas. Solo leer no es suficiente, también hay que meditar.

—Lo entiendo, pero ¿podrías prestarme un par de libros? Libros que puedas recomendarme. En cualquier caso, no demasiado iluminados.

No me agradaba mucho la idea. ¿Quería Jaap, ahora que parecía que no le quedaba mucho tiempo de vida, empezar a profundizar en el budismo para encontrar algo de paz? En el pasado había hablado con él bastante del tema, pero su interés nunca había llegado tan lejos como para implicarse de manera activa.

—La próxima vez te traeré algo.

—No suena muy entusiasta.

—No, tampoco es que me entusiasme mucho.

—¡Vamos! De repente tengo bastante tiempo libre. Nada se pierde por probar. Y una cosa más, si me entero de algo sobre el asesinato de Sunardi, te lo comunicaré.

—¿A qué debo el honor?

—Ayer por la noche, viendo la televisión, se me llevaron los demonios. En el programa de investigación *Zembla* pusieron un reportaje sobre unos cuantos errores judiciales sonados durante los últimos años: el asesinato en el parque de Schiedam, el homicidio de Putten, el caso de Lucia de B. Ya los conoces todos. En lugar de mostrar su arrepentimiento por los errores cometidos, unos cuantos jueces argumentaban que todos esos casos habían sido tratados con minuciosidad. Pero no solo eso, uno de esos tipos advertía que si no se cesaba de desprestigiar al poder judicial, el menoscabo de su autoridad llegaría a ser contraproducente. Nadie se beneficiará, afirmaba, si no se respeta al poder judicial. Dijo literalmente: «Con la irrevocabilidad de una sentencia judicial se contribuye a la calma social». ¡Eso ya era pasarse de arrogante! Si pudieras darle una patada en el culo, tendrías mi bendición.

Estuvimos más de una hora hablando antes de despedirme para marchar a Leiden. Tenía una cita con Redig en el restaurante La Place de la Centraal Station. Durante el camino no dejé de pensar en la conversación con Jaap. Había una cosa que no le había contado, tal vez porque entonces habría sonado demasiado confuso, demasiado lleno de contradicciones. Mi padre también acompañaba a personas en proceso terminal, y, aunque yo había visto y oído que esas personas se beneficiaron de su compañía —era algo que debía admitir francamente—, me resultaba difícil creérmelo. Por mucho que pueda saber un budista, por iluminado y sabio que pueda ser, por mucha paz que pueda aportar alguien así a un moribundo, había algo tozudo en mí que estaba convencido de que la única manera que tiene de morir una persona es sola. Me negaba a aceptar que un ser humano pudiera decirle a otro cómo morir en paz. Un verdadero budista en ese sentido solo podía significar algo para sí mismo. Llegado el caso, yo estaría allí para Jaap, pero sin palabras de consuelo, sin afirmar que esta vida es solo una de tantas, que la vida y la muerte van unidas indisolublemente. Ahora que me lo pedía, le proporcionaría lo que se había escrito al respecto, pero solo había una persona que podría decírselo, y esa persona era él mismo.

Y había aún más. De la muerte de mi propia esposa había aprendido que ninguna verdad puede mitigar la pena que produce la muerte de un ser querido. Ninguna verdad, ninguna franqueza, ninguna fuerza, ninguna amistad eran capaces de sanar semejante pena. Podríamos sufrirla y aprender algo de ella, pero lo que aprenderíamos no nos serviría de nada en absoluto para la siguiente pena indeseada. Precisamente eso era lo que estaba esperándome con Jaap.

XXVI

Entré en La Place alrededor del mediodía y estaba bastante lleno. Era el 2 de diciembre y el público, en su mayor parte, constaba de personas que habían ido a comprar para el 5 de diciembre, el día de San Nicolás; por todas partes había grandes bolsas de plástico con regalos junto a las mesas. ¿Ya lo teníamos otra vez aquí?

Redig ocupaba una mesa para dos personas y ya había empezado a dar cuenta de un buen almuerzo. Tras saludarme, señaló con el tenedor su *pizza* y el gran plato de ensalada al lado:

—Te la recomiendo, la han preparado delante de mis narices y está recién hecha.

Al igual que los días anteriores, el cielo estaba gris y hacía frío, ahora incluso con una finísima llovizna. Haría bien tomándome algo caliente, y la *pizza*, en efecto, tenía una pinta estupenda, pero cuando me pasé por el mostrador con sándwiches, ensaladas y zumos frescos tentadoramente expuestos, y por delante de la cocina con platos calientes, opté por el tema de la semana: la «otra cocina japonesa». En lugar del archiconocido sushi, pedí que me confeccionaran un plato con diferentes clases de pescado en escabeche, un trozo de rollo de tortilla, berenjenas estofadas, una bolita de arroz con setas y rabanito cortado muy fino y condimentado con sésamo. Después de haberme cogido también un tazón de consomé, pagué y regresé donde estaba Redig. Miró lo que había elegido y siguió comiendo.

Tomé un par de cucharadas del consomé y pregunté:

—¿Y bien?

—Primero la comida y luego la charla —respondió. Cuando hubo terminado, dijo —: Voy por café, ¿tú también quieres?

Miré la cola que había en la caja; para cuando regresara, ya habría acabado de comer, así que le respondí:

—Un capuchino, gracias.

—Vigila bien mis cosas —me advirtió señalando con la cabeza la ancha maleta de aluminio que había junto a su silla—, ahí dentro hay una cámara carísima.

Mientras Redig iba por el café, me concentré en la comida: recién hecha en lugar de recalentada, verduras crujientes, pescado con un sabor y un olor bien reconocibles, de todo suficiente y fácil de digerir. Me sentó de maravilla.

Cuando Redig volvió a estar sentado frente a mí, preparado para comenzar con su historia, mostraba mayor aplomo del que ya de por sí era habitual en él.

—¿Cómo se llamaba el primer juez con que Roes se las tuvo que ver?

Me tenía tan empollado todo el dossier que me resultó sencillo responder esa pregunta. Además, era un nombre fácil de recordar:

—Meester —respondí.

—Muy bien. Así pues, es el señor que ha marcado las pautas para el posterior hundimiento de los Roes. En lugar de intervenir con decisión, empezó a despacharlos con buenas palabras. En mi opinión, esa era una razón estupenda para vigilar bien a

ese señor. Es juez interino; en su trabajo cotidiano, es abogado de un bufete en La Haya: Levels & Bussert. Es uno de los socios y un tío muy atareado; además del trabajo de abogado y de juez interino, mantiene un buen número de actividades profesionales secundarias. Ahora mismo te haré un resumen, pero una de las más llamativas es que es miembro del Capítulo para la Orden Civil. Ese es un grupo que aconseja a vuestra reina sobre las posibles personas merecedoras de una condecoración. A este grupo no se invita a cualquiera, así que eso despeja cualquier duda sobre la posición social de nuestro señor Meester.

Se agachó, abrió la maleta y sacó de ella un montón de papeles.

—Tuve que abrirme camino a través de unos cuantos nombres. Permíteme decir, para empezar, que si ahora te pones a buscar vínculos entre el hospital donde trabajaba Vandersloot y los jueces del tribunal en La Haya, no encontrarás nada. Por encima del consejo de administración del hospital está el Consejo de Supervisión, y durante los últimos diez años su composición ha cambiado tres veces. Vandersloot, entre tanto, se ha ido, eso ya lo has descubierto tú solito, pero su cuñada, Vandersloot-Kerssemakers, todavía es directora y presidenta del consejo de administración del hospital y, por tanto, se sienta con unos inspectores distintos. ¿Sabes qué es lo que más tienen en común las personas de ese consejo?

Se retrepó y me miró expectante. Una combinación de conocimiento y experiencia, disponer de contactos, se me podían ocurrir unas cuantas razones, pero no tenía ganas de seguirle el juego.

—Dímelo tú.

—Todas estas personas están muy bien relacionadas. Por bueno que seas, si no perteneces a ningún grupo, no acudirán a ti nunca. ¿De acuerdo?

—Sí.

—También en los Países Bajos todo depende de los contactos adecuados. Si eres bueno, pero nadie te conoce, nunca llegarás a nada. Aunque lo contrario sí que puede darse: personas incompetentes con los contactos adecuados pueden muy bien llegar a lo más alto.

Al igual que en la Europa del Este: ¿era lo que quería sugerir? No quise entrar en la discusión.

—He tenido que escarbar mucho para averiguar la composición del Consejo de Supervisión en la época en que se produjo el problema con Roes. Muy interesante. En aquella época había un señor, un tal R. J. Geeven. Un catedrático de una facultad de medicina cualquiera y un hombre que ha publicado mucho. Nada malo en sí, si no fuera porque está casado con C. E. Geeven-Grünwald. —Se detuvo un rato y buscó entre los papeles. Giró una hoja en mi dirección y continuó—: Esa señora es socia del bufete de abogados Levels & Bussert. Este es un listado de su página web.

Leí el escrito y saqué mis conclusiones en voz alta:

—Vandersloot comete un error, su cuñada le cubre las espaldas, va al Consejo de Supervisión e informa sobre lo que ha ocurrido. Además, habrá dejado claro que la

versión de su cuñado es la única correcta. En el momento en que se incoa el proceso, ya saben que no tienen mucho que temer: Meester, el juez que lleva el caso, es un colega de la mujer de ese Geeven del Consejo de Supervisión.

—Exacto, y así se demuestra el vínculo entre el hospital y el tribunal. Ese Meester lo sabía, pero en lugar de inhibirse para evitar así la apariencia de parcialidad, ha seguido llevando el caso. Muy mal de su parte, pero igual de estúpido por la parte contraria al no averiguarlo. Si yo hubiera sido el abogado de Roes, eso habría sido lo primero que habría hecho. Habría querido saber todo acerca de cada juez.

—¿Porque tú has crecido en un entorno donde siempre se hacían trampas?

—Exacto.

Aparté el plato a un lado, me acerqué el capuchino y dije:

—Da igual lo que pueda parecerte, a mí me resulta una conclusión estremecedora. Y no solo eso, pues para Mira Roes y su esposo será muy duro tener que oír que, en realidad, jamás tuvieron una oportunidad.

—Así es la vida. No debes comenzar una batalla si no conoces bien al contrincante. De donde yo vengo, eso lo comprende todo el mundo.

Lo soltó a modo de burla y no se vislumbraba nada de compasión para con Mira y Frederik Roes.

—¿Y qué has encontrado sobre Fichtre y Verhees?

—Lo que ya había descubierto Roes es cierto, en efecto. Esas dos señoras han estudiado en la misma época en Leiden. Derecho civil, para ser exactos. Las dos eran miembros de Quintus, una de esas asociaciones de estudiantes locales. Más aún, estaban en el mismo grupo de debate: Triumph. Así pues, es imposible que no se conocieran, pero, además, todavía siguen tratándose. También que tienen un montón de cosas sobre las que charlar, porque se parecen bastante entre sí: las dos trabajan desde hace un par de años para un bufete de abogados de renombre, las dos acaban de cumplir treinta años, están casadas y las dos tienen dos hijos pequeños. Hasta lo que hacen es lo mismo: están especializadas en derecho de indemnización. Esa es también la razón de que sigan viéndose, pues son miembros de un grupito de abogados que se reúne regularmente para hablar de los avances dentro de su área. Seguro que también tendrá un carácter social —volvió a buscar entre la pila de papeles, me puso delante unas cuantas hojas y continuó—: He recogido los datos más importantes en un perfil.

Mientras leía, no pude llegar a otra conclusión sino que Redig era muy meticuloso en su trabajo, incluso tanto que informaba del nombre y de la edad de los hijos. La cámara tan cara, que había tenido que cuidar hace un momento, había proporcionado unas cuantas fotos nítidas. Jóvenes, bien cuidadas, vestidas con elegancia y con un carisma que irradiaba seguridad. No podía penetrar dentro de sus cabezas, pero a juzgar por el exterior todo les iba viento en popa. Cogí los listados de la página web de sus jefes y leí sus currículos. Louise Verhees, la persona que había presentado un escrito falso, ya había logrado con un caso en el Tribunal Superior

conseguir una sentencia que había llevado a la ampliación de anterior jurisprudencia; obviamente, no estaba nada mal para un abogado aún tan joven. Según la página web de sus superiores, ya tenía importantes clientes: «Louise lleva también muchos informes periciales relacionados con el derecho de indemnización. Tanto los empleadores de la administración pública como los empleadores particulares y los llamados aseguradores sociales (IMSERSO, INEM) suelen buscar su ayuda para ejercer el derecho de indemnización».

En algún lugar de la estación había un taladro haciendo tanto ruido que Redig tuvo que inclinarse hacia mí para hacerse entender: «A cada una de ellas les he dedicado dos días. Es curioso todo lo que se puede llegar a averiguar de sus vidas en tan breve espacio de tiempo, ¿no te parece? Ese grupo de debate del que eran miembros tiene una página web propia. Allí hay fotos de toda clase de actividades que organizaban antes. También está incluida. Si buscas un poco, encontrarás en seguida a esas dos señoras».

De repente, estalló en cólera:

—¡Qué coño de escándalo es este! ¿Para qué coño están haciendo estas obras? Se ponen a demoler una estación que todavía se encuentra en buen estado.

Al entrar en el vestíbulo, a mí también me llamó la atención que Station Leiden estaba siendo totalmente reformada. Los Ferrocarriles Nacionales (NS) se disculpaban en grandes carteles por las molestias, pero este lugar había sido elegido como «estación experimental». Estaban intentando desarrollar un nuevo concepto para que el edificio desempeñara un «papel más multifuncional». Debía convertirse, más si cabe, en un lugar de encuentro para viajeros y consumidores.

Redig aún no había terminado de desfogarse: «¿Vuestro país es tan rico que os permitís destruir algo antes de que se haya desgastado o estropeado, o sois tan ricos precisamente porque lo hacéis así?».

Sin esperar a mi respuesta, se levantó y dijo: «Sigue leyendo, yo voy por café. Esperemos que este infierno se acabe pronto. ¿Quieres tú también?».

En medio del escándalo intenté concentrarme lo máximo posible, pero en seguida dejé de profundizar en los detalles. Lo único que contaba era que no existía ninguna duda sobre el hecho de que Sarah Fichtre, la abogada de Mira y Frederik Roes, y Louise Verhees, la abogada de la parte contraria, se conocían. Y cuando Frederik Roes descubrió que Louise Verhees había presentado un escrito falso y se lo comunicó a su abogada, esta les había indicado de manera totalmente inesperada que ya no podía seguir representando a la pareja. Según decía, porque se había dañado el vínculo de confianza, pero la verdadera razón era que Sarah Fichtre estaba cubriéndole las espaldas a su amiga. Mira y Frederik Roes volvían a tener mala suerte. El primer juez con quien tuvieron que vérselas era parcial y ahora, en un momento crucial, les había dejado en la estacada la última de toda una ristra de abogados a los que habían contratado durante esos diez años. A pesar de la pena que me daban, también se apoderó de mí un sentimiento de ira. ¿Por qué siempre toda esa

mala suerte? ¿Acaso había personas que habían sido condenadas a tanta contrariedad que atraían la desgracia por mucho que intentaran escabullirse?

Cuando Redig volvió a sentarse frente a mí, el jaleo no se había terminado todavía, pero ahora por lo visto había decidido ignorarlo. Dio unos golpecitos en el perfil de Louise Verhees y dijo:

—Una vida perfecta.

Parecía más pagado de sí mismo de lo habitual. Evidentemente, se había guardado lo mejor para el final.

Sin venir a cuento, me preguntó:

—¿Qué te ha costado tu reloj?

Me miré la muñeca. La correa de metal se había dado de sí con los años y ahora colgaba suelta en la mano, mientras que la esfera descansaba a veces en un lateral, a veces en el interior de la muñeca. Era un reloj barato, pero funcionaba.

—Menos de treinta euros, si no recuerdo mal.

Redig se quitó el reloj y lo puso sobre la mesa, delante de mí.

—Este es un Carrera de Tag Heuer. Este reloj cuesta más de cinco mil euros, pero, al comprarlo, sabes que estás adquiriendo algo perfecto.

—¿Adónde quieres llegar? —le pregunté.

—Existen relojes perfectos, pero no personas perfectas. Esos dos datos son importantes. Tú puedes permitirte, ¿no? ¿Por qué compras mierda cuando la perfección está al alcance de la mano? Este reloj tiene un acabado perfecto, no hay nada en él que pueda mejorarse. Tener conciencia de eso es muy importante. Así lo veo yo.

—Muy bien, estupendo —le corté—, ¿qué es lo que no es perfecto en Louise Verhees?

Por un momento se le ensombreció el rostro.

—Verhees y su familia viven en Ámsterdam Sur. También le he dedicado un poco de tiempo a su marido. Trabaja en la banca privada para Schretlen & Co. Al igual que su esposa, también es joven y está decidido a hacer carrera. Pero a él también le queda tiempo para otras cosas. Estas las he tomado durante su pausa del almuerzo.

Me puso delante unas cuantas fotos. No sabía cómo las había hecho, pero eran muy nítidas y no admitían el más mínimo atisbo de duda. El marido de Louise Verhees y una mujer desconocida habían sido inmortalizados mientras se abrazaban y besaban cariñosamente. En una de las fotos, él le había puesto la mano en el culo a ella, haciendo que se le subiera un poco la falda. Parecía como si tuvieran que contenerse para no arrancarse la ropa del cuerpo.

—¿Esa Verhees no es la abogada que redactó un escrito falso en el que Sunardi supuestamente afirmaba que había estado presente en esa intervención fallida?

—Sí, ¿y bien? —respondí.

—Así su matrimonio parece un poquito menos ideal. No sé si ella está enterada de esto, pero, si no es así, se le podría chantajear a su marido.

—¿Para qué?

Se encogió de hombros y dijo:

—No tengo ni idea, pero tal vez algún día te venga bien. Por lo demás, son gente maja, nada que objetar. Al menos, hasta donde he podido averiguar. ¿Quieres que busque más cosas de las dos damas?

Negué meneando la cabeza y le dije:

—No. Así está bien.

Le pagué a Redig y me despedí. Había hecho muy bien lo que le había encomendado, pero él sabía como nadie que con eso no estaba todo terminado.

—A ese Vandersloot le están protegiendo. No tengo ni idea de por qué, pero es lo suficientemente serio como para cometer un asesinato después de diez años —me había dicho al despedirse.

Esa era justo la conclusión a la que yo también había llegado. Jueces que no eran imparciales y abogados corruptos era una cosa, pero el asesinato entraba dentro de una categoría muy distinta. A Redig se le veía aliviado al no tener que seguir implicado por más tiempo, y su advertencia: «Yo que tú me andarías con ojo», no me pareció que le saliera del corazón.

Ese mismo día le llevé la información a Kalman Teller. Aunque los datos hablaban por sí solos, estuvimos pronto de acuerdo en que con esto el caso aún no estaba decidido para que Mira y Frederik Roes lo vieran como algo positivo. Kalman Teller buscaría a alguien que pudiera emitir un dictamen serio sobre las implicaciones jurídicas que podría acarrear el hecho de que el juez involucrado, que había llevado su caso, no se hubiera inhibido cuando lo tendría que haber hecho. Con todas las malas experiencias que habían tenido hasta ahora, estaba además la cuestión de qué posibilidades tenían si se le presentaba esto a otro juez.

XXVII

Por Jaap me enteré al día siguiente de que sus colegas tampoco habían estado inactivos. Habían ido a visitar a Mira y a Frederik Roes, a Kalman Teller y también a Vandersloot. Había sido solo una primera vuelta y todavía no tenían nada concreto. Vandersloot poseía una coartada sólida, pero a pesar de todo se le había visto muy nervioso. Les había indicado que si querían seguir hablando con él, solo lo haría en presencia de su abogado. Para comprender mejor el pleito que ya llevaba años arrastrando, habían ido a ver también a los abogados de ambas partes. Entre tanto, Fichtre ya había dejado de serlo y también quería relacionarse lo menos posible con el asunto. Lo único que quiso decir fue que Mira y Frederik Roes no le parecían personas agradables con quienes trabajar y que ya desde el principio tuvo la impresión de que, si pensaban de manera distinta sobre determinadas cosas, es que les importaba muy poco su consejo profesional. Los abogados del hospital y Vandersloot les habían explicado a los inspectores con pelos y señales cómo el matrimonio Roes se dejaba llevar por ideas falsas, las pocas posibilidades que tenían de cosechar algún éxito y cómo en el curso de los años esto se había convertido en una obsesión cada vez mayor contra la más pura lógica. Así se habían adelantado a lo que pudiera venir.

—Los abogados del hospital saben que a Mira y a Frederik Roes les apoya económicamente ese Kalman Teller tuyo. Pues bien, le han estado poniendo de vuelta y media delante de mis colegas, que si había conseguido sobrevivir al campo de concentración porque había colaborado con los nazis, que eso lo sabían por la propia comunidad judía. Y en la Shell lo habrían despedido por problemas psíquicos. Un hombre sin amigos, que se hizo rico especulando en bolsa. Llegaron a sugerir incluso que estaba ayudando a Mira porque en el pasado habían mantenido una relación amorosa. ¿No estuvo yendo a su casa durante años? ¿Cómo podía explicarse, si no, que un hombre que vivía tan retirado y que tenía tan pocos contactos se esforzara tanto por su causa?

—Si lo cuentas así, ¿qué impresión habrá causado en tus colegas? —pregunté—. ¿Por dónde va el asunto?

Jaap se encogió de hombros y dijo:

—Vandersloot puede que haya estado nervioso, pero tiene una coartada. Mira y Frederik Roes llevan ya diez años enfrascados en un pleito y todavía no han recibido ni una sola vez una sentencia a su favor. Ese es un hecho que habla en su contra. Se indagará sobre Vandersloot, pero ¿si eso no aporta nada? No es mi caso, pero existen muchas posibilidades de que vayan más en la dirección del propio Sunardi. Quizá hubiera otra razón para que quisieran acabar con él, ¿no? De verdad que no lo sé. — Cambió de tema y dijo—: Mañana me voy a casa. No tengo nada en contra de la habitación que me estás pagando, pero estoy muy contento. Así podré volver a fumarme un cigarrillo por fin sin tener que cruzarme primero todo el hospital.

—¿Necesitas que venga a ayudarte? —le pregunté.

—No, gracias. Mis padres vendrán a recogerme mañana y Elzeline ya se ha ofrecido para hacerme la comida.

—Te he traído un par de libros y un DVD. ¿Sigues interesado?

—Sí, claro, déjame verlos.

Había estado mucho tiempo delante de mi librería sin poder elegir nada. Cuantos más libros miraba, mayores eran mis dudas sobre el beneficio que podrían aportarle a Jaap. Por fin, cogí sólo dos. Uno con una introducción al budismo y el otro con las experiencias de Janwillem van de Wetering, que había profundizado en el zen y escribía sobre el tema de una manera muy sensata y a veces humorística.

—Tal vez debas empezar con el DVD. Es de Eckhart Tolle. Ese nombre no te dirá mucho, pero se hizo famoso con *El poder del ahora*. Si te gusta el DVD, también puedo dejarte el libro. Es agradable mirarlo y escucharlo, relaja mucho. Está sentado en una silla ante el público y va predicando todo tipo de sabidurías que de una u otra manera también puedes encontrar en el budismo. Bueno, sí, mira a ver qué te parece.

De camino a casa, estuve reflexionando sobre lo que habían sugerido los abogados del hospital acerca de Kalman Teller. Aunque me parecía una vil difamación, algo había despertado en mí, en el sentido de que todavía no había logrado enterarme de los motivos que le habían llevado a implicarse tanto. Quizá ya era hora de dar un vuelco a esta situación con un par de llamadas telefónicas. No iba a preguntarle a Mira Roes si había tenido una aventura con Kalman Teller, pero sí que esta me había dado a entender que existía un antiguo colega de trabajo con quien mantenía todavía contacto de vez en cuando. Quizá de esa manera pudiera averiguar algo sobre sus supuestos problemas psíquicos.

XXVIII

El antiguo colega de Kalman Teller se llamaba Douwe Bazen y lo primero que me dijo cuando le llamé por teléfono fue que contaba con mi llamada: «Kalman ya me había puesto al corriente de que usted podría llamar en cualquier momento para pedir información sobre él».

Era cierto, pero omití prudentemente que esa era mi norma antes de aceptar un trabajo.

Desde el principio quedó claro que al otro lado de la línea tenía a alguien al que le gustaba hablar sobre su antiguo colega. Y a medida que avanzaba la conversación, comprendí que no lo hacía únicamente porque le parecía agradable recordar su pasado común, sino también porque sentía una admiración manifiesta por Kalman Teller. También fue la primera vez que estuve hablando con alguien que le llamaba por su nombre de pila.

Se conocieron poco después de la guerra. Kalman Teller vivía por aquella época en Scheveningen, en Pension De Kapitein, una impresionante casa señorial, con un aspecto colonial que le proporcionaban las galerías blancas, y que no estaba lejos del Kurhaus, el hotel balneario, y del paseo marítimo. Él disfrutaba de alojamiento y comida a cambio de la ayuda que prestaba a la patrona en todo tipo de tareas: limpiaba, iba a hacer la compra, cocinaba y cuidaba de los niños. Allí debió de encariñarse con algo, porque cuando obtuvo su primer empleo en la Shell y empezó a ganar más dinero, no fue esta una razón para mudarse. Cuando se convirtieron en colegas, Douwe Bazen se pasaba con regularidad por la casa a visitarle y comprendió mejor por qué Pension De Kapitein era un concepto. La comida era buena, el precio muy asequible, pero por encima de todo la patrona era una mujer cordial y hospitalaria que transmitía a los visitantes la sensación de que eran bienvenidos. Allí vivía un grupo variopinto de composición variable: personas que alquilaban una habitación por tiempo indefinido, antiguos colonos de Indonesia, gente de La Haya que se había empobrecido, exiliados de países de Europa del Este, pero también muchos huéspedes temporales: artistas de revista que actuaban en el Kurhaus y en verano, naturalmente, muchos turistas. Las veces que Douwe Bazen iba a visitarle disfrutaba del ambiente, que sobre todo durante los meses estivales tenía algo de cosmopolita y expansivo. Y aunque Kalman Teller se mantenía siempre un poco al margen, el señor Bazen pronto se dio cuenta de que la patrona le había tomado bajo su protección e intentaba cuidarle. Kalman Teller no se mudó hasta finales de la década de los años sesenta, cuando cerraron la pensión, y era evidente que tuvo muchas dificultades con ese cambio.

Una de las primeras cosas que me quedaron claras, mientras escuchaba a Douwe Bazen, fue que el interés de Kalman Teller por el pico petrolero no estaba dictado en absoluto en un primer momento por el deseo de enriquecerse prediciendo tan bien como le fuera posible el precio del petróleo.

—Kalman es exactamente igual que Hubbert, igual de testarudo. Trabajó para nosotros durante un tiempo en Texas y allí conoció también a Hubbert, que en aquella época ya era anciano, pero seguía derrochando vitalidad y claridad en sus opiniones. ¿Sabía usted acaso que Hubbert se llevó muy mal durante un tiempo con la directiva que había entonces en la Shell? —Cuando le respondí con una negativa, continuó—: Hubbert fue el primero en predecir que las reservas de petróleo se acabarían en Estados Unidos. Para ser exactos: él predijo en 1956 que la producción de petróleo de los llamados «Lower 48», todos los Estados con la excepción de Alaska, Hawái y el golfo de México, alcanzaría su punto más elevado a finales de la década de los años sesenta, principios de la década de los setenta. Hasta entonces, se pensaba aún que esas fuentes serían suficientes durante mucho más tiempo para el consumo nacional. La dirección intentó prohibirle que hiciera declaraciones públicas, porque estaba claro que esa clase de rumores no era algo agradable para oídos de accionistas y otros interesados. Sin embargo, Hubbert era obstinado, así que hizo caso omiso de la prohibición y siguió divulgando sus predicciones. En vano, porque nadie le escuchaba. Hasta muchos años después, cuando resultó que tenía razón, no empezó a cambiar todo. El caso es que a la Shell, naturalmente, no le interesaba que alguien, incluso dentro de sus propias filas, divulgara abiertamente que el producto en torno al cual giraba toda la empresa alcanzaría su punto máximo en cuanto a producción se refiere. La consecuencia fue que nadie escuchó a Hubbert y eso ha cambiado la historia del mundo. Tal vez esta afirmación le suene muy pomposa, pero no es exagerada. Cuando a principios de los años setenta quedó claro que el petróleo se estaba agotando en los Estados Unidos, se decidió rápidamente dar mucha más prioridad en la política exterior al control de las reservas de petróleo en el extranjero. ¡Todo empezó quince años después de lo que tendría que haber empezado si hubieran seguido a rajatabla sus consejos entonces! El mundo habría tenido un aspecto muy distinto. Por ejemplo, no habría sido necesaria toda la crisis energética de la década de los años setenta. Y solo se trata de las erróneas estimaciones del pico petrolero en los Estados Unidos de Norteamérica. Después de su encuentro con Hubbert, Kalman ha ido obsesionándose cada vez más con cuáles serían las consecuencias de no reconocer a tiempo el momento del pico petrolero para todas las reservas de petróleo en el mundo. Y al igual que Hubbert a la sazón, Kalman se topó en su camino con la directiva de la Shell.

—¿Afirma usted que la Shell está intentando posponer adrede la fecha del pico petrolero real?

Se hizo el silencio por un instante al otro lado de la línea y, cuando obtuve respuesta, esta no fue muy directa:

—Según la Shell, ese momento se producirá en algún año entre 2020 y 2030. Según Kalman, diez años antes con seguridad. Se habrá dado cuenta de que no pronuncio la palabra «adrede» porque me parece una acusación demasiado grave. El cálculo exacto depende de muchos factores: política económica, demanda del

mercado, tecnología de búsqueda y tecnología de extracción. Todos esos cálculos, por lo demás, dependen de que se mantenga la constante del crecimiento económico actual, porque si hubiera una recesión en la economía mundial, ese momento tardaría más en llegar, naturalmente.

—Según el señor Teller, esos diez años de diferencia son de gran importancia. Al menos, es lo que he deducido de lo que usted acaba de contarme.

—Es correcto, sí. Por otra parte, no se trata solo de su opinión. En 2005 apareció el denominado *Informe Hirsch*, que lleva el nombre de su autor principal, Robert Hirsch, y fue redactado a instancias del Departamento de Energía de los Estados Unidos. Hirsch argumenta que si no se toman medidas a tiempo, los costes económicos, sociales y políticos no tendrán precedentes. A continuación, propone que se debe empezar con las medidas mitigantes diez años antes del pico, y menciona la cantidad de diez trillones de dólares al año, que se necesitarán para poner en marcha estas medidas. Un uno con diecinueve ceros. —Dejó que se produjera un breve silencio y luego continuó—: O, dicho de otra manera, diez mil millones por mil millones. Esa es una cantidad que está por encima de nuestra capacidad de entendimiento, no digamos ya de la de los políticos, que solo tienen una visión a corto plazo.

Entre ese grupo también podía contarme yo, porque en este momento tenía otras cosas en mente:

—¿Dijo usted que el señor Teller también tuvo problemas con la dirección?

—Sí, claro. La Shell es una empresa con accionistas y objetivos, y Kalman hablaba cada vez más a menudo de política mundial. Tómeme a mí, por ejemplo: yo era científico principal de técnicas de reserva y para eso me habían contratado. De Kalman, a su vez, se esperaba que diera consejos estratégicos, pero relacionados con el propio producto y lo que la Shell debería hacer para mantener su posición en el mercado o reforzarla.

—¿Al final despidieron al señor Teller?

La reacción de Douwe Bazen fue de sorpresa:

—¿Despedir? No, claro que no. Kalman tenía una hoja de servicios demasiado importante como para que le despidieran. Se acogió a la jubilación anticipada.

—Y ahora gana mucho dinero con sus conocimientos.

Su anterior colega salió en seguida en su defensa:

—Bueno, eso es simplificarlo mucho. Kalman estuvo durante años manifestando su opinión, pero cuando por fin llegó a la conclusión de que nadie iba a escucharle, decidió cambiar de táctica, y en esa táctica el dinero desempeña un papel importante. ¿Le ha contado algo sobre sus empresas?

Sabía que Mira Roes había estado ayudándole muchos años con la contabilidad de esas empresas, pero era todo lo que había oído al respecto.

—No, ese tema todavía no ha salido.

—Kalman, en efecto, gana mucho dinero en la bolsa, pero todo lo que gana

vuelve a invertirlo. Acabo de darle esa cantidad enormemente elevada que se necesita para hacer frente a una próxima crisis energética con todos los desastres adicionales. Kalman aporta a su manera su granito de arena. Es el propietario de varios fondos de inversión. El dinero que gana lo mete ahí y, acto seguido, se invierte en toda clase de fuentes de energía alternativa y su desarrollo. Energía solar y energía eólica, naturalmente, pero también biodiésel sacado de la jatropha, una planta que se da mucho en África. Además, invierte grandes cantidades en investigación para recuperar la energía de las corrientes marinas de nuestros océanos.

—¿Puedo preguntarle de cuánto dinero se trata?

—¡Uy, muchas decenas de millones!

—Vaya, es una buena suma. ¿Y todo eso lo hace desde casa? Tendrá que conocer a las personas de esas empresas, ¿no? Me dijo que apenas pisaba la calle.

—Kalman analiza en profundidad las empresas en las que piensa invertir. Además, es infalible a la hora de evaluar las cualidades de las personas. Con una, a lo sumo dos conversaciones telefónicas, ya tiene suficiente. No conozco a nadie que sepa escudriñar tan bien en los entresijos de otras personas. Es como si te estuviera atravesando con la mirada. Yo siempre he sido claro y directo con él, así que en mi caso, casi como autoprotección, servía el dicho de «lo que hay es lo que ves».

—Y eso lo hace sin mostrar nada de sí mismo —añadí—. Naturalmente, apenas conozco al señor Teller, pero es la impresión que me da.

—Sí, lo ha captado bien. Pero, entre tanto, yo ya le conozco lo suficiente como para saber que se puede confiar por completo en él. Acepté pronto que había determinadas cosas que eran tabú y que, por tanto, nunca llegaría a conocerlas. Por lo demás, con su historia no es tan extraño, y, desde luego, tampoco es el único.

—¿Se refiere al hecho de que estuvo en Auschwitz?

—Exacto. Él sobrevivió, pero toda su familia murió en las cámaras de gas. ¿Lo sabía?

—No.

—Bueno, eso sí me lo contó. El padre, la madre, cuatro hermanas y tres hermanos, además de tíos, tías, primos y primas: allí perdió a todos. Kalman fue el único que sobrevivió.

—¿Nunca contó cómo?

—No. Lo único que alguna vez dijo al respecto es que había tenido suerte. Por lo demás, no creo que me contara lo que me contó para desahogarse o exteriorizar su pena. Antes bien, creo que le parecía que de todas formas tenía derecho a saber algo, siendo como era su colega más cercano. Así pues, fue inspirado más por una suerte de cortesía que por el deseo de querer compartir algo conmigo.

—¿No le molestaba?

—No, pero ¿cómo puedo explicárselo para que me entienda?

Esta vez se quedó mucho tiempo callado. Cuando volvió a hablar, lo hizo más despacio y con mayor mesura que antes:

—Yo solamente soy un par de años mayor que Kalman. Cuando estalló la guerra, tenía catorce años. En ciertos aspectos, la época de la guerra para los niños de mi edad fue un período emocionante y de aventuras. Para Kalman debe de haber sido el infierno en la Tierra, sobre todo cuando los llevaron al campo de concentración. Entre su mundo y el mío se abrió entonces un abismo que ya nunca más se pudo volver a cerrar. Tras la guerra, aparentemente vivíamos en el mismo mundo, pero para alguien como Kalman eso no era más que apariencia. Por supuesto, nunca se lo tomé a mal, hasta ahí sí que llega mi capacidad de comprensión. —Pensé por un momento que iba a dejarlo aquí, pero estableció una relación con la obsesión de Kalman Teller, si bien en un tono algo más ligero—: Mucha gente piensa que no será para tanto si no nos anticipamos a tiempo al momento del pico petrolero, pero Kalman les recrimina su ignorancia. Una vez dijo literalmente que a las personas que nunca han sufrido una verdadera desgracia les falta imaginación para ver venir la siguiente.

Cuando colgué y releí mis anotaciones, me di cuenta de que había olvidado preguntarle si sabía cómo había sufrido Kalman Teller esa mutilación en las manos. Por un momento dudé en volver a llamarle para preguntárselo, pero a continuación abandoné la idea. Aunque me había enterado de un montón de cosas nuevas, la conversación había sido al final decepcionante. Este antiguo colega de Kalman Teller apenas sabía más de su pasado de lo que ya había oído antes. Hacía ya mucho tiempo que este hombre le había cerrado la puerta a ese pasado para no dejar que pasara nadie nunca más. Su familia entera había sido masacrada allí, lo que era razón suficiente para no querer regresar a Hungría, donde todo se lo recordaría, y razón suficiente para no querer hablar con nadie del tema. Probablemente ni siquiera fuera una cuestión de no querer, sino más bien de no poder. Él había sido el único que había sobrevivido y, tras esta conversación, seguía sin saber si había sido por casualidad. Según Eva Lisetsky, los rumores en la comunidad judía apuntaban a que había habido una razón. ¿Qué pensaría él mismo del hecho de haber sido el único de su familia en sobrevivir al infierno? Me pareció tan terrible que muy bien podría llegar a considerarse una especie de castigo.

XXIX

—Tengo noticias para ti sobre Vandersloot —dijo Jaap cuando me llamó—. Seguro que van a parecerle interesantes. Sé por qué dejó el hospital.

No le dije lo bien que me venía, porque creía que me encontraba en una vía muerta. Había estado siguiendo de nuevo los dos días anteriores a Vandersloot, pero sin ningún resultado. Cuando salía del edificio de oficinas, miraba a su alrededor más asustado que antes, pero por lo demás nada había cambiado. Seguía llenando sus días del mismo modo, incluida la pérdida de importantes cantidades de dinero en el casino.

—Cuenta —le dije.

—Mis colegas se enteraron por un abogado que estuvo involucrado en el caso de Mira Roes. Vandersloot se vio obligado a abandonar el hospital por un asunto de fraude. Su cuñada esta vez no pudo protegerle, o en cualquier caso no del todo. Fue él mismo quien dimitió y, por lo visto, al hospital también le pareció que era el momento adecuado para pasarle a él todas las responsabilidades del pleito de Mira Roes, que ya llevaba años en trámite. Sin embargo, consiguió evitarlo con la ayuda de su abogado, que alegó que el hecho de que al final tuviera que irse no eximía al hospital de sus responsabilidades, ya que, cuando se le administró mal esa anestesia a Mira Roes, él era un empleado de ese hospital.

—¿Y el fraude? —le pregunté.

—Vandersloot ha publicado unos cuantos artículos de investigación sobre calmantes que se emplean en las operaciones. Según el abogado con el que han hablado mis colegas, basó los datos de la investigación en pacientes inexistentes, o bien se los inventó. En esos artículos esboza una imagen muy positiva de los efectos de inhibidores COX-2, una especie de antiinflamatorios y calmantes de segunda generación que supuestamente debían tener menos efectos secundarios. Con medicamentos habituales tales como el ibuprofeno y el diclofenac, pero también con la aspirina, existen grandes posibilidades de que se den problemas estomacales e intestinales, tanto más si se toman regularmente. A menudo hay que compensarlo con otro medicamento que proteja las paredes intestinales, y esto era algo que, naturalmente, ya se conocía, y de ahí que se buscara con insistencia medicamentos alternativos que no tuvieran esos efectos secundarios negativos. Vandersloot hizo una investigación sobre esos nuevos calmantes: Celebrex, Bextra, Vioxx y Ritrex. Hace unos cuantos años, sin embargo, resultó que Ritrex tenía graves efectos secundarios. Entonces se produjo todo un escándalo, porque se constató que la industria farmacéutica lo había sacado al mercado demasiado pronto; no se habían hecho las pruebas suficientes y, a continuación, se había llevado a cabo una campaña muy agresiva entre los médicos para que lo recetaran. Cuando resultó que los efectos secundarios eran peligrosos, llamaron de repente la atención esos resultados positivos de las pruebas realizadas por Vandersloot, y fue entonces cuando se comprobó que

eran falsas. Había llegado incluso a ser tan desconsiderado que había utilizado el nombre de otros médicos como colaboradores en la investigación; sin saberlo ellos, naturalmente.

No estaba seguro, pero probablemente no andaría yo muy desencaminado:

—Vandersloot ha recibido dinero de la industria farmacéutica.

—Yo también lo diría —convino Jaap—, pero no estoy tan seguro. Es lógico, porque esos nuevos medicamentos eran mucho más caros y, por tanto, había más dinero que ganar. Según ese abogado, se echó tierra sobre todo el asunto, pero Vandersloot tuvo que abandonar el hospital.

Cuando a la mañana siguiente estuve rebuscando por internet, hasta encontré una página web con el nombre significativo de meldpuntritrex.nl: punto de información sobre Ritrex. Con lo que leí allí, volví a formarme una imagen algo más nítida de Vandersloot. Para ganar dinero había expuesto a pacientes a un medicamento que podía tener efectos secundarios mortales, desde arritmias hasta auténticos infartos; a veces se pudo intervenir a tiempo, pero en la mayoría de los casos el desenlace acabó siendo fatal.

Los parientes de esas víctimas llevaban ya más de tres años embarcados en una amarga lucha para recibir el dinero que les correspondía por daños y perjuicios, hasta hoy sin resultados dignos de mención. No se había alcanzado más que una sentencia de un órgano jurisdiccional inferior que, si bien calificaba de negligente la conducta del grupo farmacéutico, al mismo tiempo la definía como no reprochable. Si consideraba dignas de crédito las historias publicadas en la página web, esa conclusión era muy contraria a la verdad.

Vi una clara similitud: Mira Roes no era la única que estaba involucrada en un larguísimo proceso judicial en el que los abogados de la parte contraria habían conseguido echar por tierra un razonamiento lógico de causa y efecto que para cualquier persona ajena al asunto era de lo más obvio.

XXX

Pasó algún tiempo antes de que comprendiera cómo había conseguido mi nombre el bufete de Louise Verhees, pues Kalman Teller no lo había dado en ningún momento, ni siquiera cuando se había puesto a buscar un consejero concienzudo que pudiera analizar las consecuencias jurídicas de la información que Redig había logrado averiguar. El propio Redig fue mucho más tajante y se indignó francamente ya solo por haberme atrevido a preguntárselo. Mira y Frederik Roes al principio tampoco tenían ni idea, pero, tras insistir un poco más, resultó que Frederik Roes se había ido de la lengua.

Me llamó una secretaria del bufete Pauw, Richter, Denneman & Forselaar: la empresa para la que trabajaba Louise Verhees me invitaba a mantener una conversación en el bufete. Cuando le pregunté de qué se trataba, respondió muy educada que creía que yo ya estaba al tanto. No seguí preguntando y concerté la cita. Justo cuando pensaba que había llegado a un callejón sin salida, determinadas personas estaban empezando a preocuparse.

De camino a la avenida Gustav Mahler, crucé la Zuidplein, la plaza del Sur. El viento era tan fuerte que casi me tira de la bicicleta. Era el tipo de plaza, encerrada por el World Trade Center y otras torres de oficinas en el Eje Sur, donde siempre había tremendas ventoleras y en los días soleados una gran parte quedaba a la sombra de los elevados edificios que la rodeaban. Me habían invitado a que me pasara por allí al final del día, a una hora en la que los empleados de bancos y el personal de los muchos bufetes de abogados y de aseguradoras e inmobiliarias y del tribunal en el Parnassusweg iban de camino a la Station Zuid/WTC. Delante de mí, el viento le levantó la falda a una muchacha y, en su intento de volver a bajársela, se dio un aire a Marilyn Monroe en la foto que aparece sobre esa rejilla del metro. Fue por un instante un rayo de esperanza en la oscuridad y el frío de esa tarde de diciembre.

Me recibieron en una sala de reuniones alargada con una mesa ovalada en el centro y una decena de lujosas sillas alrededor. La única pared en la que había ventanas ofrecía vistas a un jardín interior, despoblado ahora. En la pared de enfrente colgaban los retratos de quienes, suponía, fueron los fundadores y socios de este bufete. La única foto que reconocí fue un retrato con traje de gala de la reina Beatriz, colgado encima de la repisa de mármol de una chimenea. En el suelo había una gruesa y mullida moqueta de color azul oscuro. Sobre la mesa pendía una suerte de moderna lucerna con ramificaciones en forma de serpiente que se retorcían en toda suerte de escorzos con unas bombillas halógenas en sus extremos. Un moderno interior decorado con buen gusto. Quien se reuniera en semejante entorno seguro que tendría la sensación de estar haciéndolo bien.

Después de haberles estrechado la mano a las tres personas que ya estaban

esperándome, me señalaron una de las sillas. Yo era el único que se sentaba a ese lado de la mesa, ya que los tres se sentaron enfrente. Una disposición que daba a entender que no sería una charlita fácil. Mientras iba examinando al trío que tenía delante, fui consciente del aspecto tan desaliñado que debía de tener en comparación con ellos. Llevaba el pelo revuelto por el viaje en bicicleta y desde luego que no me había puesto el mejor de mis trajes.

Aunque Louise Verhees estaba sentada en el medio, el hombre de su izquierda era el único que hablaba de momento. Se había presentado como Trijbits, sin dar ningún nombre de pila. Un hombre vestido de manera impecable, de mediana edad, con un rostro que no me decía nada y que probablemente olvidaría también pronto. Louise Verhees tenía el aspecto de cualquier mujer joven casada con dos hijos que está intentando hacer carrera en un bufete de abogados. Al hombre mayor de su derecha le reconocí como el Denneman de la página web, uno de los fundadores y socios de este bufete. Su retrato todavía no estaba en la pared, pero me pareció que, por su edad, lo más seguro es que no anduviera muy lejos de dejar el trabajo. Tras haberse presentado, también sin nombre de pila, no pronunció ni una palabra más. Sin embargo, no estuvo del todo en silencio, pues hacía gala de un constante carraspeo acompañado de una tos breve y seca, siempre dos veces en cada ocasión y muy seguidas la una detrás de la otra. El carraspeo y la tos solo se detenían cuando cerraba por un momento los ojos y parecía estar echándose una cabezadita. ¿Estos dos caballeros se habían apostado a su derecha e izquierda para dejarme claro que ella podía contar con su apoyo?

Trijbits presentó una exposición salpicada de jerga jurídica. Era el tipo de orador cuya seguridad en sí mismo aumentaba con cada asentimiento aprobatorio de mi cabeza y, al darme cuenta, por supuesto que continué asintiendo. Fui incapaz de comprenderlo todo y, con seguridad, ese era el propósito: así intentaba desconcertarme y, al mismo tiempo, colocarme en mi lugar. Estaba claro que me habían llamado para que los escuchara y no porque estuvieran interesados en mi opinión. Ante todo, no debía quedarme ninguna duda sobre las nulas posibilidades de éxito que tenía el caso de Mira y Frederik Roes. No me habían ofrecido nada de beber al llegar y, cuando Trijbits ya llevaba un tiempo perorando, me levanté y cogí una botellita de zumo de naranja que había en la mesa, en medio de todo un surtido de refrescos y aguas minerales, le quité el tapón y me serví en un vaso.

—Me parece una historia fabulosa —dije cuando Trijbits hubo terminado de hablar por fin—. ¿Me han hecho venir para escucharla? ¿A qué se debe todo este esfuerzo si ya está todo decidido?

—Es imposible que la señora Roes gane esta causa, pero a nadie beneficia que esto se eternice. A nuestro cliente le gustaría mucho dejar el asunto zanjado.

—¿Por qué me han llamado exactamente?

—Por desgracia, hemos comprobado que el señor Teller no se aviene a razones. Es para él para quien trabaja, ¿no?

No respondí la pregunta y pregunté por mi parte:

—¿Con «nuestro cliente» se está usted refiriendo al hospital?

—Sí, naturalmente.

Ni una palabra sobre el papel de su colega en el medio. Desplacé la mirada a Louise Verhees y dije:

—El escrito que usted redactó es falso.

Se ruborizó, pero antes de que pudiera responder, Trijbits le colocó la mano sobre el brazo y dijo:

—¿Falso? ¿A qué se refiere exactamente con esa palabra?

—No reflejaba lo que Sunardi había contado.

Denneman abrió los ojos y, por un momento, pareció estar algo más interesado. Se sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo de la americana y se encendió uno. En la mesa no había ceniceros, así que colocó sobre la superficie una cajita de color marfil y la abrió para echar ahí la ceniza.

—Mi primer cigarrillo tras un largo día de duro trabajo. Me lo merezco, ¿no le parece? Continúa, Peter, estoy escuchando.

—¿Cómo puede usted saber lo que Sunardi declaró ante mi colega? —preguntó Trijbits—. Si no me equivoco, usted no estaba allí presente, ¿no?

—¿Y si le cuento que lo oí de boca del propio Sunardi? —le respondí.

—¿Y bien? —dijo Trijbits—. ¿Ha tenido en cuenta en algún momento la posibilidad de que el señor Sunardi le haya dicho algo muy distinto de lo que le dijo a mi colega? En cuyo caso, su escrito sí que será una reproducción exacta de lo que declaró Sunardi ante ella.

—No creo que tuviera ninguna razón para mentir.

—No cree que tuviera ninguna razón para mentir. —Trijbits juntó las manos uniendo los pulgares y las dejó sobre la mesa—. ¿Tiene usted la más ligera idea de la frecuencia con que un testigo, en este caso un supuesto testigo, cambia *a posteriori* la declaración que ha prestado?

—No tengo ni idea.

—No tiene ni idea —repitió Trijbits de nuevo mis palabras.

—Sunardi ha sido asesinado —dije—. Para eso seguro que sí había una buena razón. ¿Ha pensado usted ya en eso?

—No, y tampoco tiene nada que ver con la causa en la que representamos a nuestro cliente. Quizá en ese trabajo suyo haya lugar para teorías de conspiración, pero en el nuestro no.

—Qué suertudo —dije con una sonrisa.

No se valoró mi humor. Trijbits dijo con un tono acre:

—Queremos dejar bien clara una cosa. Si usted u otra persona se atreve a afirmar otra vez que la señora Verhees ha elevado deliberadamente un escrito falso, no dudaremos en emprender acciones legales. ¿Lo entiende?

Así pues, esa era la razón por la que me habían llamado. Estuvimos un rato

callados los unos frente a los otros, hasta que Louise Verhees rompió el silencio y le dijo a su colega:

—Tengo que irme.

—Sí, vete, ya hemos terminado —la tranquilizó Trijbits.

Cuando estaba a punto de levantarse, me adelanté:

—Los jueves recoge usted a sus hijos de las actividades extraescolares. Judith y Casper, ¿estoy en lo cierto?

Louise Verhees se asustó visiblemente y enrojeció.

Trijbits había mantenido hasta el momento un espléndido y calmado control, pero ahora perdió los papeles:

—¿Qué es lo que tenemos aquí? ¿La está amenazando? ¡Usted no está bien de la cabeza!

Con un brusco movimiento del brazo, Denneman conminó a su colega a que guardara silencio. Se retrepó un poco en la silla y preguntó:

—¿No irá usted a contarme que ha estado siguiéndole los pasos a la señora Verhees? —Meneó la cabeza sin poder creerlo y continuó—: Esta locura no tiene que seguir por más tiempo. Esto debe acabar de una vez por todas. El caso de la señora Roes no tiene ninguna posibilidad de salir adelante. Por favor, acépteme un buen consejo y dígame al señor Teller que debe poner punto final. De veras que no tiene ningún sentido.

El tono era a la vez cansado y firme, como si le desagradara hablar pero a la vez quisiera que su mensaje quedara más claro que el agua.

—Llevo trabajando en esto casi cuarenta años. Me atrevo a asegurar que no hay ningún juez al que no conozca o con el que no me haya topado al menos alguna vez. Sé cómo piensan y los conozco. Y ellos me conocen a mí, como abogado y como juez interino. ¿Me entiende?

—Y durante todos estos años usted no ha hecho más que amigos.

—Exacto.

Ya me imaginaba lo que quería sugerirme.

—Su colega me cuenta por qué la señora Roes no tiene ninguna posibilidad de ganar en virtud de razones técnicas y usted me dice que, en realidad, no importa quién tenga razón, sino a quién le van a dar esa razón y que, llegados a este punto, usted es el que tiene los mejores contactos. Lo he entendido bien, ¿no?

—Da igual, señor Havix. Formúlelo como mejor le parezca.

—Sí, ¿quiere que lo intente, señor Denneman? ¿Sabe usted lo que me parecen usted y sus colegas de su fabuloso bufete y del mundillo que ustedes han creado aquí para ustedes solitos? Me recuerda a una isla muy vulgar. No tiene nombre, no se lo merece. Es tan terriblemente vulgar que solo puedo llamarla una isla de mierda. Es una isla de mierda que tiene una forma de mierda, y en ella solo crecen palmeras de mierda. Y de esas palmeras de mierda cuelgan cocos que también huelen a mierda. Pero a los monos de mierda que viven allí les gusta comer esos cocos que huelen a

mierda, con lo cual vuelven a cagar la susodicha mierda y esa mierda cae al suelo y forma tierra de mierda para que las palmeras de mierda que crecen en la tierra tengan más mierda aún. Es un círculo vicioso y ustedes llevan tanto tiempo revolcándose en su propia mierda que ya ni siquiera se enteran.

Me había dejado llevar por un momento y, conforme iba pronunciando la palabra «mierda», la iba acentuando cada vez más. Había venido aquí en vano, pero no del todo. Esta conversación había confirmado la conclusión que ya había sacado: este caso no iba a decidirse en los tribunales. Sin embargo, me había aportado algo nuevo, pues creí a Trijbits cuando dijo que no tenía nada que ver con la muerte de Sunardi y que no creía en teorías de conspiración. Su cliente era el hospital y no Vandersloot, quien no les interesaba en absoluto, y querían zanjar el asunto lo antes posible, a poder ser mañana mismo.

Llevaba dos horas en casa cuando sonó el teléfono. Al preguntar quién era, el marido de Louise Verhees cargó contra mí sin ningún preámbulo: «Si te atreves alguna vez a acercarte a mi mujer y a mis hijos, tendrás que vértelas conmigo. ¿Comprendido?».

Como no reaccioné de inmediato, gritó: «¡Responde!».

Fue tal la potencia que tuve que apartarme el móvil de la oreja. Lo puse en manos libres, lo coloqué en la mesa y respondí:

—Tu mujer ha presentado un certificado falso. ¿Te lo ha contado ya? No existen secretos entre vosotros, ¿no?

No tenía delante las fotos en las que estaba engañándola con otra mujer, pero era como si todavía estuviera viéndolas.

No tenía ni pizca de idea de a qué me refería; estaba demasiado acelerado como para darse cuenta:

—¡Perturbado cabrón! Mi mujer es una abogada honrada. ¡Honrada, sí! Esa es una palabra que seguro que tú no conoces. Vuelvo a decírtelo una vez más: mantente alejado de ella y de nuestros hijos. Ya estás avisado.

—Tú mujer ha presentado un escrito falso —repetí tranquilo—. Eso le ha causado muchas desgracias a otras personas. Piénsatelo un poco.

Yo ya había tenido que aguantar la agresividad otras veces, y parecía claro que esta conversación le estaba costando más energía a él que a mí. Tampoco me daba la impresión de que tuviera que preocuparme demasiado por una posible visita suya. Y si llegara el caso, tal vez podría darme un cachete y hasta podría acabar incluso con los huesos en el suelo, pero entonces me levantaría sin más, ya que en eso soy muy bueno. Y por lo que había visto en las fotos, no tenía la impresión de que él también lo fuera. A fin de cuentas, no se trataba de quién podía repartir hostias más fuertes, sino de quién podía encajarlas mejor, quién volvería a levantarse una y otra vez.

—Y si es necesario, te citaré ante el juez. ¿Me oyes?
Corté la comunicación sin responderle.

XXXI

No tenía ningún inconveniente en vigilar a alguien días enteros, siempre y cuando tuviera la sensación de que tarde o temprano me aportaría algún resultado. Con Vandersloot ya no me pasaba eso, pues mantenía su rutina diaria, de la que no se apartaba, exceptuando aquella única vez de la bronca en la calle, y ahora que Sunardi estaba muerto, ya no tenía que preocuparse por nada. Habíamos llegado a un punto muerto y, por mucho que reflexionara al respecto y por diferentes que fueran las perspectivas desde las que lo considerara, no me surgían nuevas ideas.

Hablé por teléfono con la persona que aparecía anunciada en la página www.meldpuntritrex.nl como el coordinador para reclamaciones de las víctimas que habían sobrevivido y los parientes de pacientes que habían fallecido por la ingesta de Ritrex. Estaba muy bien informado y había oído hablar de Vandersloot y del fraude con los datos de la investigación. Sin embargo, no supo decirme más de lo que yo ya sabía. Lo único que me aportó fue que la inmensa mayoría de la investigación sobre los efectos del uso de los medicamentos estaba financiada por la propia industria farmacéutica y, por tanto, no era independiente. Esa investigación la realizaban las llamadas *cro: commercial research organisations*. Si los resultados eran positivos, el cliente los utilizaba para seguir promocionando el medicamento. Si los resultados no eran buenos, se ocultaban. La industria farmacéutica, desde luego, no tenía ningún interés en hacer públicos los efectos secundarios o la efectividad decepcionante de un medicamento. Como los informes de estas investigaciones eran propiedad del cliente, en estos casos desaparecían en un cajón para acumular polvo. Tal vez algún día se produjeran cambios, ahora que unos cuantos partidos políticos insistían en la obligación de presentar los resultados de las investigaciones, aunque esto se viera contrarrestado muy activamente por los poderosos grupos de presión de la industria farmacéutica. Incluso la imparcialidad del Consejo Neerlandés para la Evaluación de Medicamentos parecía dudosa, ya que una gran parte de sus ingresos se hallaban supeditados a la solicitud de licencias de las empresas farmacéuticas. En resumen, la verdad era que si esta instancia ponía excesivas dificultades, la empresa emigraba a otro país para solicitar allí la licencia. El desarrollo de medicamentos costaba decenas, a veces incluso centenas de millones, así que había un interés enorme en que se pudiera vender el producto en el futuro. En un mundo de semejantes intereses, el fraude de Vandersloot no era más que un asunto sin importancia.

Estuve dándole vueltas durante dos días y dos noches, porque no me dejaba dormir, así que volví a repasar otra vez todo el dossier y llamé a Jaap para preguntarle si sus colegas habían logrado averiguar algo más. No coseché ningún resultado y al final decidí cortar el nudo gordiano. Nunca antes me había ocurrido tener que renunciar a un trabajo sin haber obtenido resultados. Alguna vez tendrá que ser la primera, me

había dicho siempre, pero ahora experimentaba por primera vez en carne propia lo doloroso que era. Iba más allá de la irritación por el hecho de haberme aventurado en un terreno del que no sabía nada. Tampoco me consolaba el razonamiento de que, como sabía demasiado poco, en realidad tampoco tenía ninguna posibilidad de triunfar. Por muchas vueltas que le diera, había fracasado. Y solo cuando fui consciente de mi fracaso, comprendí lo amargo que era tener que confirmarlo.

Kalman Teller me escuchó con toda tranquilidad. Sin hacerme reproches ni insistirme en que continuara, aceptó mi decisión. Cuando le pregunté si había podido hacer algo con la información que le había entregado, su respuesta fue igual de poco esperanzadora: «En cualquier caso, lo intentaremos, pero no albergo muchas esperanzas. He pedido asesoramiento y este se reduce en resumen a lo siguiente: que aunque el juez, en efecto, hubiera hecho mejor inhibiéndose para evitar así la apariencia de parcialidad, la sentencia no habría sido distinta. En suma: todo el enjuiciamiento del caso ha sido meticuloso y profesional».

Cuando acepté el trabajo, me dio la mano para mi sorpresa, pero al despedirnos no me la tendió, lo que me produjo una sensación desagradable, teniendo en cuenta su actitud muy correcta en todo lo demás. Mientras conducía de regreso a Ámsterdam, me di cuenta de que acaso había una explicación para haberme negado el apretón de manos. Cuando terminamos de hablar, se incorporó con dificultad de su asiento para, a continuación, en pie y derecho como una vela, descollar por encima de mí. Le agradecí la confianza depositada en mi persona, pero, en lugar de responder a mi agradecimiento, dijo: «Esto todavía no se ha acabado».

Mientras le miraba, parecía replegado en sí mismo, y tampoco me quedó claro entonces si hablaba consigo mismo o me lo estaba diciendo a mí.

—No, ya me hago cargo, señor Teller —reaccioné—. Habría querido hacer algo más por la señora Roes.

—No me refería a eso.

—¿Cómo?

—Tampoco se ha acabado todavía para usted.

Me miró, pero me pregunté si me veía, y sonaba como si no fueran sus propias palabras, sino las de una persona distinta, como si él no fuera más que el instrumento que las pronunciaba.

XXXII

Para cualquier ciudadano de a pie que desee denunciar una infracción o un delito, su trayecto empieza en la comisaría de policía, pero dudaba mucho de que el bufete de abogados Pauw, Richter, Denneman & Forselaar hubiera seguido esa vía. Seguro que tenían buenos contactos en el Ministerio Fiscal, porque, tras haber pasado menos de cuarenta y ocho horas de mi colisión con tres de sus juristas, recibía una carta firmada por un fiscal auxiliar de justicia. Fui leyendo el contenido con creciente sorpresa. En la misma jerga formal y jurídica que había estado estudiando de manera tan intensiva las semanas pasadas, se me comunicaba que se había interpuesto una denuncia contra mí por amenazas. Sin que se me explicaran más detalles, solicitaban que me pusiera en contacto en menos de veinticuatro horas con el funcionario de policía que aparecía mencionado en la carta.

Aunque no recordaba exactamente cómo se había expresado esa supuesta amenaza mía, sí que sabía con qué guardaba relación. Había sido tan estúpido de alardear ante Louise Verilees de que conocía los nombres de sus hijos y sabía que estaba a punto de recogerlos de sus actividades extraescolares. Eso se hallaba muy lejos de ser una amenaza, pero le había entregado a ella —y supongo que sobre todo a sus dos colegas— un palo con el que golpearme, y ahora lo estaban utilizando. Cuanto más lo pensaba, más me preocupaba. De mi sorpresa e incredulidad iniciales ya hacía tiempo que no quedaba nada. No había ninguna mención sobre el hecho de que hubiera acusado a Louise Verhees de la presentación de un escrito falso. En su lugar, se me reprochaba algo mucho más grave. Si bien yo no era jurista, sabía que las amenazas eran un delito que entraba dentro del ámbito de lo penal y que se tomaba muy en serio. Lo que tenía ante mí era mucho más grave que una llamada telefónica agresiva de un marido enfadado.

El día siguiente no mejoró. En la comisaría de policía me llevaron a una sala de interrogatorios aparte, donde lo primero que me dijeron fue que tenía derecho a guardar silencio. En todos esos años que había trabajado de detective privado nunca me había pasado nada parecido. Conocía esa fórmula del derecho a guardar silencio que te soltaba la policía solo por las películas. Yo no tenía nada que ocultar y no pensaba guardar silencio en absoluto, pero antes quería saber de qué se me acusaba exactamente. El hombre que tenía enfrente me leyó en voz alta los cargos, para que no pudiera existir ningún malentendido a la hora de dilucidar de quién provenían esas palabras. Había tres testigos que afirmaban que a uno de ellos, Louise Verhees, le habían amenazado con las palabras: «Usted tiene dos hijos, ¿no? Judith y Casper. Tenga cuidado de que no les pase nada».

Le dije al agente que tenía enfrente que volviera a leerlo. Le expliqué que, en efecto, había pronunciado los nombres de los hijos de Louise Verhees y había dicho que debía ir a recogerlos de sus actividades extraescolares, que sí lo sabía, pero que la última frase se la habían inventado. Expuse con tranquilidad mi versión de la historia,

pero al llegar a las palabras que en realidad había pronunciado sobre sus hijos, me di cuenta de que no sonaban muy lógicas. Suscitaban preguntas a las que era incapaz de dar una respuesta clara. ¿Por qué mencionó usted los nombres de los hijos de la señora Verhees? ¿Por qué manifestó usted que estaba al tanto de que la señora Verhees debía recoger a sus hijos de las actividades extraescolares? Debería de tener alguna intención, ¿no? Pronto me di cuenta de que debía elegir las palabras con cuidado. Cuando respondí que probablemente se debiera a la frustración y a la irritación, la respuesta no condujo a la pregunta insinuante de si con semejantes emociones también sería capaz de llegar a algo más, pero por su actitud general comprendí que eso era en lo que estaba pensando.

Al cabo de más de una hora de interrogatorio y aún más tiempo de espera, regresó el agente con el informe mecanografiado de nuestra conversación. No había hecho mal su trabajo y había reproducido correctamente lo que yo le había dicho. Sin embargo, le hice saber que no podía reconocerme en el contenido. Cuando me preguntó por qué no, volví a buscar de nuevo, en la medida de mis posibilidades, las palabras adecuadas: «Porque así parece como si en verdad hubiera querido manifestar algo parecido a una amenaza».

Me preguntó cómo habría que expresarlo entonces y si quería indicar en el texto lo que no era correcto para que él pudiera cambiarlo. Lo leí de nuevo y dije por fin: «No puedo encontrarme en lo que usted ha escrito y así quiero dejarlo».

Se quedó mirándome por un instante y entonces decidió dejarlo así. Me explicó brevemente cómo seguiría ahora el proceso. El fiscal tendría que decidir si habría que realizar más indagaciones. Si fuera ese el caso, entonces volverían a contactar conmigo tal vez. Al final, recibiría una citación y debería presentarme ante el juez. No sabía exactamente cuánto podía durar esto último: entre uno y tres meses aproximadamente.

XXXIII

A pesar de la melancolía que a veces me embargaba, pasé bien los meses de febrero y marzo. Trabajé duro, y, aunque en algún momento pensaba en ese caso que no había podido concluir con éxito, su recuerdo iba desapareciendo en el olvido de mi memoria de forma lenta pero segura. Todavía no había recibido ninguna citación y me preguntaba si eso significaría que ya había dejado de tener prioridad o que tal vez habían renunciado del todo a seguir con el proceso.

Aunque hacía pocos días de mi última visita a Jaap, sentí un pinchazo en el corazón cuando vi en el felpudo el sobre con la orla negra. Parecía cansado, pero nada indicaba que el fin estuviera cerca. ¿Tanto me había equivocado y así lo habría preferido Jaap: una despedida normal, como si no pasara nada?

Para mi alivio, leí que no se trataba de él, sino de Frederik Roes. Justo después me asaltó la vergüenza. Era una reacción sincera pero despiadada: mejor Frederik Roes que Jaap, y eso cuando sus familiares habían tenido el detalle de anunciarme el fallecimiento.

Sentado a la mesa de la cocina y con la tarjeta delante, consideré qué hacer: enviarles una tarjeta o ir al entierro. Por fin me decidí por esto último. Aunque no fuera a cambiar mucho, de esa manera mostraba más compasión con su esposa. El viernes por la tarde, a las cuatro, en el cementerio Oud Eik de Duinen, en La Haya.

La salita donde estaba expuesto el ataúd con Frederik Roes dentro y donde se celebrarían los oficios conmemorativos era demasiado pequeña para todas las personas que habían acudido. Con el fin de procurar un lugar a todos los asistentes, se trajeron unas cuantas sillas plegables a toda prisa. El ataúd estaba en medio del pasillo y poco a poco parecía que iba encontrándose cada vez más encerrado a medida que se colocaban más sillas y las personas se esforzaban por correrse y apretarse para dejar sitio. Al final, acabé en una silla a menos de medio metro de la cabeza de Frederik Roes. Había por lo menos cien personas, y yo miraba asombrado. Frederik Roes había sido bibliotecario, y esta actividad, combinada con el cuidado de su esposa, yo la había asociado a una vida retirada. Si, en efecto, así ocurrió cuando tuvo que dedicarle más tiempo a ella, todas estas personas parecían haber venido para dejar claro que no le habían olvidado. Alrededor de la silla de ruedas de Mira Roes se había formado un pequeño grupo. Kalman Teller debía de llevar ya algún tiempo allí, porque hasta que todos los asistentes no estuvieron sentados, no reparé en él. Estaba en su silla con la espalda recta y destacaba un palmo por encima de todo el mundo. Poco antes de que el primer orador tomara la palabra, se volvió un poco y echó un vistazo a la sala. Cuando se topó conmigo, me hizo un gesto con la cabeza apenas perceptible y volvió a mirar hacia delante.

Junto a la familia, amigos y colegas que salieron para decir algo sobre cómo

habían conocido a Frederik Roes, me llamó la atención que también hubiera un grupo grande de niños. Cuando subió al estrado una mujer joven y dijo que había venido en nombre de su escuela, lo comprendí mejor. Frederik Roes iba allí todas las semanas a leerles algo y, por lo visto, lo hacía tan bien que en la clase entera no se oía ni una mosca y todos prestaban atención. Cuando lo hubo contado, pidió a uno de los niños que se adelantara y que siguiera leyendo donde se había quedado Frederik Roes la semana anterior. Mientras la chica leía muy concentrada un fragmento, el silencio fue total. La niña leyó exactamente las mismas palabras que Frederik Roes habría articulado si todavía hubiera estado vivo. Lo que estaba pensado como homenaje y signo de agradecimiento tuvo el efecto inesperado de que los asistentes se emocionaran visiblemente porque, de inmediato, fueron conscientes de lo definitiva que era la muerte de Frederik. Ya nunca podría llegar a pronunciar esas frases.

Aunque cada persona que hablaba dejaba claro que había suficientes razones para la aflicción, también se rescataron bonitos recuerdos y, de vez en cuando, se hacía algún que otro chiste. En el ataúd, en el altar, pero también en las paredes podían verse fotos de Mira y Frederik Roes en sus mejores tiempos. Reconocí un par de las fotografías que había visto en su apartamento: escalando montañas y descansando en elevadas cumbres, con nieve y cielos de un azul intenso.

Cuando se hubo acabado el oficio, los asistentes fueron saliendo por detrás del ataúd. Mientras esperaba para unirme al cortejo fúnebre, Mira Roes pasó cerca de mí en su silla de ruedas. La saludé brevemente cuando nuestras miradas se cruzaron. Me llamó la atención su sorpresa al verme, y, aunque me devolvió el saludo, una mirada sombría se deslizó por su rostro. Mientras seguía mirándola, fui consciente de que nuestra colaboración, en efecto, no suponía ningún agradable recuerdo. A fin de cuentas, no había podido ayudarlos en nada.

Fuera hacía un tiempo fabuloso; el sol brillaba, no había viento y era el primer día de la primavera en que hacía realmente tanto calor como para salir a la calle de nuevo con ropa de verano, pero en este cortejo fúnebre no habría sido correcto. No había ninguna pierna o brazo sin tapar. Cuando llegamos a la tumba, volvieron a pronunciarse algunas breves palabras antes de que Mira Roes echara un montón de arena sobre el ataúd. Para ello, se había levantado de la silla rechazando cualquier brazo que se le tendía. Dijo todavía algo, pero yo estaba demasiado lejos como para poder oírlo. Uno a uno fueron pasando a continuación los demás por delante de la tumba abierta. Cuando le tocó el turno a Kalman Teller, tuve la oportunidad de observarle bien. Aunque se apoyaba en un bastón, iba totalmente erguido y destacaba por encima de los demás. También hoy iba impecablemente vestido y, a pesar del tiempo caluroso, llevaba un abrigo largo de color azul oscuro con el cuello levantado. Le miré las manos de manera automática. Llevaba unos guantes oscuros en los que se había introducido un relleno en el lugar en que faltaban los dedos. Así, sin la visión

de esas terribles mutilaciones, seguía siendo un hombre atractivo y hermoso al mismo tiempo, a pesar de su avanzada edad y del cuerpo enjuto. Se detuvo ante la tumba, inclinó un poco la cabeza hacia el ataúd y luego volvió a unirse al séquito.

Ya era suficiente haber saludado a Mira Roes y, vista su reacción de sorpresa e incomodidad, no consideré necesario acudir al almuerzo que se servía a continuación. En la salida del cementerio estaba esperándome Kalman Teller. Nos saludamos sin estrecharnos las manos.

—Gracias por venir —me dijo.

—La señora Roes se sorprendió al verme. Y luego tuve la impresión de que usted sí que había estado esperándome.

—En efecto, confiaba en que viniera. Le hice llegar a usted la esquila mortuoria que me enviaron. En cierto sentido algo inusitado, pero espero que no me lo tome a mal.

—Me pregunto si le habrá gustado mi presencia a la señora Roes.

—Ella no tiene nada en contra de usted.

—Seguro que no guardará buenos recuerdos de nuestra colaboración.

—Eso puede cambiar aún.

—¿Perdón?

—Creo que me ha entendido muy bien. Usted vio con sus propios ojos cómo arrojaban a un hombre delante de un tren. No puede hacerme creer que ya lo ha olvidado.

—Hice todo lo posible, pero no encontré nada. ¿No cree que es suficiente?

En un rostro del que apenas se podía sacar nada, apareció una mueca de dolor. Estiró un poco la espalda y volvió a apoyarse en el bastón.

—Disculpe, me resulta más difícil estar de pie que antes y tengo molestias en la espalda. Pero para responder a su pregunta: no, para mí no es suficiente y para usted creo que tampoco. ¿Me permite advertirle de algo? Conocerá esa historia de que los policías apenas recuerdan los casos que han podido resolver, pero sí los casos que nunca lograron esclarecer, ¿no? Que precisamente lo que queda sin resolver continúa persiguiéndoles. Ahora tal vez piense usted sobre este caso con mayor ligereza, pero ¿qué ocurrirá cuando se jubile? ¿En qué pensará entonces?

—No tengo ni idea.

—Solo piénseselo un poco más. Frederik estaba totalmente vacío, desgastado al cabo de diez años de luchar sin ningún resultado. No le pido que usted haga lo mismo, sino que vuelva a echarle un vistazo.

—A mí también me parece terrible —me defendí—. Tanto trabajo y en vano.

—¿En vano? —Desplazó con el bastón unos cuantos guijarros del sendero y luego volvió a mirarme—. No, no fue en vano. A Mira y a él no les quedaba más remedio que hacer lo que hicieron. A lo sumo puede decirse que tal vez había sido su destino, que la vida debía de habérselo reservado, no me pregunte por qué. Si no le molesta, ahora me voy a casa. Puede llamarme cuando quiera.

Volvió a adquirir la mirada introspectiva que ya le había visto antes y dijo, más a sí mismo que dirigiéndose a mí: «Tendré que adoptar medidas con Mira. No puede quedarse donde vive ahora. Tendrá que mudarse a un lugar donde puedan ofrecerle la ayuda necesaria. Cuando vivía Frederik, no quisieron aceptar mi ayuda, pero en estas circunstancias no podrá ser de otra forma».

Me quedé mirándole mientras se dirigía a un taxi cuyo conductor estaba esperando al sol. Cuando le vio acercarse, se encaminó hacia la puerta de atrás y se la abrió. Poco antes de que Kalman Teller hiciera intención de subir, se dio la vuelta y me dijo:

—La policía estuvo en mi casa. Por lo visto, están preparando un proceso judicial contra usted. Si puedo hacer algo, no dude en llamarme.

No esperó mi respuesta. Se inclinó hacia delante con dificultad, metiéndose dentro del taxi. Tuvo que agacharse mucho y con una de sus mutiladas manos enguantadas agarró el quicio de la puerta que le quedaba encima.

XXXIV

Ahora que estaba tan cerca de la playa y de las dunas, decidí aprovechar el inesperado buen tiempo y no regresar a Ámsterdam hasta que no se pasara la hora punta. Cuando llegué junto al mar, me quité los zapatos y los calcetines y me remangué las perneras de los pantalones. El agua estaba helada, pero, después de caminar un rato, la sensación era deliciosa. Al principio me sentía enfadado por lo que Kalman Teller a simple vista me reprochaba, pero la irritación iba disminuyendo a cada paso y, al cabo de media hora, ya había desaparecido del todo y me limitaba a disfrutar del mar y de la luz del sol que en él se reflejaba. Me detenía de vez en cuando para mirar al sol con los ojos cerrados. Junto a las escaleras que dan a la playa en el Kurhaus había mucha gente todavía, pero, conforme iba alejándome, la calma aumentaba. Después de caminar más o menos una hora, me dirigí al interior, salté una valla con alambre de espino y busqué un lugar resguardado en lo más hondo de las dunas, donde desapareció de inmediato el escaso viento que había estado soplando, y así, al final del día, se estaba aquí de maravilla. Me tumbé de espaldas sobre la arena caliente y me quedé mirando el cielo, cruzado por una fina franja blanca que se difuminaba un poco en un extremo, aunque el avión a reacción que había dejado la huella hacía tiempo que había desaparecido. Así, de vez en cuando sonaba el graznido de una gaviota, pero por lo demás no se oía ningún ruido. Mientras dejaba que se escurriera la arena entre mis dedos, pensé en otros veranos. Cómo cuando era niño tenía que pasar con la bicicleta por delante de la abadía secular y subir por las tres colinas de Egmond-Binnen para llegar a la playa, los nombres de los amigos con quienes había quedado, los torpes acercamientos a las chicas tras las que íbamos. Eran recuerdos de una felicidad indiscutible.

En la terraza de un chiringuito en la playa me pedí un menú con patatas fritas, ensalada y un lenguado frito y luego regresé paseando por el Scheveningseweg. De camino al coche iba dejando atrás solemnes casas antiguas, a veces individuales, a veces pareadas o adosadas, todas con un aspecto distinto; altas, con tejados a dos aguas, adornados con aleros de madera artísticamente labrados, ventanas con vidrieras y galerías de madera blanca. En los profundos jardines delanteros, que subían en dirección a las casas, aparecían las placas con los nombres de las empresas que tenían allí sus oficinas. Antes eran las viviendas de los ricos que se podían permitir una casa grande junto al paseo marítimo de Scheveningen y, ahora, las personas que aún seguían viviendo aquí seguro que gozaban también de una posición desahogada.

De repente, mi mirada fue a parar a una placa de piedra en la fachada que tenía esculpido un nombre: Pension De Kapitein. Pasó un tiempo antes de que pudiera ubicar el nombre, pero entonces recordé que el colega de Kalman Teller me contó que

había estado aquí de visita varias veces, hasta que cerraron la pensión en la década de los años sesenta. Ahora, por lo visto, vivía una familia con niños pequeños, ya que un niño y una niña jugaban en el jardín delantero. Con muchas risas y cháchara, descendían rodando sobre sus costados por el césped empinado, volvían a subir a lo alto del promontorio y después caían otra vez dando vueltas.

Llevaba ya un buen rato mirando a los niños y la casa cuando una mujer apareció por la puerta principal.

Subió un par de pasos por el sendero y me preguntó:

—¿Puedo ayudarle en algo?

¿Se creía que estaba mirando a sus hijos? Para evitar situaciones incómodas, respondí rápido:

—Esto antes era una pensión, ¿no? Conozco a alguien que vivió aquí, pero fue hace ya mucho tiempo. Por lo menos treinta años.

Estaba todavía bastante alejada de mí y me dijo:

—Sí, es cierto. Antes era una pensión para veraneantes.

—El señor de quien le hablo no era un veraneante. Vivía aquí de continuo. Era un buen amigo de la señora que llevaba esto entonces. A cambio de alojamiento y comida, ayudaba en las tareas de la casa y cuidaba de los niños.

La mujer parecía tener unos treinta años y, por lo tanto, ni siquiera habría nacido cuando Kalman Teller se mudó, pero al parecer desperté su interés. Descendió por el sendero y se detuvo ante la cancilla de hierro fundido que nos separaba.

—Esa señora era mi abuela. Y es cierto lo que usted dice, aquí también vivían personas de manera permanente. ¿Dice usted que ese señor cuidaba además de sus hijos?

—Sí, en efecto. La persona de la que le estoy hablando se llama Teller, Kalman Teller. Tendría unos treinta años cuando estuvo viviendo aquí. A usted no le dirá nada, pero era un refugiado húngaro, un judío que después de la guerra se vino a los Países Bajos. Aquí estuvo trabajando en la Shell. —Y aunque no me lo había dicho el propio Kalman Teller, sino su antiguo compañero de trabajo, añadí—: Por lo que he oído, su abuela debió de haber sido una excelente patrona.

Durante todo el tiempo había mantenido un rostro amable y franco, pero ahora ese comentario le arrancaba también por primera vez una sonrisa:

—Mi abuela hace ya mucho tiempo que murió, pero era una anfitriona fabulosa, en efecto. La gente venía a la pensión por ella. ¿Cómo decía usted que se llama su amigo? Si cuidaba de sus hijos, tendrá que haber cuidado también de mi madre.

—Teller. Kalman Teller.

Se quedó pensando un momento y meneó despacio la cabeza, pero no parecía estar segura del todo.

—Tiene las manos muy mutiladas, le faltan varios dedos. Tal vez eso le diga algo.

—Sí —sonó aún titubeante, pero en su rostro vi que de algún lugar emergía un recuerdo—. Sí, creo que mi madre alguna vez ha contado algo de él. ¿Sabe una cosa?

¿Tiene prisa?

—No, qué va.

Ya había cogido el teléfono móvil y dijo:

—Llamaré a mi madre. Así se lo podemos preguntar a ella directamente.

Escuché cómo la llamaba y le explicaba cómo había entablado conversación conmigo. Cuando pronunció el nombre de Kalman Teller, al otro lado de la línea se produjo tanto revuelo que casi pude oír cada palabra que decía la madre.

—Te lo paso —concluyó la hija entregándome el teléfono.

—¿Sigue vivo, vive Kalman todavía? —me preguntó de una manera tan insistente que de inmediato comprendí que se trataba de algo más que una curiosidad o interés normales.

Escuchó mi respuesta y dijo entonces:

—¿Tiene usted prisa? Puedo estar ahí dentro de cinco minutos. Vivo aquí cerca.

La hija me invitó a que esperara dentro. Recogió un triciclo y unos cuantos juguetes del césped y fue dirigiendo a los niños, que iban delante, para que entraran. Esperé tras ella en el pasillo mientras enviaba arriba a su prole protestona, conminándoles a que se pusieran los pijamas, se lavaran los dientes y se acostaran en seguida. Me precedió hacia la sala posterior de un enorme espacio con dos salones y me preguntó si quería beber algo. Mientras ella estaba en la cocina, miré a mi alrededor y me pregunté qué función desempeñaría esta sala cuando la casa era aún una pensión. ¿Comerían aquí los huéspedes? ¿Cuánto habría cambiado en realidad? Era una habitación con techos altos de madera labrada, con una gran chimenea delante en la que ahora había una estufa. El suelo lo conformaban anchas tablas, y entre el salón delantero y el salón trasero había a ambos lados unos cuantos armarios ocultos tras unas puertas. La madera era desigual por las muchas capas de pintura que a lo largo de los años se le habían ido aplicando. No parecía haber cambiado mucho. ¿Habría desayunado aquí el propio Kalman Teller, o parte de sus tareas domésticas era servir a los huéspedes?

En menos de una hora estaba sentado a la mesa con una versión mayor de la hija, que nos había dejado solos para ir arriba a acostar a los niños. La mujer que se encontraba frente a mí no solo guardaba un gran parecido físico con su hija, sino que también tenía la misma mirada franca y los modales de grácil desenvoltura. No se había acabado de sentar cuando sacó una foto del bolso que dejó delante en la mesa. Era una vieja foto en blanco y negro en la que estaba posando la familia ante el fotógrafo. Como era habitual en aquella época, todo el mundo parecía algo envarado, mirando fijamente a la cámara. Fue señalándome las personas una a una: «Mi padre y mi madre, mis dos hermanos, esta soy yo y el muchacho que está detrás de mi madre es

Kalman».

Se confirmó lo que pensaba: Kalman Teller había sido un muchacho hermoso y tan alto que superaba incluso en altura al padre de la familia. Busqué sus manos, pero las mantenía ocultas tras la silla en la que estaba sentada la madre.

Después de que me hubiera acribillado con unas cuantas preguntas, le quedó claro que yo poco podía contar. Pero eso lo había compensado con creces el hecho de que pudiera ponerla en contacto con él. Fui incapaz de resistirme a darle su número de teléfono. Estaba tan entusiasmada que supuse que no esperaba ría mucho para llamarle, lo que significaba también que él se enteraría de que había ido a visitarla y a recabar información sobre su persona. En el caso de que pusiera reparos, este era el momento de averiguar tanto como me fuera posible.

No me costó mucho llevar la conversación a la época en que había estado viviendo aquí. Kalman Teller no tenía ni veinte años cuando llegó por primera vez a la pensión. Una de las cosas que hacía para su patrona era, en efecto, cuidar de los niños. Unos gemelos de cuatro años y una niña de doce: la mujer que estaba sentada ahora frente a mí. Me contó que la realidad era más bien que ella y Kalman Teller cuidaban juntos de los chicos, porque con sus doce años ya se las arreglaba bastante bien. Su padre era capitán de un barco transoceánico y a menudo se pasaba meses enteros fuera de casa. Su esposa se quedaba entonces allí completamente sola, y, aunque la hija debía echarle una mano con absolutamente todo, consideraba una suerte haber encontrado a alguien como Kalman que pudiera ayudarla en la pensión y con los gemelos. En los años anteriores a que Kalman encontrara un buen empleo en la Shell, había cambiado muchas veces de trabajo, no se quedaba mucho tiempo en ningún sitio y estaba encantado con sus ocupaciones en la casa a cambio de alojamiento y comida.

—En aquella época solía enfermar con frecuencia y le solían despedir de todas partes. Antes las cosas eran así y no tenías derecho a un subsidio de desempleo. Según mi madre, a veces también le echaban porque los clientes se quejaban de que les parecía muy desagradable tener que verle las manos.

—¿Y eso no le suponía ningún problema a su madre? ¿No tenía miedo por la clientela de la pensión? —pregunté.

—No, hombre, claro que no. A quien le supusiera un problema podía marcharse. Usted no conoció a mi madre, para esa clase de cosas era muy resuelta. Tal vez algún veraneante puede que haya dicho algo alguna vez, pero los residentes habituales eran también un grupo variopinto. Habían visto ya cosas mucho más extrañas y se llevaban también de maravilla con Kalman. Y a ella no le repugnaban en absoluto; hasta solía masajearse de vez en cuando, sobre todo en los meses de invierno, cuando le dolían mucho.

—¿Y cómo sufrió esas mutilaciones?

—Fue en la guerra. Sabrá usted que estuvo en un campo de concentración, ¿no?

—Sí, ya lo había oído, pero ¿no sabe usted cómo ocurrió exactamente?

Se quedó pensándolo un rato y respondió:

—Quizá se lo contara a mi madre, pero no, no me acuerdo. Ocurrió en la guerra, en realidad no sé nada más. El caso es que yo también llegué a acostumbrarme. Ni siquiera a mis hermanos les daba aprensión. Jugaban con él como si nada.

—En opinión de su antiguo compañero de trabajo, su madre sentía debilidad por el señor Teller.

No pudo evitar una sonrisa y corroboró:

—Eso era evidente para todo el mundo. Estaba loca por él, le consideraba su cuarto hijo. —Señaló la foto y continuó—: Por supuesto que tenía que salir en la foto con toda la familia. Y a ninguno de nosotros nos molestaba. Kalman era muy tímido y prefería mantenerse en un segundo plano, pero con nosotros siempre se ha portado de maravilla.

—Pero al final, le perdió de vista.

—Sí, sí. Tras el fallecimiento de mi madre, se fueron enfriando las relaciones. Tenga en cuenta que el vínculo más fuerte lo tenía con ella.

Volví a mirar la foto. El muchacho era tan inmensamente guapo que no pude evitar hacer el comentario:

—¿Tenía novias?

—Sí, pero al final no cuajaba. Quizá tuviera mala suerte y no hubiera ninguna chica que quisiera aceptarle tal como era.

—¿Se refiere usted a las manos?

—Sí, también, pero no solo. Kalman tenía muchos problemas con la cabeza. De vez en cuando sufría pesadillas y, como ya le decía antes, era muy poco sociable. Creo que mi madre era la única que lograba llegar hasta él. O quizá debería decir mejor que ella era la única a la que él se lo permitía.

Divagó y evocó recuerdos de la época en que la pensión siempre estaba llena y siempre había algo que hacer con la mezcla de residentes fijos y temporales. Le dejaban acompañar a los artistas de revista que actuaban en el Kurhaus y, mientras hojeaba sus álbumes de fotos, escuchaba las historias de los colonos que habían estado en Indonesia hablando sobre las costumbres de ese lejano y misterioso país. Cuando después lo contaba en el colegio, los niños le preguntaban si podían acompañarla a casa. Y luego tenía además un padre que contaba fabulosas historias sobre viajes lejanos.

—¿Los bañistas en verano eran sobre todo alemanes, como ahora? —le pregunté.

—Los primeros años después de la guerra no, naturalmente, pero más tarde, cuando la economía fue mejorando, desde luego que aumentaron. Al principio eran las personas más ricas, pero hoy en día cualquier alemán puede permitirse unas vacaciones en nuestro país.

—¿Y al señor Teller no le resultaba esto difícil? A fin de cuentas, él había estado en un campo de concentración.

Tuvo que pensárselo un momento antes de responder:

—Tal vez mi madre haya hablado alguna vez con él sobre el tema, pero yo no recuerdo que haya habido nunca problemas.

Entre tanto, la hija se nos había unido a la mesa y se mezclaba ahora por primera vez en la conversación.

—Sin embargo, si te pones a pensarlo, es extraño. Puede que un superviviente judío de un campo de concentración le haya servido la comida a personas que intentaron exterminarle a él y al resto de su pueblo.

—Sí, mi niña —dijo la madre—, ¿qué puedo responder a eso? Después de la guerra la vida continuó como si nada, ¿no? Y para tu abuela todo aquel que se portara como es debido era bien recibido. Pero puedo asegurarte que si hubiera habido alguien al que se le hubiera ocurrido formular algún comentario antisemita, tu abuela lo habría puesto en seguida de patitas en la calle.

Nos quedamos un momento en silencio sentados a la mesa. La hija se había levantado para traer algo de beber mientras la madre cogía la foto y se quedaba mirándola largo rato.

Esperó a que regresara su hija y volvió a tomar la palabra:

—Me contaba que le contrató Kalman para ayudar a alguien que estaba involucrado en un juicio. Bueno, una cosa así no me sorprende de él. Tan retraído y distante como parece, es una estupenda persona por dentro. Usted decía que había oído que mi madre sentía debilidad por él, ¿no? Eso se debía también a que fue el único que consiguió llegar hasta Dirk, el gemelo que nació primero de mis dos hermanos. Hoy en día probablemente le habrían diagnosticado autismo, pero entonces no teníamos ni idea. Estaba muy volcado en su mundo y a mi madre eso no le parecía normal; intentaba de todo para acercarse a él. Mi padre también era un hombre bastante callado y se encogía de hombros: «Déjale al muchacho jugar como le apetezca». Pero, naturalmente, mi madre había comprendido muy bien que era incapaz de llegar de veras hasta él. Kalman sí que era capaz. —Miró a su hija y dijo—: Tu tío podía pasarse horas enteras rodando por el césped de delante de la casa, igual que tus hijos lo hacen ahora, pero en su caso se trataba de una especie de autismo extraño. Continuaba tirándose y en su rostro no podías apreciar nada de alegría por el juego. —Se dirigió a mí—: A mi madre le parecía terrible. Cuando intentaba detenerle, se ponía histérico. El único que conseguía algo era Kalman. Pasó un tiempo antes de que mi madre se diera cuenta, pero a partir de ese momento solía acudir a él. En esos casos, se sentaba primero cerca de Dirk así sin más, en silencio, como tan bien sabía hacer. No decía nada y apenas le miraba, pero en cambio ocurría algo. El hecho de que Kalman estuviera allí ya tranquilizaba un poco a Dirk. Kalman se quedaba allí sentado sin hacer nada, a veces durante tanto tiempo que mi madre llegaba a preocuparse un poco. «Hola, Kalman», decía Dirk entonces por fin. «Hola, Dirk», respondía Kalman a su vez, tranquilo. Cuando Dirk se había calmado, permitía que Kalman se sentara a su lado y le pasara el brazo por encima del hombro. A veces también se sentaba en el regazo de Kalman. Eso indicaba que ya estaba tranquilo del

todo, pero gracias a ese contacto con Kalman le resultaba a mi madre también posible hablar con él. Cuando le hacía alguna pregunta, obtenía una auténtica respuesta. Yo, desde luego, también estuve alguna vez con ellos y me parecía fabuloso ver lo bien que lo hacía mi madre. Después de instantes como esos se la veía también muy animada. Entonces nos llevaba a tomar un helado, preparaba comida rica, se ponía a cantar mientras limpiaba la casa y nos abrazaba más de lo que era habitual. Deben de haber sido sus manos, y no me pregunte cómo es posible algo así, pero gracias a Kalman mi madre pudo relacionarse de veras con su hijo. No creo que le supusiera ninguna molestia hacerlo, aunque después se le veía siempre muy cansado y pálido. Esto duró unos cuantos años. Hasta que mi hermano se ahogó en el mar.

Miró a su hija y le dijo: «Tu abuela tenía la energía de tres hombres, pero después ya nunca volvió a ser la misma».

Y a mí: «También para Kalman fue un duro golpe. Si ya de por sí reía poco, a partir de entonces rio menos aún».

XXXV

No dejaba de rondarme la idea de que, después del entierro de Frederik Roes, Kalman Teller hubiera venido a hablar conmigo. Al renunciar al trabajo, le había entregado también todo el material. Yo sólo había conservado mis anotaciones. Aunque no le había prometido nada en absoluto, las coloqué sobre la mesa de la cocina y fui hojeándolas, indeciso y con cierta desgana. Desde luego no era la actitud adecuada para dar con algo que tal vez se me hubiera pasado por alto. No se me iba de la cabeza el comentario de Kalman Teller. ¿Sería cierto que en el futuro seguiría pensando en este caso? Era lo último que me apetecía. Había conseguido seguir el rastro a obras de arte robadas y realizar un estudio detallado de la *provenance* de cuadros antiquísimos. En la mayoría de ocasiones había tenido que esforzarme mucho, pero al fin y a la postre siempre había tenido éxito. Ahora que no se trataba de obras de arte, sino de personas de carne y hueso, había cosechado un tremendo fracaso.

Al día siguiente de haber estado en la Pension De Kapitein recibí la llamada telefónica de Kalman Teller.

—Estuvo en mi antigua pensión.

Si el tono de voz hubiera sido seco, habría sonado como una acusación, pero seguía siendo tan neutro que no pude apreciar ninguna emoción en particular.

—Pasé por allí por casualidad.

—Creía que la investigación acerca de los antecedentes de las personas que querían contratarle la realizaba antes de ponerse a trabajar.

—Fue del todo casual que pasara por allí. Espero que no le haya molestado que diera su número de teléfono. Insistió bastante, guardaba un recuerdo suyo muy positivo. Solo tenía buenas palabras para usted.

—No, no me molestó, pero fue una enorme sorpresa. Ahora que es tan mayor, su voz suena exactamente igual que la de su madre. Fue una sensación extraña. Muy extraña.

—Ella vivió con usted cosas más extrañas, tengo entendido.

—¿A qué se refiere?

—Parece ser que usted tiene unas manos especiales.

Se produjo un breve silencio al otro lado de la línea antes de que respondiera:

—Le habló de Dirk.

—Sí.

—Caramba. Usted tiene talento para sonsacarle a la gente. Sin que se den mucha cuenta, supongo.

—Simplemente estuvimos charlando y le pareció agradable recordar cosas del pasado y de usted.

—Es lo que acabamos de hacer ahora y dentro de poco vendrá a visitarme. Y usted, ¿ya se ha pensado lo de examinar de nuevo el caso?

—Sí, pero mi respuesta no ha cambiado.

—Entonces ya no le molestaré más. No obstante, ¿podría decirle algo personal ahora que nuestros caminos van a separarse? Ayer tenía usted la mirada cansada. Perdóneme si me entrometo, pero es un cansancio que conocía de Frederik Roes. Desconozco la carga que lleva encima, pero procure que no le aplaste. Tal vez tenga usted la suerte de poder hacer algo para remediarlo.

Estuve aún un tiempo con el teléfono en la mano. Se refería a las preocupaciones con Jaap que tanto me abrumaban. Y no, por desgracia no tenía la suerte de poder hacer algo para remediarlo. Seguro que no era su intención, pero ya solo el haberlo sugerido me sonaba cruel.

XXXVI

El 10 de abril recibí la citación. Había tardado más de los tres meses que me había dicho el agente de policía, y, mientras la leía, se me aclaró pronto el porqué. No se trataba solo de una querrela por amenazas, sino que se habían estado buscando pruebas para fundamentar la gravedad de esa amenaza y demostrar que no se trataba de ningún incidente aislado.

Se me imputaban tres cosas. La primera guardaba relación con un colega de Jaap Tielemans: Anton de Vilder. Durante una pelea en el dormitorio donde había encontrado a una pareja que se había suicidado, le había empujado, apartándole de mí. Él se cayó contra un espejo y sufrió diversas heridas al cortarse con los cristales. De Vilder sentía una aversión hacia mí rayana en el odio y, a pesar de los intentos por parte de Jaap para apaciguar el asunto, presentó una denuncia. El segundo caso se refería a otra pelea en el barrio rojo de Ámsterdam con un macarra checo, Otik Perun, al que por lo demás ya habían liquidado. La disputa surgió en mitad de un asunto en el que me encontraba trabajando: debía localizar a una chica desaparecida que había ido a parar al mundo de la prostitución. Ninguno de los dos lo denunciábamos porque queríamos mantener a la policía alejada, pero sí que nos detuvieron, nos llevaron a comisaría y tuvimos que declarar. El tercer caso se remontaba mucho más lejos en el tiempo. Hace casi siete años les había dado una paliza a dos de esos estudiantes de hermandad borrachos. A pesar de que fueron ellos quienes empezaron, presentaron una denuncia contra mí. Otik Perun estaba muerto, pero la policía había ido a buscar a Anton de Vilder e incluso había logrado localizar a los dos estudiantes. Ninguno de los tres guardaba buenos recuerdos de mí; me describieron como irascible, pasional, desequilibrado y violento.

Esa era su versión de la historia en un decidido intento de criminalizarme. Mi versión de lo que había ocurrido era muy distinta. Anton de Vilder me había insultado cuando estaba junto a la cama en la que yacían dos personas muertas, de las cuales la más joven, una muchacha, probablemente había sido inducida al suicidio por el hombre adulto que yacía a su lado. Me quedé conmocionado cuando me topé con ese escenario, y no solo porque hubiera estado hablando el día anterior con ella. La pelea con Otik Perun no había podido evitarla y tuve suerte de que hubiera por allí gente que nos separara, porque tenía pocas posibilidades contra la enorme brutalidad de ese macarra.

El tercer caso me trajo los recuerdos más dolorosos. Mi mujer Eileen había fallecido de manera totalmente inesperada y, tras su muerte, perdí el norte durante un buen tiempo. Algunas noches me sentaba a la barra del bar donde solía ir, abismado en mis pensamientos y bebiendo más de lo que en realidad podía soportar. Los clientes habituales me dejaban en paz, pero una noche entraron una decena de estudiantes borrachos. No era el tipo de lugar al que acudían normalmente y no pasó mucho tiempo antes de que empezaran a hacer comentarios sobre los perdedores,

parados y gandules que había por aquí. Primero la tomaron con una chica y su novio. Le preguntaron de manera sexista si quería irse con ellos en lugar de seguir sentada al lado de ese «pringao», pero pronto desplazaron su atención hacia mí. Yo estaba sentado a la barra y llevaba una camiseta blanca que tenía en la parte de atrás la sencilla imagen en negro de un toro, el tauro de mi signo del zodiaco. Me la había regalado Eileen. Normalmente, llevo camisetas blancas sin ningún dibujo, pero por ella había hecho una excepción. Le gustaba la astrología y le parecía que mucho de lo que se escribía sobre mi signo zodiacal coincidía con mi forma de ser. El grupo vino donde yo estaba y me rodeó, pero me encontraba tan bebido y en otra parte con mis pensamientos que solo fui dándome cuenta despacio de que había conseguido atraer todo su interés. El toro de mi espalda, por lo visto, había desatado algo en ellos, porque fueron disparándome un comentario sexista tras otro. Me empujaban y fanfarroneaban tanto que fui despertándome poco a poco del letargo y empecé a percatarme de que me encontraba en medio de una situación desagradable. El enfado que sentí subir por mi cuerpo se transformó de golpe en ira cuando gritaron primero: «Oye, toro, ¿vas a ir ahora al prado a darle por culo a una vaca?», para después seguir con: «¡Oye, torito, cuándo fue la última vez que follaste!».

Después de todo, tuve suerte de estar tan borracho y de que mi coordinación fuera tan mala que solamente llegué a alcanzarles en parte. A un chico le golpeé de tal manera que fue a parar al suelo y se dio con el borde de la mesa, quedando tendido allí sin sentido. Al otro chico le rompí la nariz. Antes de perder yo mismo también el equilibrio y dar con los huesos en el suelo, les lancé un golpe a otros dos que solo hizo que se tambalearan sin heridas de consideración.

Mientras miraba los papeles que tenía delante, resurgían de nuevo todos esos recuerdos. Una cosa estaba clara: durante el juicio no podía contar mi versión de los hechos. La humillación a la que me vería sometido, el tener que pronunciar en voz alta, ante extraños, el nombre de mi esposa para explicar lo que en realidad había pasado, por qué había actuado de ese modo. Tan solo ya la idea de hacer un llamamiento a su compasión... Era imposible de veras. Me veía cómo tendría que estar escuchando en silencio una sarta de difamaciones para, a continuación, ser condenado.

La ira que sentí no estaba provocada solo por esa impotencia. A estas personas, el resentimiento y el deseo de castigarme y demostrarme que nunca podría ganarlos en un tribunal les había llevado a despertar en mi interior una pena que había guardado en lo más profundo de mi ser. Una pena que no consentía que nadie removiera, si no era yo mismo quien la removía, se veía ahora mancillada por personas que habían decidido darme una lección.

XXXVII

Vandersloot no se desvió el 16 de abril de su programa habitual y aparcó el coche un poco después de las diez de la noche en la entrada de su vivienda. La calle estaba tranquila y, entre tanto, lo suficientemente oscura como para pasar por allí sin llamar la atención. Yo ya estaba cerca cuando abrió la puerta y entró. En el mismo instante en que encendía la luz, le di un empujón tan fuerte que se cayó hacia delante, entré detrás de él y cerré la puerta.

Cuando se puso en pie, me miró con una expresión transida de desconcierto y miedo, para farfullar a continuación:

—Qué...

Antes de que pudiera terminar la frase, le di un bofetón tan fuerte en la cara con la mano abierta que se cayó de espaldas, ahora contra la escalera que llevaba a la zona del cuarto de estar.

No hizo un nuevo intento de levantarse, sino que alzó las manos en actitud defensiva e imploró:

—¿Quieres dinero? Puedo darte mi cartera. No tengo más dinero. Tranquilízate, por favor.

El pánico chillón superó a la fuerza de convicción que intentaba impostar en su voz, pero con el tiempo había llegado a conocer tanto de este hombre que fue incapaz de despertarme la más mínima compasión.

Me arrodillé a su lado y le dije:

—Me ha contratado Mira Roes. ¿Sabes ya que se le ha muerto el marido? Por tu culpa, cabrón. Me han pagado para hacerte la vida imposible y es lo que voy a hacer hasta que se resuelva este caso. ¿Me oyes?

—No tengo ni idea de lo que me estás contando. Yo...

Volví a darle otro bofetón, más fuerte todavía que el primero.

—No voy a perderte ni un instante de vista. Hasta que se resuelva todo esto y yo cobre mi dinero. —Me puse en pie y añadí—: Y si te atreves a presentar una denuncia, será tu palabra contra la mía. Y la próxima vez te parto el alma. Sé dónde vives, sé dónde trabajas, sé cuánto dinero pierdes cada noche en el casino. Sé incluso dónde viven tus padres.

Sin decir nada más, me di la vuelta, abrí la puerta y la cerré a mis espaldas; se oyó un clic.

Mientras me alejaba, comprobé aliviado que la primera parte del plan había salido bien. Raras veces había visto a alguien con tanto miedo. Ahora solo me quedaba confiar en que también saliera bien la única posibilidad que tenía.

El caso de Mira Roes estaba cerrado, no había cambiado nada desde que me había propuesto realizar un nuevo intento. El único testigo estaba muerto, y, si Vandersloot

y la gente que había asesinado a Sunardi seguían tan tranquilos, sería imposible que cambiara. Sin embargo, había un punto débil: el propio Vandersloot. Cuando Sunardi vivía, quiso declarar tan solo que no había asistido a Vandersloot, negándose en redondo a testificar que salió disparado en su ayuda cuando se produjo el problema. De esa manera, Vandersloot podía volver a escabullirse y declarar simplemente que, si no fue Sunardi, pues simplemente ya no podía recordar quién le había ayudado. Con todo lo que ya había ocurrido, no cabe duda de que saldría de esta. Sin embargo, alguien había quitado de en medio a Sunardi por si las moscas. Quizá Vandersloot tuviera miedo de que Sunardi se lo pensara mejor y sus asesinos le habían hecho un favor a aquel, confiando en tranquilizarle definitivamente. La prueba de que no aguantaba el estrés la había podido constatar también cuando fui testigo del encontronazo con una clienta insatisfecha y su marido. Saliéndose de su rutina diaria, se había ido derecho a casa de sus padres.

Cuando Chris Veter me vio llegar, se inclinó hacia un lado y abrió la puerta. Su perro *Fred*, un enorme pastor, estaba en el asiento de atrás y seguía todos mis movimientos.

—¿Y bien? —me preguntó cuando entré.

—Sí, se ha cagado de miedo.

—A ver qué pasa.

En apariencia con toda tranquilidad, volvió a dirigir la vista a la pantalla de un miniordenador que tenía sobre el regazo.

Lo único del coche de Chris Veter que le habría podido llamar la atención a un observador atento era que tenía dos antenas: una detrás en el techo y otra sobre el compartimento para guardar la rueda, en el portón trasero. Dentro tenía todos los aparatos tan bien ocultos bajo los asientos que solo podrían descubrirse tras una inspección exhaustiva. Bajo mi asiento había un receptor con el que era capaz de recibir las señales del transmisor que Chris había colocado en el teléfono fijo de Vandersloot. El receptor estaba enganchado a un equipo de grabación con el que se registraban todas las conversaciones. Era una tecnología relativamente sencilla, que se podía conseguir en los Países Bajos y ni siquiera era cara, lo que no podía decirse de lo que había hecho desaparecer bajo el asiento del conductor. A primera vista, tenía el aspecto de un reproductor de DVD. Este denominado «IMSI-catcher» era tan caro que Chris había tenido que irse a Alemania para alquilárselo a un amigo.

Los días anteriores tuvimos mucho trabajo. Chris entró en casa de Vandersloot para colocar el transmisor en el teléfono fijo. A continuación, fue a Alemania para pedir prestado el equipo con el que poder desviar y grabar conversaciones de teléfono móvil sin tener acceso directo a la infraestructura de las empresas de telefonía que operaban aquí. Había instalado la unidad de comunicación portátil, colocado las antenas y juntos lo habíamos probado todo un día haciendo uso de nuestros propios teléfonos móviles. La escucha del teléfono fijo de Vandersloot era lo más sencillo,

pero todavía no habíamos cosechado ningún resultado. Durante el par de días que la llevamos a cabo, apenas habló con él. A veces llamaba por la noche a sus padres, una vez llamó a un colega del trabajo y nada más.

Nos habíamos preparado muy a fondo y ahora quedaba por ver si no había sido en vano.

Cuando al cabo de diez minutos seguía sin ocurrir nada, Chris giró la cara en mi dirección y me dijo:

—Tranquilo. Estás poniendo nervioso a *Fred*.

Estiró el brazo y acarició con la mano el hocico de su perro, que aguardaba tenso en el asiento de atrás.

—Tranquilo, muchacho, no pasa nada.

—Solo tengo una oportunidad, Chris. Todavía está desquiciado. Si se lo piensa un poco más, tal vez no haga nada.

Sin hacerme caso, Chris volvió a dirigir la mirada al ordenador que tenía delante.

Poco menos de cinco minutos después, Vandersloot estaba utilizando el teléfono móvil. Durante el intento de conexión del teléfono, la pantalla de Chris ya se iluminaba y en ella empezaban a rodar una serie de cifras incomprensibles para mí.

—Sí, soy yo —oí decir a Vandersloot cuando respondieron a su llamada al otro lado. Podía oírsele tan bien que era como si estuviera a su lado e, instintivamente, contuve la respiración.

Hubo un momento de silencio antes de que se produjera una reacción:

—¿No te había dicho que no tenías que volver a llamarme? —sonó antipático. El hombre hablaba neerlandés con un acento norteamericano que, aunque ligero, era incuestionable—. ¿Por qué llamas entonces?

—Me han dado una paliza y me han amenazado. —Con un tono indignado añadió—: Eso me parece razón suficiente.

—¿Amenazado con qué y por quién?

—¿Por quién? ¿Crees que me he puesto a preguntarle cómo se llamaba? —sonó estridente. Vandersloot había intentado parecer tranquilo, pero no pudo mantener por mucho tiempo esa pose—. Dijo que le había contratado Mira Roes y que no me dejaría en paz hasta que se hubiera resuelto este asunto. Lo sabe todo de mí, debe de haber estado siguiéndome durante días.

—Bien, ¿y qué? Probablemente sea ese detective privado que contrataron. Dentro de poco será él quien tenga que presentarse ante el juez. No hay motivos para que te pongas nervioso. Ningún motivo. Lo único que debes hacer es mantener la calma. Joder, no es pedir demasiado, ¿no?

—¿No puedes quitármelo de encima?

—¿Quitártelo de encima? ¿Estás loco? Lo único que debes hacer es mantener la calma, ya te lo he dicho. No hay nadie que pueda hacerte nada. Eso ya lo sabes, ¿no? ¿Lo sabes o no?

—Sí, sí.

Por primera vez sonaba ahora algo de comprensión en la voz del hombre al otro lado de la línea:

—Haz lo que siempre haces y nada más. Tarde o temprano volverá a dejarte en paz. Créeme.

—Muy bien, muy bien.

—¿Sí, de acuerdo? Y no vuelvas a llamar.

Durante todo ese tiempo que estuve escuchando en tensión, Chris había seguido mirando su ordenador. Cuando la conversación hubo terminado y se cortó la comunicación, Chris cogió su teléfono sin decir palabra y tecleó un número en él.

—Sí, soy yo. Tengo el número.

Despacio, cifra a cifra, fue dando el número imsi de quince dígitos de la persona que había estado hablando con Vandersloot.

—¿Me llamas en seguida? Corre prisa.

Cerró el teléfono y me preguntó:

—¿Quieres seguir esperando?

—Sí, venga.

Al cabo de algún tiempo de permanecer en silencio, dijo sin mirarme:

—Bien hecho.

—Gracias, pero es demasiado honor. Fue más una acción desesperada.

De un hombre tan huraño como Chris Veter, que nunca abría la boca si no le preguntabas algo, era un cumplido inesperado. Conocía a pocas personas que fueran tan parcas en palabras y albergaba la sospecha de que con quien más hablaba era con *Fred*, que en ningún momento se separaba de su lado. Se pasaban días enteros paseando por los arrabales de *Ámsterdam*, a la intemperie. Faltaba bastante para que llegara el verano, pero por las muchas horas que se pasaba fuera, la piel de Chris Veter ya estaba bastante morena. Apenas le conocía, pero sabía que se podía confiar en él y poseía un inmenso conocimiento de todo lo que tuviera que ver con las telecomunicaciones. Si te ponías a pensarlo, era una extraña combinación: alguien tan poco dotado para la comunicación que parecía tener rasgos autistas era capaz de escuchar cualquier conversación entre dos personas. Le conocía desde hacía años, pero nunca pude concluir que tuviera ningún interés por lo que se decía durante semejantes conversaciones. Probablemente le fascinaban más las series de cifras que aparecían rodando en su pantalla.

Estuvimos esperando una hora más y entonces decidí dejarlo. Cuando estábamos en marcha, llamaron y Chris cogió un sobre viejo del salpicadero para apuntar los datos que le iban dando. Dio las gracias a la persona que había al otro lado y cerró el móvil.

—¡Bingo! —fue lo único que dijo cuando me entregó el papel.

Vandersloot había llamado a Stephen Spitzer, el hombre cuyo nombre yo había visto en el registro de la Cámara de Comercio como presidente ejecutivo de MEDCARE, el *holding* que era copropietario de la clínica de Vandersloot y del que, por ende, también formaba parte. Una cosa quedaba clara ahora: a Vandersloot le estaba protegiendo su nuevo jefe, si bien de una manera que iba mucho más allá que cuando trabajaba para el hospital. Jueces que no eran imparciales y abogados deshonestos era una cosa, pero el asesinato se encontraba en una categoría muy distinta.

XXXVIII

Si bien no había conseguido averiguar antes quién estaba tras el CARE INVEST de Luxemburgo, el propietario de medcare, encontré de todas formas en la página web un breve currículo del gerente superior. Aunque Stephen Spitzer había estudiado medicina, solamente trabajó de médico una pequeña parte de su vida laboral. Había hecho carrera como director de diferentes hospitales y el laboratorio de análisis de una multinacional farmacéutica, como miembro del consejo de dirección de un fondo de inversión para el sector médico y desde hacía seis años era presidente ejecutivo de MEDCARE.

Por lo visto, durante los últimos años se había ido dedicando cada vez más a la defensa de la industria cosmética, porque al seguir buscando en internet encontré varios documentos. Como representante de ese sector había defendido también unas cuantas veces sus opiniones en la televisión, donde no eludía el enfrentamiento con fuertes adversarios. Recapitulando, su punto de vista venía a decir que toda persona que fuera capaz de expresar su voluntad sabía muy bien lo que era bueno o perjudicial para ella, siempre y cuando el cliente estuviera bien informado y las intervenciones se llevaran a cabo con cierta responsabilidad. Seguro que estaba acostumbrado a hablar en público, porque cuando vi alguna de esas películas, me llamó la atención el estoicismo que mostraba al responder con calma y educación incluso a las preguntas más capciosas o a las reacciones más ofensivas de sus oponentes.

Tampoco tenía por qué preocuparse de nada, porque de momento la cosmética era un ramo de la industria en rápido crecimiento con un gran número de clientes satisfechos, incluidos famosos, a los que les gustaba divulgar que la eliminación de arrugas y la disminución o aumento de pechos era algo muy normal, que solo les había hecho bien y había conseguido que estuvieran más seguros de sí mismos. Actualmente todo era posible y ¿por qué esa actitud calvinista, si de esta manera la calidad de vida podía mejorarse tanto, contribuyendo a la felicidad de las personas? Y como en la mayoría de las intervenciones no había realmente necesidad médica y, por tanto, no estaban sufragadas por la seguridad social, la gente lo pagaba también de su propio bolsillo. Negárselo a alguien o enviarle al psicólogo le parecía absurdo: «Entonces no se estaría tomando en serio al paciente».

En la conversación entre Vandersloot y Spitzer no se mencionó el nombre de Sunardi ni lo que le había pasado, pero la manera en que Vandersloot había preguntado «¿No puedes quitármelo de encima?» y la reacción enfurecida por parte de Spitzer no me dejaron ninguna duda de a qué se refería.

A pesar de esta pista hacia Spitzer y MEDCARE, hasta que recibí una llamada de alguien cuyo nombre ni siquiera reconocí al principio no tuve realmente la sensación

de que por primera vez el caso empezaba a dar un giro a nuestro favor.

—Soy Peter Brouwer.

—¿Quién?

—Hace poco me llamó usted para pedirme información sobre el Ritrex. Soy el coordinador para las reclamaciones de las víctimas y familiares.

—Sí, ahora lo recuerdo. Perdona.

—Le llamo porque he encontrado algo que tal vez le interese. ¿El señor que cometió el fraude con ese supuesto informe trabaja para una empresa que se llama Aestetica Inyectables Kliniek?

—Sí, en efecto, trabaja allí.

—Sí, claro, recordaba bien ese nombre. Hace poco me topé con él en un artículo de *Psy*, que es una revista sobre servicios de salud mental. Se está preparando un «proceso modelo», de los que sientan jurisprudencia, contra esa empresa y unas cuantas clínicas de ese tipo. Puede encontrar el artículo completo en su página web, pero en resumidas cuentas viene a decir que durante los últimos años ha habido unos cuantos suicidios de pacientes bajo tratamiento psiquiátrico que también se habían sometido a los servicios de esas clínicas.

Pegué un salto en la silla y pregunté:

—¿Porque salió algo mal en las intervenciones?

—No, no —sonó apresurado—. No creo que fuera eso. En un principio, las operaciones o como quieran llamarlas salieron bien, pero el alegato es que esta clase de intervenciones en el aspecto exterior de personas que son psíquicamente inestables tiene un gran riesgo, porque parece ser que acaban desequilibrando al individuo. Por lo visto, al principio su estado de ánimo es casi eufórico, ya que piensan que se ha resuelto lo que ven como un problema de su físico, pero cuando después se dan cuenta de que su vida no ha cambiado en esencia y sus problemas siguen siendo los mismos, se entristecen, se deprimen y se vuelven imprevisibles. En casos extremos, y al parecer ya ha pasado unas cuantas veces, pueden sufrir una grave recaída e incluso llegar a suicidarse.

Tras unas cuantas llamadas telefónicas, conseguí hablar con un redactor de *Psy* y le conté que estaba interesado en su historia porque yo también me encontraba en una situación semejante después de que mi mujer se hubiera sometido a un tratamiento. Llevaba años tomando antidepresivos y se manejaba bastante bien así, pero tras haberse hecho unos retoques en la cara se había vuelto a trastornar. No había intentado suicidarse, pero había sufrido una grave recaída cuando todo parecía ir tan bien. Estaba furioso, pero la clínica que la había tratado no me hacía ningún caso. Peor aún, decían que yo, al ser su esposo, era el responsable. Me había inventado toda la historia, pero obró milagros: tras una inicial actitud de desconfianza, la amabilidad del hombre fue en aumento. Las clínicas de las que me había hablado con nombres y

apellidos habían tomado medidas entre tanto y ya había recibido la llamada telefónica de diversos abogados. Abogados que le prometían iniciar en el futuro toda clase de procedimientos judiciales no solo contra *Psy*, sino también contra él personalmente en el caso de que no rectificara de inmediato lo que había escrito.

—Esa reacción, por supuesto, no es algo inesperado, y antes de publicar el artículo recabamos la opinión de un jurista, pero ahora me pregunto si no nos lo habremos tomado demasiado a la ligera. Está claro que piensan atacarnos con todos los medios a su alcance. *Psy* dispone de bastantes menos recursos que el ramo industrial con el que en este momento nos encontramos enfrentados, con todos sus abogados de prestigio.

—Pero el grupo que ha sometido al tribunal este caso representa también a gente importante, ¿no? —objeté.

—Sí y no. Las opiniones al respecto son bastante divergentes, lo que lleva a acaloradas discusiones. El grupo que se ha aglutinado ahora detrás de este «proceso modelo» tiene un trasfondo muy diverso. Hay gente de Pandora, que es una fundación que se ocupa de las personas con problemas psíquicos; de Cuidado & Bienestar, que es la plataforma en la que se encuentran los trabajadores sociales; de la Asociación de Plataformas Nacionales para la Salud Mental y las Adicciones, donde están reunidas toda clase de organizaciones de clientes y familiares. Hay incluso miembros de la Asociación Neerlandesa de Psiquiatras. Pero, y eso es importante, todas estas personas lo hacen a título personal y, por tanto, no en nombre de su propia organización, precisamente porque están divididas internamente. Este grupo de personas, por decirlo de alguna forma, se adelantan a los acontecimientos, o al menos es lo que se espera.

Me sorprendieron de alguna manera sus propias dudas, que se apartaban bastante del tono resuelto e indignado de su artículo y la opinión publicada allí de que, en efecto, debía ocurrir algo para pararle los pies al sector.

Cuando se lo manifesté, respondió:

—Bueno, suscribo por completo el contenido del artículo, pero la industria con la que se encuentra uno enfrente es muy poderosa. Ya lo sabíamos de la industria farmacéutica y no será distinto para esta rama relativamente nueva. Después de todo, se trata de muchísimo dinero. Mire, la opinión preponderante es que si bien jurídicamente no ocupan una posición sólida, sí que pueden influir en la política iniciando este proceso y causando mucho revuelo. Si, en efecto, todo continúa como hasta ahora, estaremos hablando del típico caso en el que han perdido una batalla, pero en el que van a ganar la guerra. Entonces sí que será una cuestión de un largo camino por recorrer.

—¿Por qué no podremos ganar jurídicamente? —pregunté—. Yo he visto lo que ha pasado con mi mujer, ¿no?

—Con todos mis respetos para su situación personal, se trata de algo de una naturaleza mucho más fundamental. En los Países Bajos hay cientos de miles de

personas que toman antidepresivos. La inmensa mayoría de esas personas funciona normalmente en la sociedad. Y no hay nadie que imponga restricciones a su comportamiento. ¿Sabe usted lo que me dijo uno de esos juristas?: «Esas personas también conducen coches como cualquiera de nosotros, ¿no? ¿Tendrán que hacer pruebas especiales para poder seguir conduciendo? Alguno podría tener inclinaciones suicidas y decidir poner fin a su vida en una autopista». Me instó a preguntarme si con este artículo estaba sirviendo a los intereses de todas esas personas, porque quizá fuera este un primer paso para limitar su libertad de acción, su participación normal en la sociedad. Ya lo sé, está claro que ese hombre defiende sólo el interés comercial de su cliente, pero sí que pone un dedo en la llaga, porque esa opinión también está muy interiorizada, tanto entre los propios consumidores como en los profesionales de la asistencia social.

—El grupo de personas que han promovido este «proceso modelo» también tendrán sus buenas razones.

—Claro, desde luego que las tienen. También los apoyo, oiga, pero el resultado es incierto y será una lucha despiadada. Los intereses de la industria cosmética son enormes. Por una parte, porque en los Países Bajos hay 850.000 personas que toman algo contra las depresiones, un grupo muy grande que, si de nosotros dependiera, no podría someterse sin más a intervenciones estéticas. Por otro lado, porque tienen miedo de que, si esta primera limitación sigue adelante, se le abra la puerta a muchas más restricciones. Además, está a punto de esgrimirse otra razón también. En este momento hay una discusión sobre la edad mínima. Según la Ley de Acuerdo en el Tratamiento Médico (WGBO), las personas a partir de los dieciséis años pueden decidir libremente sobre su cuerpo. Hay voces que abogan por subir el listón hasta los veintiún años. Hay bastantes intereses implicados. Tome solamente como ejemplo todas las chicas jóvenes que van al cirujano plástico. ¿Sabe usted cuál es la intervención que está de moda ahora entre las chicas de dieciocho años? ¡La operación de labios vaginales! Es algo que provoca también mucha aversión. Algunos padres se las regalan a sus hijas cuando cumplen los dieciocho años, pero hay un grupo mucho mayor de padres que está furioso con la industria cosmética que ofrece esta clase de tratamientos y rarísimas veces le niegan al cliente lo que pide. Mire, ese mismo sector quiere enfocarlo bajo la autorregulación, que encaja de maravilla con los tiempos que corren. No quieren una administración que se imponga sobre las personas, sino hacer un llamamiento a la responsabilidad de cada uno. Con este «proceso modelo» existe el riesgo de que salga el tiro por la culata. Y hay mucho revuelo también porque han aparecido las objeciones de rigor en el ámbito de la política, sobre todo por la parte cristiana. Créame si le digo que la industria cosmética hará realmente todo lo posible por ganar este «proceso modelo», y a poder ser de la forma más convincente.

XXXIX

Estudié los papeles de la Cámara de Comercio, pero de las cuatro clínicas que se mencionaban en el artículo de *Psy* solo Aestetica Injectables Kliniek Amstelveen pertenecía al *holding* MEDCARE. El hilo que creía haber cogido se había vuelto de golpe bastante más fino. Las otras tres clínicas, cuyas acciones estaban al cien por cien en manos de la dirección, que a su vez tan solo constaba de unos cuantos cirujanos plásticos que trabajaban allí, eran empresas que operaban de manera autónoma e independiente.

No fue sencillo conseguir que el redactor del artículo en *Psy* me diera los nombres de los parientes de las víctimas. Hasta que no los llamó y les pidió permiso, no me entregó la información para contactar con ellos. Los cuatro accedieron a recibirme; por lo visto, lo habían encajado tan mal que les apetecía hablarlo.

Al primero que fui a visitar era un hombre que vivía en Eindhoven. Llegué a un viejo y pobre barrio obrero conformado por pequeñas casas de ladrillo oscurecido construidas en la década de los años sesenta del siglo pasado, jardines delanteros mal cuidados por personas con demasiado poco dinero para gastar en su mantenimiento, salvo algún que otro enano de jardín o jarrón. Cuartos de estar de poca profundidad con la mesa de comedor de roble y cuatro sillas junto a la ventana posterior, que ofrecían vistas a un jardín trasero con baldosas y, en la parte delantera, apenas separados un par de metros, un tresillo y uno o dos sillones orientados hacia el único objeto de lujo: el inevitable televisor de pantalla plana. Las pocas personas que se veían por la calle parecían enfermas. Gordas, pálidas, desaliñadas; me encontraba aquí, en la parte de los Países Bajos donde como en ninguna otra del resto del país se consumía demasiada fritanga, la gente se movía demasiado poco y se fumaba en exceso.

El hombre que abrió la puerta acababa de llegar a casa del trabajo y me recibió con el mono blanco de pintor, cuya parte superior se había quitado dejando que colgara hacia abajo y anudándola a la cintura. Me precedió hasta la cocina y volvió a sentarse tras su plato de comida precocinada: puré de patatas, una albóndiga con salsa y lombarda con manzana. Me senté en un taburete, junto a una mesa en la que apenas había espacio para los dos. La encimera estaba repleta de un batiburrillo de platos sucios, tazas de café, cubiertos y botellas de cerveza vacías, y el fogón no se había limpiado en años.

Me hallaba sentado frente a un hombre cincuentón que se estaba quedando calvo, que había perdido a su mujer, cuyos hijos probablemente ya no vivirían en casa, en una cocina que al parecer iba creciendo en suciedad, y este hombre trabajaba por un salario con el que apenas podría llegar a fin de mes.

Una vida que era como era, sin expectativas de grandes cambios o sorpresas. Sin

embargo, en su interior todavía ardía el luego, porque cuando nos pusimos a hablar del tema que me había traído aquí tras el intercambio de formalidades, el tono de su voz distaba mucho de ser resignado. El enorme interés del «proceso modelo», tal como me lo había esbozado el redactor, no lo sabía apreciar. Él quería ver correr la sangre de todos aquellos que le habían causado tanto mal.

—Nunca le dijeron que ya era suficiente. Yo ni siquiera estaba de acuerdo, pero ¿cómo puedes negarte si tu propia esposa insiste tanto? En una situación normal es ya casi imposible, pero es que mi esposa tenía problemas psíquicos. Tomaba medicinas contra la depresión y gracias a ellas iba más o menos bien, pero el pensar que la iban a operar otra vez era lo que la hacía realmente feliz. Vivía para eso y esa era su ilusión.

Se levantó, tiró al cubo de la basura el envoltorio de plástico de la comida y abrió la nevera.

—¿Quieres una cerveza?

—Sí, gracias.

—¿Con vaso?

—No, vale, así está bien.

Quitó las chapas con un cuchillo y volvió a sentarse. Sacó un paquete de picadura del mono de pintor, se lio malamente un cigarrillo y quitó el sobrante de tabaco antes de encenderlo.

—Llevo trabajando desde los dieciséis años y conocí a mi mujer con dieciocho. Ella tenía quince entonces, con una infancia de mierda a sus espaldas. Intenta salir de ahí. Eso es algo que siempre llevas auestas. Su padre bebía y, cuando llegaba pedo a casa, le zurraba a todo el mundo. Pobreza y falta de amor. Ella decía siempre: «Ojalá mis hijos lo tengan mejor». Bueno, así fue, para eso trabajamos duro los dos. El único capricho que pedía para ella eran esos arreglos. A mí me traía al fresco, yo tampoco soy ningún adonis. ¿Qué cosas se hizo tu mujer?

Yo no estaba aquí como detective privado, sino como alguien que supuestamente se encontraba casi en la misma situación y, sin embargo, la pregunta me cogió de sorpresa. Mi mujer estaba muerta y ahora yo debía esbozar la imagen de una esposa depresiva que también se hacía apaños.

—Tripa y caderas, pensaba que estaba demasiado gorda —intenté ser lo más breve posible, confiando en que sonara algo convincente.

—Justo lo mismo que mi mujer. ¿Les pasará lo mismo a todas las mujeres? Cuando se lo hizo, pensé que ya habíamos terminado, pero entonces empezó con la cara. Arrugas, bolsas bajo los ojos. Una persona no puede evitar envejecer, ¿no? Así es la vida, creo yo, pero a ella no le gustaba hacerse vieja.

—¿Y esos médicos nunca dijeron que no?

—¿Decir que no? Ellos lo que querían era ganar pasta. Unas inyecciones y ciento cincuenta euros al bolsillo. ¡En menos de un minuto! Te toca y te aprieta un poco para ver dónde tienen que pinchar exactamente, una inyección y luego te dan un pequeño

masaje. ¡Dicho y hecho! Y no me vengas con cuentos de que la inyección es lo caro. ¡Ese negocio es una bicoca! Si te pones a pensar en lo duro que tengo que trabajar yo para sacar lo que se sacan ellos..., y luego quieren pagarme en negro. Pero vamos a darles su merecido; a ver cómo le explican a un juez por qué no le preguntaron si sabía lo que estaba haciendo o si de verdad le parecía sensato. Esos médicos tendrían que haberla frenado, pero continuaron hasta que mi mujer también comprendió que ya se había hecho de todo y que todo seguía siendo igual. Sí, desde luego que el exterior había cambiado, pero nada más. Y luego fue recayendo poco a poco. Solo le preguntaron una vez, la primera de todas, cuando entró, si tomaba medicinas. Se ve que están obligados a hacerlo por los efectos secundarios o algo así. Cuando dijo que tomaba Seroxat, dijeron que no había ningún problema. ¡Se la sudaba que estuviera tomando algo contra la depresión! Ya no volvieron a preguntarle nada.

Estuve más de una hora, me dio otra cerveza y me fumé un cigarrillo, pero no oí nada nuevo. Para expresar su enfado y frustración siguió repitiéndose a sí mismo lo que ya había dicho.

Antes de regresar a Ámsterdam, me tomé bastante tiempo para escribir con el máximo detalle posible todo lo que podía recordar de la conversación.

En el viaje de vuelta estaba de mal humor. Había pensado que, una vez que abandonara ese barrio deprimente, me volvería la alegría, pero no fue ese el caso. Siempre había tenido la impresión de que las personas que se someten a esta clase de intervenciones podían permitírselo con relativa comodidad. Por lo que acababa de ver, no era así siempre, pues este matrimonio se veía obligado a ahorrar de veras para someterse a estos arreglos. A eso se le añadía que, frente a alguien que le echaba todas las culpas a la clínica que había realizado el tratamiento, a mí me seguía pareciendo que los propios pacientes no estaban del todo libres de culpa. Su esposa había querido que la operaran, e incluso insistido, según su marido. Estaba claro que los juristas de la parte contraria no dejarían de machacar con esa responsabilidad propia. Pero lo que peor me sentaba eran mis propias mentiras y la sensación de que con ellas había mancillado el recuerdo de Eileen. Y aunque esa idea fuera absurda, no podía quitármela de la cabeza.

Poco antes de llegar a Ámsterdam, siguieron las malas noticias. Elzeline me llamó comunicándome que habían vuelto a ingresar a Jaap. Los meses pasados había estado tan bien y tan estable que parecía mentira que los doctores le hubieran dado por perdido. Últimamente iba a visitarle al menos una vez por semana. Al principio le preguntaba, como era lógico, qué tal estaba, pero cuando me pidió que dejáramos de hablar del tema, no volví a mencionarlo. Sin embargo, durante todo ese tiempo había estado esperando una llamada como esta. El bofetón fue más fuerte cuando oí que su situación había empeorado mucho más. Junto a un tumor que no cesaba de crecer, en la última revisión habían comprobado que tenía un aneurisma considerable.

—Puede desgarrarse con el más mínimo movimiento —dijo Elzeline—. Entonces tendría un derrame cerebral.

—Así que tiene que permanecer tumbado, ¿no?

—Sí, en efecto.

—¿No pueden operarle?

—Probablemente no. Mañana le examinarán de nuevo, pero el primer diagnóstico es que el riesgo es demasiado grande.

—Qué putada —dije.

Elzeline no reaccionó. ¿Qué podría haber dicho? Ella estaba tan compungida como yo.

—¿Está otra vez en el AMC?

—No, le han trasladado inmediatamente con la ambulancia al LUMC, el Centro Médico Universitario de Leiden. Allí parece que tienen mejores especialistas para estos casos.

Por la noche volví a buscar en internet, esta vez todo lo que había sobre aneurismas, pero me di cuenta de que apenas era capaz de asimilarlo. Como si algo en mí supiera que ya no importaba. Me daba la impresión de que estaba traicionando a Jaap, como si ya le hubiera dado por perdido. Quizá era una forma de superstición, pero volví a hacer un nuevo intento de asimilar lo que leía. En «tratamiento quirúrgico» leí que se podía llegar directamente al aneurisma por medio de una trampilla en el hueso coronal, para colocar una pequeña pinza en el cuello del aneurisma que preservara el flujo arterial hacia la protuberancia. La colocación de esa pequeña pinza se llama en inglés *clipping*. Si eso no salía bien, entonces existía una alternativa para envolverlo, *wrapping* en inglés; por ejemplo, con pedacitos de algodón, para que se produzca una fibrosis alrededor del aneurisma que engorde y refuerce la pared.

XL

Mi primera parada al día siguiente fue el LUMC. Jaap estaba leyendo, pero todavía no había acabado de entrar cuando me propuso que saliéramos a la calle. Aunque no se le permitía caminar, si le llevaba en una silla de ruedas no habría nadie que se opusiera.

—¿Puedes llevar tu propia ropa? —pregunté mientras iba empujándole por detrás.

—Después de protestar mucho, sí. Me la he puesto esta mañana. Así me siento bastante mejor.

—Y ¿saben ya algo más?

—No, van a hacerme otras radiografías después.

Abajo, en el vestíbulo, Jaap dijo que quería un café y me señaló unas cuantas máquinas en un rincón. El sol brillaba, pero el viento era fresco, y, cuando salimos por la puerta giratoria, busqué un lugar al abrigo de ese viento. A la izquierda, al final de la ancha acera, habían construido un muro en forma de U, de la altura de un hombre, acumulando fragmentos de piedra natural en un encofrado de gruesa tela metálica. Llevé hasta allí la silla de ruedas y aparqué a Jaap junto a un banco. Le cogí el café y lo dejé sobre el banco. Señalando hacia el muro con un movimiento de cabeza, le expliqué:

—Esa es la técnica que se emplea para reforzar las riberas de los ríos contra el agua en los lugares vulnerables. Sacas sencillamente las piedras del río y las vas acumulando en un encofrado de tela metálica como este. Está bien pensado, con el material del mismo entorno. No hace falta ni cemento ni hormigón.

Jaap se lio un cigarrillo y lo encendió.

—Sigues fumando —constaté.

—Sí, por suerte. —Tomó un sorbo de café, volvió a dejar el vaso y dijo—: Es extraño, Jager. Según los médicos, el aneurisma no tiene nada que ver con el tumor. Más bien con un estilo de vida insano. Gracias al tumor, han conseguido descubrirlo antes de que me diera un derrame cerebral. Y, por lo visto, ese aneurisma es tan grande que no habría sobrevivido. —Resopló y añadió con una sonrisa—: ¿Qué conclusión debo sacar de todo esto?

Me había esperado a un Jaap consternado y, aunque su situación era tan grave que tras esta pregunta había encerrado algo más que simple extrañeza, volvió a sorprenderme su capacidad de recuperación y lo poco compungido que parecía. En cualquier caso, esa era una señal que me enviaba, para que no fuera por el mundo con demasiada tristeza.

—Bueno, espero que puedan quitártelo para que tengas de nuevo mayor movilidad. Es así, ¿no?

—Sí, en efecto.

Al igual que las otras veces, intentamos mantener una conversación normal, pero yo no podía ignorar que había ocurrido algo muy fuerte. Le pregunté sin rodeos si creía ahora que con estas últimas noticias su situación había empeorado.

—No lo sé, Jager. Sencillamente, no lo sé. No me siento ni mejor ni peor, pero ¿eso es una buena o una mala señal? Noto que cada vez puedo hacer menos cosas. Estoy cansado, cansado de todo. Tengo la cabeza cansada.

Estuvimos casi una hora al sol antes de volver a la habitación. Cuando lo aparqué junto a la cama, me fijé en el libro que había abierto en su mesilla, con el lomo hacia arriba: *Sufrían por la luz*, de Tahar Ben Jelloun.

Nunca había oído hablar de ese libro y le pregunté:

—¿Qué estás leyendo?

—Trata de un hombre que estuvo preso casi dieciocho años en las más terribles circunstancias. Me lo ha dado Elzeline y ya sé por qué: confía en que la resistencia de ese hombre pueda influirme también a mí. Acabo de leer un fragmento en el que describe cómo intenta no sentir ya ni enfado ni ira por lo que le pasa. Lo ve en sus compañeros de prisión, que el sentimiento de ese enfado y esa ira les cuesta tanta fuerza y energía que los desmorona y van reventando uno a uno. Es un libro conmovedor.

Mientras Jaap se iba acomodando en la cama, lo cogí y leí en la solapa de qué iba: «En 1971 se produce un golpe de Estado en el palacio de verano del rey marroquí Hassan II. El golpe fracasa, los líderes son ejecutados y cincuenta y ocho militares, después de una estancia en la prisión de Kenitra, acaban en el campo penitenciario subterráneo de Tazmamart, en la cordillera del Atlas, donde van consumiéndose despacio. En *Sufrían por la luz*, una novela basada en hechos reales, como Tahar Ben Jelloun advierte de antemano, el teniente Salim cuenta la historia de sus dieciocho años en el infierno sin luz de Tazmamart. Se encuentran en un estado de guerra, guerra entre los prisioneros y los guardianes, guerra entre los propios prisioneros, guerra entre cada prisionero y la muerte. Luchan contra el hambre, contra los escorpiones que les sueltan, contra el frío que por la noche les devora los huesos, contra las ilusiones que los asaltan y que se hacen más reales que la monótona realidad. Les duelen tanto las muelas que se las arrancan ellos mismos, con encía y todo. Se alegran cuando uno muere, porque así pueden salir para enterrarle y regocijarse con la luz, porque entonces pueden repartirse la ropa del muerto y pasar menos frío por la noche. Y luego se avergüenzan. Pero los presos no se rinden sin más. En la oscuridad intentan mitigar la crueldad de su existencia contándose historias los unos a los otros. Salim es uno de los pocos supervivientes al cabo de dieciocho años. Ha logrado sobrevivir desterrando de su espíritu todos los sentimientos de odio y de venganza».

Recordé sobresaltado que había oído hablar de este libro hacía años. Hace tanto

tiempo que parecía una eternidad, algo de otra vida. Había participado en un fin de semana de meditación budista dirigido por Ton Lathouwers. Había viajado al extremo más meridional del país para asistir al curso en un inmenso complejo, incluida una iglesia completa, donde formaban antes a los misioneros pero donde ahora solo vivía una decena de monjas. Para conseguir un poco de dinero, lo alquilaban de vez en cuando. Era un fin de semana en silencio, con una conferencia de Ton Lathouwers como única interrupción de ese silencio. Él era un orador con talento y nos contó una historia sobre un grupo de personas que habían sido encerradas en celdas separadas y para sobrevivir se contaban historias sobre la fuerza del espíritu, que hacía posible que esos hombres se liberaran de sus sufrimientos y de sus maltrechos cuerpos.

Ahora, casi quince años después, este libro se cruzaba así en mi camino. Mientras me encontraba junto a la cama de un amigo tan enfermo, este suceso me aportó esperanza por una inexplicable razón. Y me di cuenta de que no era por el mensaje en sí, sino por el hecho de que hubiera aparecido en mi existencia precisamente ahora.

XLI

Para visitar al segundo viudo, tuve que ir a Zoetermeer, a un chalé pareado en uno de los mejores barrios. El hombre que me precedió al salón no estaba solo. Su hijastra, la hija de su segunda esposa, se encontraba allí sentada a la mesa. Una vez que nos pusimos a hablar, él no dijo mucho, solo asentía de manera aprobatoria en momentos en que la hijastra le involucraba en la conversación. Pendía una atmósfera tensa y no pude sustraerme a la impresión de que esta mujer achacaba una parte de la culpa a su padrastro. Era claramente visible y perceptible que procedían de diferentes ambientes sociales. Ella llevaba ropa más cara, tenía un aspecto más cuidado, hablaba con mayor propiedad, elegía mejor las palabras y mostraba una autoridad natural, sin duda adquirida desde la cuna. Él únicamente podía contraponer a todo este arsenal una belleza tal que ya por sí sola le otorgaba un cierto cansina. Además, su humanidad era tan amable, casi tierna, que prácticamente excluía cualquier posibilidad que no fuera que su segunda esposa fallecida le había elegido a él y no viceversa.

No lo expresó exactamente así, pero de la historia de la hija comprendí que su madre antes de volverse a casar no había prestado a su físico mayor atención que cualquier mujer que procura tener un aspecto bien cuidado. Como si su padrastro no estuviera allí, esbozó una imagen de la madre como mujer felizmente casada. Feliz hasta que su marido falleció de cáncer. Fue entonces cuando se vio sumida en una grave depresión que fue combatida con medicamentos. También aquí apareció el nombre de Seroxat.

Después de haber contraído segundas nupcias, descubrió el mundo de la cirugía estética y, a partir de entonces, su historia fue casi idéntica a lo que había oído antes: cómo a una intervención le seguía de manera inevitable la otra, una hija que intentaba convencer en vano a una madre asegurándole que su aspecto físico estaba bastante bien para una mujer de su edad, una hija que hasta había acompañado unas cuantas veces a la madre e incluso se me enojaba ahora al recordar cómo le hablaban los médicos, llegando al final a engatusarla. Me quedaron claras las dificultades que tenía con el hecho de que su madre se hubiera vuelto así. Su madre terminó de la misma manera: lamentos sobre una vieja cara, papada, bolsas bajo los ojos, patas de gallo y las intervenciones para remediarlo. Y confusión y desesperación que cada vez superaban más el atenuante efecto de las pastillas.

Durante todo ese tiempo no se había dignado a preguntarme nada, y fue el padrastro quien se interesó por cómo había transcurrido lo de mi esposa y me preguntó si aún vivía. Solamente interrumpió a su hijastra una vez, cuando esta afirmó que desde la clínica no habían mostrado el menor interés cuando su madre empezó a estar cada vez peor: «Eso no es del todo cierto. Una de las personas llegó incluso a pasarse por casa. Con un ramo de flores».

La hijastra ya tenía preparada la respuesta:

—Pues habrá sido para cubrirse las espaldas. ¿Flores? Mamá les pagó miles de euros. ¿Han ofrecido alguna vez devolver el dinero?

—¿Devolver el dinero? Esas intervenciones habían salido bien, ¿no? No puedes echarles toda la culpa a ellos. Tu madre no era una persona tan carente de voluntad como tú la pintas. Con eso no le estás haciendo ninguna justicia.

Su reacción fue como si le hubiera picado una avispa:

—¡Mi madre llevaba ya mucho tiempo sin ser la misma! ¡Estaba deprimida e inestable y esa gente se aprovechó!

Aunque no lo dijo, le imputaba al padrastro el hecho de que no hubiera protegido lo suficiente a la madre. Me encontraba aquí sentado a la mesa con dos personas que no volverían a verse las caras una vez que todo esto hubiera pasado.

La hija estaba tan metida en su historia que podía haberle preguntado por detalles sin llamar la atención, y en mi coche apunté de nuevo todo lo que podía recordar. El abogado que estaba preparando el «proceso modelo» para este grupo procuraría, en cualquier caso, que fuera la hija quien prestara declaración y no el padrastro.

La tercera cita se canceló porque los familiares, después de habérselo pensado mejor, prefirieron no hablar conmigo.

Así, solo restaba una reunión, y esta vez más cerca de casa. Una chica de diecinueve años había acudido a Aestetica Inyectables Kliniek Amstelveen para suicidarse no mucho tiempo después. En las visitas anteriores tenía de alguna manera la impresión de que los familiares habían vuelto a retomar sus vidas, aunque no volvieran a ser ya nunca los mismos, pero a los dos padres que me encontraba ahora les quedaba mucho hasta llegar a ese punto. La pena podía leerse en sus rostros, pero por su historia comprendí que el sufrimiento llevaba ya mucho tiempo allí grabado, antes de que la hija se hubiera sometido al tratamiento.

Su hija había sido desde pequeña tímida e insegura, pero allí donde otros niños conseguían superarlo con la edad, en su caso no había hecho más que empeorar. En su interior había algo que no le permitía sobreponerse y le impedía relacionarse con otros niños. Las escasas veces en que llegaba a tener alguna amiguita, la relación terminaba fracasando tarde o temprano porque reclamaba la atención de las pobres chicas de una manera casi asfixiante. Hacía unos dos años más o menos que había empezado a tomar antidepresivos por consejo del médico de cabecera. Esta vez no oí el nombre de Seroxat, sino el de Efexor. En opinión de su médico, ese medicamento tenía el efecto positivo adicional de que no solo combatía la depresión, sino que también disminuía el miedo y la angustia en los pacientes, lo cual se desprendía de unos cuantos estudios. El fabricante lo promocionaba también como «píldora antineuras».

Al principio el medicamento parecía funcionar. Su hija retomó algunas actividades, volvía a salir y hasta se echó un novio. Ante su callada sorpresa, unos nueve meses atrás les contó que se iba a operar de los glúteos y de los pechos. Reaccionaron asustados, porque ellos no apreciaban nada que estuviera mal en el cuerpo de su hija. Ella trivializó el asunto diciendo que no se trataba de una verdadera operación, que no iban a cortarle con el bisturí, sino que solo iban a ponerle inyecciones. Inyecciones que ni siquiera eran permanentes y que poco a poco irían siendo absorbidas por el cuerpo. Y sí, claro, antes de que sacaran conclusiones erróneas, ella solita había tomado la decisión y su novio no tenía nada que ver en el asunto.

A pesar de todo, volvió a recaer en los meses posteriores. Se encontraba inestable, salía cada vez menos, terminó la relación con el novio y no mucho después puso fin a su vida saltando delante de un tren.

Era una historia terrible: pasarte diecinueve años cuidando a tu hijo y verlo terminar así. Disponía de la suficiente empatía como para poder imaginármelo. Toda su desgracia encontró una válvula de escape en la ira que sentían hacia la clínica:

—No tendrían que haberle sometido nunca a tratamiento. A su cuerpo no le pasaba nada malo, solo tenía diecinueve años y tomaba medicamentos contra la depresión. Lo pasaron todo por alto para poder ganar dinero.

—¿Sabían que estaba tomando antidepresivos? —pregunté.

—Sí, claro —respondió el hombre—, lo sabían muy bien. Y lo han admitido. Uno de los médicos estuvo aquí dos veces. No el médico que realizó las intervenciones, sino un colega. La primera vez trajo flores y vino a darnos el pésame. Aunque ya por entonces éramos bastante críticos, queríamos oír su versión. Nos explicó exactamente las intervenciones que le habían realizado y que lo demás no había ocurrido hasta después de haberle dado el alta. Él también sabía que estaba tomando Efexor. Respondió a todas nuestras preguntas y preguntó también cómo se había comportado después y si teníamos alguna explicación para el suicidio. Al principio nos pareció una persona íntegra, pero durante la segunda conversación nos dio la impresión de que lo que más le interesaba era exculpar a su clínica. Lo que le preocupaba no era nuestra hija, sino su propia reputación.

Su esposa le respaldó:

—Y en ningún momento nos pidió disculpas. Ni un asomo de arrepentimiento ni comentó que tal vez habría sido mejor si no la hubieran ayudado. Nada en absoluto.

Vandersloot solo intervenía en el rostro y el cuello, y allí solo trabajaban tres médicos. ¿Habría sido él quien se pasó a visitarlos?

—¿Recuerdan cómo se llamaba o qué aspecto tenía?

Se miraron un instante. El hombre dijo:

—Su nombre ya no lo recuerdo, pero tenía una mosca negra debajo del labio inferior.

La esposa recordaba algo más:

—Tenía una cara un poco regordeta y el pelo lacio y negro. Y, en efecto, esa mosca.

Así pues, había sido Vandersloot. ¿Había llevado flores y presentado sus condolencias? No era algo propio de él. Le había seguido varias veces y, por lo que había averiguado en todo este tiempo, seguro que no daba la imagen de ser alguien que se interesaba por los demás, mucho menos de presentarse a dar el pésame. Sin embargo, sí había ido a su casa, y dos veces incluso. ¿Tenía miedo de una posible mala publicidad que desacreditara el buen nombre de la clínica de la que era copropietario, con la subsiguiente pérdida de clientes? Tras todo lo que había pasado con Mira Roes, no le parecería una buena idea salir de nuevo en las noticias y enfrentarse a personas que querían ser escuchadas. Después de haberse visto atosigado durante años, probablemente necesitaba un poco de anonimato, y era indudable que le parecería en extremo desagradable todo aquello que pudiera poner fin a ese anonimato.

Por la noche estuve repasando mis apuntes. Una mujer de mediana edad, una mujer mayor, una mujer joven, apenas una muchacha, y una larga lista de intervenciones estéticas: glúteos, caderas, vientre, pechos, cara, cuello. A veces mediante operaciones quirúrgicas en las que había que abrir, colocar implantes y succionar grasa, en otros casos solo en forma de inyecciones. Tres clínicas diferentes, dos tipos de antidepressivos. Tratamientos que habían salido bien, clínicas a las que, basándose en eso, no se les podía reprochar nada, y un «proceso modelo» del que me preguntaba si tenía alguna posibilidad de triunfar. El segundo esposo de la mujer fallecida lo había expresado incluso de esta forma: su esposa no era ninguna víctima carente de voluntad, sino por lo menos corresponsable de lo que le habían hecho a su cuerpo.

En el informe de esa visita había apuntado al margen: «Volver a hablar con el hombre cuando no esté la hijastra». En efecto, apenas le dejó hablar. Miré el reloj y decidí que todavía no era demasiado tarde para llamarle.

Resultó ser exactamente como lo había pensado: me contó una historia con muchos más matices que la historia de su hijastra. Su esposa era una persona fuerte y segura de sí misma, y si el médico le hubiera puesto reparos, no habría sido rival para ella. Estaba acostumbrada a que se la escuchara y también lo transmitía. Él tampoco tenía necesidad de meterse en ningún pleito. Además, le parecía que la clínica se había esforzado en darles el pésame, aunque no fueran culpables de nada.

¿Darles el pésame? Instintivamente, antes de pensármelo bien, pregunté:

—¿Recuerda quién vino a visitarle?

No recordaba ningún nombre, pero la descripción no dejaba lugar a dudas. ¿Cuántos cirujanos plásticos iban por ahí con una mosca negra del tamaño de un sello

de correos bajo el labio inferior?

Vandersloot se había atrevido, pues, a hacerse pasar por médico de una clínica en la que no trabajaba; una osadía desconocida. Volvía a estar interesado por el comportamiento de la mujer antes del suicidio. Además, había tenido la suerte de que con el segundo esposo había encontrado a alguien que hablaba del tema sin reservas.

Nada más terminar la conversación, llamé al pintor. También allí. Describió a Vandersloot como: «Un tipo gordito con una perilla de maricón. Aunque no lo parecía».

Vandersloot se había hecho pasar hasta dos veces por médico de clínicas a las que en absoluto estaba vinculado.

XLII

Yo mismo, ante tres familiares de las víctimas, me había presentado como uno de los familiares afectados. Con falsos pretextos los había escuchado e interrogado sobre tragedias que eran tan personales y dolorosas que ya nunca me atenderían si volviera a pasarme por su casa, pero con otra historia. Eso era impensable, y, no obstante, los necesitaba.

A pesar de todos los trucos y medios que estaban a mi disposición, incluidas las dotes de Peter Redig, consideré casi excluida la posibilidad de llegar a examinar sin su consentimiento los historiales médicos de los pacientes y los informes de la autopsia de sus seres queridos fallecidos. Solo con su colaboración podría disponer de ellos, y yo no era la persona adecuada para pedirselos.

La única posibilidad que se me ocurrió requería la ayuda de Kalman Teller. Por razones personales y sin informarle al respecto, había retomado el asunto de Mira Roes. Sin embargo, apenas se sorprendió cuando le llamé.

—¿Así que sigue en el caso?

—Sí.

—¿Y puedo preguntarle por qué?

—Por razones personales.

—Ha recibido una citación.

—¿Así que ya lo sabe?

—Sí, nuestra parte contraria no ha podido evitar informarme al respecto. Si bien en términos muy educados, se me ha hecho saber que usted es un proyectil sin control y que su contratación va a hacerle más bien que mal a nuestra causa.

—¿Y qué le parece a usted?

—Yo sigo pensando lo mismo de usted. Pero cuénteme por qué me ha llamado.

Tras haberle informado de lo que había ocurrido los días pasados, le pedí su colaboración:

—Quiero que contacte con el redactor de *Psy*. No por teléfono, tiene que hablarle en persona. Él mantiene un estrecho vínculo con los familiares y goza de su confianza, porque ya ha arriesgado el pellejo una vez por ellos. Tiene que pedirles permiso para examinar los historiales médicos de los pacientes y los informes de las autopsias. No solo de las tres personas con cuyos familiares he hablado, sino también de la cuarta víctima. Como familiares, tienen derecho a esa información, y no me sorprendería que ya tuvieran una parte en su poder. Ese es el camino más sencillo y, realmente, no veo otras posibilidades de acceder a esa información. Dígale a ese redactor que sospecha que las clínicas donde han sido tratados intentan ocultar algo. Por lo demás, tampoco sabemos mucho. Prométale que, si encontramos algo, él será el primero en publicarlo. Déjele claro que contratará a los mejores especialistas médicos para examinar y cotejar los historiales. Firme un contrato con él, si es necesario, en el que conste que usted no publicará nada sin su consentimiento y el de

los familiares. Pídale encarecidamente que lo lleve todo con la máxima discreción. Emplee toda su capacidad de convicción. Y no puede mencionar mi nombre bajo ninguna circunstancia. Ya le he mentado una vez a ese redactor y, si se entera de que usted y yo nos conocemos, se negará a prestar cualquier tipo de colaboración. Por último, quiero pedirle que se ponga a buscar un especialista que lo sepa todo sobre antidepresivos. Uno que sea de confianza.

Confiaba lo suficiente en Kalman Teller como para encomendarle esto con plena tranquilidad. Ahora que no quedaba más remedio que esperar, decidí ir a ver a Jaap. Hacía tiempo que no me sentía tan bien y pensaba llevarle algo de mi energía.

Sin embargo, no se dio nada de eso. Cuando llegué al LUMC, sus padres y Elzeline estaban sentados al sol en un banco delante de la entrada principal. Mientras se hallaban de visita, Jaap se había quedado dormido y ahora ellos estaban fuera, hablando e intercambiando opiniones sobre lo que acababan de oír. En opinión de los médicos, el aneurisma de Jaap se podía operar y preferían hacerlo lo antes posible. Al contrario de lo que le habían dicho en el AMC, esa operación no les parecía demasiado arriesgada. El propio Jaap no se había decidido todavía, pero su padre y Elzeline discrepaban de la madre, que pensaba que, con el poco tiempo de vida que le quedaba, probablemente no más de un mes o dos, debían dejarlo así. Incluso si la operación era un éxito, volvería a significar un duro golpe para él, ya que tendría que arrostrar una nueva recuperación. Su padre y Elzeline pensaban que sí debían operarle, pues ahora tenía una bomba de relojería en la cabeza y en cualquier momento podía estallar. Los escuché, pero procuré no tomar partido. Era un fabuloso día de primavera con un cielo tan azul, sin precedentes, que me preguntaba si podría ser también consecuencia del cambio climático. En días como estos, con semejante sol, nuestras vidas deberían carecer de preocupaciones, pero en su lugar hablábamos del próximo final de alguien a quien todos nosotros amábamos tanto. Padres que esperaban morir antes que su hijo y no después, una novia que hubiera querido tener un hijo suyo, un amigo a quien ni siquiera se le había ocurrido que algún día podría llegar el final de esa amistad.

XLIII

Kalman Teller había invitado al redactor de *Psy* a que fuera a su casa. En un entorno que debería de haberle impresionado a él tanto como me impresionó a mí, le había prometido los derechos en exclusiva para publicar los resultados de su investigación. Había ido aún más lejos: *Psy* podía contar con el apoyo económico en el caso de que fuera necesaria una investigación de mayor envergadura y, pensando en lo que ya habían sufrido durante el período anterior, estaba dispuesto a hacerse cargo de los gastos de la mejor ayuda jurídica. Era una oferta demasiado tentadora como para rechazarla. En menos de una semana había un paquete completo con toda la información médica disponible de los fallecidos.

A su vez, el redactor de *Psy* había propuesto un especialista que, bajo su punto de vista, estaba excelentemente capacitado para analizar esos datos. Era una manera inteligente de complacer a Kalman Teller y de conservar el control sobre la fiabilidad de la investigación. Govert Oosting era clínico químico y catedrático en los aspectos bioquímicos de la psiquiatría. La información llevaba ya casi una semana en su poder cuando Kalman Teller me invitó a su casa para escuchar los resultados.

Oosting no era un hombre espontáneo y risueño, más bien alguien que esperaba ser tratado con toda la consideración que creía merecerse como especialista en el terreno sobre el que queríamos consultarle. Esta fue una pose que de inmediato creó una distancia entre nosotros, aun antes de que la conversación hubiera arrancado del todo.

Tras una presentación por parte de Kalman Teller, Oosting entró en seguida en materia:

—Ya le he comunicado al señor Teller por teléfono que, a mi modo de ver, el pleito de los familiares tiene pocas posibilidades de éxito. Estas personas se suicidaron porque dejaron de tomar sus medicamentos. Difícilmente se podrá imputar por eso a las clínicas donde han sido tratadas. Todas esas personas estaban tomando grandes dosis de Seroxat y Eflexor. —Meneó la cabeza y continuó con tono reprobatorio—: No puedes dejar de tomarlos sin más y quedar impune. Son cuatro los casos en los que ustedes están interesados, pero este es un problema frecuente: las personas con trastornos depresivos empiezan a experimentar por su cuenta con los medicamentos que se les ha prescrito. A veces achacan incluso la culpa de sus depresiones a esos mismos medicamentos y los dejan de tomar sin más. Por desgracia, con fatales consecuencias casi siempre.

Le interrumpí y pregunté:

—¿Puede usted deducir del examen de los historiales médicos que habían dejado de tomar los medicamentos?

—No, me ha entendido usted mal. La fuente más importante para mí era lo que aparecía en los informes de la autopsia. ¿Sabe usted algo del funcionamiento de los antidepresivos?

La vida quiso que, en efecto, supiera lo necesario al respecto. Tras el fallecimiento de Eileen me había pasado casi dos años tomando Seroxat. En aquella época también me puse a investigar, porque quería saber lo que tomaba. Pero me lo guardé para mí y respondí:

—No, nada en realidad.

—Muy brevemente entonces. La sustancia activa en el Seroxat es la paroxetina. Para el Efexor es la venlafaxina. Ambas tienen la propiedad de influir en la serotonina del cerebro. A esta clase de medicamentos se los denomina SSRI: *Selective Serotonine reuptake inhibitors*: inhibidores selectivos de la recaptación de la serotonina. La serotonina es un neurotransmisor; esta sustancia desempeña un papel importante en la transmisión de estímulos en el cerebro. En opinión de los fabricantes de estos medicamentos, existe una relación entre la carencia de serotonina en el cerebro y las depresiones. Los SSRI tendrían que combatir esas carencias de serotonina. Sin embargo, esto es discutible, porque no se han encontrado nunca pruebas concluyentes. Según la denominada medicina basada en la evidencia (EBM), todas esas conclusiones no tienen un fundamento sólido. Por el contrario, es una verdad irrefutable que muchas personas obtienen beneficio de estos remedios. Los detractores de la EBM objetan que es un error afirmar que lo que no ha sido demostrado tampoco existe. Ellos argumentan que existe el riesgo de que las personas obtengan un tratamiento insuficiente si las aseguradoras y las agencias de calidad utilizan esta clase de investigación para limitar el uso de antidepresivos. Aseguran que deben realizarse más experimentos. Este es, en muy breves palabras, el estado de la cuestión. Por lo demás, yo pertenezco en este caso al grupo de detractores de la ebm. Cuantas más pruebas, tanto mejor, pero he visto demasiadas personas que se han beneficiado del consumo de estos medicamentos, se haya demostrado su efecto o no. En resumen: merecen el beneficio de la duda, y estoy convencido de que si se hubieran empleado menos, muchos pacientes se habrían visto perjudicados.

Yo mismo era una de esas personas que se había beneficiado, porque el remedio me había ayudado, en efecto, a salir del período más oscuro de mi vida.

Solo ahora trajo Oosting hacia sí la pila de informes y dijo:

—Lo que he podido colegir de estos historiales es que a estas cuatro personas les habían prescrito elevadas dosis de medicamentos: en tres casos Seroxat y en un único caso Efexor. Se trata en su totalidad, así pues, de personas con graves trastornos depresivos. Si bien no es posible medir la cantidad de serotonina en el cerebro, sí se puede determinar la presencia de paraxotina y venlafaxina en la sangre de quienes toman estos medicamentos. Eso puede comprobarse también por los análisis de sangre de los pacientes; esa información también puede extraerse sencillamente de los historiales.

—Usted hablaba hace un momento sobre los informes de las autopsias, de los que se desprendía lo contrario.

Su reacción fue abrupta:

—Debe usted mantener cada cosa en su lugar. En el curso de los años se les han realizado a estas personas análisis de sangre de manera ocasional y, como llevaban años consumiendo Seroxat y Efexor, los resultados del laboratorio indican que aparecen paroxetina y venlafaxina en la sangre. Sin embargo, cuál no sería mi sorpresa cuando en los informes de la autopsia no se halló presencia alguna ni de paroxetina ni de venlafaxina. Eso significa que estas personas llevaban ya mucho tiempo sin tomar sus medicamentos. Probablemente unas seis semanas por lo menos, porque pasa algún tiempo antes de que desaparezcan por completo de la sangre.

—¿No estaban los médicos al tanto de este hecho? —preguntó Kalman Teller.

—¿Con qué frecuencia se realiza usted análisis de sangre? La mayoría de las personas solo lo hacen de manera ocasional, cuando existe un motivo. Estás enfermo y te sientes cansado sin ninguna razón aparente. En semejantes casos se toma sangre, confiando en que su análisis pueda aportar un resultado definitivo. Los últimos análisis de sangre de estas cuatro personas son de hace algún tiempo —dijo Oosting señalando hacia la pila de informes—. De los historiales clínicos se deduce que los médicos seguían prescribiendo los medicamentos sin más. Me imagino que sus pacientes no les habrán dicho que habían dejado de tomarlos porque suponían que los médicos no estarían dispuestos a admitir el cese del tratamiento.

—¿Los pacientes entonces recibían las recetas pero ya no tomaban los medicamentos? —pregunté yo.

—¿Qué cree usted? Naturalmente. Para excluir cualquier duda llamé a sus médicos y les pregunté si por cualquier razón habían empezado a recetarles un placebo, pero lo negaron categóricamente. Yo tampoco podría dar ninguna explicación lógica. Estas personas dejaron de medicarse sin más. Ya se lo dije, es algo que ocurre con frecuencia. Todo lleva a pensar que este caso en su totalidad no es más que una tormenta en un vaso de agua.

—¿Tiene usted alguna idea de la razón por la que dejaron de tomarlos? —preguntó Kalman Teller.

—Como ya dije, pueden ser numerosas razones. Lo único que hay aquí específico y en común para los cuatro casos es que probablemente se hayan sentido muy animados tras someterse a las intervenciones y ver que había cambiado su aspecto físico.

En verdad, podían ser numerosas razones. Cuando ya había asimilado algo la pena por la muerte de Eileen, decidí ir reduciendo poco a poco las dosis de Seroxat de acuerdo con mi médico de cabecera.

—Por lo demás, no he podido sacar ninguna conclusión especial de estos informes. Aparte del consumo de antidepresivos, eran personas sanas, si tomamos también en consideración los achaques de vejez, porque la edad de las víctimas varía mucho. Lo que sí me llamó la atención, y para mí era nuevo, es que en su sangre se hallaran restos de hidroxapatita de calcio. Es una sustancia que ya está presente en nuestro cuerpo, pero aquí se encontraba en dosis elevadas. Esto puede atribuirse al

hecho de que estas personas fueron sometidas a intervenciones cosméticas. Esta sustancia es uno de los componentes activos de los llamados rellenos temporales. He de confesarles que en ese terreno no estoy lo suficientemente versado y que me he informado para ustedes en aras de una mayor exactitud y eficacia. Cuando la hidroxiapatita de calcio se inyecta para llegar al relleno deseado, el cuerpo la va descomponiendo despacio, lo que tiene como consecuencia que al cabo de algún tiempo haya de repetirse la intervención. —Por primera vez esbozó una leve sonrisa y dijo—: Eso es lo que se llama en ese mundillo un *retoque*.

Después de que Oosting se hubiera marchado, discutí con Kalman Teller cómo debíamos continuar. Aunque Oosting había sido altanero, llegando a lo arrogante, y había mostrado poca paciencia para las preguntas que le hacíamos, también era un hombre que gozaba de mucha reputación y con mucho conocimiento de lo que hablaba. A mí no me interesaba qué consecuencias tenía para el juicio de los familiares la información de Oosting. Si habían sido las propias víctimas quienes habían dejado de tomar los antidepresivos, su causa no se veía reforzada, por decirlo de la manera más suave. También porque, como ya había indicado Oosting, muchos pacientes experimentaban por su cuenta con el uso de los antidepresivos, haciendo caso omiso del consejo de los médicos.

—Y, sin embargo, está ocurriendo algo. ¿Por qué, si no, Vandersloot va a visitar a los familiares? ¿Y por qué le protegen? De la conversación que mantuvo con Spitzer se desprende claramente que esa protección es algo con lo que puede contar, ¿no?

Eran preguntas que me hacía en voz alta, sin tener demasiadas esperanzas de que me las respondiera el anciano que había frente a mí. Incluso durante nuestra conversación con Oosting, la mirada de Kalman Teller no había dejado de desviarse de vez en cuando a las pantallas de los ordenadores que le rodeaban. Por lo demás, ya nos habíamos visto varias veces y lo único que me había quedado claro era su obsesión por el petróleo, o, mejor dicho, por su agotamiento, y el convencimiento de que entonces comenzaría una nueva época.

—Nadie lo sabe todo. Nadie.

—¿Perdón?

—Me refiero al señor Oosting. A pesar de esa gran seguridad en sí mismo, es algo que también puede aplicársele a él. Naturalmente, yo me he hecho las mismas preguntas que usted. Hay algo en común en el tratamiento de estas personas, incluso aunque hayan sido tratadas en distintas clínicas. ¿No habló usted con los familiares? ¿Recuerda aún todas las cosas que se hicieron en el cuerpo? Sea como fuere, todas las víctimas tenían la misma sustancia en el cuerpo.

—Lo apunté lo mejor que pude, pero la primera mujer se había hecho tanto que me pregunto si su marido aún se acordaría de todo. Se gastó en reconstruirse a sí misma miles y miles de euros de los ahorros conseguidos con el sudor de su trabajo.

—Comparemos todas sus notas, cuatro ojos ven más que dos.

La única persona que había sufrido intervenciones quirúrgicas era la mujer del

pintor. Con ayuda de la liposucción, se quitó del vientre y las caderas la grasa sobrante. Por lo demás, el resto eran todas intervenciones no quirúrgicas que se realizaron con inyectables. En el caso de la chica que fue tratada por el colega de Vandersloot, era para darle una forma más firme y redonda a pechos y nalgas, y, en el caso de las otras mujeres mayores, se trataba de intervenciones en el rostro. Desde el tratamiento de líneas a lo largo de la boca, pliegues entre la nariz y las comisuras de los labios, arrugas alrededor de los labios, patas de gallo alrededor de los ojos, hasta el afianzamiento del contorno de la mandíbula.

—Rellenos a base de esa cosa de calcio —dije yo.

—Hidroxiapatita de calcio —completó Kalman Teller.

Corrió la silla hacia atrás. Tenía sobre el regazo las manos deformadas y tuve que esforzarme de nuevo para apartar la mirada de ellas. Esta vez, sin embargo, no le molestó, pues estaba demasiado concentrado en sus pensamientos para darse cuenta.

De repente, corrió la silla en dirección a uno de sus ordenadores.

—Seroxat, paroxetina, Efexor, venlafaxina. Seroxat y Efexor son marcas registradas; paroxetina y venlafaxina, las sustancias activas. Hidroxiapatita de calcio. ¿Qué nos falta? Conocemos la sustancia que se encontró, pero no las marcas registradas. —Se quedó mirándome y me preguntó—: ¿Recuerda el nombre de las clínicas?

En los quince minutos que siguieron se entregó al teclado con tanta rapidez como sus dedos le permitían, hojeando las páginas web de las clínicas donde se habían tratado las víctimas. Sin prestar ninguna atención a lo que me podían parecer sus dedos, señaló por fin en la pantalla:

—Todas estas personas han sido tratadas con un producto que lleva la marca registrada de Radison. —Señaló el conocido circulito con una R dentro y continuó—: *Registered trade-mark*. La siguiente pregunta es a quién pertenece.

Tampoco necesitamos mucho tiempo para encontrarlo.

—¿Le dice algo esto? —preguntó.

La dirección no me decía nada, pero el nombre tras «Fabricante/Distribuidor» me decía mucho más: MEDCARE.

MEDCARE, la empresa cuyo director general era Stephen Spitzer. El hombre al que Vandersloot había llamado buscando protección cuando le entró el pánico.

Al recuperarme del primer sobresalto, dije:

—Vandersloot se pasó por la casa de familiares de personas a las que se les administró el mismo medicamento. Ese es el vínculo entre las clínicas. Debe ocurrir algo con esa mierda y él lo sabe.

Ahora que nos habíamos topado con el nombre de Radison, fuimos en esa dirección. Comprobamos por numerosos anuncios y artículos que era un medicamento que había salido al mercado con mucha fuerza. Un mercado donde, vista la lista de

nombres, la competencia debía de ser grande: Restylane, Hylaform, Evolence, Perlane, Esthelis, Sculptra, Radiesse. Todos rellenos temporales. Nombres que no había oído nunca antes, pero, visto el precio por unidad, este negocio debía de ser muy lucrativo. No solo para las propias clínicas, sino también para los fabricantes de los productos. Con la promoción del Radison se había seguido una estrategia en la que, por un lado, se les cedía la palabra a los cirujanos y a sus clientes para que hablaran de los excelentes resultados y, por otro, se publicaba una serie de artículos pseudocientíficos en los que se remarcaba que se trataba de una sustancia que ya teníamos en el cuerpo y que poco a poco volvía a diseminarse por el organismo. No pudimos encontrar cifras de ventas, tampoco del mercado total para esta clase de productos, pero estaba claro que era un mercado en alza y la cara campaña de publicidad estaba encaminada a conquistar un lugar entre los demás competidores. El hecho de que para ello no se rehuieran técnicas agresivas resultaba de un artículo en el que el fabricante de otra marca de la competencia se quejaba de que Radison no solo se ofrecía con grandes descuentos, sino que utilizaban también otros trucos de venta. Lujosos congresos en los que podían participar médicos a cambio de unos precios mínimos y, además de escuchar información sobre Radison, podían jugar al golf, navegar en velero, cenar para asistir a continuación al teatro y se ofrecían un sinnúmero de diversas actividades. Por lo demás, los vendedores de Radison dejaban muchísimos regalos durante las visitas a las clínicas: bolígrafos, memorias USB, agendas, reproductores de mp3, marcos digitales, botellas de vino. Si bien me pareció que la persona que aquí se quejaba tenía también cosas que ocultar, ofrecía una buena visión de conjunto de cómo funcionaban las cosas en este negocio. Un método de trabajo que mostraba grandes coincidencias con el modo en que la industria farmacéutica intentaba procurar que sus medicamentos acabaran «en la pluma del médico».

Lo último que MEDCARE y Stephen Spitzer deseaban era mala publicidad de su producto.

XLIV

Ya estaba oscureciendo cuando crucé a la acera que se encontraba frente a mi casa. En ese mismo instante oí un fuerte golpe. Era sin duda el sonido que se producía al chocar metal contra metal. Cuando me di la vuelta, vi cómo había un ciclista en el suelo frente al restaurante de comida griega para llevar que había en la misma calle, un poco más adelante. Primero pensé que el chico que se levantaba se tambaleaba porque se había herido, pero poco después me di cuenta de que debía de estar completamente borracho y ahora intentaba recuperar el control del cuerpo. Se había chocado de frente contra un coche aparcado y, mientras se esforzaba por mantenerse derecho, se abrió la puerta del lado de la acera y del coche salió un hombre. En lugar de arremeter furioso contra el chico, pasó despacio por delante del capó y valoró los daños sin prestar atención al ciclista. Aunque en el crepúsculo no pude distinguir su rostro y no había dicho ni una sola palabra, reconocí algo en su manera de moverse. Sus andares no eran tanto lentos como cautelosos, sin ningún signo de prisa o intranquilidad, y seguro de lo que estaba haciendo. Cuando me percaté de dónde le había visto antes, me quedé petrificado y solo pude darme la vuelta con un supremo esfuerzo, hacer como si no hubiera pasado nada, dirigirme a la puerta, abrirla y entrar.

Tan pronto como hube cerrado a mi espalda, subí corriendo las escaleras a grandes pasos, abrí la puerta de casa y me encaminé lo más rápido que pude a la zona del piso que da a la calle. No me puse delante de la ventana, sino que mantuve la distancia justa para poder mirar lo que estaba ocurriendo en la diagonal de la calle debajo de mí. El propietario del Knossos había salido ahora y los dos vimos cómo el hombre agarraba del brazo al muchacho, en apariencia sin enfado o enojo alguno. No pude oír lo que decían, pero poco después el muchacho se subía a la bici y se iba pedaleando. El hombre volvió a pasar por delante del capó, se encogió de hombros ante el propietario del Knossos y entró en el coche. Aguardé en tensión para ver si se marchaba, pero no fue así.

Entre tanto, ya había visto lo suficiente como para saber que no iba a irse. Había dejado el coche ahí para vigilarme. ¿Acababa de llegar, poco después de que yo hubiera aparcado, y había estado siguiéndome todo el día, o estaba simplemente ante mi puerta esperando a que llegara? Lo único que contaba era que para él yo estaba en casa; no volví la cabeza cuando entré, pero estaba seguro de que no me había quitado ojo.

Me aparté de la ventana y encendí las luces como si no pasara nada; puse agua a calentar para un té. ¿Qué significaba el hecho de que me estuvieran siguiendo y cuán peligrosa era esa situación para mí o para las personas a las que había ido a ver los días pasados? ¿Y cuánto tiempo llevaban vigilándome en realidad? ¿Desde que le di un par de tortas a Vandersloot? ¿Y trabajaba este hombre solo o con otros? Con todo lo que desconocía, seguía habiendo una cosa que jugaba a mi favor: era imposible que el hombre que me vigilaba supiera que le había reconocido. Aunque le mirara a

la cara desde un metro de distancia, podía encogerse de hombros. Por lo que a él concernía, yo nunca le había visto.

Cuando corrí las cortinas, al cabo de más de una hora, y miré afuera con la mayor discreción posible, vi que el coche seguía allí. Para entonces ya había decidido lo que iba a hacer. Bajé por la escalera hasta la vivienda de mis vecinos de abajo, en el segundo piso, y llamé. El surinamés que había vivido aquí ya se había ido, pero su antigua novia se había quedado y con ella seguía manteniendo una buena relación.

—¿Me prestas tu carné de alquiler de coches? —pregunté después de que me hubiera dejado entrar.

—¿Se te ha estropeado el tuyo?

—No, pero no puedo utilizarlo. Lo están vigilando.

No pareció sorprendida, pues sabía a qué tipo de trabajo me dedicaba, había estado en el hospital cuando casi me matan a patadas y, además, con su ex había tenido unas experiencias tan estrambóticas que ya apenas había algo que pudiera llegar a extrañarla.

—¿Vas a devolverlo de una pieza? De lo contrario, yo seré la responsable.

—Sí, claro. No voy a hacer ninguna locura. ¿Puedes explicarme cómo funciona exactamente y dónde están aparcados?

No tenía coche propio y llevaba ya años utilizando los coches de alquiler de Greenwheels. Cada vez podían verse más coches de estos aparcados en zonas estratégicas de la ciudad, para que los clientes pudieran encontrar siempre uno cerca.

Cuando me hubo explicado todo, le dije:

—Y ahora tengo que pedirte otra cosa.

Poco después descendía por la escalera de mano hasta el tejado del anexo que tenían los vecinos de la planta baja. Me moví por la grava con el máximo sigilo, fui al lado donde se veía más oscuro el jardín que había abajo y, después de haber estudiado la situación, levanté el pulgar hacia mi vecina. La escalera era tan corta que tuvo que colgarse de la ventana para poder recogerla y, mientras estaba ocupada con eso, descendí despacio a la oscuridad. El jardín que estaba atravesando se utilizaba como lugar de depósito de todo tipo de trastos y tuve que caminar con cuidado para no tropezar. A continuación, fui andando en zigzag a lo largo y por encima de vallas medio podridas, empalizadas de carrizo inclinadas y otras separaciones entre las parcelas antes de salir a la acera que daba a la Frans Halsstraat.

El hombre que me vigilaba solamente podía ir en una dirección si salía con su coche por nuestra calle, y no mucho más tarde aparqué el coche de alquiler de manera que pudiera seguirle inmediatamente tan pronto como doblara la esquina. Aunque no podía imaginarme que fuera a quedarse toda la noche, no tenía ni idea de cuándo se convencería de que el día había terminado para mí. Me repantingué, abrí un poco la ventanilla y me encendí un cigarrillo. A esperar, como tantas otras veces lo había

hecho. Esperar algo mientras transcurría el tiempo. Si hubiera estado atareado con algo, ese tiempo habría pasado inadvertido. Ahora era consciente de él y eso no lo hacía más fácil. Veía cómo las cifras iban saltando en el reloj del salpicadero. El día, el mes, el año, las horas y los minutos: una combinación única e irreplicable. De lo más natural y, a la vez, realmente inconcebible solo ya la constatación de que el tiempo que ahora se alejaba con su tictac ya nunca podía regresar, apartándose de mi vida por siempre.

De vez en cuando encendía el motor para calentar un poco el habitáculo. Me apetecía un café, y aunque apenas estaba a cincuenta metros del McDonald's en la esquina entre la Ferdinand Bolstraat y la Albert Cuypstraat, no me atreví a correr el riesgo. Mis pensamientos divagaron hacia Jaap y, cuando le vi ante mí, tan deteriorado como estaba, una punzada me traspasó el corazón. Me sentí de repente tan inquieto que tenía que hacer algo. Vi cómo se acercaban dos muchachos hacia donde yo estaba, bajé la ventanilla y los llamé.

—Chavales, ¿queréis traerme del McDonald's un café y un McFlurry?

Me miraron sorprendidos, pero cuando les ofrecí dinero para que me hicieran el recado, lo aceptaron. De nuevo, habitantes de Ámsterdam a los que apenas había algo que pudiera sorprenderlos. Poco después ya tenía mi café y mi helado y, mientras iba engulléndolo, empecé a sentirme mejor.

A las diez pasadas, el coche vino por la esquina y torció en dirección a Hobbemakade. Solo había una persona dentro. Lo seguí a cierta distancia y, con el tráfico que había, estaba bastante seguro de que podría hacerlo con la suficiente discreción. Condujimos por el Nuevo Sur y por el complejo del RAI. Me pregunté si iría a coger la autopista, pero siguió por el Europaboulevard, para poco después entrar en el aparcamiento del Novotel. Yo seguí recto y paré un poco más adelante. ¿Se alojaba aquí? No era mal lugar: un hotel lo suficientemente grande como para no llamar la atención, cerca de las vías de salida, al lado del aeropuerto de Schiphol, en las afueras de la ciudad. Poco después me bajé y fui hasta el aparcamiento. Pasó un rato antes de que pudiera encontrar el coche. Miré mi reloj: las diez y media pasadas. Para estar más seguro, decidí esperar un poco y regresé al coche.

Me quedé esperando poco más de tres cuartos de hora. Entonces ya no pude aplazar por más tiempo la parte más difícil. Estuve un rato con el móvil en la mano antes de llamar a la única persona que podía ayudarme. Atendieron casi de inmediato.

—Soy Jaap.

—Soy yo. ¿Estabas durmiendo?

—No, estoy zapeando un poco. ¿Por qué llamas?

—Tienes que hacer algo por mí, pero prométeme que no me harás preguntas. Preferiría no tener que pedírtelo, pero no tengo elección.

—¿Se trata de ese caso de Roes?

—Sí.

—Bueno, te ofrecí ayuda, así que dime.

—Estoy delante del hotel donde acabo de ver entrar a uno de los asesinos de Sunardi. Me estaba siguiendo y he vuelto las tornas.

Se produjo un breve silencio al otro lado de la línea. Luego, Jaap preguntó:

—Uno de los asesinos de Sunardi. ¿Y cómo lo sabes?

—No puedo contártelo.

—Pero yo sí que puedo hacer algo por ti.

—Sí. Debes decirles a tus colegas que te han dado un soplo. Si proviene de ti, estoy seguro de que harán algo.

—¿Y luego?

—Vigíalos, píllalos. No me importa. Eso debéis decidirlo vosotros.

—Entonces estaremos siguiendo a alguien que está siguiéndote a ti. Va a convertirse en toda una procesión. Y así también daremos contigo.

—Eso ya lo sé, pero, llegado el caso, si me preguntan, yo no tengo ni idea de nada. Podréis averiguar que estoy involucrado en el caso de Mira Roes y que simplemente estoy haciendo mi trabajo. No sé por qué me siguen.

—¿Tienes alguna prueba de que ese hombre al que has seguido es uno de los asesinos?

—No puedo decirte nada. Eso tendrán que averiguarlo tus colegas ellos solitos. Ahora me están siguiendo personas que ya han cometido un asesinato. No tengo ni idea de lo que son capaces, pero no es una sensación en absoluto agradable. Quiero perderlos de vista y para eso os necesito a vosotros. Os doy un buen soplo y vosotros me ayudáis a mí a librarme de ellos. Eso es lo que ofrezco.

Jaap no necesitó mucho tiempo para reflexionar sobre mi oferta:

—Confío en ti, Jager. Muy bien, dime. ¿Adónde tenemos que ir?

—Está en el Novotel del Europaboulevard.

—¿Y cómo sabremos a quién debemos coger?

—No tengo ningún nombre. Eso lo debéis averiguar vosotros.

No me apetecía nada entrar en el hotel y preguntar en la recepción. ¿Qué pasaría si él estuviera todavía en el vestíbulo y me reconociera? Ese riesgo me parecía excesivo.

—Tengo la matrícula del coche que conduce. Un Peugeot azul oscuro. Está en el aparcamiento delante de la puerta. Os las tendréis que arreglar con eso.

También le di la descripción del hombre que me había estado siguiendo.

—¿Podrían ser más? —preguntó Jaap después.

—Sí, debes contar con esa posibilidad. Y otra cosa: tendréis que proceder con mucha cautela. No son aficionados y no creo que les suponga mucho cargo de conciencia eliminar a alguien.

—Ten cuidado tú también.

—Sí, sí. A propósito, mañana me pasaré a verte. No sé si estarán todavía detrás de mí, pero seguiré haciendo mi vida normal.

Cuando hube colgado, noté que me sudaban las manos. Jaap llamaría y, aunque

sabía que por su parte no debía sentir ningún remordimiento, me costaba mucho haber tenido que acudir a él precisamente en este momento.

XLV

No me sentí mucho mejor cuando Elzeline me llamó al día siguiente.

—¿Ya le han operado?

Fue una sorpresa desagradable. Me asaltó una sensación de culpabilidad por haberle pedido ayuda mientras volvía a verse enfrentado a otra operación. ¿Estaba despierto todavía cuando le llamé porque la idea le impedía dormir? Pero había algo más. No me cabía en la cabeza que Jaap no me hubiera pedido opinión y, aunque también era el deseo de su padre y Elzeline, se había hecho lo que él quería. Pero ¿por qué no me había enterado de nada? A la hora de la verdad, ¿yo era solo un extraño?

—Si lo hubiera sabido, habría ido, por supuesto.

—Te llamé unas cuantas veces, pero el teléfono estaba apagado. ¿Escuchas alguna vez el buzón de voz?

Su voz transmitía enfado, cansancio y fragilidad. Debía de estar extenuada.

—Perdón —me disculpé—, no era mi intención. ¿Qué tal ha salido?

—Bueno, bien. Han conseguido anular el aneurisma. —Se calló por un momento y empezó a llorar—: Ahora le queda un agujero en la cabeza. Tiene un aspecto horrible.

No supe cómo reaccionar. No le podía decir que debíamos estar contentos con que la operación hubiera sido un éxito.

—¿Podrás llevarlo sola? ¿Tienes a alguien con quien poder hablar? —lo intenté.

—Sí, hablo mucho de ello. Con una amiga. —Había dejado de llorar y respiró un par de veces profundamente—. Y mis padres, naturalmente, están preocupados. Mi madre me pregunta casi cada día qué tal estoy. Es terrible, una vez me enfadé y le dije que también podría interesarse alguna vez sinceramente por Jaap. Mi madre sigue guardándole rencor por haberme dejado.

»¡Madres! —continuó, en un intento de sonar más animada.

»¿Y con quién puedes hablar tú, Jager?

La pregunta me cogió por sorpresa. Eileen estaba muerta, mis padres estaban muertos. Y Jaap era mi mejor amigo.

—No tengo tanta necesidad de hablarlo.

—Es bueno poder hablarlo con alguien.

¿Era cierto? ¿Cómo sería en mi caso? De repente tenía la imagen ante mí de Kalman Teller, en cuclillas junto al muchacho autista. Sin hacer nada, sin decir nada, con toda la paciencia del mundo, esperando a lo que sabía que tendría que llegar, todo el tiempo que hiciera falta hasta que el muchacho dijera: «Hola, Kalman».

—¿Cuándo puedo ir a visitarle? —pregunté para cortar por lo sano.

De los contactos con los familiares que había estado visitando, el que mejor iba era el

del segundo esposo de la señora mayor. Como me hice pasar por un compañero de desgracias, con la única diferencia de que mi mujer, aunque se había quedado como una cabra, no se había suicidado, tenía que ser precavido y no hacerle demasiadas preguntas. Fue el único al que me atreví a visitar una segunda vez para seguir sonsacándole.

Lo que también me llevó a pensar que no tenía ni idea de quién era fue el hecho de que me llamara él mismo para charlar. Le atendí lo mejor posible, pero mis pensamientos estaban todavía en la conversación con Elzeline. Cuando hizo un comentario sobre el próximo juicio, no pude evitar expresar mi enfado:

—Su esposa dejó de tomar el Seroxat, ¿no? La parte contraria seguro que lo alegará.

—¿Que dejó de tomarlo? —reaccionó sorprendido—. ¿Quién le ha dicho eso?

Me di cuenta de que había metido la pata, ya que no tendría por qué saberlo. Saldría pitando si supiera que había visto el historial médico y el informe de la autopsia de su esposa.

—¿Estoy confundido? —intenté reparar los daños—. Creía que usted me lo había dicho, pero por lo visto me he equivocado.

—Debe de ser. Mi mujer tomaba religiosamente sus medicamentos, siempre con el desayuno. Era una costumbre que tenía tan arraigada que nunca se olvidaba. Era muy puntillosa con ese tipo de cosas.

Mucho tiempo después de que hubiera terminado la conversación, estaba todavía con el teléfono en la mano. No por la metedura de pata, que por suerte había conseguido corregir a tiempo. Algo estaba pasando, pero no había podido seguir preguntando. ¿Había visto de verdad que se tomaba las pastillas o solo lo creía? ¿Por qué tendría que haberle ocultado que había dejado de tomar los medicamentos? ¿Tenía miedo de su reacción, que le dijera que era una insensata, que debía hablar primero con el médico de cabecera, o le parecería que no era asunto suyo?

Repasé de nuevo lo que le había oído a Oosting. Los datos presentados por un científico. No pude descubrir ningún punto débil en su exposición. Sin embargo, no aclaraba por qué Vandersloot estaba tan interesado en estas personas como para ir a visitar a sus familiares.

Por mucho esfuerzo que me costara, decidí distanciarme. Si había aprendido una cosa al cabo de tantos años de trabajar en casos difíciles la mayoría de las veces, era lo conveniente que resultaba dejar aparcados asuntos en los que te habías obcecado en vano. Era un fenómeno extraño, una reacción casi contra natura, pero dejándolos aparcados, sin obsesionarme con ellos ni seguir cavilando, a menudo regresaban resueltos solitos en el momento más inesperado.

XLVI

La citación que había recibido el 10 de abril llevaba ya casi dos semanas en el rincón de mi mesa. El juicio era el 26 de mayo y todavía no había hecho nada. No había iniciado los trámites para recurrir a un abogado u obtener uno de oficio. Tres abogados habían prestado declaraciones falsas y las repetirían ante el juez sin pestañear ni inmutarse. No era la primera vez ni seguro que tampoco sería la última. La magistratura sentada, la magistratura de pie; ya no tenía ninguna confianza en ninguna de las dos. Si no había demasiado en juego, tal vez funcionara el sistema judicial, pero cuando se trataba de algo importante, por todos lados se realizaban esfuerzos para influir en el resultado. Personas que conocían a personas. ¿Y cuántos de los jueces que ejercían su cargo de por vida eran unos incompetentes sin más, con una inteligencia demasiado escasa para poder juzgar casos complicados? O, simplemente, que no eran imparciales, porque al fin y al cabo solo eran personas normales y corrientes. ¿Debería yo comenzar también la lucha, al igual que lo habían hecho Mira y Frederik Roes, para acabar al final destrozado? No, sería educado y contestaría con las mayores vaguedades posibles. Declararía que lo que yo había dicho era verdad y que lo que afirmaban estos tres abogados era mentira. Añadiría que nunca tendría que haber hecho ese comentario y que lo lamentaba. ¿Qué podía esperarme: una prisión condicional, unos trabajos forzados o me caería algo más duro?

Por injusto que fuera, no podía esperar más de la sala de audiencia. Si quería luchar en algún sitio, debería elegir yo mismo el terreno.

Cuando a la hora de la cena llamé al timbre de la casa de Louise Verhees, me abrió una chica de unos dieciocho años. El señor y la señora Verhees no estaban y ella era la canguro. Le indiqué que era un compañero de Louise y me informó de que el matrimonio había salido a cenar con unos amigos.

Tuve dificultades en encontrar el antiguo polígono industrial, pero, una vez que llegué, pude aparcar el coche en seguida allí mismo. Cuando me bajé, miré alrededor, pero no había nada que indicara que me habían seguido. Supuse que, aunque hubiera sido ese el caso, los colegas de Jaap también estarían cerca, lo que me tranquilizaba. Paseé a mis anchas por la superficie de alquitrán que llevaba a la entrada del edificio, pasando por delante de coches discretos, la mayoría nuevos y muchos con sillitas para los niños en el asiento trasero. En la entrada había un cartel: «Esta noche estamos completos». Un gran logro, porque en el espacio donde antes se encontraba una fábrica de mantas podían apreciarse cuarenta mesas por lo menos. Cuando le dije a la chica que me recibió en la entrada que solo quería beber algo, me señaló la barra del bar. No había nadie más, el barman estaba agitando un cóctel y me saludó con una inclinación de cabeza. Busqué un lugar en el que pudiera ver el restaurante y dejé

encima de la barra el sobre que había traído. Un suelo de hormigón pintado de gris, una sala de techos altos con cuadernas de acero de las que colgaban enormes lámparas que semejaban paraguas dados la vuelta y una red de tubos de acero que me hicieron preguntarme para qué habrían servido en su día. El murmullo de las muchas voces y el tintineo de los cubiertos sobre los platos sonaban algo huecos en esta gran nave.

El personal de servicio, que iba y venía, llevaba en la parte baja de las caderas un largo delantal negro y un cinturón ancho con una pistolera de cuero en la que enfundaban el aparato donde tecleaban los pedidos. Las chicas parecían casi idénticas las unas a las otras: una estatura de un metro sesenta o setenta aproximadamente, cabello rubio y lacio peinado hacia atrás, un pantalón vaquero ajustado a firmes nalgas y pechos turgentes bajo un polo blanco con el cuello desabrochado. Podías pedirle a una y, sin que te dieras cuenta, podría llegar a servirte otra.

Tras recorrer un poco la sala con la mirada, encontré a las personas que buscaba. Las tenía sentadas a unos quince metros de distancia, junto a un viejo muro de ladrillo restaurado y bajo un alto ventanal por el que entraba la última luz del día. Reunidos junto a una enfriadera con una botella de vino dentro, estaban enzarzados en una animada conversación. A primera vista, no había nubes en el horizonte.

De las cuatro personas que había sentadas a la mesa, yo conocía a tres: Louise Verhees, su esposo y la mujer que estaba sentada frente a él. No conocía al hombre que tenía al lado, pero supuse que era su marido. Dos parejas jóvenes con fabulosas vidas, en las que al parecer no había signos de desgaste. Todo brillaba todavía, no se apreciaba ningún arañazo. Gente guapa que había conseguido salvaguardar toda esa pija: hacer carrera profesional, hijos, un matrimonio feliz, una buena vida sexual y todo lo demás a lo que se creían con derecho. Era difícil imaginarse que una de ellos, Louise Verhees, había causado ya tanto daño.

Decidí que no tenía ninguna prisa y le hice una seña al barman.

—¿Qué es un *salty dog*? —pregunté mientras señalaba el letrero que había detrás de la barra.

—Vodka con zumo de pomelo y sal en el borde de la copa.

—¿Con hielo?

—No, pero si lo quiere así, también se puede.

—¿Picado?

—Sí, desde luego.

—Pues venga.

Fue un éxito. El consistente bocado de sal con la gélida combinación del amargo zumo de pomelo y el vodka, que apenas parecía contener alcohol, lo convertían en un perfecto combinado.

Me quedé mirando a mis anchas la sala con personas comiendo y charlando, y al barman, que preparaba las copas que luego servían las chicas.

—¿Tienes algo de comer? —pregunté cuando se me acabó la bebida de la copa—.

¿Algo para picar? Me gustaría tomarme otro, pero no con el estómago vacío. ¿Algo que pueda prepararse en un pispás?

—Tenemos sushi.

—Estupendo, ponme un poco de cada. Y otro *salty dog*.

Tal vez el sushi había que comerlo con sake, pero el combinado que había elegido era excelente. Probé el sushi de salmón, atún y cangrejo enrollados en arroz, pedacitos de tortilla y pepino envueltos en algas que habían sido pasadas por el fuego levemente para darles esa textura crujiente. Entre sushi y sushi tomaba raíz de jengibre marinada. Hacía mucho tiempo que no sentía y disfrutaba con tanta intensidad de lo que comía y bebía. Por un instante se había ido de la cabeza toda la miseria de Jaap y tampoco quería preocuparme por quienes tal vez estuvieran esperándome en el aparcamiento. Me sentía agradablemente mareado. Percibiéndolo todo, flotando por encima de una manera deliciosa. *Float like a butterfly, sting like a bee*; las palabras de Mohammed Alí, pero así me sentía en este momento: flotando como una mariposa y picando como una abeja, fuerte y ligero al mismo tiempo.

—¿Cuánto es? —pregunté.

Después de pagar, cogí el sobre de la barra y me levanté.

Louise Verhees no me vio hasta que ya había llegado a su mesa. Tres rostros me miraban esperando a que dijera algo, pero el suyo se ensombreció de inmediato.

—Tu canguro me dijo que podría encontrarte en este sitio.

—¿Qué está usted haciendo aquí?

El tono de su voz era tan desagradable que al resto de sus comensales les quedó claro de inmediato que estaba pasando algo.

Miró a su marido y le dijo:

—Es él.

Habíamos hablado una sola vez, si a eso se le podía llamar hablar, y fue cuando me llamó furioso, insultándome y por último amenazándome con un juicio.

Ese juicio había llegado, en efecto, pero ¿era este un perro ladrador que también sabía morder ahora que me tenía delante? Por un momento pareció así, porque hizo ademán de levantarse. Pero cuando le gruñí:

—¡Siéntate! —volvió a plantar las posaderas en su silla—. Muy bien —dije volviendo de nuevo la mirada a su esposa—: No necesito mucho tiempo. —Mantuve en alto el sobre y continué—: Tengo algo para ti. Es muy importante, pero antes quiero que me escuches.

La pareja con la que habían salido a cenar parecía más interesada en lo que yo tenía que decir que en interponerse entre nosotros.

—Me sé casi de memoria ese escrito tuyo. El encabezamiento «Respetabilísimo Tribunal». El empleo de la palabra «respetabilísimo» cuando en realidad le estás mintiendo. Pero eso no es lo que más grabado se me ha quedado en la memoria. Son

las palabras tan solemnes con que concluyes: «Doy fe». Tu mentira empeoró aún más el sufrimiento de Mira y Frederik Roes, pero estás tan orgullosa de tu truquito que finalizas con semejante solemnidad. Y ahora vuelves a mentir para darme una lección. Dentro de poco nos veremos en los tribunales, pero, antes de que llegue ese día, quiero enseñarte algo.

Abrí el sobre y dejé caer sobre la mesa ante ella la primera foto. Las había aumentado una a una y dejaban todo más claro que el agua. Redig era un fotógrafo excelente. Había captado nítidamente al marido de Louise Verhees y a la mujer que ahora estaba sentada a la mesa frente a él. Fui dejándolas caer sobre la mesa una a una. Para el final había guardado la foto en que le pone las manos en las nalgas, haciendo que se le suba ligeramente la falda.

Entre tanto, ya tenía la atención de las dos parejas; todos miraban conmocionados las fotografías de Redig. En su día, me había sugerido que alguna vez podrían venirme bien para chantajear al marido de Louise Verhees, pero les había encontrado un uso mucho mejor.

—Yo nunca te he amenazado y tampoco te amenazaré nunca, a pesar de que eso sea lo que vayas a afirmar en el tribunal, pero me parece que tú, precisamente tú, tienes derecho a conocer la verdad. Una cosa más: tengo más fotos. Fotos en las que están juntos en la cama. Esas las conseguirás después del juicio. Te contaré cómo. Si la sentencia del juez me gusta, te las mandaré por correo a casa y entonces podrás hacer con ellas lo que quieras. Si la sentencia del juez no me gusta, entonces haré lo que yo quiera con las fotos. Las colgaré por ejemplo todas, junto con estas, en la página web de tu bufete. —Miré brevemente al marido y añadí—: Y en la página web de Schretlen & Co. Será todo un sobresalto para un banco tan respetable. —Dirigí la mirada de nuevo a Louise Verhees y continué—: Vete contando los días hasta que nos veamos en los tribunales, porque yo los contaré también.

No tenía ninguna foto de su marido y de esa señora en la cama, pero el daño que solo la idea le procuraría compensaba de alguna manera las preocupaciones que me abrumaban ante la perspectiva de un juicio que no podría ganar.

Me di la vuelta y me marché.

XLVII

Algo de lo que había dicho el segundo esposo de la mujer fallecida, cuando me llamó, no se me iba de la cabeza. Según él, su esposa no había dejado de tomar los medicamentos. Era lo contrario que afirmaba Oosting y hasta ahora le había concedido más valor al juicio de un experto médico que lo sabía todo sobre el comportamiento de los consumidores de antidepresivos, pero supongamos que había estado escuchando al que no tenía razón. Solo había una manera de averiguarlo.

Mientras estaba buscando qué era lo que sabía Vandersloot y por qué le cubría las espaldas Spitzer, me había hecho pasar por el esposo de una mujer que también se sometió al tratamiento, que también tomaba antidepresivos y que también había terminado con problemas psíquicos. Ahora comprendí que debía intentar encontrar, en efecto, a la mujer que hasta ahora solo había existido en mi imaginación.

Cuando reflexioné sobre las implicaciones de lo que ahora consideraba una posibilidad, comprendí que sería necesario todo el poder de persuasión para conseguir la colaboración deseada. Kalman Teller volvió a sorprenderme de nuevo al aceptar de inmediato mi propuesta, pero no ocurrió lo mismo con el redactor de *Psy*. Kalman Teller necesitó todo su poder de convicción, e incluso entonces la decisión de colaborar se debió más a la zanahoria que se le ponía delante. Si yo tenía razón, podría escribir un artículo que casi con toda seguridad llegaría a las noticias nacionales, por no hablar del alboroto que causaría tanto entre pacientes como entre especialistas.

En el pasado se solían colocar anuncios en los que se llamaba a colaborar a consumidores de antidepresivos en investigaciones. Por numerosas razones, podía resultar útil, y aquellos que estaban dispuestos a colaborar recibían a menudo por su participación una compensación económica. Casi siempre se indicaba qué tipo de consumidores se buscaba, en razón de edad, lo elevado de las dosis, el tiempo que se llevaba consumiendo el medicamento y la combinación con el consumo de otros medicamentos.

En ese sentido, el anuncio que se colocó en la página web de *Psy* y en algunas otras páginas que consultaban personas con trastornos depresivos u otro tipo de dolencias psíquicas no era tan especial, pero sí lo suficientemente extraño como para provocar reacciones inmediatas.

Una de las más interesantes, y una a la que ya nos habíamos anticipado, era la de un bufete de abogados que indicaba actuar en nombre del fabricante de Radison. En un tono muy imperioso, querían informar acerca del trasfondo de este anuncio. Obtuvieron la respuesta fuera de que se trataba de un experimento para averiguar cuáles eran las consecuencias psíquicas de esta clase de intervenciones cosméticas para las personas que estaban tomando antidepresivos. Aunque querían más

información, se quedó en eso. No había ninguna razón legal para poder arrancarnos más.

Ahora que todo se había puesto en marcha, solo nos quedaba esperar. Un mes, dos meses, el tiempo necesario para tener a las personas suficientes que estábamos buscando. Normalmente, me habría sentido incómodo en una posición tan expectante, pero esta vez me venía muy bien. Cuantas menos cosas tuviera entre manos las semanas siguientes, tanto mejor.

XLVIII

Tenía los nervios de punta cuando fui al hospital, inseguro como estaba de lo que podía encontrarme. Tomé el tren y llegué a la estación de Leiden pasando por delante de La Place. No solo parecía que había transcurrido una eternidad desde mi última cita allí con Redig, sino que también daba la impresión de que fuera algo de otra vida, como si el yo que ahora iba a ver a Jaap y el yo que se había reunido con Redig fueran dos personas distintas.

Elzeline había llorado porque Jaap tenía muy mal aspecto. Eso había sido poco después de la operación, pero las veinte horas que habían transcurrido más o menos desde entonces no le habían hecho ningún bien. Me asusté cuando le vi y solo esperaba que no se me hubiera notado. La operación le había propinado tal bofetón que por primera vez parecía realmente demacrado, como si desde dentro le estuviera corroyendo algo tan agresivo que le destrozaba todo el cuerpo. Tenía los ojos hundidos en las cuencas y las mejillas tan caídas que no solo podía apreciarse bajo la piel el contorno de la mandíbula, sino también todo el hueso maxilar. Por primera vez en todos esos años que le conocía no me recibió con una sonrisa.

Sus padres y Elzeline estaban sentados alrededor de la cama y, con la excusa de que querían ir un momento a beber algo, me dejaron solo con él al cabo de un cuarto de hora. Apenas me había inmiscuido en su conversación, pero escuchando y mirando a Jaap comprendí lo grave que era. Había venido para preguntarle qué tal le iba, para charlar un rato, por estúpida que fuera la conversación, pero ahora que estaba sentado junto a su cama cualquier pregunta parecía inútil.

—¿Cuánto tiempo tienes que quedarte?

—Hasta el final. Ya no saldré de aquí, Jager.

Lo dijo sin amargura, pero en un tono que pretendía excluir cualquier tipo de duda y hacía innecesaria la especulación.

Se quedó mirándome un momento y dijo:

—Qué aspecto más sombrío. No hace falta que me hagas reír, pero tú no eres quien está aquí postrado. Esto es como es. Lo sé y puedes hablar de ello sin ningún tipo de trabas.

—¿Qué dicen los médicos?

—Unas pocas semanas, a lo sumo un mes. A todo esto, ¿qué día es hoy?

—Martes, 25 de abril.

—Llegaré a celebrar una vez más el Día de la Reina, pero aquí no habrá una fiesta de verdad. Prefiero un cigarrillo a unas milhojas naranja.

—¿Te dejan fumar?

—Cuando pueda volver a caminar o sentarme en una silla de ruedas, es lo primero que pienso hacer. ¿Sabes qué acaba de contarme mi padre? Todo ese movimiento que ha surgido con personas que quieren que se pueda volver a fumar en los cafés pequeños está patrocinado por la industria tabaquera; abogados, «procesos

modelo», estrategias que se están pensando las tácticas de *lobby* adecuadas. Todo gira en torno al dinero. Eso era algo que ya sabíamos, aunque este sea de nuevo un ejemplo vergonzante. Pero bueno, ya hice la llamada que me pediste. Por lo demás, no he oído nada nuevo. ¿Crees que te siguen?

—No tengo ni idea. Supongo que sí, pero no me entero. En cualquier caso, no me resulta un plato de buen gusto. Procuero de todas formas, en la medida de lo posible, no meterme en situaciones confusas.

—Bien. ¿Todavía sigues sin querer hablar nada del asunto?

—No, prefiero no decir nada. Y tú también tienes otras cosas en la cabeza.

En seguida me di cuenta de lo desafortunado de la expresión, pero Jaap pareció no molestarse en absoluto.

Cuando sus padres y Elzeline volvieron a entrar, me levanté y dije que regresaría al día siguiente. Ese era justo mi propósito. Tal vez pudiéramos hablar de algo, tal vez no, pero de todas formas me pasaría a verle todos los días. Cuando llegué a la estación, entré en La Place para tomarme un vaso de zumo de frutas frescas, pero al oír que alguien pedía una *pizza* recién hecha, decidí pedir lo mismo. Busqué una mesa al fondo, junto a la pared, para que no me distrajera el ajetreo alrededor de los autobuses y toda esa gente que salía y entraba a toda prisa del vestíbulo de la estación y solo Dios sabía adónde se dirigía. La tristeza por la muerte inminente de Jaap me acompañaría durante toda mi vida. Podría llegar a comer aquí mil *pizzas*, pero la idea de estar en este lugar sentado después de que hubiera muerto me parecía insoportable.

Mientras estaba esperando el tren en el andén, me fijé en el LUMC. No era un edificio bonito, pero el cielo contra el que se dibujaba era fabuloso. Dentro de nada empezaría a anochecer, pero los grandes cúmulos inmaculadamente blancos pendían todavía inmóviles en el cielo y muy a lo lejos, en el horizonte, podía verse aún algo de naranja. Sobre la vacía superficie que había delante del hospital, una bandada de golondrinas perseguía insectos volando en todas direcciones.

Dentro de poco el tren atravesaría campos de flores con los colores más fabulosos y en los carriles de bicicletas y los caminos que cruzaban esos campos habría mucho trajín con paseantes y ciclistas que disfrutaban del espectáculo. No todo era conciliador y, sin embargo, eso era lo que ocurría todos los días: alegría y vida, muerte y putrefacción; un caos demencial, y entenderlo no estaba a nuestro alcance.

De vez en cuando echaba una mirada alrededor, pero no había nada que llamara mi atención. Si me estaban siguiendo todavía, lo hacían de manera muy profesional. Una idea que desde luego no me tranquilizaba. ¿Hasta qué punto podía creermelo entonces seguro? Había mucha gente en el andén y, cuando el tren hizo su entrada en la estación, junto a las puertas se formaron grupos de personas esperando. Después de que los pasajeros que llegaban hubieran salido, empezaron a entrar los que partían. Esperé lo máximo posible, pero no vi entrar a nadie. Cuando el revisor pitó y metió la

cabeza, me subí al tren. En el momento en que subí, reaccioné a un reflejo y, sin haberlo planeado con antelación, volví a salir. Miré rápido a izquierda y derecha del andén vacío y ahora sí vi algo.

El hombre que ya me había estado siguiendo antes salió con un rápido movimiento por las puertas de la parte delantera de mi vagón. En ese mismo instante, otro hombre apareció dando un salto por las primeras puertas del siguiente convoy. Estaban apenas separados tres metros el uno del otro. El hombre a quien había reconocido como uno de los asesinos de Sunardi debió de haber notado algo, porque una fracción de segundo después se dio la vuelta y vio al hombre que le estaba siguiendo a él. Durante un instante estuvimos los tres quietos en un andén vacío mientras el tren iba aumentando la velocidad y, por fin, el último convoy me pasó. Apenas un par de segundos después, el hombre que me había estado siguiendo saltó del andén nada más pasar el tren que se alejaba, de la misma manera ágil en que había saltado tras el asesinato de Sunardi; cruzó la vía y se encaramó al andén de enfrente. Solo había una diferencia con lo que le había visto hacer antes: ahora se daba mucha más prisa. El otro hombre dudó un momento, me miró por un instante y luego saltó también a la vía.

—¡Detengan a ese hombre! —gritó a los viajeros del andén. Todo el mundo estaba como clavado al suelo y su llamamiento solo consiguió miradas sorprendidas y asustadas. El hombre al que seguía, entre tanto, había alcanzado la escalera y ahora desaparecía de mi campo de visión dando un gran salto. Yo también corría ahora por el andén y hacia la escalera. Tenía una gran desventaja con los dos y, cuando llegué al vestíbulo en la parte inferior, oí gritar a alguien y empezó a producirse una aglomeración de personas.

Me abrí paso hacia delante y vi cómo un revisor estaba de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo y con la cara llena de sangre. Era un hombre bajo y gordo, y resultaba difícil de entender que fuera él quien interviniera mientras que los demás no hacían nada. El colega de Jaap estaba sobre la espalda del hombre al que había perseguido e intentaba esposarle las muñecas. No parecía fácil, pues el hombre que tenía debajo intentaba con todas sus fuerzas escapar a su presa. El policía judicial le golpeaba fuerte con el codo entre los hombros y apremiaba con dureza a uno de los circunstantes para que se sentara también encima del hombre caído. Solamente entonces se tranquilizó este un poco. Estaba tumbado con la cara raspada vuelta hacia mí y así pude observarle bien por fin. Llevaba el pelo tan corto que se le podían ver claramente los contornos del cráneo. Sus facciones eran toscas y duras, y aunque no podía decirlo con seguridad, probablemente fuera de la Europa del Este. Aceptaba su suerte con una mirada estoica y no le oí decir ni una palabra. Cuanto más miraba a este rudo criminal, tanto más seguro estaba de que había tomado la decisión correcta. Solo podía confiar en mí. Con alguien siguiéndome los pasos había podido ocurrirme cualquier cosa y habría que preguntarse si los colegas de Jaap hubieran podido intervenir a tiempo.

Me eché despacio hacia atrás cuando vi cómo las personas que tenía enfrente se movían para dejar pasar a una pareja de policías.

No había llegado todavía a casa cuando la policía judicial estaba ya esperándome en la puerta. Me estuvieron interrogando hasta muy avanzada la madrugada. Todo lo que quise decir era cierto, plausible y, además, también verificable. No me sacaron mucho más, y yo a ellos, nada en absoluto.

Jaap tenía al día siguiente más noticias. Además del hombre que había visto ayer en la estación, por la noche detuvieron a otros dos que se alojaban en el Novotel.

—Mis felicitaciones para tus colegas —le dije.

No disimulé mi alivio y Jaap me preguntó:

—Querías librarte de tu perseguidor, ¿verdadero o falso?

—Sí, así estaba corriendo demasiado peligro.

—Pero no podremos seguir reteniéndolos. Si no encontramos pronto pruebas de que tuvieron algo que ver con el asesinato de Sunardi, tendremos que dejarlos marchar de nuevo. Eso lo sabes ya, ¿no?

—Sí, pero entonces no creo que haya muchas posibilidades de que vuelvan a vigilarme. Me parece que quien los ha contratado ya lo ha comprendido. Y si buscáis bien, seguro que encontraréis algo.

—Mis colegas saben que nos conocemos. Se preguntan quién me dio el soplo. Ahora no se atreven a molestarme mucho, pero por supuesto que se huelen algo.

—¿Y bien?

—Tú no dices nada, yo no digo nada. —Y añadió con amargura—: Tampoco me queda mucho tiempo para mantener el secreto.

XLIX

Durante las semanas que siguieron, iba a visitar a Jaap por la tarde. Cuando el tiempo lo permitía, le ayudaba a subirse en la silla de ruedas y le sacaba afuera, al lugar donde ya habíamos estado antes. Bebíamos café, fumábamos y mirábamos a las personas que pasaban. Cuando le llevaba de nuevo a la habitación, me quedaba casi siempre con él, la mayoría de las veces viendo la televisión. No hablábamos mucho más, aparte de algún comentario sobre lo que veíamos. Unas cuantas veces se quedó dormido y le dejaba así cuando me iba. Para el viaje de regreso, me compraba algo de comida y de bebida en la estación y buscaba un lugar en vagones que a esa hora estaban casi vacíos.

Una sola vez volvió sobre el particular del que ya no quería hacerle más preguntas. Mientras que sus colegas me habían interrogado varias veces, ellos no habían soltado prenda sobre los hombres a quienes habían detenido.

—Son serbios, antiguos soldados del ejército serbobosnio —me informó Jaap—. Estaban aquí con pasaportes falsos, pero hemos reconocido a uno de ellos por una orden de búsqueda de la Interpol. Durante la guerra fue guardaespaldas de Mladić en Bosnia. De los otros dos no sabemos mucho todavía, apenas abren la boca, y, si dicen algo, es con la retórica ultranacionalista sobre Serbia y el complot universal para exterminar a los serbios. De Sunardi no dicen nada. El caso se ha complicado ahora un poco más, porque mientras buscábamos pruebas que demostraran que habían tenido algo que ver con el asesinato de Sunardi, parece que se está iniciando algo de mayor envergadura. El Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia quiere tirarle de la lengua a ese guardaespaldas para enterarse de dónde ha estado escondido Mladić durante los últimos años y con quién se ha visto.

Más no dijo del tema y, como noté que a él tampoco le interesaba, no seguí insistiendo.

Cuando estaba con él, me resultaba cada vez más difícil despedirme e irme a casa. A veces seguía allí sentado después de que se hubiera adormilado. Una de esas tardes me despertó un enfermero. Creí que iba a echarme, pero me preguntó si quería beber algo. Cuando le pedí un vaso de agua, dijo: «Venga conmigo».

Me precedió hacia la habitación donde se reunían los médicos y el personal sanitario para deliberar y durante las pausas, pero a esta hora no había nadie. Me llenó un vaso de agua y con un gesto me indicó que me sentara. Ya le había visto antes, y, si Jaap no me hubiera contado nada, no habría sabido qué pensar de él. Tenía un físico andrógino: era claramente un hombre, pero con el cabello negro liso cortado a media melena que le colgaba por la cara en tirabuzones, y un rostro ovalado y

relleno que poseía algo marcadamente femenino. Sus rasgos eran blandos, pero su mirada era tan amable que era lo que más llamaba la atención. Llevaba prácticamente la misma ropa que sus colegas, pero las perneras del pantalón eran tan amplias que semejaban una falda larga. Según Jaap, era un transgénero; él mismo le había dicho que se sentía un ser intermedio entre hombre y mujer, pero que tampoco deseaba hacerse reconstruir y convertirse del todo en una mujer. El LUMC había corrido un riesgo con su contratación, porque podía imaginarme que mientras que la mayoría de las personas con el tiempo ya se habían acostumbrado a los gays y a las lesbianas, seguirían preguntándose qué tenían ahora junto a su cama.

—Tú eres Remko —le dije.

—Y usted es Jager. Cazador, me parece un nombre magnífico. Jaap me ha hablado de usted.

—¿Sí? Le gusta charlar bastante, a mí también me ha hablado de ti. Y trátame de tú, oye.

Jaap había empezado a hablar con él cuando estaba en la cama escuchando música de Lou Reed. Remko le había preguntado si *Perfect Day* le parecía una buena canción y al día siguiente le había dejado una versión interpretada por Antony and the Johnsons. No había sido una elección casual; ese Antony y Remko mostraban un llamativo parecido. Antony era su héroe y había contribuido bastante a que empezara a sentirse más libre y a gusto con su identidad.

—¿Tú también tienes una voz tan fabulosa como Antony? Jaap me puso la canción. Así al menos tenemos contacto con algo de belleza en medio de toda esta miseria. Joder, ¿cómo puedes soportar este trabajo? Toda esa gente que se muere.

—No todo el mundo se muere aquí, qué va. La mayoría de las personas salen más sanas de lo que llegaron. Pero, en efecto, también muere mucha gente. Y en la mayoría de los casos puede observarse en determinado momento una especie de claudicación. A veces porque están cansados sin más de luchar, ya no pueden ni quieren, pero también alguna que otra vez porque lo aceptan. Cuando están en esa fase, se produce cierta distancia entre ellos y sus familiares y amigos. Entonces se vuelven, por decirlo de algún modo, inalcanzables.

—¿Así que eso es lo que va a ocurrir también con Jaap?

—Tal vez sí. Confiemos.

—Terrible, es terrible.

Fui consciente de que mi voz sonaba cansada. Así me sentía también: vacío, acabado, desgastado. No sabía de dónde tendría que sacar las fuerzas para volver a remontar. Me restregué la cara con las manos y me levanté.

—Está bien que haya personas como tú —le dije.

—Eso es algo que no suelo oír con mucha frecuencia —me respondió con una sonrisa.

—No me refería a eso.

—No, si ya te he entendido. Solo estaba gastándote una broma.

Cuando estuve ya de pie, empecé a marearme y por un momento parecía como si fuera a perder el equilibrio. Le tendí la mano y dije:

—Me voy a casa. Gracias.

—¿Duermes lo suficiente? Oficialmente no está permitido, pero puedo darte pastillas para dormir.

—No, gracias. Por suerte no me quita el sueño, pero es lo primero en que pienso cuando me despierto. Tal vez no aparezca en mis sueños hasta que se haya muerto. Solo Dios sabe cómo funciona nuestro cerebro.

En los días que siguieron no dejé de pensar una y otra vez en las palabras de este hombre tan simpático, viviendo en algún lugar entre lo que es ser hombre y ser mujer.

Cuando Jaap estaba consciente, la conversación era cada vez más torpe. Yo sacaba diferentes temas, pero notaba que su interés era cada vez menor. Mientras me esforzaba por seguir hablando, él iba replegándose más en sí mismo. De manera lenta pero segura, ese mundo en el que yo aún estaba metido de lleno empezaba a no ser ya el suyo. Sin embargo, yo seguía yendo. Cuando se quedaba dormido, procuraba meditar tímidamente concentrándome en la respiración. Una vez que me dolía la cabeza hice un ejercicio que me había enseñado mi padre. Con los ojos cerrados, me imaginaba inhalando luz blanca y que esta se propagaba por mi cabeza llenándolo todo. Mientras intentaba combatir así el propio dolor, sentí la tentación de colocar mi boca en la del durmiente Jaap e insuflarle esa luz en su interior hasta que el negro tumor se disolviera por completo en su cerebro.

Otras veces era yo quien se quedaba traspuesto o me abismaba en pensamientos de los que me arrancaban su respiración irregular o sus movimientos intranquilos. En una de esas noches, cuando me desperté, vi cómo Jaap estaba ante la ventana. En la habitación no había ninguna luz encendida, pero su cráneo y el lateral de su cara relucían iluminados por la luz de la luna. Una luna que se hallaba infinitamente lejos en el cielo, pero con unos perfiles tan nítidos que era como si pudiéramos tocarla. Mientras dormía, su rostro se veía marcado por el declive que había comenzado. Sin embargo, a la luz de esta luna parecía como si hubiera regresado algo de vida a su interior. No era así, no era más que el efecto de la luz de la luna, pero sentí un nudo en la garganta.

Estaba allí de pie, inmóvil, mirando afuera. Se pasó minutos así. Cuando se volvió por fin y vio que le estaba observando, se le dibujó una mueca en el rostro.

—Así es, Jager. Así es.

Sin decir nada más, pasó por delante de mí, me puso levemente la mano en el hombro y se sentó al borde de la cama.

—Te habías quedado dormido —me dijo—. Los dos nos habíamos quedado dormidos. —Y luego, sin solución de continuidad alguna—: ¿Sabes lo que me pregunto? Tal vez suene muy irracional, pero tengo la sensación de que la respuesta a

esa pregunta es muy importante para mí. ¿Estaba ya predestinado a morir y esto es solo el final de mi vida? ¿O no existe la predestinación y todo es pura casualidad y mi vida se ha quebrado así sin más?

Meneó la cabeza despacio.

—Lo primero podría haberme aportado mayor paz. Si no hubiera más remedio. ¿Qué dice un budista al respecto? En ese libro de Eckhart Tolle tampoco pude encontrar nada que me lo aclarara.

Mi padre con toda seguridad le hubiera podido ofrecer las palabras adecuadas, pero era a mí a quien preguntaba y no lo sabía.

—Déjalo, Jager. A fin de cuentas, todo se reduce a lo que haga yo con ello. En mi cabeza hay un batiburrillo. Ahora mismo estaba pensando en las palabras de un candidato a la presidencia de los Estados Unidos, ya no recuerdo exactamente cuál, pero durante la campaña electoral decía: «¿Qué le dices al último soldado que va a morir en Vietnam?». ¿De dónde surge esa idea de pronto? ¿Existe una explicación? Casi en el mismo momento pensaba que luego, casi con toda seguridad, podré decir cuál fue mi última taza de café. Mis pensamientos se disparan en todas direcciones. Terrible, ¿no? Ahora que voy a morir, confío en tenerlo todo muy organizadito y en que cada pensamiento vaya a aportar algo a mi vida. Y no que mi cabeza esté llena de todo tipo de cosas que no vengan a cuento.

Respiró profundamente, alisó las sábanas con las manos y dijo: «Y cada vez que os veo me pregunto cuándo llegará el momento de despedirse. ¿Cuándo llegará?».

L

Respondieron ocho personas al anuncio de *Psy*. Todas ellas tomaban sus medicamentos con absoluta seguridad. Aunque los resultados que salieron después de que se hubieran sometido a los análisis médicos no fueron unívocos, para MEDCARE eran nefastos sin más. En cinco casos el nivel de antidepresivos en sangre se ajustaba a lo que cabría esperarse con los medicamentos ingeridos. En dos personas era considerablemente más bajo y en una no pudo encontrarse ni rastro en sangre de la sustancia activa. Las ocho personas tenían considerables cantidades de hidroxapatita de calcio en la sangre como consecuencia del relleno que se habían implantado y que iba des componiéndose poco a poco.

Aunque el resultado había sacado a la luz algo con lo que nadie contaba ni por asomo, me pareció que Oosting había metido la pata hasta el fondo. Había sacado una conclusión precipitada, casi con el piloto automático y como consecuencia de estar tan pagado de sí mismo y de su capacidad de evaluación del comportamiento de los consumidores de antidepresivos. El hombre que había proclamado que todos los pacientes eran imprevisibles e incluso poco fiables, que no actuaban racionalmente y no sé cuántas cosas más.

Ninguna de las víctimas había dejado al final de tomar sus medicamentos y podían decirlo con la mano en el corazón. La hipótesis que vi confirmada, apenas algo más que una empresa arriesgada, era que en algunos casos la hidroxapatita de calcio del relleno parecía desintegrar la paroxetina y la venlafaxina. Aunque la relación aún no había sido demostrada y habría que hacer muchos más análisis, existía la posibilidad de que así fuera, y la experiencia de tres de estas personas así lo indicaba, lo que suponía razón más que suficiente para dejar de emplear el Radison de inmediato.

Para MEDCARE, el fabricante y productor, suponía un desastre en toda regla. Esto era lo que sabía Vandersloot y con lo que coaccionaba a Stephen Spitzer.

Kalman Teller y yo estuvimos casi todo un día dándole vueltas para decidir qué información queríamos que se recogiera en el artículo que iba a escribir el redactor de *Psy*. Él, de nuevo repartiendo su atención entre lo que teníamos que discutir y las cifras que rodaban en sus pantallas; unas cuantas veces llegó a interrumpir incluso la conversación para mirarlas. Durante una de esas interrupciones, me levanté y fui a la ventana. La vista era fantástica y con un tiempo tan claro podía divisar lo que pasaba a kilómetros de distancia.

Cuando indicó que podíamos seguir, le pregunté:

—¿Alguna vez va a la ventana para disfrutar de las vistas?

—No.

—Pero si ha pagado por ellas.

Como intento de hacer un chiste para no hablar solo de petróleo y del caso para el que me había contratado, no lo supo apreciar.

—He pagado por otra cosa.

Tuve en la punta de la lengua el decirle: «Para estar así más cerca de Dios», pero su serio rostro me contuvo.

—Y no porque quiera estar más cerca del cielo. Después de todo, eso no significa nada, señor Havix. Eso podría asegurárselo cualquier judío que haya estado en un campo de exterminio.

¿Podía leerme el pensamiento o este era tan evidente?

Para alguien que revelaba tan poco de sí, en cualquier caso, era una extraña revelación. Y siguió otra más:

—Así no tengo que pensar que estoy rodeado por otras personas. ¿Continuamos?

Durante nuestras deliberaciones, Kalman Teller consultó varias veces con un abogado para asegurarse lo máximo posible de que nuestras afirmaciones no serían desmontadas de inmediato por los juristas de MEDCARE. Yo no solo quería que los efectos secundarios del Radison salieran a la luz tal como los habíamos constatado, sino también indicar que había razones para suponer que ya lo sabían. El caso de Vandersloot era lo más evidente. ¿Por qué, si no, había ido a visitar a familiares de personas a las que nunca había visto y con las que nunca había tratado? Eran personas que lo único que tenían en común era que alguien les había inyectado Radison mientras estaban tomando antidepresivos.

Para seguir teniendo a Vandersloot a tiro, quise que en el artículo se mencionara su pasado, la causa judicial de Mira y Frederik Roes, pero también el hecho de que había cometido fraude con los datos de una investigación cuando estaba trabajando para el hospital. Nos detuvimos mucho tiempo en este punto, pues suponía un intento de asestarle un único golpe directo que le dañara de tal manera que en el futuro nadie quisiera someterse a sus tratamientos ni ningún empresario deseara ver su nombre asociado con el de él.

Kalman Teller comprendía las razones subyacentes tan bien como yo:

—El caso de Mira no tiene ninguna posibilidad de salir adelante. Vandersloot no será procesado por ello.

—En efecto, diez años seguidos de pleitos no han aportado nada. En los tribunales no se hará justicia. Tiene que ser de esta manera. En eso estamos usted y yo de acuerdo, ¿no?

—Sí, pero ¿cuál será la reacción de Mira? Eso es lo que me preocupa. Usted y yo optamos aquí por algo que se asemeja muchísimo a la venganza. Pero la venganza y la justicia son dos cosas distintas.

Me había echado para atrás en una de sus confortables sillas de oficina, pero ahora me ponía en pie.

—Dentro de poco tengo que presentarme al tribunal porque me acusan de algo que no he hecho. Tres abogados afirman que así es y ya cuento con que voy a ser condenado. Por lo visto, tampoco para mí los juzgados son el mejor lugar. ¿Estamos escribiendo en este artículo algo que no sea verdad?

Kalman Teller no entró en detalles, pero dijo:

—MEDCARE querrá distanciarse de él y eso significa casi seguro un despido. Probablemente le darán dinero, una especie de suma de rescate. Vandersloot no tendrá más remedio que aceptarla. Difícilmente podrá afirmar que Spitzer lo sabía, porque así él reconocería también su culpa. Volverá a urdir una serie de mentiras y se inventará una razón por la que se pasó a visitar a esas personas.

—Él y Spitzer comparten el secreto de un asesinato —dije—. Eso los condena a estar unidos para siempre.

Aunque podíamos redactar una historia realista sobre Vandersloot, el sugerir que Stephen Spitzer estaba implicado también resultaba bastante más difícil. En ese caso deberíamos hacer uso de la conversación grabada entre él y Vandersloot. Después de habérselo pensado mucho, decidimos dejarlo fuera del artículo, para en su lugar pasarle la grabación de manera anónima a la policía judicial. Tarde o temprano llegarían hasta nosotros, pero mientras no dijéramos nada, no podrían demostrar que éramos nosotros quienes estábamos detrás de esa cinta. Ojalá que la conversación entre Spitzer y Vandersloot fuera razón suficiente para que la investigación del asesinato de Sunardi tomara un nuevo impulso.

—¿Acepta usted ser condenado por algo que no hizo? —preguntó Kalman Teller cuando nos despedimos.

—Sí, no pienso arruinarme la vida por algo que no puedo ganar.

Yo no era ninguna Mira ni ningún Frederik Roes, eso parecía seguro, y sin embargo no era del todo cierto. También había un mundo fuera de los tribunales y eso era algo que Louise Verhees había experimentado ya.

Kalman Teller se quedó mirándome de nuevo con esos ojos en los que me sentí incapaz de leer nada y dijo:

—Me resulta difícil creerlo, pero no es asunto mío.

En ocasiones anteriores él se había quedado sentado y yo salía por mi cuenta. A veces tenía la sensación de que ya me había olvidado antes de haber cerrado la puerta a mis espaldas. Esta vez me acompañó, quizá fuera una señal de que había subido un escalón en su estima. Pero ahora, mientras agarraba el bastón con una de sus manos lisiadas, tampoco me tendió la otra para despedirse.

—¿Querrá decirle a Mira Roes cuánto lamento no poder hacer nada más por ella? —le pregunté.

Kalman Teller asintió con la cabeza y cerró la puerta tras de mí.

LI

Aunque la anciana que estaba sentada frente a mí llevaba más de medio siglo viviendo en Nueva Zelanda, en su inglés se apreciaba todavía un fuerte acento alemán. ¿Cómo reaccionarían las personas allí, en las antípodas, cuando fuera de puerta en puerta proclamando su mensaje sobre la fe verdadera? Si se topaba con resistencia, seguro que no se arredraría. La violencia verbal apenas podía considerarse un obstáculo para una mujer que había estado en un campo de concentración porque su religión le prohibía gritar *Heil Hitler* y realizar el saludo correspondiente. Una imposibilidad para alguien que creía en su fuero más interno que el único ser al que se debía veneración era Dios.

Cuando Eva Lisetsky llamó, su voz sonaba raramente tensa:

—Hay alguien que quiere conocerle. Le agradecería muchísimo si pudiera pasarse por mi casa. Es importante.

Ahora estaba sentado en su cuarto de estar. Después de que hubiera ayudado a Eva Lisetsky y a su hermano Bernard a recuperar la colección de pinturas que les habían robado a sus padres, solo se había permitido un lujo con la riqueza recobrada: se había deshecho del antiguo mobiliario y había decorado el salón con un estilo modernista, el estilo de su casa paterna antes de que estallara esa guerra que haría de ella una huérfana y que le cambiaría para siempre la vida. Desde el mobiliario del comedor, sillas y lámparas de Gispén, hasta los jarrones de vidrio y la radio Philips en el fabuloso aparador. También podía verse colgada una de las obras maestras de la famosa colección Lisetsky, un paisaje de Albert Cuyp en el que aparecía un rebaño de ganado pastando a orillas de un río. Era un cuadro de más de trescientos cincuenta años que no había perdido nada de expresividad con el paso del tiempo.

Después de haberme presentado a la señora que estaba esperándome vestida con sencillez, sentada en un butacón con la espalda bien recta y sin prestar ninguna atención al fabuloso entorno donde se encontraba, Eva Lisetsky me señaló el tresillo para que pudiera sentarme justo enfrente de su visita. Como para indicar que esta no sería una conversación en la que ella participara directamente, se sentó en una butaca colocada un poco hacia atrás. No había visto a Eva Lisetsky en otra situación que no fuera comportándose como una mujer vigorosa, pero ahora se veía que no estaba a sus anchas.

No me había podido contar mucho más sobre Marianne Eigi, tan solo que la habían invitado a asistir a la inauguración de una exposición: «Fiel al credo: la persecución de los testigos de Jehová durante la Segunda Guerra Mundial», en el Centro Conmemorativo del Campo Westerbork. Antes de recibir su llamada, Eva Lisetsky no había oído hablar nunca de Marianne Eigi, pero la razón de la cita se debía a un amigo común: Kalman Teller.

Marianne Eigi había insistido en conocerme y, ahora que estaba sentado frente a ella, no se andaba con rodeos sobre la razón: «Andan circulando mentiras sobre

Kalman Teller y, como todas las mentiras malvadas, tienen un núcleo de verdad. Eso las hace al mismo tiempo mucho más taimadas».

Con una voz llena de desprecio y un rostro en el que, en la medida de lo posible, había escrito aún más asco, dijo: «La idea de que Kalman tenía una relación sexual con Otto Biebow y que por ello no le gasearon es tan repugnante que me resulta difícil pronunciarla en voz alta. La comunidad judía de aquí debería avergonzarse profundamente de permitir que circulen semejantes rumores».

Miró un momento a Eva Lisetsky, pero esta había decidido no inmiscuirse.

—Biebow era un oficial de las SS de la peor calaña; cruel y sádico. Si tocaba a algún judío, era para hacerle sufrir. Kalman Teller le debe la vida a Helena Biebow. Si hubiera sido por su esposo, Kalman habría sido aniquilado, pero a la hora de la verdad no se atrevió a contradecir los deseos de su esposa. Él era una bestia a la que le producía placer asesinar judíos de cualquier manera imaginable: los disparaba, pateaba y apaleaba hasta que quedaban muertos, los echaba a los perros y los asfixiaba con sus propias manos. Con los guantes puestos, porque solo la idea de tener que tocar a un judío con las manos desnudas le ponía enfermo. Era una bestia, pero una bestia con un punto débil: Helena.

Hasta ahora no estaba entendiendo nada de nada.

—¿Quién era Otto Biebow? —pregunté.

—Biebow era el *Hauptsturmführer* de las SS en Auschwitz. Al finalizar la guerra, fue procesado y condenado a muerte. Los jueces no necesitaron mucho tiempo para decidir su condena. Biebow sentía casi tanto asco por nosotros, los testigos de Jehová, como por los judíos, pero en nuestro caso pinchó en hueso, porque tenía miedo de su jefe.

¿Miedo de su jefe? Eva Lisetsky se echó hacia delante hasta la puntita de su asiento y acudió en mi ayuda:

—El comandante del campo de Auschwitz, Rudolf Höss, sentía cierta fascinación por los testigos de Jehová. Le impresionaba la firmeza con que se negaban a abjurar de su religión. Los testigos ya eran perseguidos desde que Hitler llegó al poder, porque no querían participar en política, no querían afiliarse al partido, no querían jurar fidelidad a la bandera, no querían cantar el himno nacional y, por supuesto, se negaban en redondo a realizar el saludo de Hitler. Y, cuando empezó la guerra, para colmo eran pacifistas. Como castigo, se los internó en campos de concentración. Allí vio Höss con qué obstinación se negaban a abjurar de su religión. Para los judíos Auschwitz fue un campo de exterminio, pero los testigos solo tenían que plasmar una sola firma para conseguir la libertad. Para el resto de los prisioneros del campo, que sabían que ya nunca podrían salir por la puerta, era una idea casi inconcebible que la libertad pudiera estar tan cerca. Sin embargo, la mayoría de testigos de Jehová se negaron a firmar la denominada «Declaración de Abjuración». —Le echó una mirada a la visiblemente orgullosa Marianne Eigi, a la que parecía habersele pasado por alto que el tono de Eva Lisetsky era más neutro que ponderativo—. Eso le fascinaba a

Höss —continuó Eva Lisetsky—. ¿Por qué sufrir toda esa calamidad si con una sola firma podían escapar? Ni siquiera la separación de sus propios hijos podía hacer que cambiaran de opinión en la mayoría de los casos. Höss esperaba de sus tropas de las SS una fidelidad absoluta al nacionalsocialismo, a Hitler y a la tarea que se les había encomendado, que a su manera de ver también era una suerte de misión sagrada. Parece ser que Hitler y Himmler solían ponerles a sus hombres la fe inquebrantable de los testigos de Jehová como ejemplo de la devoción que esperaban de sus tropas.

Ahora Marianne Eigi la interrumpió:

—Cuando Höss trabajaba todavía en Sachsenhausen, vio con sus propios ojos la importancia que tenía nuestra fe para nosotros. Nos fustigaban con látigos, pero en lugar de pedir clemencia, lo soportábamos con la cabeza bien alta. Una sola vez asistió a una ejecución. No de personas temerosas, sino de personas que alzaban sus manos al cielo, hacia Dios. En Auschwitz fui puesta a prueba por nuestro Señor y, por suerte, pude superar esa prueba.

¿Auschwitz como prueba de Dios? Eché un vistazo a Eva Lisetsky, pero esta seguía mirando fijamente hacia delante. Seguro que no le apetecía nada hacer ningún comentario. Con su tono de voz acompasado y ojos que en ningún momento buscaban aprobación, la actitud de Marianne Eigi tampoco invitaba ciertamente a someter nada a discusión.

—Para Höss, y por tanto también para los demás oficiales de alto rango de las SS, éramos los únicos a los que se les podía tolerar en casa como sirvientes. Los judíos, naturalmente, estaban excluidos, y los polacos, pero también prisioneros de otros países de Europa del Este eran considerados miembros de una raza inferior y retrasada. Los testigos de Jehová, y sobre todo los alemanes, quedaban como única opción posible a la hora de reclutar a alguien para servir en sus casas, cerca de sus mujeres y de sus hijos. Así fue como acabé trabajando en la casa de Biebow. Al principio para las tareas domésticas, pero al cabo de un tiempo pude ocuparme también de los niños, sobre todo si estaba sola con Helena. Acababa de cumplir veinte años cuando llegué a esa casa.

¿Veinte años? Eso quería decir que ya debía de tener unos noventa y que tenía casi quince años más que Eva Lisetsky. Si bien su aspecto era de persona mayor y quebradiza, esta grácil mujercita no parecía ni con mucho estar en las últimas.

—Me llevaron a su casa porque Helena acababa de tener gemelas: Lotte y Rosa. Había sido un parto difícil y meses después debía seguir guardando reposo por las tardes. Cuando Helena aún vivía, de vez en cuando me escribía contándome cómo le iba a sus hijas, pero después de morir perdimos el contacto. Ellas tampoco podían acordarse de mí. Por suerte eran tan pequeñas que ni siquiera recordaban nada de su entorno. Para su hermano Hans, de trece años, fue muy distinto. A pesar de su juventud, era clavadito al padre. Siempre intentaba salirse con la suya y a mí me trataba con manifiesto desprecio. Si por él hubiera sido, habría ayudado a su padre en las prácticas más atroces. Cuando la madre le reprendía diciéndole que a mí también

debía tratarme con decoro, contestaba de mala manera. Solamente escuchaba a su padre, y, cuando él estaba delante, se portaba bien, pero en cuanto se iba empezaba de nuevo a provocar y a incordiar a la madre. Yo no entendía cómo Helena lo consentía y menos aún que nunca se lo contara a su marido. Para Otto Biebow, ella estaba por encima de todo y seguro que de inmediato habría tomado medidas.

Me habían invitado para charlar sobre Kalman Teller, pero este apenas había salido en la conversación. Decidí tener paciencia y pregunté:

—Le he oído ya un par de veces llamar a la mujer por su nombre de pila. ¿Tenía usted tan buenas relaciones con ella?

—Al principio no, pero fueron mejorando. A Helena le costaba mucho comprender a qué clase de infierno había ido a parar. A menudo estaba ausente y trastornada. No era una mujer fuerte.

Con la intransigencia que transmitía esta mujer, incluso a tan avanzada edad, me pregunté a qué altura pondría el listón para calificar a una persona de fuerte.

Dudó, como si de repente se le hubiera ocurrido algo.

—No, eso no es del todo cierto. Hubo una vez en la que realmente no cedió ni un ápice. Fue cuando Hans enfermó. ¿Tienen ustedes hijos?

Cuando los dos respondimos que no, ella continuó:

—Yo tampoco, pero he visto bastante a menudo las insospechadas fuerzas que surgen en los padres cuando se traía de sus hijos.

—¿Su hijo enfermó? —pregunté.

—Sí, se puso muy enfermo. Empezó de manera inofensiva, con fiebre que venía y se iba, y con dolores de cabeza. Los sufría con regularidad, pero la frecuencia con que le volvían era cada vez mayor. Las molestias se hacían también más graves: dolor en los músculos, en las articulaciones, retortijones de tripas, piernas y brazos hinchados, diarrea, problemas de respiración. Al final, apenas había algo que no le doliera. Era como si todo su cuerpo, poco a poco, empezara a deshacerse. Helena se encontraba al borde de la desesperación. En Auschwitz morían las personas como moscas y estaba convencida de que había cogido alguna terrible enfermedad incurable que rondaba por allí. Vinieron diferentes médicos. Los mismos médicos que cuando entraban los trenes decidían qué prisioneros podían seguir viviendo y quiénes iban directamente a las cámaras de gas se hallaban ahora junto a la cama de Hans. La misma indiferencia con que disponían de la vida y de la muerte cuando pasaban por delante de ellos las largas filas de miles y miles de personas se transformaba en impotencia a la hora de salvar la vida de un único niño. Hasta llegó a visitarle el gran Mengele.

Tanto Eva Lisetsky como yo dimos un respingo al oír ese nombre.

—Sí, yo he visto a Mengele de cerca. Podía practicar los experimentos más atroces con personas vivas. Pero ¿sanar a alguien? Lo único que hizo por Hans fue recetarle drogas. ¿Y una persona así se llamaba doctor?

Con cada frase que pronunciaba, parecía aumentarle la animadversión en la voz.

La actitud devota que mostraba con las manos posadas sobre el regazo contrastaba con la dureza de sus rasgos faciales y la mirada de sus ojos. Ahora empezaba a sentir yo también la incomodidad de Eva Lisetsky.

—Noches enteras se mantenía Helena despierta mientras Hans dormía inquieto, para pasar después a una vigilia en la que se retorció de dolor. Tendría que haber muerto de una vez y habría sido lo mejor. Para todos.

Me miró primero a mí y luego a Eva Lisetsky:

—¿Los escandalizo con palabras de semejante dureza? Si fuera así, no se lo tomaría a mal. Ustedes no estuvieron allí y no pueden imaginarse lo que fue tener que vivir en ese mundo. Y Helena tenía una naturaleza demasiado sensible como para poder sustraerse a lo que pasaba. Sabía muy bien qué estaba pasando en Auschwitz y, si tenía dudas, ya se encargaba su esposo de despejárselas. A la mesa, donde tenía que servir yo la cena, Otto Biebow relataba los acontecimientos del día y nunca dejaba de mencionar las «cifras de producción» de cada jornada, las cámaras de gas y los crematorios que se utilizaban casi ininterrumpidamente y el problema de que los crematorios no podían mantener el ritmo de muertes de las personas. Sin ningún remordimiento de conciencia o vergüenza. Ese hombre era un completo psicópata. Por suerte casi siempre se me ignoraba, pero sobre todo las veces en que había bebido algo, yo me convertía en el blanco de sus burlas. Entonces se levantaba y cogía de la pared la cruz de madera con Jesucristo, me la ponía delante de las narices y preguntaba: «¿Y bien, cómo clavaron a Jesucristo, en una cruz o en una estaca?».

»Por mucho miedo que tuviera en tales momentos, nunca renequé. Jesucristo fue clavado, con ambos brazos estirados por encima de la cabeza, en una estaca. No en una cruz. Nunca he consentido proclamar algo distinto.

»—Ignorante —decía entonces siempre—, tú y los de tu calaña sois demasiado estúpidos como para poder leer la Biblia como Dios manda, y, con todo y con eso, pensáis que sois los elegidos. —Helena intentaba apaciguarle y dirigir su atención hacia otra cosa. Cuánto le ha hecho soportar nuestro Señor a esa mujer: Auschwitz, un marido por el que sentía cada vez más aversión, pero con el que debía compartir la cama, y un hijo que intentaba destrozarla espiritualmente. No es extraño que al final se volviera loca. Yo no sentía ninguna compasión por Hans, pero llegó un momento en que ya no podía contemplar por más tiempo la tristeza de Helena. Tal vez tendría que haberlo hecho de otra manera, pero en aquella época yo era aún joven y Helena siempre había sido buena conmigo. Fue la única con la que me sentía en cierto modo un ser humano. Hasta el día de hoy no sé si hice bien, pero entonces pronuncié el nombre de Kalman.

Eva Lisetsky y yo nos miramos. Esto era lo que los dos habíamos estado esperando.

—Había oído hablar de él. Kalman Teller, el muchacho que lograba calmar a los moribundos. Hasta entonces no lo había visto con mis propios ojos, pero era lo que se decía de él. Moría tanta gente que era imposible que pudiera ayudarlos a todos, pero

cuando el miedo a la muerte o el sufrimiento resultaba demasiado insoportable para los oídos del resto de prisioneros, se recurría a Kalman, un muchacho de apenas trece años. Naturalmente, a ustedes les será difícil imaginarlo, pero más tarde lo vi con mis propios ojos. Kalman ya estaba solo por entonces, su padre y su madre y hermanos y hermanas habían sido todos asesinados. Era un muchacho guapo. Algunos moribundos se hallaban en un estado tan terminal que se creían que era un ángel quien estaba sentado en el catre junto a ellos, sosteniéndoles la mano. A veces le daban algo de comida que le habían guardado, una prenda de abrigo o algo de valor: dinero, joyas, lo que habían logrado ocultar durante todo ese tiempo, pero que ahora ya no necesitaban en el lecho de muerte. Kalman lo aceptaba para después cambiarlo por comida. Gracias a su don, encontró una manera de pasarlo un poco menos mal que los demás.

»Con la esperanza de que pudiera tranquilizar también a Hans, le hablé a Helena de este muchacho. No hizo falta mucho para convencerla, pues estaba al borde de la desesperación y dispuesta a todo con tal de mitigar el sufrimiento de su hijo. Cuando la decisión de Helena fue firme y le habló de Kalman Teller a su esposo, él reaccionó furioso. Jamás permitiría que un judío entrara en su casa. Y por si fuera poco, cerca de su hijo. ¿Se había vuelto loca? Otto Biebow ya daba miedo cuando no estaba enfadado, pero se lo digo como se lo cuento: solo he visto una vez a Helena no ceder ni un ápice, y esa vez fue entonces. Aunque Kalman Teller tuviera que ver a su hijo fuera de casa, lo vería, y ¿cómo era posible que su repugnancia por los judíos estuviera por encima del bienestar de su hijo? Al principio se mantuvo en su negativa, pero cuando ella se volvió completamente histérica, él cedió, si bien bajo protesta. Todas esas veces que Kalman se pasó por la casa, Otto Biebow se encontraba ausente e hizo todo lo posible para mantener esas visitas en secreto. Kalman llegaba de noche, yo le dejaba pasar por la parte trasera de la casa y solo a Helena y a mí nos estaba permitido tener contacto con él. Delante de la puerta del dormitorio siempre había un hombre de las SS que había recibido la orden de matar a Kalman allí mismo si hacía algo que pusiera en peligro las vidas de su mujer y de su hijo.

Eva Lisetsky y yo, entre tanto, estábamos escuchándola con la respiración contenida.

—La primera vez que vino, Kalman estaba muerto de miedo, inseguro de lo que podía esperarle. Tal vez pensara que le habían llevado allí para que le asesinara Otto Biebow en persona. Pero se encontró con dos mujeres y un chico enfermo de su misma edad en un entorno al que hacía ya mucho tiempo que no estaba acostumbrado: una casa donde vivía una familia, limpia y cálida, donde olía a fresco, con personas que llevaban ropa normal, que estaban limpias y bien nutridas y le trataban como a un ser humano. Ese cambio debió de ser para él desconcertante. Seguro que había experimentado las cosas más terribles en el mundo del que había sido sacado por un instante, porque ni la desesperación que se desprendía de las palabras de Helena ni la contemplación de Hans gravemente enfermo lograron

arrancarle emoción alguna. Aguardó inmóvil e impasible. Cuando Helena hubo terminado de hablar, le llevó a una silla junto a la cama de su hijo e hizo que se sentara allí.

»Inseguras de lo que podíamos esperar, nos pegamos a la pared del dormitorio. Kalman estaba sentado inmóvil en la silla; el único movimiento venía de Hans, que se agitaba inquieto en sueños. Pronto notamos que algo estaba cambiando. Hans empezó a respirar con mayor regularidad y, por fin, el resto de su cuerpo se sosegó también. Durante todo ese tiempo Kalman no había hecho nada, únicamente estaba sentado. Con las manos sobre las rodillas, la cabeza ligeramente inclinada y los ojos cerrados. Solo cuando me quedé observándole más detenidamente, me llamó la atención que su respiración y la de Hans tenían el mismo ritmo acompasado. El resto de las veces también me fijé y fue aumentando mi convencimiento de que, por extraño que pudiera sonar, su respiración dirigía la de Hans. Como si Kalman se hubiera hecho cargo de ella y el propio Hans ya no tuviera ningún control sobre la misma. Tan pasivo como parecía junto a la cama de Hans, su papel era muy activo en realidad.

»Cuando ya llevaba un tiempo en absoluto silencio, se levantó y dijo que ya no podía hacer más. Helena le estaba tan agradecida que le llevó a la cocina y le dio de comer todo lo que pudo tragar. Se encontraba en los huesos y nos sorprendimos de todo lo que era capaz de ingerir. Por un momento tuve miedo de que se empachara y volviera a vomitarlo todo. Después le llevaron de nuevo a su barracón.

»Los días que siguieron se repitió el mismo patrón. Le metían a hurtadillas en la casa y se quedaba sentado junto a Hans hasta que este caía en un profundo sueño. Todas esas veces Helena esperaba hasta que su hijo se quedaba dormido, por miedo a que se rebelara contra la presencia de este muchacho judío. Helena intentaba después, cuando le daba de comer a Kalman, entablar conversación, pero él apenas hablaba. Parecía como si estuviera aturdido, algo que yo reprochaba al mundo en el que pasaba el resto del tiempo y a los horrores que debía de haber visto. Un día Helena sugirió que Kalman tal vez pudiera hacer algo más. Aunque su presencia le calmaba siempre a su hijo y así, por lo menos, dormía una parte de la noche, seguía estando tan enfermo como antes. Lo que se proponía exactamente se lo guardó para sí y, por tanto, me sorprendí también cuando una noche le pidió a Kalman que se lavara la cara y las manos. Han de saber que estaba lleno de piojos. Después, por encargo de Helena, tenía que despiojarle en cada visita, pero siempre que regresaba al campo había que empezar de nuevo. Tras haberse lavado, Helena le preguntó si quería tocar a su hijo. Me estremecí, muerta de miedo por las consecuencias que podría acarrear si su marido llegara a enterarse, pero estaba decidida. Me ordenó que me pegara a la puerta por si había que impedirle la entrada al soldado de las SS que hacía guardia. Kalman tenía más miedo que yo, si eso era posible, pero ella le cogió las manos y las pasó por la cara y los brazos de su hijo.

»Kalman se resistió al principio, pero cuando comprendió que Helena no desistiría, ocurrió algo extraño. En lugar de dejarse llevar por ella, tomó la iniciativa

y empezó a recorrer el cuerpo de Hans con las manos. Se me puso la carne de gallina cuando comprendí que ya había hecho algo semejante con anterioridad. Sus movimientos y el contacto con el cuerpo eran tan naturales que se hizo del todo innecesaria la intervención de Helena. Era como si él sintiera lo que le pasaba al cuerpo enfermo que yacía bajo sus manos. Helena estaba en pie más cerca que yo y se arrodilló junto a la cama. “¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!”, no cesaba de gemir.

Durante su relato, Marianne Eigi no había dejado de replegarse cada vez más en sí misma, pero ahora volvía a mirarnos:

—Siempre recordaré esa voz lamentándose suavemente. Una voz de la que se desprendía esperanza y desesperación al mismo tiempo. Después volví a ver unas cuantas veces cómo Kalman pasaba las manos por el cuerpo de Hans con tanta ligereza que apenas parecía rozarlo, pero esa primera vez dejó en mi interior una huella indeleble.

—¿Y mejoró? —preguntó Eva Lisetsky.

—¡Ah, sí! Hans mejoró, pero no se volvió mejor persona. Tras la guerra se convirtió en un activo político de ultraderecha. Al menos, cuando eso volvió a ser posible en Alemania. En esos círculos era un privilegiado por ser el hijo de un nazi prominente. Nunca lo mantuvo en secreto. Murió hace un par de años en un accidente automovilístico.

—¿Qué ocurrió con sus manos? —preguntó Eva Lisetsky—. ¿Se lo debe a Otto Biebow? ¿Se enteró de que se las había puesto encima a su hijo?

Marianne Eigi reaccionó sorprendida:

—¿Otto Biebow? No, eso no es algo que tenga sobre su conciencia. Al final, Helena le contó por qué se había curado Hans. Él debe de haberse negado a creerlo o al menos nunca se lo agradeció a Kalman, lo cual por otra parte era impensable, pero tampoco se hubiera atrevido a hacerle nada. No, Kalman le debe su mutilación a la envidia de los otros presos. Le cogieron cuando liberaron Auschwitz. Debían de haber estado deseándolo durante mucho tiempo. Cuando Kalman venía de visita, nosotras nos quedábamos en esa casa, pero él tenía que regresar a su barracón. Allí se dieron cuenta, por supuesto, de que iban a recogerle cada noche, que cada vez parecía mejor alimentado, que olía a jabón, que le daban trabajos menos duros. Helena seguro que lo hacía con toda su buena intención, pero para el resto de los presos solo había una conclusión posible: Kalman colaboraba con el enemigo.

Ahora que había llegado al final de su relato, se la veía cansada. Quizá fuera por ello, pero también por primera vez daba la impresión de ser un poco más vulnerable, como si no estuviera tan segura de todo como aparentaba. Con la oscura falda informe, que le caía por encima de los tobillos, y la sencilla blusa blanca, sin broches, pulseras, anillos o cualquier otra frivolidad, tenía también algo de menesterosa. Supuse que en ello estaba la mano de su religión, que seguro que le imponía ir por las casas vestida de la manera más sencilla y discreta posible, como una verdadera sierva de Dios.

—Kalman sobrevivió a la guerra porque le salvó la vida al hijo de un oficial de las SS. Cada cual puede pensar lo que quiera.

Eva Lisetsky y yo nos quedamos callados. ¿Cómo era posible emitir un juicio al respecto?

—Una cosa deben saber: creo que si Helena no le hubiera obligado esa primera vez, Kalman habría dejado morir al chico. Estoy convencida. Ya por entonces había algo mortal en el interior de Kalman. Es un milagro de Dios que haya querido seguir tan aferrado a la vida con todas sus aspiraciones. Quizá nuestro Señor haya querido recompensarle. No podemos comprenderlo todo.

Marianne Eigi guardó silencio. Mientras miraba a esta mujer a la que no había conocido hasta el día de hoy, me surgió la pregunta que ya había querido hacerle antes.

—¿Por qué me ha llamado? ¿Por qué me cuenta todo esto?

Se quedó mirándome por un instante, sin comprender:

—Me lo pidió Kalman Teller, por supuesto. Creía que usted ya lo sabía.

Quedé desconcertado con su respuesta. El Kalman Teller que yo conocía no era una persona que considerara necesario refutar rumores sobre sí mismo, no digamos ya justificarse frente a otros.

LII

No tuve que esperar mucho la respuesta. Al día siguiente me llamó Kalman Teller a las ocho de la tarde. Cuando en menos de una hora pasé con el coche a recogerle delante de su edificio, él ya estaba fuera. En un malecón que a estas alturas del día se encontraba vacío, le vi ya desde lejos a la luz de la entrada. Abrigo largo de color azul oscuro, los guantes puestos y apoyándose en el bastón. Su mata de cabello plateado ondeaba al viento que en el curso del día había empezado a levantarse y aquí, tan cerca del agua, arreciaba con fuerza.

Me bajé del coche y le abrí la puerta mientras él subía con dificultad. Había deslizado el asiento hacia atrás lo máximo posible, pero tuvo que encoger las rodillas para no dar con ellas en el salpicadero.

—¿Está bien así?

—Sí, arranque.

—¿Al LUMC?

—Sí.

Durante el viaje no intercambiamos apenas palabra. Yo había intentado comenzar una conversación preguntándole cómo sabía que Jaap estaba enfermo.

Siguió mirando al frente y dijo:

—Usted ha indagado en mi vida y yo en la suya. Por lo demás, es obvio que le tiene muy preocupado. Ya lo dijo una vez, ¿no? Pero ¿le parece bien que hagamos el viaje en silencio? Así tendremos más tranquilidad.

De vez en cuando le echaba un vistazo. Iba con los ojos cerrados, sus manos descansaban sobre las rodillas, entre las que mantenía sujeto el bastón, y parecía completamente relajado. No supe qué pensar y me concentré en la carretera que tenía delante.

Le dejé en la entrada principal del lumc y fui a aparcar el coche. Cuando un poco después entraba por la puerta giratoria, no le vi de inmediato. Busqué en vano su larga figura entre la multitud. Me asusté por un momento y pensé que tal vez había decidido continuar por su cuenta. Pasó un rato hasta que le encontré. Se había sentado y había dejado el abrigo y los guantes en el asiento de al lado. Después de haberme ofrecido a llevárselos, recorrimos los pasillos despacio. Debido a su altura y a su distinguida presencia, la mayoría de las personas con las que nos cruzábamos le miraban intrigadas. Cuando las miradas se topaban con sus manos, en algunos pocos aquellas adquirirían un tinte de turbación, pero la mayoría realizaba un tímido esfuerzo para no seguir mirándolas.

Jaap dormía cuando entramos en la habitación. Era un sueño apacible; a medida que iba empeorando, parecía ir sumiéndose cada vez más en un estado comatoso. Aparte de una lamparita que había en el cabecero de la cama y una franja de luz procedente del pasillo, el cuarto estaba envuelto en la oscuridad. Kalman Teller se quedó a un par de metros de la cama, como si quisiera captar bien la situación. Luego

se dirigió a la mesa y a las sillas que había junto a la ventana y arrastró lo más silenciosamente posible una de las sillas hacia el cabecero de la cama.

—¿Quiere cerrar un poco más la puerta? —preguntó en un tono de voz muy bajo—. Y vaya usted también a sentarse. No demasiado cerca, por favor.

Ahora que sabía por qué había venido, coloqué mi silla para poder observar bien lo que iba a hacer. Kalman Teller estuvo sentado al menos media hora inmóvil junto a la cama de Jaap. Tanto tiempo que pude registrar a mis anchas la naturaleza muerta que tenía enfrente. El rostro demacrado de Jaap, en el que apenas reconocía al amigo de antaño. El cráneo sin pelo con las cicatrices de las operaciones, los ojos cerrados y la boca semiabierta. En la habitación olía un poco a sudor, también una consecuencia de su mal estado de salud, que iba empeorando. En la mesilla junto a la cama, un jarrón con flores, unas piezas de fruta sueltas, medio vaso de zumo de naranja con una pajita, un rollo abierto de caramelos de menta, un teléfono móvil, pero también una cajetilla de cigarrillos en la que habían metido un mechero. En la pared anexa al cabecero habían colgado tarjetas en las que se animaba al restablecimiento del enfermo. Al otro lado de la cama, el rostro de Kalman Teller transmitía paz con los ojos cerrados y las facciones interiorizadas.

Según Marianne Eigi, era como si la respiración de Kalman Teller estuviera dirigiendo la del enfermo Hans, pero aquí parecía que se producía lo contrario. Cuando Kalman Teller entró, respiraba rápido y con pesadez, pero ahora apenas podía oírsele. Mientras le miraba, me pregunté si, ahora que estaba aquí sentado, recordaría esa situación de hacía más de sesenta años. ¿Qué pasaba por su cabeza? O tal vez estuviera intentando no pensar en nada y dejar la mente lo más en blanco posible.

Alguien que entrara ahora se encontraría con una escena apacible a simple vista, pero yo no sabía bien lo que podía esperar y estaba tan tenso que tenía las manos empapadas en sudor. Me recorrió el cuerpo un sobresalto cuando Kalman Teller empezó a moverse por fin. Como ya le había visto hacer muchas veces, se apoyó con dificultad en los reposabrazos de la silla para levantarse. Las manos y las muñecas le temblaban por el esfuerzo. Una vez en pie, se quedó quieto un momento, para a continuación echarse hacia delante y poner las manos en la cabeza lampiña que descansaba sobre la almohada. Su contacto fue tan ligero que me pregunté si Jaap lo habría notado de haber estado consciente. Pasó algún tiempo antes de que comprendiera que las manos estaban palpándole la cabeza, y, cuando me di cuenta de lo que ocurría, me quedé mirando con la respiración contenida. Las yemas de los dedos restantes iban buscando muy despacio el tejido tumoral en su interior. Aunque pareciera una eternidad, no pudo haber pasado mucho tiempo antes de detenerse y de que Kalman Teller dejara descansar ambas manos con las palmas y los dedos sobre el cráneo de Jaap. Durante todo el proceso estuve concentrándome en las manos, pero ahora le miraba por primera vez el rostro. Volvía a tener los ojos cerrados, aunque podía apreciarse la concentración con que se dirigía a aquello que se encontraba bajo

esas manos. Mientras estuvo allí unos cuantos minutos, solo pude repetir en silencio las palabras de Helena Biebow: «¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!».

Cuando Kalman Teller se sentó por fin, el sudor le perlaba la frente.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le pregunté.

Sin decir nada, negó con la cabeza. Tras haberse quedado un rato así sentado, se sacó un pañuelo del pantalón y se secó el sudor.

—Ya podemos irnos —dijo al fin—. ¿Podría llevarme otra vez el abrigo y los guantes?

Mientras iba caminando a su lado, noté lo cansado que estaba. Se apoyaba más que antes en el bastón y ya no quedaba ni rastro de la respiración tranquila de cuando estaba junto a la cama de Jaap.

En el viaje de regreso a Róterdam fue él el primero que rompió el silencio:

—Debe prometerme que no le contará nada de todo esto a su amigo.

Mi reacción no fue inmediata. ¿De qué había sido testigo en realidad y qué pasaría si Jaap mejorara? ¿No tendría derecho a saber a quién se lo debía?

—¿Por qué?

—Usted ha hecho más cosas de las necesarias para ayudar a Mira y a Frederik, incluso cuando le perjudicaban personalmente. Por ello le estoy muy agradecido, pero después de esta noche ya estamos en paz. Considérelo así. Quiero que me dejen en paz.

El tono en que había dicho esto último no fue de antipatía, sino que expresaba un distanciamiento contra el que comprendí que no tenía ningún sentido insistir. El hombre que estaba sentado a mi lado vivía en un mundo distinto del mío y no tenía ninguna necesidad de introducir cambio alguno en él.

Ya estábamos en Róterdam cuando volvió a tomar la palabra.

—Al enterarme de que era usted budista, y como la primera vez que nos vimos me pareció muy tranquilo, me pregunté cómo meditaría. Usted medita, ¿no?

—Sí, en efecto.

—Me acordé de un sueño recurrente que tenía hace tiempo, poco después de acabar la guerra. Reconocerá la imagen de los monjes budistas que siempre están rastrillando arena o fina grava y a veces realizan sobre ella los dibujos más refinados con arena de colores. Con una paciencia infinita y como ejercicio de concentración y devoción extremas para al final, cuando está perfecto, deshacerlo todo con un par de manotazos. ¿Ha hecho usted también alguna vez algo semejante?

—No, yo no. Mi padre sí, él incluso se lo enseñaba a hacer a otros, si es que puede llamársele así. Yo no voy mucho más allá de colorear algunas veces mandalas en papel, también una ocupación que procura mucho sosiego. De todas formas, nada más terminarlas, también las hago trizas. Ese deshacer lo que ya está hecho es lo que tengo en común con mi padre.

—Trocitos de papel. Quizá sea por eso por lo que reconocí algo en usted.

—¿Cómo?

—Yo también tenía que rastrillar, pero ese rastrillado no me reportaba ninguna concentración ni devoción, y era imposible deshacer lo que ya estaba hecho. Fue bueno para otra cosa, aunque entonces todavía no lo sabía y no fui consciente hasta muchos años después. Marianne Eigi le ha contado lo que yo creía que usted debía saber, pero ella no está al tanto de todo. Cuando obtuve un trabajo menos duro, gracias a Helena Biebow, tenía que rastrillar el sendero de arena que llevaba del campo más bajo hacia las cámaras de gas. El sendero por el que las personas daban su último paseo antes de ser asesinadas. No era suficiente que lo rastrillara sin más, sino que vigilaban que no quedara ninguna huella o irregularidad.

»Yo estaba tan débil que al principio no comprendía por qué no conseguía igualar la tierra con el rastrillo, por qué las púas del rastrillo no querían trazar líneas rectas y paralelas. Embotado como estaba, volvía a rastrillar y rastrillar hasta que por fin me arrodillé. Solo cuando un puñado de arena cayó deslizándose entre mis dedos, comprendí la razón. Había finos recortes de papel. Billetes de banco desgarrados: dólares, marcos, rublos. Dinero que los prisioneros habían logrado ocultar hasta el final, pero que en ese momento sabían que ya no les serviría de nada. Con esa idea los desgarraban, para no permitir que cayeran en manos de sus verdugos. Un acto de resistencia en el momento en que sabían que su muerte era inevitable y que ya no les importaba qué pasaría con el mundo que estaban a punto de abandonar.

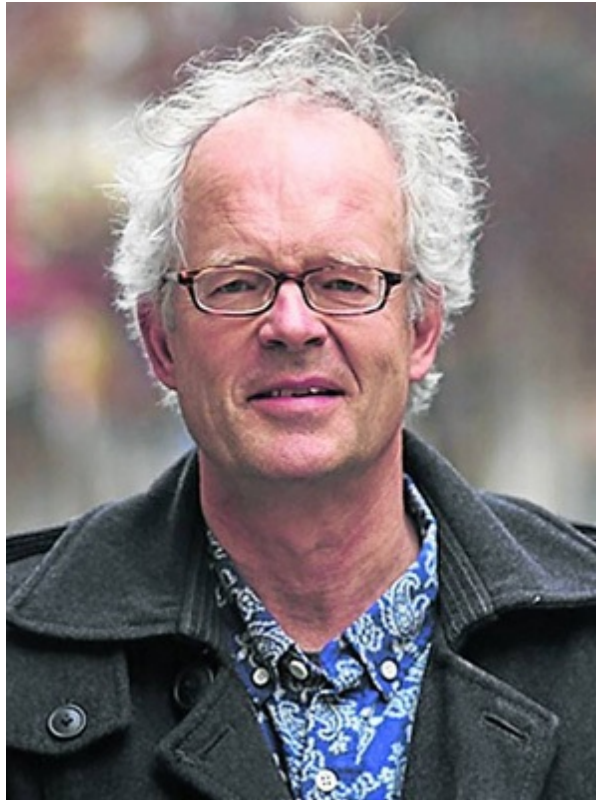
Por un instante le tembló la voz y, cuando miré al lado, vi cómo los músculos de su rostro debían esforzarse para no perder el control. Fue un breve instante, luego se recuperó.

—Todo ese movimiento de la resistencia visible que se conoce y tiene nombre. Los actos heroicos de individuos a los que se recuerda y conmemora en Yad Vashem y en todas esas distintas organizaciones. Y todos esos retazos de papel, desgarrados por miles y miles de personas cuyos nombres y rostros ya se han olvidado. La voluntad de animarse a hacer eso todavía, encontrar la fuerza necesaria para llevarlo a cabo poco antes de morir, es también algo muy heroico. El único recuerdo que dejaban eran las trizas de papel que revoloteaban entre mis manos cayendo al suelo.

Guardó silencio por un instante y entonces continuó:

—No he tenido pesadillas, todo un milagro si consideramos las cosas terribles que vi y sufrí allí. Todos esos supervivientes que ya eran incapaces de vivir tras haber pasado lo que pasaron: el sufrimiento, los gritos pidiendo una ayuda que nadie podía prestarles, los suicidios, incluso al cabo de muchos años. El único sueño que me siguió visitando durante los primeros años, después de que acabara la guerra, versaba sobre el descubrimiento que había hecho. Estoy de rodillas y, mientras los papelillos van revoloteando entre mis manos y el viento los esparce por el suelo, miro hacia arriba. Un cielo con una sola nube, el azul tan puro y el blanco tan inmaculado que, cuando me despierto, estoy completamente en paz porque todo en mi interior sabe

que ya he sobrepasado con mucho el punto en el que nada o nadie pueda hacerme mal.



GAUKE ANDRIESSE. Escritor holandés, nació en Bloemendaal, en 1959. Economista de profesión, es un experto en el mundo del arte.

Trabajó durante diez años en la cordillera andina de Ecuador en proyectos de desarrollo. Desde el año 2000 viaja con regularidad a África para colaborar con instituciones que conceden microcréditos. Su compromiso social queda patente en el aspecto crítico de sus novelas. En 2006 publicó *Las pinturas desaparecidas* (*De verdwenen schilderijen*), donde a través de una trama policial describió de manera magistral el expolio nazi del arte europeo durante la II Guerra Mundial. *Silencio* (*Stilzwijgen*, 2008) es una novela de intriga que nos lleva de los bajos fondos de la prostitución a las altas esferas, no menos reprobables, del mundo del arte. Una denuncia de las trampas legales y la hipocresía social en un nuevo caso del detective Jager Havix en la que, como en toda buena novela del género negro, nada es lo que parece.

Ha recibido el premio De Gouden Strop 2011 a la mejor novela negra holandesa por *Las manos de Kalman Teller* (*De handen van Kalman Teller*) que también tiene como protagonista al detective Jager Havix.